EL JURAMENTO (1994)
Steve Paul Martini

A Leah y Meg

> La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis. Cuando yo vea la sangre pasaré de largo ante vosotros...
>
> *Éxodo* 12:13

AGRADECIMIENTOS

En la escritura de esta obra he recibido el apoyo y el aliento de muchas personas sin cuya ayuda nunca la habría concluido.

Quiero dar las gracias, primero, a mi esposa, Leah, y a mi hija, Meg, por su paciencia, ayuda e inagotable amor.

Luego a mi editora, Phyllis Grann, y a mi editor, George Coeman, por sus incansables esfuerzos y su confianza y entusiasmo sin límites.

A mi agente, John Hawkins, por su sereno consejo en épocas de caos.

A Sam Solinsky por su investigación y puntual recopilación de recortes de noticias sobre asuntos políticos y jurídicos que han contribuido a dar verosimilitud a los matices y carácter de este libro.

Al doctor Nils A. Schoultz, doctor en medicina, por su amistad de toda una vida y su apoyo, por los cálidos recuerdos que vivimos juntos en la Universidad de California, Santa Cruz, y, en particular, por su consejo en materia de urología y, en especial, en los asuntos concernientes a las probabilidades de éxito del procedimiento médico conocido como vasectomía.

Al honorable Thomas M. Cecil, juez del Tribunal Supremo del condado de Sacramento, por alentarme y apoyarme, y en particular por su ayuda para conseguir recrear con gran fidelidad y colorido el ambiente de las instalaciones de máxima seguridad de la cárcel del condado de Sacramento.

A Lance Gima, Assistant Laboratory Director del California State Crime Lab, en Berkeley, y Debby Bell, coordinadora de la Prueba de Paternidad, del laboratorio Meris FDL, en Sacramento, por su ayuda en las cuestiones referentes a la prueba del ADN y paternidad.

Y por último, pero no por ello menos importante, a Meg Byreton, Office Assistant del Departamento de Parques y Actividades Recreativas de California, por su ayuda en el California State Railroad Museum.

S. P. M.

PRÓLOGO

Existe una claridad de mente especial, una diáfana lucidez en quienes se desprenden de todo temor y todo pánico y al final miran a la muerte a los ojos y dejan este mundo con entereza.

Era esa claridad de mente la que, en aquellos últimos días, daba a Nikki una superioridad de voluntad a la que no pude resistirme. Estando como estaba a las puertas de la muerte, fui incapaz de negarle nada. Ella no tenía más que pedirlo, y era como si lanzara un encantamiento inefable. Yo sólo podía decir sí. Flotando en un éter de inconmensurable coraje en medio de un mar de sábanas y almohadas blancas, en sus últimos días Nikki encontró por fin el modo de ejercer una influencia desmedida sobre mí.

Los médicos dijeron que tenía un tumor maligno. Le llamaron «pequeña célula cancerígena del tamaño de un grano de avena». Antes de que movieran un dedo, había hecho una metástasis y se había extendido de los pulmones a una docena de órganos.

En las semanas que siguieron al funeral, cuando por fin conseguí librarme de la autocompasión, me percaté de la ironía. La ironía de que Nikki —que no había tocado un cigarrillo en su vida, que cuando notaba el más mínimo olor a humo se daba media vuelta y se iba del restaurante más lleno, que juraba que el más repugnante de todos los vicios era el tabaco— muriera de cáncer de pulmón.

Transcurrieron once meses justos desde el diagnóstico hasta su muerte. Se ha convertido en la imagen especular de una pesadilla cuyo santuario se encuentra en la mente despierta. Mi única paz a la muerte de Nikki llega ahora, cuando puedo dormir. Y parece que estoy condenado al insomnio.

El abogado que hay en mí me exige alguna explicación, alguna causa a la que pueda echar la culpa, no por los motivos habituales de perjuicios económicos, sino para darle sentido a esto, para dar simetría a nuestra existencia, algún propósito racional. Mi mente de abogado da vueltas, incluso en los raros momentos de sueño, en busca de alguna razón, alguna explicación lógica de esta pérdida, esta privación ahora compartida con mi hija, Sarah, de siete años. Pero, como a la pregunta de por qué, parece no haber respuesta. Cuando les dije que Nikki no fumaba, nuestro médico de cabecera y el oncólogo me miraron con escepticismo. Me dijeron que era el típico caso de cáncer de fumador. Y por sus miradas, por las expresiones que se intercambiaron a la amortiguada luz de los rayos X, hicieron un esfuerzo y me concedieron el beneficio de la duda, por parco que fuera.

Habían sido dieciocho años de matrimonio tortuoso, en el mejor de los casos, más por mi culpa que por la suya. Una aventura amorosa durante nuestra separación, hacía ya algunos años, la tensión constante de mi práctica de la abogacía, la eterna amante celosa. Cada uno de estos factores produjeron en Nikki una

peculiar forma de angustia. Ahora leo con atención creciente artículos de literatura popular que relacionan el cáncer con el estrés y me pregunto hasta qué punto yo le había acortado la vida a Nikki.

El sicoanalista hasta el que me arrastraba a las semanas de la muerte de Nikki —aconsejado por mi médico— me dijo que eso era normal, la fase de culpabilidad. Me explicó que después le seguiría el desdén por mi esposa muerta, el odio por haberme dejado aquí para luchar solo. Ambas —dice él—son situaciones por las que debo pasar, como las etapas de la vida.

Antes, mientras compartía el trauma de su inminente muerte con la propia Nikki, era más fácil. Cuando se lo diagnosticaron, entramos juntos en la fase de negación. Las pruebas estaban equivocadas. Nikki era joven y sana. Al fin y al cabo, los médicos, con toda su ciencia, no podían analizar ni medir sus ganas de vivir. Derrotaríamos esa cosa juntos, someteríamos al demonio del interior de su cuerpo por la fuerza de la voluntad si era necesario. Mis conversaciones con Nikki estaban entretejidas de bravatas, aunque muchas veces en mis propios oídos mis palabras resonasen con temor.

Al final fue Nikki la primera en aceptar la verdad, dejándome a la zaga para aferrarme a las trasnochadas imágenes de la cruda esperanza, mis sueños de la cura milagrosa de último minuto gracias a los avances de la ciencia. Al acercarse el final me sorprendí a mí mismo haciendo pactos en silencio con el ser supremo, con

quien no estaba en buenas relaciones desde hacía años.

Cuando por fin dominé el pánico, alcancé a Nikki en la serenidad de la aceptación. Una tarde me cogió la mano, y en la moteada luz solar de nuestro patio me dijo que tenía dos deseos: morir en paz, con su familia, en su propio hogar, libre de los artefactos de la medicina moderna, y otra petición más personal que ahora cumplo.

CAPÍTULO 1

—Un cero a la izquierda, era una madre incapaz.

Melanie Vega, la nueva esposa de Jack, habla de Laurel en pasado, como si estuviera muerta.

Sospecho que eso da alguna pista de cómo Jack y Melanie ven su caso, como acciones de primera en un mercado alcista. Durante dos días su abogado había masticado el pasado de Laurel. La había guisado y freído, sazonado con indiscreciones y servido siempre del mismo modo, marinada en licor. En los valles que habían sido la vida de Laurel, éste es un tema común, aunque yo no he visto ni rastro de la botella en todo esto.

—Solicito que no conste en acta. No viene al caso.

Gail Hemple, la abogada de Laurel, está encima de Melanie en el estrado de los testigos como mostaza sobre una salchicha de Frankfurt.

El juez dice al relator del juzgado que omita la última declaración del testigo. Alex Hastings, en la tribuna del juez, tiene una expresión de irritación perpetua esculpida en el rostro, como una máscara mortuoria. Esto está durando demasiado.

Laurel es la anterior esposa de Jack Vega, la hermana de Nikki y la razón por la que estoy aquí, ya que le juré a Nikki que cuidaría de Laurel. Ésa fue su última voluntad, por un montón de razones. Nuestros hijos se llevan poco. Aunque Sarah es menor, se fija en sus dos primos, los hijos adolescentes de Laurel. Pero en última instancia creo que obedece a un denominador más común de la naturaleza, la mirada vigilante de una hermana mayor sobre su hermana pequeña. Nikki era tres años mayor que Laurel.

Aunque en un principio pensé que llegaría a arrepentirme de haberme implicado, lo cierto es que el caso de Laurel me fue cautivando. Tal vez se deba a que Jack, mi antiguo cuñado, es un farfolla de primera magnitud. El hecho que sus expertos y sus abogados tengan a Laurel en jaque, simplemente demuestra que la justicia no existe, ni dentro ni fuera de los tribunales.

He estado allí, en el juzgado de familia, como un observador en el rincón de Laurel, prestándole mi apoyo. Otro abogado se ocupa de su caso.

Laurel tiene treinta y seis años, es una pizca más alta que yo, rubia con ojos verdes y hoyuelos que parece que se los hayan hecho apretando debajo de los pómulos salientes. Cuando se cuida, es una mujer atractiva. En

los años en que nuestras familias pasaban juntas el verano y unas breves vacaciones, Laurel siempre tenía el aspecto de sobrarle el dinero. Pero los tratamientos faciales de dos horas son ahora un recuerdo del pasado, como su bronceado de salón de belleza.

En los últimos meses se ha visto obligada a velar por sí misma y por sus hijos. Con una licenciatura universitaria en arte, cuando llegó el divorcio, Laurel no tenía ninguna capacitación ni experiencia profesional que pudiera canjear por un sueldo. Para resolver el espinoso tema de la manutención, en el que Jack la dejó en la estacada, ha encontrado empleo en un gimnasio al que solía acudir, y en el que da clases de aerobic y natación. Por la noche intenta sacarse las oposiciones de profesora universitaria, algo con un futuro mejor.

La caída de Laurel desde la opulencia puede medirse con la precisión del bombardeo de Pearl Harbor. Llegó una mañana con la notificación del proceso y los papeles del divorcio a la puerta principal del hogar familiar y, como una bomba en un polvorín, hizo pedazos su vida.

Una persona racional no llamaría a esto un ataque sorpresa. En el curso de los años, Laurel sabía o sospechaba las infidelidades de Jack. Llegaban con la regularidad de las estaciones y eran tan predecibles como los retoños en primavera. El nivel de testosterona de Jack siempre se elevaba con la longitud de las faldas al llegar el calor. Y Jack no se esforzaba en ocultar estos momentos de pasión malsana. Si no fuera tan doloroso,

estoy seguro de que se habría hecho muescas en el pene para conmemorar sus conquistas.

Jack se adhería a la extendida opinión de que el adulterio era la mera aplicación de la democracia al amor. Lo consideraba simplemente otro acto del arte de la política. Algunos lo denominarían la cultura de la política en la capital del estado, donde Jack ha ocupado un asiento en la Cámara Baja durante doce años. Sin embargo, Laurel se quedó atónita cuando su matrimonio se terminó, del mismo modo que a alguien le asombra que un ratero torpe asesine a su víctima. Hoy su rostro es un mapa de la tensión. Es esta expresión la que guarda mayor parecido con Nikki. Ella y Laurel no sólo eran hermanas, sino novicias de esa orden común: las «Hermanas de la Pena».

Los dos hijos de Laurel, Danny, de quince, y su hermana menor, Julie, tienen un pie dentro de la casa y otro fuera, como esos heridos que caminan, afectados por la neurosis de guerra, conmocionados, excluidos del desguace familiar, por la sabiduría salomónica del tribunal. Durante la enfermedad de Nikki y más tarde, después de su muerte, los hijos de Laurel pasaron mucho tiempo en mi casa. Ha sido un refugio mientras su madre intenta reconstruir sus vidas.

Laurel se sienta justo enfrente de mí, del otro lado de la barandilla, a la mesa de abogado.

—El testigo debe responder a la pregunta —dice Hastings—. ¿Lo comprende?

Melanie asiente.

—Hable —ordena el juez.

—Sí.

Melanie Vega es una mujer que se debate en el ojo de la tormenta, una personalidad cuyo ánimo aumenta como un reactor cuando le cambian el mecanismo de impulsión. Sonríe al juez, entre coqueta y confusa, como si fuera posible olvidar la última pregunta de Hemple: si se tiraba a Jack cuando aún estaba casado con Laurel. Sutilezas del juzgado de familia. Una de las razones por las que no trabajo en él.

—¿Quiere que le repitan la pregunta, señora Vega? —dice el juez, que baja la vista hasta ella, en el estrado.

Melanie hace una mueca, una débil sonrisa; quizá con una repetición le salga mejor.

—¿Puede repetirla, abogada? —pregunta el juez.

Hemple asiente, muy contenta de hacerlo.

—Le he preguntado si mantenía relaciones carnales con Jack Vega durante el tiempo en que él estaba casado, y vivía, con Laurel Vega.

Ante la expresión «relaciones carnales», Melanie levanta las cejas hasta la frente. Es una expresión que lo dice todo, explica que los abogados se reserven la palabra «j» para lo que se hacen entre sí, y a sus propios clientes.

—¿Relaciones carnales? —pregunta Melanie.

—Sí —afirma Hemple—. Relaciones sexuales. ¿Está mejor?

Desde la perspectiva de Melanie, una mujer que intentaba seducir al marido de otra dama, no está

segura.

—Podría haberlas mantenido.

—¿Sí o no? ¿Se acostaba con el demandante mientras estaba casado y vivía con la demandada? —dice Hemple, que se está cansando de los juegos de palabras.

Un leve encogimiento de hombros, una concesión por parte de la testigo.

—¿Y qué si las manteníamos? Somos adultos responsables —contesta.

Levanta la vista al juez y sonríe. Adorable, pero adulterio.

Hemple se mueve trazando un cuadrado delante del estrado de los testigos, manteniendo una distancia prudencial para que no lo consideren coacción.

—Cuando usted practicaba toda esa responsabilidad con el señor Vega, ¿lo hizo alguna vez en el hogar familiar de los Vega?, ¿quizá durante los ratos en que Laurel Vega estaba ausente?

—Podría ser. No llevé la cuenta en el calendario.

—¿Lo hizo o no lo hizo?

—Una o dos veces —dice Melanie.

Una cuestión espinosa. Mira al juez directamente a los ojos, con arrogancia, y se encoge de hombros como diciendo: si su esposa no usaba la cama de Jack, alguien más podía usarla.

Todo lo que obtiene de Hastings son dos hondos surcos sobre sus pobladas cejas.

—Ya veo. Así que sólo estaba cumpliendo con su

deber al hacer un favor al esposo de otra mujer.

El abogado de Jack se pone en pie y grita:

—Protesto.

—Lo retiro —dice Hemple.

Hastings sacude la cabeza como para hacer ver que ya ha llegado al límite.

Hemple, ahora, afloja.

—Entonces, permítame hacerle una pregunta —dice Hemple—. ¿Estaban los niños de los Vega en casa cuando usted se acostaba con su padre y su madre estaba ausente?

Los ojos de Melanie se disparan. Traga un poco de saliva. Por fin comprende de qué va, pero es un poco tarde. Hemple no está interesada en las conquistas sexuales de Melanie, sino en el parco sentido común de Jack como padre.

Miro a Laurel, ahora sentada un poco de lado en la silla, buscando mi mirada para calibrar el efecto, para evaluar el impacto de esta última bajeza. Me imagino de dónde procede la información. Los niños, Julie y Danny Vega, han hablado. El único consuelo para Laurel, en una batalla por la custodia en cualquier caso desastrosa, es que los niños se hayan puesto al lado de su madre en esta contienda.

Su padre, Jack, es de la casta política de la parte sur del estado que ha vivido durante una década como uno de los barones de antaño, miembros de una clase política que creen que han inventado el privilegio y aún conservan la patente.

Si el dinero es la leche materna de la política, Jack se ha nutrido de ella hasta enrojecerse los labios. Según los archivos electorales, lleva esquilmando las ubres de diversos intereses especiales por valor de más de medio millón de dólares en los últimos seis meses. Sin duda, es dinero que pretende meterse en el bolsillo. El fin de la legislatura en este estado hace que los políticos se coman a sus mayores. Jack deberá disputar su cargo al Congreso con otro príncipe del patronazgo más incrustado que él en el aparato del estado o buscarse otro empleo. Ahora habla de «la gente» con agria amargura debido a la frustrante visión del descarrilamiento de su tren de ganga. Oigo que está haciendo planes para ofrecer su influencia de cacique en el DC, donde han ido muchos de sus colegas legislativos, al gran Valhalla político del Potomac.

No está del todo claro cuáles son los móviles de Jack al acudir al juzgado. Pero la mayoría de las disputas jurídicas familiares son más una cuestión de rencor que de razón. Ha desplegado una colonia de investigadores y terapeutas, muy bien pagados, como si fueran termitas, para roer la raíz seca del carácter de Laurel y demostrar que es indigna de criar a sus propios hijos. Mi impresión es que Jack está en una encrucijada. Si se mueve hacia el Este, deberá quedarse con la custodia y llevarse a los niños o seguir pagando la manutención de los chicos a Laurel. Esto último ha mermado de manera considerable su paga legislativa, como una hemorragia terminal en un hombre al que le gusta hacer el aperitivo

en el Sutter Club y veranear en el cabo de San Lucas.

Hace algunos meses Jack se endeudó para conseguir apoyo. Laurel, a través de su abogada, inició procedimientos de desprecio y luego clavó un poco más la lanza, al mandar copias de los papeles legales a los medios de comunicación del distrito de Jack. Era precisamente antes de la última elección, un recorte de prensa con un titular sugerente:

LEGISLADOR ARRUINADO ABANDONA A SU FAMILIA

Al final, Jack se vio obligado a pedir un crédito a cuenta de sus fondos políticos para ponerse al día y no ir a la cárcel. Ganó la elección gracias al absentismo electoral antes de que Laurel lo atravesara con la lanza del periódico.

Pero Jack nunca ha sido de los que pierden la oportunidad de vengarse. Esta se le presentó hace tres meses, cuando Danny, que tiene quince años, fue arrestado, por lo que se plantearon cuestiones de negligencia materna que hacían peligrar la continuidad de Laurel en la custodia de los niños. Pillaron al chaval divirtiéndose con tres amigos en un coche robado. Uno de los chicos tenía un historial de delincuencia juvenil más largo que la cara de Melanie en el estrado.

—Es una pregunta sencilla —dice Hemple—. ¿Se acostaba con el señor Vega en la casa familiar cuando los niños estaban presentes?

—Bueno, no estaban en la habitación —responde

Melanie—. Yo lo habría notado.

Risas de los pocos aficionados a los juicios que hay entre el público y un periodista de la primera fila, encargado de la cobertura del caso para un periódico local del viejo distrito de Jack.

El juez golpea con el mazo y las risas cesan.

—No es eso lo que le he preguntado, sino que si los niños estaban en la casa.

Esta vez hay un retintín en la voz de Hemple.

—No lo sé.

—¿Se acostaba con un hombre en el hogar de su familia y no sabía si los niños estaban en casa en ese momento?

—No.

—Bueno, ¿quién vigilaba a los niños?

—Yo no —dice Melanie.

Eso provoca más risas, una sonrisa por parte del alguacil cuyos ojos están pegados al vestido de Melanie, algo más serio que su atuendo habitual. La he visto fuera del juzgado con un top de satén rojo tan ceñido como un tambor. Melanie Vega no es una mujer grande, salvo en las regiones superiores. Me han dicho que hace pesas para mantenerse, un régimen que da un nuevo significado a la máxima: «construye y vendrán». Tiene la tez de un melocotón maduro, clara y suave como una película tomada a través de una gasa de seda. Es el tipo de mujer para el que se inventaron los chistes de «rubias». A sus veintiséis años es lo bastante joven como para ser la hija de Jack. Ahora llevan cinco meses

casados, y Jack empieza a mostrarse algo cansado. Se pasa el rato bostezando en el juzgado, lo que me hace pensar que, por las noches, él y Melanie hacen más cosas que discutir la estrategia que seguirán en el juzgado.

Con la habilidad con la que un pescador lanza una mosca artificial, Melanie ladea la cabeza, sacude los mechones rubios que le han tapado un ojo y los lanza hacia atrás, por encima del hombro.

Hemple revisa unos documentos y realiza una rápida consulta con Laurel, le acerca la mano al oído, confidencias de clienta a abogada.

En la mesa, junto a su propio abogado, Jack sonríe a su joven esposa para darle aliento, como si ella estuviera haciendo un trabajito vertical.

Hemple regresa al estrado de los testigos.

—¿Antes ha declarado que la señora Vega tenía problemas con la bebida?

—Yo soy la señora Vega —dice Melanie.

Hemple la mira.

—La primera señora Vega —replica, pues se niega a concederle ese punto—. ¿Es eso correcto? ¿Tenía la señora Vega (Laurel Vega) problemas con la bebida?

Melanie tiene ahora unas finas rajitas por ojos.

—Como un cosaco.

—Creo que sus palabras fueron: «ella siempre tenía la cabeza en una botella». ¿Es eso lo que dijo?

—Sí, eso es lo que dije.

—¿Y qué significa exactamente?

—Es una expresión.

—Ya veo.

Hemple camina un poco delante del estrado de los testigos para buscar el golpe de efecto.

—Así que en realidad no se refería a que ella metiera de veras la cabeza dentro de una botella.

Melanie pone una expresión de dolor, como si quisiera decir: dame un respiro.

—Me refería a que siempre estaba bebida.

—¿Siempre bebida? —salta Hemple.

Melanie hace una mueca. Si a la abogada le gusta tanto esta respuesta, tal vez debería cambiarla.

Hemple no le da la oportunidad, ya que la primera regla del juzgado es: nunca hables en términos absolutos.

—Así que, si estaba «siempre bebida», ¿eso significa que durante todas las ocasiones en que usted vio a Laurel Vega nunca la encontró sobria?

—Eso no es lo que yo he dicho.

—Bueno, acaba de afirmar que siempre estaba bebida.

—La mayor parte del tiempo.

—Ah. De modo que no estaba bebida todo el tiempo, sólo «la mayor parte» del tiempo.

—Sí.

—Así que pasamos de alguien que «siempre tiene la cabeza en la botella», a alguien que «siempre» está bebida, y de eso a alguien que está bebida sólo «la mayor parte» del tiempo.

Hemple da unos pasos delante del banquillo y dice:

—Parece la imagen de una alcohólica rehabilitada. Melanie no responde. Hastings parece estar haciendo la siesta. Buen tiro, pero no puntúa.

Hemple se remonta a una fiesta de Navidad del año pasado en la capital en la que Jack desapareció con Melanie, dejando plantada a Laurel.

—¿Alguien que la hubiera visto beber en la fiesta, podría decir que usted tiene la cabeza en la botella? —pregunta Hemple.

—Yo no me estaba cayendo de borracha —dice Melanie.

—¿Y la señora Vega sí?

—Sí.

Hemple sacude la cabeza como diciendo: ¿vamos a tener que hacerlo otra vez?

—Muy bien… y ¿cuántas veces vio a la señora Vega caerse en aquella fiesta?

Exasperación por parte de Melanie, una mirada de «¡qué puñetera!».

—De acuerdo, no la vi caerse.

—Comprendo. ¿Una licencia más?

—Llámelo como quiera, pero estaba trompa. Se había puesto de alcohol hasta el culo.

—¿Otro de sus dichos? —pregunta Hemple.

Temiendo tener que definir la anatomía o describir la postura, Melanie no responde.

—¿Dónde se acostó con el señor Vega en la fiesta de Navidad?

—No me acuerdo.

—¿Por qué? ¿Porque no fue memorable o porque para entonces lo había hecho tantas veces con el demandante que no puede llevar la cuenta?

—Protesto, señoría.

—Lo retiro.

Una expresión quijotesca por parte de Melanie, un destello de luz en sus ojos, luego una expresión que podía matar.

—También tomaba drogas —dice.

Esta pequeña gratuidad se añade a su testimonio como el último grumo de masa sobre un pastel crudo.

—Protesto, señoría.

Ahora es el turno de Hemple.

—¡Eso es mentira, y tú lo sabes! —Laurel está medio incorporada en su silla—. Nunca he tomado drogas.

—Algunos lo llaman enfermedad.

Con una sonrisa, Melanie la ignora, ante la creciente ira que se apodera del rostro de Laurel en ese momento. Esto último añadido, como una floritura, a la credibilidad.

—Tú sabes de enfermedades, ¿verdad? —dice Laurel—. Mi marido te cogió en una fiesta como una enfermedad transmisible.

—Tu anterior marido —dice Melanie.

El juez las hace callar. Laurel se sienta y se vuelve para mirarme, es su propia valoración de cómo va el caso. Me inclino sobre la barandilla y le digo que se calme. Ahora se está haciendo daño a sí misma, y da la

razón a los siquiatras de Jack y a sus declaraciones ambiguas sobre su inestabilidad.

—¿Y usted personalmente la vio... vio a mi cliente tomar drogas?

Una expresión en los ojos de Melanie insinúa que tal vez podía decir sí y darle alas, pero ¿y los detalles? Y ¿qué hacían ellos cuando Laurel estaba tomando drogas?

—No. En realidad no la vi, aunque lo he oído las suficientes veces como para saber que es cierto.

Al decir esto, Melanie mira a Jack, sentado con su abogado a la otra mesa. La sonrisa que se cruzan entre ellos disuelve cualquier duda en cuanto a la fuente de su información.

—Que no conste en acta, señoría —protesta Hemple.

No es que sirva de mucho, ya que Jack repetirá todo esto —la basura de la bebida y las drogas— cuando le llegue el turno. Sin duda, cualquier cosa que Laurel haya tragado o inhalado la había traído Jack y probablemente la compartieron.

—Que el relator borre la última respuesta —observa el juez.

—Entonces —dice Hemple, como si por fin hubiera llegado adonde quería llegar—, déjeme preguntarle: en los cinco meses que ha estado casada con el señor Vega y antes, durante el tiempo en que ustedes dos fueron adultos ocupados y responsables, en ese período ¿cuántas veces vio o se encontró realmente a Laurel Vega?

—Nos encontramos... —Piensa un momento—. Cuatro... no, tres veces.

—¿Eso es todo?

—Fue suficiente.

—¿No le parecieron agradables esos encuentros?

—No.

—No imagino por qué —dice Hemple.

—Protesto.

El abogado de Jack vuelve a estar en pie.

—Se acepta la protesta. Vaya al grano, abogada.

—La primera vez que vio a la señora Vega, ¿estaba ella borracha?

—No lo recuerdo.

—¿Recuerda la primera vez que la vio?

Un largo suspiro de Melanie.

—Sí.

—¿Puede contarle al tribunal las circunstancias de ese encuentro?

—Fue en casa de Jack...

—¿El hogar que entonces compartía con su esposa, Laurel, y sus hijos?

A Hemple le gustaría pintar a Beaver Cleaver corriendo por el césped con sus libros escolares sujetos por un cinturón, mientras Melanie estaba ocupada haciendo el amor con el viejo en el piso de arriba.

—Sí... fue en su casa.

Melanie mira a Hemple como si quisiera encontrarse a esa puta fuera, en el callejón, después del juicio.

La abogada se deshace en zalamerías y sonrisas.

—¿Y sería tan amable de explicar al tribunal qué hacía usted cuando se encontró por primera vez a Laurel Vega en su casa?

Melanie le dirige una mirada a medio camino entre la ira y la de un ciervo herido por un tren.

—Nosotros, eh... Estábamos en la sala de estar...

—¿A quién se refiere con nosotros?

—A Jack y a mí —dice Melanie—. Y ella entró.

Melanie hace un gesto con la cabeza hacia Laurel.

—¿Se refiere a la señora Vega, que entonces era la esposa de Jack?

—Laurel... como quiera llamarla.

—Entonces la llamaremos «la esposa del señor Vega», al menos en aquel momento.

—Muy bien.

—¿Y qué estaban haciendo (usted y Jack) cuando su esposa entró?

—Ummm.

Esta vez Melanie duda, en sus ojos se concentra mucha preocupación. Hace varias salidas en falso al intentar dar una respuesta; luego, de repente, esboza una sonrisa. La decisión desciende como un carro de los cielos.

—Arrumacos. Estábamos haciéndonos arrumacos.

Luego se apoya contra la silla, satisfecha.

—Arrumacos —dice Hemple, moviendo la cabeza como si comprendiera—. ¿Puede describir esos arrumacos para nosotros, o es sólo otra de sus

expresiones?

—Nos estábamos besando —dice Melanie.

—¿Besando?

—Y abrazando —añade.

—Besando y abrazando.

La abogada vuelve a asentir con la cabeza, comprensiva.

—¿Y puede describir al tribunal su atuendo? ¿Cómo iba vestida cuando se estaban besando y abrazando?

—No entiendo la pregunta.

—¿No es cierto que, la primera vez que vio a Laurel Vega, usted estaba completamente desnuda sobre la alfombra de la sala de estar, en pleno acto de sexo oral con su marido?

La expresión de Melanie rebosa indignación, adopta una postura decorosa en el estrado que expresa su negativa.

—No. Eso no es cierto —dice Melanie—. Declaro categóricamente que eso es falso, porque a Jack no le gusta con la boca.

Un segundo de silencio moral; luego, la risa abierta del público. Vega se sostiene la cabeza entre las manos. Melanie mira con ojos extraviados. Claramente se ha perdido algo.

—¿Quién se lo ha dicho? —pregunta, turbada y entre grandes negativas, lo que decía Shakespeare sobre la indignación.

—A Jack no le gusta —dice con una voz dominada por la incertidumbre, casi inaudible, como si aclarase

alguna confusión.

La afirmación provoca otra oleada de risas.

El juez utiliza el mazo, y las risas van remitiendo hasta convertirse en pequeños ruidos, un contagio de toses y carcajadas reprimidas.

—Nosotros no hicimos eso.

Esta vez Melanie adopta un tono moral, dejando poco claro si, como los cuáqueros, no hicieron el acto o si sólo descarta el asunto oral.

Por sus ojos puedo decir que Melanie aún se está preguntando qué es lo que ha hecho mal.

—Bueno, gracias por esa perspicacia —dice Hemple.

Empieza a moverse. Con tantos como éste no hace falta apretar.

En su mayor parte, los dos días en los que he asistido a la batalla por la custodia de los niños han sido como una reyerta entre bandas legalmente sancionada. Aunque no es probable que Hastings dé mucha credibilidad a los gustos de Melanie, una legión de expertos contratados por Jack han estado machacando a Laurel con su jerga profesional, suficientes síntomas de dependencia como para causar serios problemas a su caso y sembrar en Hastings serias dudas sobre quién es el más indicado para quedarse los niños.

—¿Cuánto tiempo más desea interrogar a esta testigo? —pregunta el juez, que corta a Hemple.

Pide un par de segundos para consultar con su cliente. Hemple se dirige a la mesa para hablar con Laurel. Las preocupa claramente esa última revelación

sobre drogas. Ahora Hemple tendrá que llamar y acorralar a Jack en el banquillo para tener alguna oportunidad de volver al nivel de base.

—Una hora. Quizá más.

La expresión de Melanie se viene abajo como la de un perro basset.

—¿Y a cuántos testigos más?

—Sólo a uno —dice Hemple, que mira a Vega como si quisiera adobar partes de su anatomía durante toda la noche para el asado en el que seguro va a convertirse por la mañana.

—Entonces se suspende la sesión hasta mañana —concluye el juez—. ¿Comprendido?

El abogado de Jack está de pie y asiente; cuanto antes mejor. Con Jack en el estrado, la prensa acudirá con las espadas afiladas.

—Señoría, una cosa más —dice el abogado—. Nos gustaría mantener una entrevista con el abogado contrario en su despacho después del aplazamiento.

Hastings da un golpe de mazo y baja de la tribuna, seguido por los abogados hasta su despacho.

Fuera de la sala, me inclino sobre la fuente de agua para beber, cuando él aparece detrás de mí.

—Supongo que los dos hemos conocido tiempos mejores.

La voz de Jack Vega tiene la cualidad de la madera arañada contra el borde roto de una lata fina, el legado

vocal de los cigarros y el alcohol. Me sigue por ese pasillito y me acorrala entre la refrigeración y los lavabos. Ésa es la idea de Jack de un buen lugar para reunirse.

Cuando me doy la vuelta él está sonriendo, de pie allí con la mano extendida en un saludo y una expresión bobalicona en el rostro. Con aquellos con los que nunca ha estado casado, o tenido hijos, Jack es, probablemente, inofensivo.

—¿Qué puedo decir, «cuña»?

Sigue refiriéndose a mí como a su cuñado, algo que no somos desde hace algún tiempo. Vaya momento incómodo. No le respondo, sino que me quedo mirando su mano tendida hasta que la deja caer fláccidamente a su lado.

Veo a Laurel mirando, fijándose en mí por encima del hombro de su abogada, mientras ella y Hemple charlan a unos cinco metros de nosotros. Sea lo que sea lo ocurrido en el despacho del juez, las ha conmocionado. La abogada gesticula mucho, es una conversación manual. Pero en este momento estoy seguro de que Laurel no oye nada de eso; se pregunta, en cambio, cómo es posible que intercambie nada que no sean obscenidades con este hombre.

Tras haber rechazado su mano tendida en señal de paz, Jack adopta ahora una postura defensiva, colocando las carretas en círculo en torno a su ego.

Su pelo tiene menos canas, más color del que recuerdo desde nuestra última salida familiar, hace un

año. Parece que Melanie ha arrastrado a Jack a otro tipo distinto de botella. En la coronilla tiene una calva del tamaño de un montículo de *pitcher*. Está rodeado de césped y mechones de múltiples tonos naranja. Sin embargo, desde ningún punto de vista es un hombre atractivo, del modo en que pueden serlo los hombres austeros y de mediana edad.

Es como la mayoría de los políticos que he conocido: un pretencioso estadista que está a la altura de un vendedor de alfombras. Con los años ha conseguido adquirir cierto estilo, y ahora lo luce como el traje de mil dólares que enmarca su anguloso cuerpo. Las pecas que parecen cubrirle el rostro como manchas de moscas parecen más pronunciadas, una especie de expresión de rubicundez asomando por la puerta. Jack ha estado al sol. Vive para el golf, en especial las competiciones plagadas de celebridades donde llevan un carrito frigorífico cargado de cócteles helados para cada hoyo.

Me dice algunas galanterías: que tengo buen aspecto, que la vida parece tratarme bien. Todo ello a pesar de que mi esposa ha muerto, lo que Jack parece evitar. Está ensayando temas más agradables, algo que pueda conducir a un encuentro amistoso. Se mueve y se balancea sin parar, bailando de un pie a otro, poniéndose de puntillas. Es un tic nervioso que Jack nunca ha controlado. En el Capitolio, entre los caciques que practican su oficio lamiendo culos legislativos colectivos y cogiéndose a brazos, a Jack Vega se le conoce como *el Bailarín,* al menos a sus espaldas. Al

igual que su lista de votos, el cuerpo de Vega parece emigrar constantemente hacia la última estridencia.

—Me alegro de que no aceptaras el caso —dice—, por los viejos tiempos.

Está de puntillas delante de mí como un niño que se enfrenta a una urgente llamada de la naturaleza. Para aquellos que conocen a Jack, su movimiento da la medida de su creciente preocupación.

—Los divorcios y las sangrías familiares no son lo mío —le explico.

—Comprendo. Sin embargo, podías haber sido un poco más neutral.

—¿Quieres que me siente en el pasillo central? —le digo.

Se ríe demasiado, luego me mira con ese tipo de sonrisa tensa que he visto en algunos hombres justo antes de que llamen gilipollas a alguien que no los oye.

Miro a lo lejos y veo al hijo de Jack, Danny, sentado en un banco de la pared del fondo estudiando a su madre y su abogada. Está perdido en este lugar, se parece un poco a las caricaturas de los dibujos animados de Ichabod de *Sleepy Hollow*. A pesar de su metro ochenta aún tiene que crecer. Vive para los deportes, sobre todo el béisbol y el baloncesto, lo mira y lo practica, y es capaz de llenarse el estómago con seis comidas al día.

Su hermana, Julie, está de pie a unos pasos de él, esperando la oportunidad para acercarse a su madre.

Julie no estaría aquí si su madre no la hubiera

obligado a asistir. La niña habría preferido quedarse en casa con sus amigos, armando jarana como si nada hubiera ocurrido. Laurel cree que está malcriada. Yo creo que se trata de un mecanismo de defensa de Julie.

—Está bien —me dice Jack—. Supongo que haces lo que tienes que hacer.

—¿Te refieres a mi presencia aquí, con Laurel?

—Sí.

—Es un trabajo desinteresado —le explico.

Asiente como si lo comprendiera, formándose su propia explicación favorable. Pero Jack no entiende lo que quiero decir, que esto sólo en parte tiene que ver con los lazos familiares, con el hecho de que Nikki y Laurel fueran hermanas. Me pongo al lado de Laurel y los niños, en el rincón opuesto a este hombre, por la misma razón que evitaría a una serpiente de cascabel sobre el asfalto caliente delante de mi casa.

—Lo comprendo —dice—. Familias. Son esas historias sobre la llamada de la sangre.

Yo estoy pensando en tiburones y él en lazos familiares. Jack me da la absolución, me perdona mi mal gusto al ponerme de parte de mi cuñada, mientras no deja de hacer un número de Busby Berkeley de puntillas.

Me da el pésame por Nikki. No recuerdo que asistiera al funeral. Se lo digo.

Articula una torpe excusa.

—No sabía si sería bien recibido.

Hago una mueca y dejo que él lo adivine.

Se interesa por Sarah. Le cuento que está bien.

A nuestra derecha, Melanie sale del lavabo de señoras como una exhalación. Me pregunto si habrá estado escuchando a través de la puerta. Al salir hace lo de siempre, seguir el suave zapato de su marido.

—¿Conoces a mi esposa?

Miro a Laurel. No estoy seguro de que sea el momento adecuado.

Sin embargo, Jack hace la presentación. La saludo con la cabeza y sonrío. Me mira como una dependienta de una tienda, preguntándose si he estado mangándole artículos.

Guarda silencio unos segundos mientras nosotros hablamos de trivialidades; por fin mira a Jack y dice:

—¿Se lo has pedido?

Para Melanie, la distancia más corta entre dos puntos es un asalto directo.

—Dame tiempo.

Vega dirige una mirada a su joven esposa, pero eso no la detiene.

—Jack tiene algo que decirte —suelta Melanie.

Jack tose, se aclara la garganta, me sonríe como diciendo: «¡qué mujeres más pesadas!». Jack, que hasta ahora ha estado haciendo cabriolas sin moverse, parece pasar al trote corto.

—Nos preguntábamos —dice, mirando a Melanie—. Nos preguntábamos si podías hablar con ella. —Y señala con la cabeza a Laurel, que está en el otro lado del pasillo.

Le miro con un signo de interrogación.

—Quizá puedas hacerla entrar en razón. Este asunto es muy doloroso para los niños —dice Jack, que habla de la carnicería verbal que tiene lugar en el juzgado—. ¿Qué demonios quiere?

Estoy atónito ante este asalto frontal sin pizca de tacto.

—Bueno, ya sabes que nunca la he entendido —me dice—. Quizá por eso nuestro matrimonio ha fracasado, por falta de comunicación.

Eso y la docena de amantes de Jack.

—¿Por qué no te lees sus peticiones? Creo que todo está muy claro. Quiere los niños.

—Claro. Pero ya sabes a lo que me refiero. ¿Qué es lo que desea en realidad?

Me quedo mirándolo, dudando de que sea tan corto, pero la confirmación está escrita en sus ojos. Jack busca un acuerdo financiero, el precio para comprar sus propios hijos a su madre. Por primera vez me pregunto si tal vez Jack tiene dudas sobre su caso. No me lo puedo creer.

—¿Crees que quiere algo más?

—Claro. Habla con ella. Sé que escuchará. Somos personas razonables.

Sacudo la cabeza, pero no con el tipo de gesto que dice no, sino como una muestra de incredulidad. —Quieres que te lo deletree. Laurel quiere una cosa: los niños.

Lo digo más alto para que pueda oírlo la mitad de la

gente que está en el pasillo, pero Jack es inmune a la vergüenza y pertinaz cuando quiere algo.

—Ella no es capaz de cuidarlos. Demonios, le he ofrecido los veranos.

Mira a Melanie y ambos asienten como si fuera una gran cosa. Seis semanas durante el verano y una en Navidad.

—Incluso me llevaré y devolveré a los niños en avión. Añade esta concesión como el remate que cierra la venta de un automóvil. Entretanto, Melanie asiente a su lado, parpadeando como para subrayar el importante valor de la oferta. Lo miro y le digo:

—No es exactamente como tener los niños, ¿no, Jack?

—Bueno, ¿cómo cojones crees que me siento yo? También son mis hijos.

—Laurel no se los va a llevar fuera del estado —le recuerdo.

—¿Qué quieres que haga? Tengo que ganarme la vida. Jack hace que parezca que el politiqueo ocioso sea como trabajar en una cadena de montaje.

—Además, los niños se están haciendo mayores —dice Melanie—. Danny empieza a tener problemas. El chico ha elegido la pandilla equivocada. Creemos que nosotros podemos hacer mejor trabajo.

—No sabía que fueras tan maternal —le digo.

Me mira, se alisa la falda con las manos planas sobre sus curvas caderas, como diciendo: «¿Para qué te crees que es este cuerpo?»

Jack avanza en el tema antes de que su mujer pueda entrar en él conmigo.

—¿Has visto el informe de la policía sobre Danny?

—Lo he visto ¿Qué puedo decir? Los chicos se meten en líos —le explico.

—Vamos, Paul.

Me dirige una sonrisa franca; luego se pone confidencial. Me pone la mano en el hombro, algo de la fraternidad masculina.

—Tú y yo sabemos la verdad. Laurel vive en un mundo de ensueño. La mujer ha tenido una vida regalada.

Ahora hace que parezca como si él hubiera estado esclavizado trabajando en la mina durante todo su matrimonio mientras Laurel se pasaba el rato comiendo bombones.

—Eso estaba bien cuando era joven y su padre le pagaba las facturas, cuando vivíamos juntos y yo la mantenía.

—Hay quien podría argumentar que entonces estaba criando tres hijos.

Jack ignora el comentario, pero la sonrisa desaparece y su tono se vuelve más impaciente.

—Laurel no puede cuidar a Danny y Julie como nosotros, y ella lo sabe. Tú y yo lo sabemos. Demonios, si hay problemas, podemos darle el consejo adecuado de los profesionales, meterlos en colegios privados. ¿Puede ella costear eso?

—Quizá debieras decir al tribunal que aumente la

manutención de tu esposa y tus hijos.

Me mira bruscamente a los ojos.

—Creía que podríamos hablar de forma razonable. Son tu sobrino y tu sobrina los que tienen problemas.

—Y lo siento por ellos. Ahora son niños de una familia rota, con todos los problemas que se derivan de ello.

Lo dejo caer pesadamente, el divorcio y sus secuelas, de nuevo en su regazo.

Melanie me echa una mirada algo defensiva porque quizá el tema de la conversación esté derivando a la cuestión del hundimiento del hogar.

—Pareces un terapeuta sensiblero —dice.

De repente el elogiado consejo profesional que puede dar a los niños suena a un trabajo realizado por charlatanes.

—¿Hablaste con él? —pregunto.

Vega me mira, espeso. Lo he desorientado con la pregunta.

—¿Con Danny? Después de que lo arrestaran, ¿hablaste con él?

—Sí. Le zurré el trasero.

—Pero ¿hablaste con él?

—¿De qué hay que hablar? El chico necesita un poco de disciplina.

—Eso es algo que sólo un padre puede dar a su hijo.

Melanie me mira de arriba a abajo como si la frase que acaba de soltar estuviera escrita en la Biblia.

—Los chicos se están haciendo mayores —dice

Jack—, y ella no puede controlarlos.

Entonces saca el tema del alcoholismo de Laurel. Ahora lo comprendo, ambos incluyen a los dos.

—Bebía —digo—. En pasado. No ha probado una gota desde que esto empezó, pese a toda la basura que han soltado tus testigos.

—Sí. Hasta la próxima vez —dice Melanie.

—Ha sido un placer —le respondo.

Me dispongo a marcharme de lado para rodearlos a los dos. Nuestra conversación se ha vuelto demasiado estridente, demasiado obvia. Laurel da muestras evidentes de desembarazarse de su abogada y de Julie.

—¿Sí? Bueno, pues se va a poner mucho peor —dice Melanie—, a menos que esté dispuesta a entrar en razón.

Haciendo cabriolas sin moverse del sitio, cambiando su peso, Jack le dirige una de esas miradas que matan.

Su caso ha acabado, han presentado las pruebas y los testigos. Me pregunto de qué está hablando Melanie. Me retraso un momento, una invitación para que ella abra la boca y quizá meta la pata.

Pero Jack la coge de la mano y le aprieta los dedos hasta que las puntas se le ponen blancas.

—Habla con ella —me dice Jack—. Dile que sea razonable.

Empiezan a alejarse. De repente, detrás de ellos veo a Laurel que se les acerca como una locomotora a todo trapo, con los ojos encendidos como dos carbones al rojo. Echa ambos brazos hacia atrás como un

desatinado lanzador de martillo en los juegos olímpicos y los tres kilos de bolso chocan contra el hombro de Jack y después, pasando a escasos centímetros de la cabeza de Melanie, hacen blanco en el bolsito de ésta, una cosa adornada con cuentas, de esos que se llevan bajo el brazo.

Los dos bolsos van a parar al suelo, y su contenido se desparrama y desliza por el duro piso debido al choque: lápices de labios, cajas de maquillaje, monederos y demás objetos quedan a la vista de la gente. Una brocha de plástico rebota en el suelo y sale disparada contra el lustroso zapato de un alguacil que se encuentra fuera del juzgado 14.

Antes de que pueda hacer un movimiento, Laurel está allí con la correa rota de su bolso, empuñando esa tira de cuero como un garrote de mano y haciendo presa en la garganta de Melanie. Por alguna razón, esta animosidad no se despliega contra Jack sino contra Melanie Vega.

La cojo de un brazo antes de que pueda moverse.

Jack está atrapado en medio de las dos mujeres. Ahora se lleva las manos y los brazos a la cabeza, cubriéndose como un luchador arrinconado. Un pañuelo de mujer se le queda pegado en la entrepierna del pantalón: es una cosa negra de encaje como un tapete pequeño que se le adhiere a la lanilla del traje.

El alguacil avanza hacia nosotros.

Cojo a Laurel de un brazo y me coloco delante de ella para cerrarle el paso. Tiene una vitalidad atlética,

una musculatura sensual. Al apretarme contra su cuerpo me sorprende la masa de músculo tenso de su brazo y sus piernas duras como columnas.

—¿Qué sucede? —pregunta el alguacil con voz autoritaria.

El tipo me reconoce y me saluda con la cabeza.

—Sólo una discusión —le explico.

—Discusión; y una mierda —dice Jack, que sale de su encogimiento—. Esta puta ha intentado pegar a mi mujer con el bolso.

Ni un gramo de grasa en el cuerpo, caderas estrechas. Al notar los antebrazos de Laurel, observo que Jack tiene suerte de que no le haya dado un puñetazo. Estaría caído de culo, con el miembro frío en el suelo.

—Pueden utilizar la sala de reunión de los abogados.

El alguacil parece interesado en evitar problemas, en ahorrarse una acusación formal que acarrearía un montón de papeleo.

Con dos dedos, Melanie quita el pañuelo de mujer de los pantalones de su marido y lo deja caer al suelo. Dirige una mirada imperiosa al alguacil como si éste debiera hacer algo más.

Lo hace. Recoge el pañuelo y se lo tiende a Melanie.

—¿Es suyo?

Es lo más parecido a un escupitajo que he visto hacer a una mujer. Hemple recoge el bolso de Laurel, y yo el pañuelo de la mano del policía para meterlo dentro. La gente recoge objetos del suelo.

—Puta. Aléjate de mis hijos —chilla Laurel, que vuelve a lanzar veneno en un segundo golpe—. Me habría gustado que fuera un maldito martillo.

Levanta el bolso por un trozo de su correa rota.

Alejo a Laurel a la fuerza. El alguacil nos dirige una de esas miradas dudosas respaldadas por la ley, y quizá vuelve a pensar si debería preguntar a la víctima si desea presentar cargos.

—Pregúntale lo que ha hecho.

Ahora Laurel está en mis narices mientras la bloqueo con el pecho y la empujo hacia la sala de reunión.

—Y a ti —ahora Laurel se dirige a Jack— te importa una mierda que ella destruya a tus propios hijos.

Llama a Melanie mentirosa, entre otros epítetos surtidos y más odiosos.

No tengo ni idea de lo que está hablando, pero mi instinto de abogado me dice que este pasillo público no es lugar para discutirlo.

Hemple se une a nosotros y empuja a Laurel por detrás como un remolcador de popa.

Melanie habla con el alguacil, es toda manos y gestos faciales, como si quizá pudiera convencerlo para que saque las esposas. El pone cara de circunstancias, como si la comprendiera pero emplease un lenguaje ambiguo. No deja de retroceder hacia el juzgado, recogiendo cosas y ofreciéndoselas a Melanie para que las guarde en el bolso. Sin duda desearía haber estado mirando hacia otro lado cuando esto empezó.

Dentro, tras las persianas de rejilla y el cristal cerrado, Hemple me da el parte.

Laurel todavía está demasiado enfadada para hablar.

—Es el colegio de Julie —dice la abogada—. Pillaron a otra niña con drogas. La chica dice que las consiguió de Julie.

En la medida en que nada relacionado con adolescentes puede sorprenderme, esta información me asombra. Por lo que parece, el único narcótico que interesa a mi sobrina es la adulación de sus colegas. A esto es muy adicta. Me pregunto si ello la ha llevado a cosas más duras.

—Crack —dice Hemple—. La otra niña, su amiga, tenía para su consumo personal, no para vender.

Gracias a Dios por los pequeños favores.

—¿Van a presentar cargos? —pregunto.

Hemple hace una mueca para indicar que no está segura.

—Pillaron a la niña hace tres días. Aún están investigando.

—¿Cómo se enteró Jack tan rápido?

—Eso me pregunto yo —dice Hemple.

Quizá no sea más que una artimaña y Jack y Melanie hayan puesto un poco de creatividad en su propio provecho. Una chica acusada puede ser capaz de inventar una historia e implicar a alguien inocente por un precio; son las reglas del comercio. Jack no es de los

que están encima, velando porque sus hijos no tengan problemas sociales en la escuela, un lugar con más sustancias tóxicas que la estantería de un farmacéutico.

—Esto se pone feo —dice Hemple.

—Es una mentira —dice Laurel.

Me mira con la frialdad de una piedra, con una expresión afilada en sus ojos. Hemos tocado fondo, como el impacto de un ascensor contra el sótano. Para Laurel esto es ahora algo fundamental, un dogma que debo creer.

No obstante, las abjuraciones, comidilla del ámbito de la abogacía, son más comunes que las discusiones sobre el tiempo, y Hemple la ignora.

—Según la chica —dice—, Julie admitió ciertas cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—La niña dice que Julie le explicó que la mercancía procedía de su hogar, de un escondrijo que su madre tiene en casa. Lo que es peor, Melanie lo ha confirmado. Dice que Julie también le contó lo mismo, que su madre tomaba drogas.

—Eso no es cierto —dice Laurel—. Es una puta mentirosa.

Debería esperar que ella se derrumbara, que estuviera luchando contra las lágrimas, acorralada contra el recinto acristalado por la acusación. Sin embargo está de pie, con la cabeza erguida, los hombros rectos, sacudiendo la cabeza y explicándonos en un lenguaje claro e inexpugnable que eso es una patraña.

Para Laurel, que llegó al divorcio con una fe de colegiala en la justicia de los tribunales, ha sido un golpe percatarse lentamente de que el dinero habla aquí con tanta elocuencia como en cualquier otra dimensión de la vida. Si he de creerla, y la creo, ahora está experimentando el primer gusto amargo de cómo la balanza puede inclinarse con el peso del perjurio.

Mientras permanezco de pie y la estudio, al otro lado de la pequeña mesa de juntas —bajo el destello del fluorescente—, un frío reconocimiento, como una nube oscura, cruza su rostro.

—Voy a perder a los niños —dice—. ¿Verdad?

CAPÍTULO 2

—Despierta, pequeña —susurro bajito al oído de mi hija, pero no logro despertarla.

La tele se ha llenado de nieve porque la emisora local corta la transmisión a la hora de las brujas.

Sarah está vestida de princesa de cuento de hadas: por la tarde ha ido a una fiesta de Halloween con algunos niños de su colegio.

Estoy arrellanado en el sofá de la sala, con los pies estirados sobre un reposapiés.

Nos hemos quedado dormidos, Sarah en mi regazo. Llevamos tres noches haciendo lo mismo. Sin Nikki que imponga un orden a nuestras vidas, parece que flotemos

a la deriva, sin rumbo, y hayamos perdido las sanas costumbres de la existencia.

Me levanto y Sarah se aferra a mí, me clava los deditos en la camisa como las uñas de un gatito. Al moverme, suelta unos gemidos plañideros; luego, pequeños maullidos.

Miro el reloj. Es más de la una de la madrugada. No hay modo de despertarla. La levanto en mis brazos como un peso muerto y la llevo a su cuarto.

Esta noche dormirá entre las gasas de una supuesta realeza. Ya se cambiará mañana, antes de ir al colegio.

En estos días me preocupa lo que puedan pensar su profesora o algunas madres cuando ven a mi hija. Viste ropa limpia, pero sin planchar. Quizá sea una suerte que Sarah, que nació ratita presumida, haya perdido la fascinación por las cosas femeninas con la defunción de su madre. Los vestidos que solía ponerse, fruslerías que hacían las delicias de Nikki, ahora cuelgan como fantasmas indolentes en el armario de Sarah. Mi facultad para combinar colores, que nunca ha ido más allá de mis propias corbatas, duele a la vista cuando se aplica a las prendas de una niñita. Las trenzas y las preciosas colas de caballo que Nikki tardaba cinco minutos en hacer desafían a mis dedos gruesos, de manera que ahora, muchas mañanas, el espléndido cabello de Sarah parece heno en pleno tornado de Kansas. Cuando jugamos juntos en estos días, no es a saltar a la cuerda ni a gomas, sino a béisbol, o a lanzar a canasta en el patio, en donde la aúpo cerca del aro

para que pueda practicar sus propios mates. Cada día, al salir del colegio con la cartera balanceándose en sus pequeños hombros, me pregunto si, al uncir su afecto al carro de su padre viudo, mi hija no se ha condenado a vivir como un chiquillo.

Le quito los calcetines, la arropo, le doy un beso en la mejilla y luego le enciendo la luz piloto roja.

Al otro lado del pasillo, en mi habitación, la oigo respirar gracias al monitor infantil que tengo en la mesilla de noche. He hurgado en una docena de cajas del garaje hasta encontrarlo, ya que Nikki lo guardó cuando Sarah cumplió tres años, y las preocupaciones por la muerte súbita infantil y otras paranoias de los padres hubieron pasado. Pero en las semanas siguientes a la muerte de Nikki, Sarah sufría unos ataques de llanto que me partían el alma. Yo iba a su habitación y la abrazaba, la acunaba en mis brazos, mientras ella me hacía preguntas que yo no podía responder. ¿Por qué su padre, que podía hacer cualquier cosa, no traía a mamá otra vez? ¿Adónde había ido? ¿Volveríamos a verla algún día? Mirándola a los tristes ojos, grandes y oliváceos, la calmaba con una letanía de fe en la que le decía que su madre estaba con Dios, que era feliz, que desde las nubes del cielo cuidaba de su niñita y que un día estaríamos todos juntos, esta vez para siempre. Y en lo más hondo de mi alma tenía la esperanza, por encima de todo lo que sabía, de que fuera cierto. Entonces Sarah se dormía, reconfortada por la promesa de los deseos de un padre.

Me meto en la ducha como un rayo. El agua fría me lame las piernas hasta media pantorrilla. He olvidado bañar a Sarah. Al tirar del tapón oigo sonar el teléfono en la mesilla de noche, y corro hacia él, con una toalla alrededor de la cintura, por temor a que la despierte. ¿Quién coño llama a estas horas? No pueden ser buenas noticias.

—Señor Madriani.

—Sí.

—Soy Gail Hemple.

—¿Qué sucede?

—Estoy en casa de Jack Vega. Será mejor que venga para aquí lo antes posible.

—¿Cuál es el problema?

—La policía está aquí —dice—. Hace una hora recibí una llamada del abogado de Vega.

Eso me golpea como un cuchillo de hielo en el cínico centro de mi cerebro de abogado. Seguro que Laurel y su mal carácter... Ha cometido alguna estupidez, como romper una ventana, hacer añicos un parabrisas, grabar sus iniciales con una llave en el satinado acabado del Lexus de 80,000 dólares que el estado le ha prestado a Jack. Después de alegar en el juzgado que tenía drogas en casa, sabía que tenía que haberla traído aquí a pasar la noche. Antes de cenar estuve dos horas interrogando a conciencia a Julie y a su madre sobre los cargos. Cada una, a su vez, los negó con rotundidad.

—¿Qué ha hecho? —le pregunto.

Hay un momento de duda en el teléfono mientras

Hemple se sitúa. Ella sabe de quién estoy hablando. Es evidente que su cliente ha hecho algo.

—Ahora no puedo hablar. No diga nada más. Estoy en el coche, y le hablo por el teléfono celular. Limítese a contestarme a una pregunta: ¿está ella con usted ahora?

—¿Laurel?

—Diga sólo sí o no.

—No. Probablemente esté en casa.

—No está en su casa.

—¿Dónde están los niños? —le pregunto—. ¿Qué coño está pasando?

—No puedo hablar. Vaya para allá ahora mismo. —Sarah está durmiendo. Tengo que buscar a alguien para que la cuide.

—Pues hágalo —dice, y cuelga.

La señora Bailey, la vecina de al lado, tal vez nunca me perdone: una llamada en mitad de la noche, otra petición de ayuda urgente. Es la típica abuela solitaria, sesenta y dos años, de moral estricta, que va a la iglesia, tiene hábitos conservadores y vive para el bienestar de los niños pequeños y sus clases semanales de Biblia, por ese orden. Me temo que me he aprovechado de su debilidad por los niños. Ella ha sido mi muleta perpetua, mi canguro en cualquier emergencia desde la muerte de Nikki. No acepta dinero por ello, de modo que espero a que su valla trasera se desplome en una

tormenta de viento o a que se le estropee el coche una mañana para arreglárselos y así corresponder a su amabilidad con un trabajo de hombres. Hasta la fecha, lo que posee está en perfecto estado y funcionando, y eso es más de lo que puedo decir de mí en este momento.

Borro el sueño de mis ojos, agarrado al volante con las dos manos mientras conduzco.

Jack y Melanie Vega viven en un callejón sin salida de la avenida Cuarenta y dos, en una gran casa colonial con tejado a la holandesa, columnas blancas sobre un retallo de césped, con la manicura hecha, más grande que los parques de algunas ciudades.

A dos manzanas de su casa veo un resplandor proyectado contra el cielo de la noche, nublada por los vapores del principio del otoño, de colores fantasmales que destellan azul, ámbar y rojo. Dos coches patrulla bloquean la intersección que conduce a la casa de Jack, el único camino para entrar o salir.

Miento a uno de los policías diciéndole que soy un pariente. Me deja pasar, y me ordena que aparque al otro lado de la calle.

Estacionado directamente ante la casa de Jack, un camión de bomberos, de motor diesel, canturrea una tediosa y monótona cantinela.

Durante un momento me sorprendo. Nunca he pensado en Laurel como una especie de pirómana, por tanto descarto la idea. Ahora, si tu niño se traga, por ejemplo, una babosa, ellos te mandan un coche grúa de

bomberos, el vehículo elegido para cualquier emergencia.

En el bordillo, en mi lado de la calle, se congrega una muchedumbre cada vez mayor: unos cuantos fisgones que pasaban por ahí y vecinos. Algunas almas audaces cruzan al otro lado, más cerca de la casa, para sonsacar información a uno de los policías y a los bomberos. Busco a Gail Hemple, pero ni rastro.

Aparco el coche y echo a andar, abriéndome paso a través de los vecinos, la mayoría de los cuales están en bata y zapatillas. Un tipo en pantalones, con la chaqueta abrochada hasta la barbilla y mocasines sin calcetines, se sube el cuello para protegerse del frío. Atosiga a una anciana para que le explique los rumores que circulan entre la multitud, lo que ha visto u oído, pero la buena mujer no hace más que encogerse de hombros.

—Uno de los policías dijo algo sobre una víctima —dice ella.

De repente se me hace un nudo en el estómago y me cae sudor frío por la frente. La voz de Hemple en el teléfono, su tono, no era la sirena de la preocupación por alguna travesura menor hecha como *vendetta*.

El camino de entrada, la única ruptura en dos metros de verja de hierro forjado que sella la parte delantera de la casa, está precintada por una cinta amarilla de la policía. Tipos con ropa de calle pasean de un lado a otro, entre la casa y los coches estacionados, con pequeñas bolsitas de forense en las manos.

El pórtico de la casa de Jack es una miniatura de la

mansión del ejecutivo, sólo falta la guardia de honor y el servicio secreto. Jack vive para impresionar al mundo. Tengo una clara visión de la entrada, abierta de par en par —como un árbol de Navidad—, rodeada de columnas corintias.

De todo ello no cabe sino una deducción: una víctima que no necesita el cuidado urgente de las ambulancias a la carrera. La idea, las escasas posibilidades, me producen escalofríos.

He intentado llamar a Laurel a su casa cuatro veces por el teléfono celular mientras venía hacia aquí, pero no he obtenido respuesta. Supongo que los niños deben de estar con ella.

Oigo una voz suave detrás de mí que me dice:

—Señor Madriani.

Me doy la vuelta y veo a Gail Hemple. Está a unos seis metros de distancia, con un pequeño grupo, otra mujer y una pareja cogida del brazo, cerca de unos arbustos, en el camino de entrada de una casa. La mujer que hay al lado de Hemple me resulta vagamente familiar, una cara que reconozco pero a la que no puedo ponerle nombre, alguien de una vida pasada. La pareja, hombre y mujer, jóvenes y temblorosos por el frío, no prende ninguna brasa de recuerdo en mi memoria.

Avanzo hacia ellos, y Hemple me sale al encuentro, acercándose un poco para que no nos oigan.

—¿Qué sucede?

Hemple da un largo suspiro.

—Malas noticias —susurra—. Ha habido un disparo.

Por mi expresión, comprueba que no me sorprende, después de nadar en el mar de rumores que se ha organizado aquí. Espero la última frase.

Me lee el pensamiento.

—Melanie Vega está muerta.

Eso me deja sin respiración. Mi mente se dispara.

—¿Dónde está Laurel?

—Dígamelo usted.

—¿Y Jack?

Me hace una mueca, un interrogante.

Tardo un rato en asimilar todas las implicaciones.

—¿Tal vez sea un robo? —digo, esperanzado.

Hemple sacude la cabeza. No sabe nada.

—Los policías no dicen nada.

Por la expresión de su rostro, yo diría que tiene otra idea.

—Llamé a casa de Laurel tan pronto como el abogado de Vega se puso en contacto conmigo —dice ella.

—¿Y los niños?

Levanta las palmas y encoge los hombros. No tiene ni idea.

—Maravilloso.

Mientras hablamos, la mujer de rostro familiar con la que estaba hablando Gail aparece detrás de ella. Es atractiva, morena y viste un chándal que parece haber sacado del armario al oír el sonido de las sirenas.

Pienso que tal vez quiera hablar con Hemple. Entonces me mira directamente, me sonríe y dice:

—Paul. Me alegro de volver a verte. Siento que sea en estas circunstancias.

Ahora se está recreando en mi mirada en blanco, mal disimulada por una sonrisa estúpida. Asiento con la cabeza; gesto que indica que no tengo ni idea.

La mujer sonríe.

—Dana Colby —dice—. Facultad de derecho. —Y se eleva cierto deje en su voz—. Ha pasado mucho tiempo. Yo iba un año detrás de ti.

—Ah, sí. Lo recuerdo —digo, pero mi voz está llena de desconfianza en mi propia memoria, ya que el juego de los nombres y las caras nunca ha sido mi fuerte.

Mientras estamos allí hablando, el recuerdo aparece como los escalofríos que preceden a una gripe, vagos recuerdos de esta mujer me dan patadas en el culo en algún lugar de un juzgado. No la veía desde hacía algunos años. Era una de la docena de mujeres que iban a la universidad antes de la avalancha femenina. Si mal no recuerdo, era uno de aquellos huesos sobre los que todos soñábamos saltar. Un metro sesenta, cabello cobrizo, ojos como una amatista brillante, cara de ángel y un cuerpo que sólo Dios podía haber hecho. No ha cambiado. En el departamento de genes, ella es en lo que piensa toda mujer cuando dice que la vida es injusta.

Pero ahora mismo lo único que quiero es estar con Hemple a solas para poder hablar. La pareja que parecía estar con Colby se ha movido un poco, son un hombre y una mujer jóvenes, en mitad de la treintena. Parecen

estar unidos a Colby como la sombra cosida del gran Pan.

Dana Colby me mira, y vacila por un momento como dudando.

—Os lo presentaré —les dice a ellos—, pero me temo que no sé vuestros nombres.

—George Merlow... mi esposa Kathy.

El tipo asiente a Colby y sonríe. Le estrecho la mano.

—Vivimos en esta manzana. Es muy preocupante. Nos acabamos de mudar —nos explica.

Kathy Merlow tiene una cara larga e insípida, cabello rubio oscuro y una expresión somnolienta como si hubiera estado enferma. Es una mujer menuda, tiene la mano enlazada al brazo de su esposo y perdida dentro del bolsillo del abrigo de lana de él, que es de *tweed* y cuyo cuello subido proyecta una sombra. El cabello del hombre es oscuro y cerdoso. Al volverse e inclinarse al oído de su esposa, veo los finos rizos de George Merlow recogidos en una cola. Su aspecto descuidado es el de una celebridad de vacaciones. Tiene un ligero acento, algo del este de Omaha, quizá Massachusetts o Nueva York, pero no es fuerte ni fijo, quizá sea un tipo sin raíces que haya vivido en un montón de sitios.

Cuando lo miro, hay mucha inquietud en sus ojos, gestos nerviosos. De pie en la calle, esperando la ambulancia del forense, atribuyo esta ansiedad a los acontecimientos vespertinos.

Nuestro grupito es unánime.

—Es horrible —son las primeras palabras de Kathy

Merlow—. Cada noche, desde que llegamos, salen disparos en las noticias. Vaya ciudad violenta.

Parece como si la capital no les hubiera causado buena impresión. Creo que tal vez sean de Mayberry, y me imagino a chicos silbando y con cañas de pescar.

—Si paseas por la calle, te conviertes en un blanco móvil —dice el tipo.

—Como en cualquier otra gran ciudad —replica Colby a la pareja—. Sin embargo, podíamos esperar un vehículo mejor recibido —dice, mirando la furgoneta del forense, que acaba de entrar en el camino de la casa de Jack.

Dos policías vuelven a poner la cinta precintadora en su sitio.

Hemple me mira, como diciendo: esperemos que la poli piense igual que nosotros sobre la violencia indiscriminada.

Rezo porque Laurel tenga una coartada: igual estaba fuera asistiendo a una misa de medianoche en las hermanas de la misericordia. Desde el divorcio, con Laurel nunca se sabe. Una noche se presentó en casa con un cura católico. Nikki tenía un mareo de agárrate y no te menees, consecuencia de una sesión de quimio. Me tocó a mí entretener en pijama a Laurel y a su eminencia a las dos de la madrugada. Parece ser que Laurel se sentía especialmente pecadora aquella noche. Por fin acabó haciendo cola para confesarse y, más tarde, con una amiga, invitó a su joven confesor a cenar. Después de hacer la penitencia con los cócteles, Laurel

se las arregló para librarse de su amiga y convencer a su compañero de negro que se quitara el alzacuello y dieran unos pasos en la pista de baile. Cuando llegaron a mi casa, con cara de colocón, Laurel se entretenía poniendo a prueba los votos de celibato. Hay veces en las que mi cuñada puede ser el mismísimo diablo.

Aun así, no creo que llegara a matar.

—Tengo entendido que son parientes —dice Colby.

Me está mirando, y hace un gesto con la cabeza en dirección a la casa que está detrás de la cinta, brillantemente iluminada.

Miro a Hemple, que, a su vez, me dirige una mirada que equivale a llamarme bocazas.

—Antaño fuimos cuñados —le explico.

—Oh.

Guarda silencio, como si estuviera dudando del pecado venial de un anciano tío.

—¿Vives en el barrio? —le pregunto.

—A unas manzanas.

Señala en dirección a alguna parte por encima del hombro. Los años han sido benévolos con ella.

—¿Y tú?

—Pasaba por aquí.

Mientras esto escapa de mis labios, pienso: son las dos de la madrugada, y Colby se debe de preguntar de qué bar vengo. Sin embargo, no me molesta advertirle de que estoy aquí por trabajo, en busca de la recalcitrante Laurel, ni de que alimento sospechas de que ella pudiera estar implicada en las actividades del

otro lado de la calle.

Parece ser que las dos mujeres —Hemple y Colby— han hecho sus cosillas juntas en el Queen's Bench, un club local para abogadas donde se perseguían la una a la otra por la posesión de la silla más adecuada de la distinguida oficina como parte del juego para la promoción del bello sexo.

—Dana está en la oficina del fiscal de los Estados Unidos—dice Hemple—. En la unidad de funcionarios —dice esto con énfasis, como si colgase un cartel que dijera «regalo del fiscal».

—Ah. Ahora me acuerdo.

Colby y yo nos enfrentamos. Fue un asunto que se resolvió en los tribunales federales, antes, cuando yo estaba en la compañía. Dana Colby me «limpió la cartera». Un juez federal de distrito, otra mujer —probablemente de su clan—, retiró a mi cliente de la calle hasta la próxima glaciación. No hay justos suficientes de este lado del cielo para ver su liberación.

—Pareces constipada —dice Colby a Kathy Merlow.

—Está pasando una gripe —observa su marido.

—Deberías llevarla a casa —le aconseja Colby.

Todo esto parece resbalarle a Kathy Merlow. Su mirada está fija en la casa de Jack.

—¿Cree que la sacarán pronto?

Por un momento no estoy seguro de a quién está hablando Kathy Merlow. Entonces me doy cuenta. Le ha mordido la curiosidad morbosa. Quiere ver el cadáver de Melanie Vega envuelto en su sudario.

—¿La conocía? —le pregunto.

Me mira por primera vez, con los ojos muy abiertos.

—Oh, no. No. Nunca nos conocimos. —Y parece poner énfasis en recalcarlo—. No conocíamos a ninguno de ellos, ya que no llevamos el tiempo suficiente. En realidad no conocemos a nadie —dice, mirándome con los ojos muy abiertos.

Parece aliviada por el hecho de que los Merlow y los vega sean extraños, como si la violencia fuera algo contagioso y la distancia inmunizase a modo de vacuna.

—Creo que deberíamos irnos a casa.

George mira a su esposa, como si este espectáculo hubiera sido demasiado para ella, y luego a Colby, a quien le susurra algo al oído. Ella asiente, pero no sonríe. Sospecho que le está riñendo por traer a su esposa hasta aquí.

—Venga, vámonos —dice George, y empuja a Kathy hacia la calle. Luego se dirige a mí—: Encantado de conocerlo. Me habría gustado que hubiera sido en mejores circunstancias.

Y se encaminan hacia la calle.

—Una pareja agradable —dice Colby.

—Sí.

Y observo cómo se marchan, cruzan el callejón y emprenden el camino hacia su casa.

—Pero deben de ser introvertidos.

—¿Por qué?

—No conocen a los Vega aunque viven en la puerta de al lado.

Me mira con expresión de perplejidad.

—Tienes razón.

De repente, mi atención se desplaza al «césped sur», hacia el pórtico, ésa es la fantasía de Jack sobre helicópteros y grandes viajes de estado. Algo pasa en el porche principal. Veo salir a Vega y a otro hombre. Jack está escudriñando entre la multitud que se congrega ante su casa. Incluso desde esta distancia da la imagen de que ha ocurrido una muerte reciente. Tiene rostro de cansancio, grandes bolsas debajo de los ojos. Pero mi vista se clava en el tipo que anda detrás de él. Se me hiela la sangre al ver a Jimmy Lama, el policía del infierno.

Lama y yo nos conocemos desde hace años, cuando lo acusé y empapelé por los cargos de brutalidad excesiva en el arresto de uno de mis clientes. Recientemente nos enzarzamos en el juicio de Talia Potter, cuando Lama, violando una orden dictada por un tribunal, reveló información confidencial a la prensa que me relacionaba con el asesinato del marido de Talia, Ben Potter, el miembro más antiguo de la vieja compañía de abogados. Talia y yo tuvimos un rollo. Para mi descrédito, mantuvimos breves relaciones durante un período en el que yo estaba separado de Nikki. Pero los esfuerzos de Lama por implicarme en el asunto se hicieron añicos cuando Talia fue exculpada del asesinato de su marido y se resolvió el misterio de quién lo había cometido. Según el marcador de Lama, aún le llevo ventaja. Jimmy fue expedientado por violar el

secreto del sumario, suspendido de sueldo y degradado.

Vega busca entre la multitud, mirando, haciéndose visera con la mano contra el resplandor de las luces. Algunos vehículos de la policía hacen girar las luces de manera sincronizada en la entrada de su casa. De repente, Vega me señala con el brazo extendido, con el dedo como una pistola, y Jimmy Lama asoma tras su hombro para hacer puntería justo contra mí.

—Me alegro de verlo, abogado —dice el policía—. ¡Y yo que creía que la vida era demasiado corta!

En el rostro de Jimmy Lama, la sonrisa es algo siniestro. El rasgo predominante de Lama es que tiene una espalda como un armario; es cuadrado, desde el ángulo de la mandíbula hasta lo que queda de pelo en la cabeza, nivelado por un corte a cepillo. Este corte es una reminiscencia de sus días en el ejército. Me contaron que en otro tiempo prestó servicio en la policía militar de una embajada del telón de acero. A menudo me pregunto de qué lado del telón.

Lama y yo tenemos una larga y desagradable historia, un nivel de enemistad parecido al de árabes e israelíes. Nuestros respectivos búnkers han sido el juzgado y la comisaría de policía de esta ciudad. Lama mide un metro ochenta, aunque su estatura moral es algo más enana. Es ambicioso hasta la saciedad y corrupto a la manera de muchos codiciosos, no de dinero sino de movilidad ascendente. Su carrera se ha

retrasado un grado desde nuestro último encuentro. Se ha pasado los últimos tres años remontando el nivel de suelo en el que estaba después de la acción disciplinaria de la que me considera responsable.

El policía joven y uniformado que me ha venido a buscar a la calle me presenta como si no conociera a Lama.

—De modo que vuelve a ser teniente —digo—. Eso explica el ruido, el viejo sonido familiar.

—¿Qué ruido? —dice Lama.

—Los arañazos del tonel en el centro de la ciudad.

Con dos viles rajas por ojos, suelta alguna obscenidad, algo que acaba con su culo, y me invita a que me doble. Dice esto entre dientes, para que Hemple y los demás policías no puedan oírlo. Quizá sea cierto que uno madura con la edad. Jimmy Lama ha aprendido a contenerse un poco. Hace diez años mis palabras me habrían comportado un cambio en el contorno de la cabeza, adaptado a las ondulaciones de su linterna.

Lama está sentado, espatarrado en un sillón de piel junto a la chimenea. Mastica un palillo, un tranquilizante desde que dejó de fumar hace unos años.

Gail Hemple ha entrado conmigo, aunque no ha sido invitada. Creo que ésta planea un juego abogado-cliente con Lama, un pacto de privilegios e inmunidades para intentar alejar el fuego de mí. Yo podría hacer lo mismo, pero a Lama sólo le costaría una hora y un par de llamadas telefónicas descubrir que nunca aparecí en

el tribunal como abogado de Laurel. Entonces él no me dejaría tranquilo.

—¿Dónde está la señora? —me pregunta.

—¿Ha perdido a alguien?

—A tu cuñada, imbécil. —Sacude la cabeza y sonríe alrededor del palillo—. Ponlo fácil y dinos dónde está.

—Debería probar en su casa. Allí es donde vive.

—No hay nadie.

—¿De veras?

Lama mastica el palillo hasta dejarle la punta roma.

Ahora, Jack se une a nosotros en el comedor. Al entrar, el forense y un ayudante estaban trasladando el cuerpo por la escalera de caracol; Jack los seguía a unos metros. Sólo me miró de reojo, pero fue una mirada de venganza.

Cuando ahora me ve, los ojos le echan llamaradas. El aspecto de Vega me dice que es más que pena. Ha estado buscando consuelo en la botella. Quiere más. Se dirige hacia el carrito de los licores que se encuentra en el rincón. A medio camino se detiene, con un pensamiento que no puede reprimir.

—Hijo de puta. Te lo dije. Te advertí. —Esgrime el dedo ante mi cara—. Laurel se había pasado de la raya y tú lo sabías.

Habla como si se hubieran presentado todas las pruebas, la vista estuviera sobreseída y el caso cerrado. Ahora sólo le falta atrapar a Laurel.

Es un momento embarazoso para pelearme con el marido. Miro a Lama.

Éste sonríe. No me brinda ningún respiro.

Por fin ofrezco a Jack mis condolencias, le digo que siento lo ocurrido, pero él está haciendo un montón de suposiciones y sacando conclusiones precipitadas.

—Mierda —me suelta Vega.

Le he dado lo que deseaba: pie para atacar a Laurel.

—La puta ha matado a Melanie —dice—. Le falta un tornillo. Ya lo viste en el tribunal. Amenazas y violencia. Saltó contra Melanie en el pasillo como un animal.

Ahora está intentando convencerme.

—Fue un impulso —digo—. Una pelea, eso es todo.

—¡Una pelea! —chilla Jack, al que le brillan los ojos de rabia—. ¿Qué quieres, Kodachrome? ¿Deseas que te lo pase en color? ¿Quieres ver a Laurel apretando el gatillo en una cinta de vídeo? Oh, te encantaría —añade—. Como el resto de los abogados, lo harías pedazos y lo convertirías en una demanda. Un montón de imágenes congeladas y mentiras. Así podríais acusar a Melanie de interceptar la trayectoria de una bala. Bueno, eso no va a suceder aquí. Laurel está acabada —me dice—. Voy a apretar todas las jodidas teclas de este estado.

Se queda ahí parado varios segundos, esperando a ver si puedo ofrecer otro razonamiento.

Quiero preguntarle dónde estaba esta noche, si vio algo, si en realidad existe una cinta o si todo esto son iracundas imaginaciones de Jack. Pero la discreción supera mi instinto de abogado y guardo silencio.

Vega murmura algo entre dientes; por fin ha

conseguido una victoria en un mal día. Pasa por detrás de mí. Lo siguiente que oigo es el tintineo de cubitos de hielo en un vaso, el bourbon chocando contra los cubitos. Le pediría una copa, pero temo que me arroje la botella.

Lama espera a ver si Jack me puede lanzar más bilis. Es una de las alegrías de Jimmy en esta vida: sembrar el dolor. Se da cuenta de que ya ha acabado.

—¿Tiene fotos? —le pregunto a Lama.

—Está aquí para responder preguntas —me dice—. Yo se las haré.

—No tenemos nada que decir —suelta Hemple.

—¿Quién la ha invitado?

—Soy la abogada de Laurel Vega.

Hemple saca una tarjeta de visita del bolsillo de la chaqueta y se la da a Lama. Éste la mira, sonríe y luego empieza a hurgarse los dientes con una de las puntiagudas esquinas de la tarjeta.

—Ah, bueno. ¿Entonces podrá decirnos dónde está su cliente?

—No lo sé.

—Anote eso —dice Lama—. Su abogada no tiene ni idea de dónde está la sospechosa.

Otro detective que está en la sala garabatea eso en un cuadernillo.

—Quizá sepa dónde ha estado antes, sobre las once y media.

Hemple guarda silencio.

—Parece que no lo sabe. Anote eso. ¿Hay algo que

quiera usted decirnos? —pregunta Lama con una sonrisa de comemierda en el rostro.

Hemple no responde.

—Jo, gracias por venir.

El señor Duplicidad sonríe. Luego hace gestos a uno de los policías uniformados, que acompaña a Hemple hasta la puerta.

Ahora Lama vuelve a dirigir su veneno hacia mí.

—Y usted, ¿dónde estaba a las once y media de esta noche?

—Jo, Jimmy, ¿voy a necesitar un abogado?

—No a menos que sepa algo que nosotros desconozcamos.

—Anote eso —digo al detective del otro lado de la sala, que suelta un pequeño hipido de risa contenida.

—Siempre el mismo sabihondo —dice Lama—. Tengo entendido que ha estado jugando al ángel de la guarda con su cuñada. Supongo que esta noche no ha tenido mucho éxito.

No le respondo.

—¿Supongo que usted la conoce mejor que otros?

Mi mirada es una admisión.

—Entonces, ¿probablemente sabrá si tiene una pistola? Lo miro con ojos brillantes como si hubiera dado con algo.

—¿De qué tipo?

—Nueve milímetros, semiautomática.

—No tengo ni la más remota idea —le respondo.

Lama me hace una mueca. Me ha dado información

a cambio de nada. Supongo que significa que no tienen el arma. Si la tuvieran, Lama me habría dicho la marca y el modelo. Supongo que tienen casquillos y los restos de balística que quedan cuando el plomo desgarra el tejido o rompe el hueso.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —dice, cabreado.

—¿A quién?

Me mira.

—No me joda.

Rompe el palillo por la mitad y escupe el trozo roto en el suelo.

Le hago una mueca, y lo pienso un par de segundos.

—Esta tarde, en el tribunal.

—¿No la ha visto desde entonces?

Sacudo la cabeza.

El policía de la libretita está tomando notas.

—Así, ¿no tiene ninguna idea de dónde están los niños?

—Supongo que con su madre.

Un regalo de Dios, pienso. Dos pequeñas coartadas con patas y respirando, para lo que Dios quiera que sirvan.

—¡Maldita sea! —dice Jack, que derrama el alcohol sobre la alfombra debido al temblor de su mano—. Ha matado a mi esposa, y ahora se escapa con mis hijos. ¿A qué coño están esperando sus muchachos?

Una cosa era cuando Jack me estaba importunando a mí, pero ahora se está metiendo en el caso de Lama.

Una señal con la cabeza por parte de Jimmy y, de repente, Vega es acompañado tranquilamente fuera de la habitación. El policía lo siente, pero se tiene que ir porque aquí se están tratando asuntos oficiales.

Al salir, Vega se vuelve para mirarme.

—Será mejor que los suelte.

Está hablando de los niños. Jack se imagina a Laurel en Río. Yo la conozco mejor. No tiene dinero.

—Me has oído. No voy a dejar piedra sin remover —dice esto como si sinceramente creyera que puedo dar información.

Luego ya es historia, sale por la puerta, intentando echarme una última ojeada por encima del hombro del policía.

Lama sonríe, y se mete otro palillo en la boca.

—¡Qué hombre más furioso! No me gustaría que la cogiera conmigo.

—Una de las batallas de la vida —le explico.

—Sí. Hablando de batallas, tengo entendido que esta tarde armó una buena trifulca en el juzgado.

—¿Yo?

—Sí. Laurel Vega atacó a la víctima... la fallecida —dice con todo el acento en la palabra de la «f».

—Como he dicho, fue una pelea menor por el asunto de la custodia. Atraviesa una situación difícil, y es un poco temperamental. Yo no lo llamaría ataque.

—Jo... he oído que golpeó a la mujer con su jodido bolso —dice Lama.

Jimmy Lama chasquea los dedos un par de veces y

su colega de la libreta empieza a pasar páginas. El tipo encuentralo que estaba buscando.

—«Laurel Vega dijo que le habría gustado que fuera un martillo» —lee el policía en sus notas.

—Quizá encontró algo mejor que un martillo —apostilla Lama.

—Buena idea, pero si eso es todo lo que tienen, creo que deberían levantarse de sus poltronas y empezar a buscar a quien realmente ha matado a Melanie Vega.

—Oh, creo que eso es lo que estamos haciendo.

Lama mastica el resto del palillo con los dientes y me dirige una sonrisa maliciosa.

—¿Hemos terminado?

—Por el momento.

Se levanta de la silla como si fuera a acompañarme hasta la puerta. Me toca en el codo, y casi retrocedo ante el contacto. Lama me mira. Si no lo conociera mejor, diría que se había ofendido.

—Mire, si la ve nos lo dirá, ¿verdad?

—Claro. Puede apostar algo a que sí.

Sé que no tendré que hacerlo. Vega me hará seguir por sus subordinados.

—Apreciamos la cooperación.

Casi se ríe para sí. Noto cómo el contento crece en su interior al saber que ahora estoy metido en este lío.

Vamos hacia la puerta. Me ve salir al pórtico. Lama pisa fuera del felpudo de la entrada, sobre el suelo terroso, y rompe fragmentos de arcilla. Lleva unas botas negras de tacón bajo —lo que ellos llaman Wellingtons—

con pequeñas cremalleras al costado. Las he visto en el CHP y a unos pocos sargentos instructores, sus héroes. Araña la tierra del fondo del felpudo.

—Parece que alguien ha hecho una marranada —dice.

Hay un reguero de tierra negra en las tablas junto a la puerta principal.

Lama levanta la vista. Mis ojos le siguen.

—Jo... alguien lo ha arañado de veras.

Allí, bajo el techo del pórtico, tres metros más arriba, hay una sola cámara de seguridad dirigida hacia la entrada que tiene la lente llena de tierra, y la funda de plástico exterior está rota como una cáscara de huevo.

Sonríe. Jimmy Lama me está transmitiendo un mensaje: una imagen vale más que mil palabras.

CAPÍTULO 3

—Tío Paul.

Danny Vega me espera junto a mi casa con una expresión de perrillo abandonado bajo una gorra de los Giants. Es todo codos y rodillas, la arquitectura de la juventud, que resulta bueno para apoyar la barbilla cuando se sienta, como está ahora en mi porche delantero.

Son casi las cuatro de la madrugada y es la última persona que esperaba ver.

—¿Danny?

Detecta la interrogación en mi voz.

—La canguro dijo que podíamos venir, por lo que me puse mis cosas y cogí la moto, que está en el garaje. Me mira con sus ovales ojos marrones.

—¿He hecho bien, no?

Dice esto como si fuera a arrojarlo a la calle.

—Claro que sí.

Sonrío, y quizá es la única mirada agradable que ha recibido de un adulto en los últimos tiempos.

Veo la Vespa junto a mi banco de trabajo, el estilo de Danny en el mundo de la familia monoparental. Junto a ella hay un casco rojo y una pequeña mochila.

Laurel y yo le regalamos la moto en su último cumpleaños. Danny hizo una caja de madera que se adapta perfectamente a la parte trasera, en la que, bajo candado y cerradura, mantiene los objetos místicos que captan la imaginación de un muchacho de quince años.

—¿Dónde está tu madre? ¿Por qué no te ha traído ella?

Encoge los hombros todo lo que los antebrazos se lo permiten y sacude la cabeza.

—Pensé que estaba contigo.

Danny no tiene ni idea de dónde está Laurel.

Me dan escalofríos que me recorren el cuerpo, una mezcla de falta de sueño e imaginaciones de dónde debe de estar Laurel a estas horas.

Nada de eso parece preocupar a Danny. Es sobrio como suelen ser los adolescentes. Pocas cosas más

insignificantes que un ataque nuclear lo animarían, y eso sólo por los destellos brillantes. A pesar de la desesperada situación familiar, su expresión es un mapa de la inocencia indolente.

A menudo parece estar transmitiendo desde una frecuencia diferente. En sus momentos de meditación más profundos perderías el culo especulando sobre lo que pasa por esa mente. En cualquier conversación puedes tardar medio día en adivinar de qué está hablando, y si tienes diez hipótesis, no dudes de que te equivocarás en nueve. El chico está en ese fulgor adolescente, atrapado en algún lugar entre la pubertad y la dimensión desconocida.

Danny no se parece en nada a Jack. En la pigmentación y los ojos, así como en la boca, el niño es parecido a su madre. Como el propio Danny ha notado, aún tiene que emprender serias incursiones más allá del golfo del sexo. No tiene amigas serias del bello sexo, aunque he visto a muy pocas chicas cerrar los párpados de ese modo, con esas pestañas como tiras atrapamoscas marca Venus. A su modo, aunque no es afeminado, Danny era más guapo que ellas. Las vueltas de la MTV parecen no tener ningún atractivo aparente. Nunca lo he visto de puertas afuera sin una gorra de béisbol calada hasta las orejas al modo de los ídolos de los cromos de los cincuenta. Por lo que parece, ha evitado el desorden social de la juventud americana, la enfermedad del «tranqui». Pero ha pagado un precio: Danny sufre el dolor permanente de no ser uno de esos

tipos. Su único intento de socialización, un viaje en un carro mangado con otros chicos, fue obligado por las presiones de sus colegas más combustibles que ninguna otra pieza en un bloque de motor. Y terminó con un chisporroteante petardeo, a la luz intermitente de la policía, y las duras palabras de un padre que había estado ausente durante buena parte de la vida de Danny. Hechas todas estas consideraciones, creo que Danny Vega habría sido más feliz de haber nacido en una granja en la verde campiña... en algún momento del siglo pasado.

—Ella dijo que ibas a casa de papá, que había ocurrido algo.

Supongo que por «ella» se refiere a la señora Bailey, que es quien ha descolgado el teléfono. Danny posee un léxico hecho a base de pensamientos inconexos.

—Julie está dentro —me explica sin que se lo pregunte—. Creo que está dormida —añade.

No pregunta qué ha sucedido en casa de su padre. En cambio, vuelve a perderse en otra longitud de onda, algo sobre la cera y una maqueta que ha de hacer, un proyecto para el colegio, dice.

Ahora tengo otra preocupación a las cuatro de la mañana: la cera.

—Igual hay cera en el garaje, ya que tu tía la usaba para envasar. ¿Puedes esperar hasta mañana?

Y le dedico un largo bostezo.

—Está bien.

—¿Cuándo has visto a tu madre por última vez?

Hace una mueca, intentando recordar.

—A las tres… o así. Puede que fueran las cuatro.

Para Danny, el tiempo es un bien fungible. Como el grano o las tripas de cerdo, a cualquier hora del día puede ser cambiado por otro. No lleva reloj.

—Salió, pero dijo que volvería.

Lo miro como preguntándole: ¿y?

—No ha vuelto.

La razón por la que el chico está aquí no es normal. Laurel puede ser muchas cosas, pero no una madre negligente. Las pocas noches en las que vuelve a primeras horas del alba, como la escapada con su confesor, puedo contarlas con los dedos de una mano. Estos lapsus infrecuentes han ocurrido sólo cuando los niños estaban a salvo en cualquier parte. Laurel no es de las que someten a los niños a la odiosa intrusión de impulsivos amantes alcohólicos o Lotarios quincenales.

Le pregunto a Danny si ha cenado.

—Unos *Froot Loops* y un plátano.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

Señalo hacia la casa con un gesto y busco en los armarios de la cocina algunas galletas y una lata de sopa. En estos tiempos no soy exactamente el sueño húmedo de un dietista.

La señora Bailey se ha quedado dormida en el sofá de la sala principal. La veo a través de la puerta abierta de la cocina, y noto las oscilaciones de sus ronquidos sobre las tablas del suelo.

—¿Dónde estabas? He llamado a tu casa y no ha contestado nadie.

Pongo la lata en el abridor automático. Gira como un carrusel hasta que la tapa se cae.

Danny levanta los ojos hacia el techo y sonríe como un chico tonto.

—Julie me pidió que fuéramos a casa de un amigo. Me utiliza, por el vehículo. No es lo que a mí me gusta.

Noto que lo azora hacer labores de lanzadera para su hermana, que es dos años más joven, hasta la casa de su novio. A diferencia de su hermano, el plano social de Julie está presurizado y diseñado para volar a la estratosfera. Sale con chicos mayores que Danny, tipos que no piensan en llamarla a las diez para dejarla a las once.

Julie es rubia como la miel, ojos azules, buena osamenta y unas formas femeninas que maduran más rápido que su capacidad de raciocinio. Está aprendiendo demasiado rápido que son las buenas apariencias, más que las buenas obras, las que te permiten conseguir lo que deseas. Los reveses, las tentaciones del exceso y el precio que hay que pagar siguen esquivando la telemetría de su radar. A los trece años es el equivalente sexual de un niño en pañales con una cabeza nuclear. Si yo fuera el padre de Julie, haría que mi corredor de Bolsa invirtiera en un convento de monjas.

Pongo la sopa, delante de Danny, sin cucharón, sólo un cuenco, que he calentado en el microondas. Acerco

una silla a la mesa enfrente de él.

—Quiero hablar contigo.

Se come la sopa, y levanta sus ojos de gacela hacia mí. Se ha quitado educadamente la gorra y está encima de la mesa, al lado del plato de las galletas.

—Esta noche ha habido un accidente en casa de tu padre. Un terrible accidente. Un disparo.

Se quita la cuchara de la boca y con ella en la mano descansa el brazo y el cubierto sobre la mesa. La punta de la cuchara tiembla.

—¿Mi padre está bien? —me pregunta, con los ojos muy abiertos.

A pesar de la angustia de una batalla desencadenada por la custodia y la poca paciencia de Jack con el chico, Danny aún se preocupa por su padre.

—Tu padre está bien.

Empieza a comer de nuevo.

—Pero Melanie está muerta.

Se queda callado un momento y me mira, traga con dificultad. No había amor entre Melanie y ellos, sólo la fricción natural de los niños con sus padres adoptivos. Pero yo diría que está conmovido por la noticia. Para los jóvenes, la vida es una fiesta constante e interminable. Incluso para los chavales como Danny, que viven fuera del círculo de sus iguales, la muerte es un pordiosero que deambula por otra calle. Lo observé en el funeral de Nikki. Para Danny era algo surrealista haber conocido a alguien, haber hablado y tocado a alguien que ya no está con nosotros.

—¿Cómo ocurrió?

—No lo saben seguro. La policía aún está investigando.

—¿La pasma[1]?

—Investigan cualquier causa de muerte no natural —le explico.

—Oh... ya me lo imagino.

Vuelve a coger la cuchara, pero podría decir que pasan cosas por debajo de esa mata de pelo.

—Supongo que papá estará muy conmocionado.

—Ya puedes imaginarlo.

No le digo que la policía busca a su madre para interrogarla. Lo descubrirá en seguida. Tengo la esperanza de que, mientras tanto, las circunstancias conspirarán para aclararlo. No tiene sentido preocupar al chaval hasta saber más.

—¿Estás bien?

Lo observo mientras traga la noticia con la sopa para digerirla.

—La cera —dice él—, ¿es blanca o bastante clara?

—¿Ummm?

—Para la maqueta.

—Ah, sí. Está en un bloque. Un bloque blanco, por lo que recuerdo.

—¿Me ayudarás a encontrarla?

—Claro. Come y duerme un poco.

«Aquí Tierra llamando a Danny.» El chico está en su

---

[1](Coloquial despectivo) la policía

propia frecuencia. Lo que queda de mi familia se está desmoronando y Danny Vega está preocupado por la cera.

Esta mañana estoy saturado de adrenalina y algo que parece el vertido del *Exxon Valdez*. Doy un trago y mi lengua se traba como una babosa en los estertores de la muerte. Dormir una hora en una noche puede causarte efectos divertidos en los ojos. Me pregunto si el cartel que hay encima del pequeño tenderete móvil dice «Esso» en lugar de «Expresso».

Al llegar, Harry Hinds está en mi despacho, asumiendo mi papel. Harry tiene un despacho al otro lado del pasillo. Compartimos una biblioteca y los servicios de recepción, y hemos hablado de asociarnos. Es una de esas cosas de las que hablamos, pero por las que ninguno de los dos está dispuesto a dar el primer paso. Como dice Harry: «¿Por qué estropear una buena amistad con el matrimonio?»

Hinds me lleva casi veinte años, y es un apéndice en la comunidad jurídica de esta ciudad. Calvo, y con una nariz como la de Karl Malden, en su día hizo una dura labor criminal, pero ahora habla mucho de retirarse. Quienes le conocen bien dicen que Harry lleva hablando de la jubilación desde que pasó la barrera de los cuarenta. No me cabe duda de que cuando llegue el fin tendrán que arrancar de los dedos muertos de Harry el maletín, en el que lleva una oficina portátil. Para Harry

hay demasiadas batallas físicas ahí delante que librar. Ahora se alimenta de referencias de mi práctica de la abogacía, junto con una constante dieta de sus propios clientes, y me ayuda en los casos más duros.

Esta mañana, Harry está en el sillón giratorio, con el periódico en la mano y los pies apoyados en el borde de la papelera, mascullando obscenidades entre dientes, vulgaridades susurradas a medias, mezcladas con lo que para Harry pasa por razón cuando se habla de política. Harry odia todo lo oficial con un fetichismo especial hacia los políticos y sus momios. No es ni republicano ni demócrata. Harry es de su propia afiliación, un partido concebido bajo el árbol de la desconfianza hacia el gobierno y azuzado por la ardiente devoción a un credo. El es lo que llamaríamos un «contestatario social». Harry está en gran medida contra todo.

Últimamente se dedica a jugar al recorta y pega con los artículos de los diarios matinales en diversas zonas de mi escritorio. Es su esfuerzo por hacer una lista de la apatía. Cada día encuentro un nuevo cargamento, sus meditaciones escritas en notas Postit de tres milímetros, las fatigas del mundo, todas las cosas sobre las que Harry no puede hacer nada salvo quejarse.

Sus intereses son eclécticos: el comercio exterior, la deuda interna, que es muy grande, y las defensas de la nación, que son demasiado reducidas, el medio ambiente, que está excesivamente protegido, salvo los martes y los jueves, cuando parece que el agujero de la capa de ozono tiene su efecto sobre Harry. En esos días

se une a los Verdes. Nunca dejéis que se diga que Harry está hechizado por las fuerzas de la coherencia. Y siempre hay un lado de él justo por encima de la línea de flotación del humor, aunque nunca sabes si Harry está realmente en el nivel.

Sin ni siquiera decirme hola, Harry me lee una noticia de Lexington, en Kentucky. Parece ser que el gobierno federal ha vendido dos cargamentos de ordenadores usados por un valor de cuarenta y cinco dólares. Harry se queja del precio, por los sufridos contribuyentes, hasta que más tarde descubre que el gobierno quiere que le devuelvan los equipos. En un instante, menos del que se tardaría en apretar un gatillo, Harry se ha encadenado a los baluartes de la libre empresa, lanzando el grito de guerra: «jodidos donantes indios».

Otro párrafo y Harry descubre por qué el gobierno está que trina. Esos ordenadores concretos contienen información confidencial, nombres y direcciones de cientos de testigos protegidos federalmente, alejados por su propia seguridad, información que un técnico del gobierno olvidó borrar de manera adecuada antes de vender los ordenadores. Cuestiones del ámbito de la teoría política en el contenedor de basura, así ve Harry el caso.

—¿Te imaginas lo que han hecho esos jodidos gilipollas? —dice con ese brillo maligno en los ojos, como un colegial que ha descubierto el mapa del tesoro.

—Ya sabes, lo colgaremos en el tablón de anuncios

de la cárcel del condado. El gobierno trabaja para usted. La peor pesadilla de un soplón.

Se carcajea en el tono de un tenor barato.

Este es el Harry que yo conozco. Podemos ir en cualquier dirección a la vez, y el único curso seguro puede cambiar en las alas de la oportunidad. La noción de un fiscal cuyo caso se ha fundido porque a su testigo principal de repente le crecen piernas y huye, o sufre un ataque de laringitis terminal la víspera del juicio, éstos son los pensamientos que divierten a Harry.

Y dicho esto, Harry es un defensor acérrimo de las causas perdidas. Considera cualquier compromiso con los procesos objetivos de la ley como su propia forma de traición. En el juicio, al otro lado del estrado, Harry lucha a muerte. Aprovecha y se agarra tenazmente a cualquier resquicio que le ofrezcan las circunstancias. Esta es precisamente la idea de Harry, de que una circunstancia feliz a veces puede ser un poco tergiversada.

Por el momento dejo a Harry en su nirvana negativo, pronunciando el mantra de la celebración sobre los rollos sagrados.

Descuelgo el teléfono para llamar a Clem Olsen, un amigo en información de la policía. Clem y yo fuimos juntos a la escuela superior. Siempre ha sido legal. Cuando puede hablar habla, chismorreos como el oráculo de Delfos; él me dirá qué viaja en las ondas de frecuencia de la policía.

Descuelga a la segunda llamada.

—Clem. Soy Paul Madriani.

Voz amable, hago que parezca una llamada social.

—Hola, nene.

Clem ha llamado a todo el mundo «nene» o «nena» desde décimo grado. Lo he oído en cintas hacer llamadas homicidas como el «Hombre Lobo», mientras ciudadanos frenéticos gritaban histéricas insensateces sobre sangre y balas en el número novecientos once.

Clem nunca se adaptó a la universidad; en cambio se hizo a la rutina de un taller de carpintería y se fue de la escuela sin dejar rastro, hasta que el ejército lo reclutó para Vietnam. Le enseñaron a matar y más tarde de radios. De ahí Clem se abrió paso en el departamento de policía.

—¿Vas a organizar la reunión?

Parece que este asunto ocurre cada cinco años cuando Clem, en una noche brillante, se eleva al nivel de una aspiración más alta, como clase MC.

—Lo intentaré.

—Oye. ¿Te acuerdas de la chica, la rubia de tu habitación de los últimos años de escuela, la que tenía las narices como dos intelectuales muertos? ¿Recuerdas su nombre? No la encuentro en la lista de correos.

Aquella chica de hace veinticinco años es algo que Clem tiene grabado en la mente como los diez mandamientos sobre las tablas.

Le digo que no me acuerdo. No le desinflo la ilusión de que la naturaleza probablemente ya debe de haber seguido su curso y la gravedad sin duda le habrá pasado

factura. Le diría que mirase las pistoleras de su propio amor, que ahora cuelgan como fláccidas alforjas de sus caderas. Pero con Clem los recuerdos del pasado son siempre más válidos que las imágenes del presente.

—Oye, tengo que pedirte un favor.

—Si está en mi mano...

—Anoche hubo un asesinato... la esposa de un legislador, en la zona este.

Es imposible que no se haya enterado. La muerte de Melanie, aunque era demasiado tarde para que apareciera en las primeras ediciones de los diarios, ha salido en los noticiarios de la mañana, tanto en la tele como en la radio, con la boyante dignidad del periodismo sensacionalista. Las cámaras de vídeo siguieron al cadáver en su recorrido hasta la furgoneta del forense. Los reporteros, con sus micrófonos y su cabello engominado, hicieron todo menos abrir la cremallera de la bolsa mortuoria para ver si llevaba camisón.

—Sí, lo he oído.

—¿Puedes decirme si habéis emitido alguna orden de búsqueda y captura? ¿Buscáis a alguien por estar relacionado, quizá para interrogarlo?

Una larga pausa, como si lo supiera pero no estuviera seguro de si debía decírmelo.

—¿No tendrás un cliente?

Clem es un amigo, pero nunca ha estado lo bastante cerca como para subir en mi árbol familiar. Desconoce mi relación con Laurel o, para el caso, su relación

anterior con el angustiado legislador.

—Esta vez no.

No le miento, sino que recorto un poco las aristas de la verdad.

—Tendría que revisar los comunicados de la pasada noche. ¿Te vuelvo a llamar?

Clem quiere hacer discretas pesquisas para determinar exactamente hasta dónde me puede explicar.

—Claro que sí, estaré aquí toda la mañana.

Le doy mi número directo para que pueda llamarme sin pasar por la recepcionista. En casos como éste, a Clem no le gusta hablar a través de intermediarios.

Harry, en otro encantamiento, con más entusiasmo ahora que he colgado el teléfono, sigue recitando desde detrás de la cortina de noticias impresas.

—La reforma sanitaria en manos de los mismos que nos hacen la reducción de impuestos —dice Harry—. ¿Por qué no lo creo?

Lo ignoro y espero poder huir. No sé de qué está hablando y no quiero preguntarle. Pero Harry se presenta voluntario.

—Mamones en el Congreso. Quieren poder poner el culo sobre Bethseda al primer síntoma de lloriqueo, para el tratamiento de la alfombra roja. Una *suite* privada con agua corriente y caliente con enfermeras de la armada. Así pueden dar un buen tiento y saludar al mismo tiempo.

Harry despliega una página y busca más grano para

su molino.

—¿No dicen nada de ella? —pregunta en un tono diferente.

Esta vez el sujeto de su pesquisa es inequívoco. Está hablando de Laurel. Harry sabe que soy pariente en este asunto. Por la mañana temprano he llamado a Harry, lo he sacado de la cama y le he contado que había pasado la noche en vela en casa de Vega y el intento de interrogatorio por parte de Jimmy Lama.

—Ni una palabra.

—Siempre te queda la esperanza. Quién sabe. Quizá se hayan olvidado de ella y encontrado otro sospechoso.

—Me sentiría mejor si supiera lo que tiene la pasma.

—A lo mejor no. Igual lo hizo ella.

Éste es Harry, apaciguándote con su zalamería en un momento y removiendo el filo del cuchillo en tus heridas abiertas al siguiente.

Le echo una mirada, agradeciéndole sus pensamientos consoladores.

—Bueno, oye, estas cosas pasan. Un crimen de pasión, el eterno triángulo —dice Harry—. Dos mujeres peleándose por el mismo hombre. La ex celosa y la hermosa y joven esposa.

Arquea las cejas por encima de los bordes recortados del periódico de la mañana.

—Vega te amaría por pensar eso —le explico—. Las mujeres de su vida dispuestas a matar por Jack. Es una premisa que engordaría su ego.

La cúpula del Capitolio flotaría tres metros más alta

si esta idea encontrara expresión pública. Pero Harry tiene razón. Es una teoría que un fiscal impaciente no debe descartar.

—¿Y adónde se fue ella? —Harry habla de Laurel—. ¿Crees que es una simple coincidencia? Resulta que se evapora la noche que la última pava de su ex la palma. No dice a los niños adónde va. Se limita a partir hacia un lugar desconocido.

Harry está jugando a abogado del diablo, reflexionando detrás del diario, buscando algo más que eleve el nivel de su bilis.

—Al margen de tus sentimientos —me dice—, creo que deberías admitir que la pasma tiene buenos motivos para sospechar.

—¿Por qué no te unes al cuerpo?

—Mis pies no son lo bastante planos.

—Una cosa es cierta: Lama debió de creer que estaba teniendo un sueño húmedo en el momento en que descubrió que Laurel y yo éramos parientes. La sangre, el matrimonio, eso no importa. Es cualquier medio de blandir la espada.

—Me lo imagino —admite Harry—. ¿Cómo se siente uno?

Hunde el culo un poco más en la silla, como para revelar dónde habría enterrado Lama esa cosa en mí.

—Por lo que he oído, siempre que Jimmy tiene problemas, es tu nombre el que toma en vano.

No le respondo.

Suena el teléfono de mi escritorio.

—Diga.

—Soy Clem.

—No has tardado mucho.

—Heyyy, el hombre lobo no te defraudará —dice la voz de alguien a quien hubieran limpiado con arena las cuerdas vocales—. Debes ser «clarividente».

La comprensión del lenguaje de Clem no procede de la lectura.

—Como dijiste, salió una orden de búsqueda y captura a las dos y veinte de hoy emitida contra Laurel Jane Vega, treinta y seis años, peso…

—Eso es lo que necesitaba —le corto.

—Y un mal actor.

—¿Qué quieres decir?

—Fichada como posiblemente armada y peligrosa. Eso significa que si encuentran a Laurel la arrestarán a punta de pistola cargada. Un gesto estúpido, como el de llevarse la mano al cabello, y podría haber un miembro menos de la familia. Más preocupante es la idea de que los superiores de Clem hayan permitido que esta información llegue hasta mí. Lo que quiera que sea que relacione a Laurel con el crimen, deben considerarlo sólido.

CAPÍTULO 4

Cada jueves al mediodía, como un reloj, hago

ejercicio en el gimnasio donde Laurel trabajaba antes de desaparecer.

El Capital Gymnasium y el Athletic Club están a una docena de manzanas de mi oficina. A las doce y cuarto me dan un mensaje urgente en la pista de *squash*. Voy hasta uno de los teléfonos blancos que están en el vestíbulo alineados en cabinas cerradas.

—Diga.

—Paul —dice ella sin aliento.

Al oír la voz hago una pregunta sencilla:

—¿Dónde demonios estás?

—No tengo mucho tiempo. ¿Dónde están Julie y Danny? La voz de Laurel es tensa y cansada. ¿Qué esperaba de alguien que es prófuga de la justicia desde hace casi dos días?

—La mitad del condado te está buscando.

—Lo sé. Pero yo no lo hice.

—Entonces, ¿dónde estás? ¿Por qué has huido?

—No puedo hablar.

—Vamos, hazte un favor a ti misma. Te han calificado de armada y peligrosa.

Esto le da risa, pero es una reacción nerviosa.

—No es broma. Los policías con una subida de adrenalina tienen la costumbre de disparar.

—No me pasará nada. ¿Tienes a los niños?

La mente de Laurel, en este momento, va a piñón fijo; sólo le interesan sus hijos.

—Los tenía hasta ayer. Jack hizo que los recogiera del colegio uno de sus asistentes.

Son «mandaderos» que hacen tareas menores para los legisladores... lacayos encubiertos.

—Maldita sea.

Se hace el silencio en el teléfono mientras ella piensa. A través de la línea puedo oler, como el neopreno quemado, las maquinaciones del pánico en la huida. Sin embargo, Laurel no ha perdido del todo la cabeza. Me ha encontrado en el único lugar que Lama no debe de tener pinchado. Con Jimmy, las formalidades de órdenes judiciales para pinchar los teléfonos no son ningún consuelo. Sospecho que en estos días mi teléfono se ha convertido en un *panty line*.

—¿Puedes darles un mensaje? —pregunta, refiriéndose a sus hijos.

—¿Por qué?

—Los quiero fuera de allí.

Creo que su cerebro está hecho un lío.

—¿Quieres que huyan contigo?

—No, no. Que se vayan con una amiga a Michigan.

—Esto no es lo que más me preocupa en este instante.

—Oh, mierda.

Y se va del teléfono... una voz que disminuye, como la niebla cuando se evapora en un día caluroso.

—Hola, ¿estás ahí?

Me hago imágenes mentales: Laurel doblando alguna esquina. Hay tanta tensión en el hilo telefónico que podría romperlo. Luego vuelvo a oírla respirar cerca.

—¿Qué ha sucedido?

—Acaba de aparecer la policía en el aparcamiento. Está bien. Ya se han ido. Probablemente sólo estaban tomando un café —me explica—. Mi foto está por todas partes, incluso aquí.

Puedo buscar un mapa, jugar con agujitas y señalar en él mis veinte mejores suposiciones sobre su paradero.

—Usa la cabeza —le digo—. A tus hijos no les sirves para nada muerta o en la cárcel. Ven y lo afrontaremos.

Intento hacerla entrar en la conversación. Le pregunto dónde estaba la noche de la muerte de Melanie, con la esperanza de que tenga una coartada, algo que pueda convertir en un argumento en nuestro favor para inducirla a entregarse.

—¿Puedes darles un mensaje? —me vuelve a preguntar, volviendo de nuevo a sus hijos.

—Ellos están bien. Tú eres la que tiene problemas. Vamos, iré a buscarte y te recogeré. Arreglaré la rendición con el fiscal del distrito. Nos irá de perlas en el juicio, ya que obtendremos una acusación bajo fianza. Tengo más recursos que un vendedor de coches usados, pero ninguno de ellos funciona.

—No hasta que los niños se hayan ido, estén fuera de la ciudad. Entonces me rendiré. Oye —añade—, tengo una amiga en Michigan. Fuimos juntas a la universidad. Estará encantada detener a los niños y cuidarlos hasta que esto haya pasado.

—Tus chicos pueden soportarlo. Yo me cuidaré de

ellos, y los mantendré lejos del asunto.

—No.

Su tono me dice que está a un milímetro de colgar. Cambio de tema para que siga hablando.

—¿La amiga conoce tu situación?

—Se lo he explicado y no le importa. Como te he dicho, es una amiga.

El modo en que Laurel lo dice me hace pensar que quizá en este momento no estoy cualificado para incluirme en ese grupo.

—No puedo hablar. He de irme. Ahora tengo que colgar. De repente, se oye un ruido frenético en la línea.

—Te llamaré más tarde.

—Laurel. Hola. Hola.

Oigo un ruido melódico, como si se arrastrara y golpeara. Escucho durante varios segundos hasta que adivino lo que es: el auricular pendulando contra una pared al otro lado de la línea, que Laurel ha dejado colgando del hilo al marcharse.

Cuando regreso a mi despacho, hay una pequeña pila de mensajes en mi escritorio. Los cojo de un zarpazo. Hay uno de Gail Hemple, los otros son vulgares, llamadas sobre casos, excepto el que está en el fondo, que atrae mi atención. Una notita rosa con el nombre de Jack Vega y su número.

Cojo el teléfono y llamo, primero, a Hemple.

Gail me advierte que Jack ha desenterrado el hacha

de guerra. Exige saber a través de su abogado por qué está obligado a pagar la manutención a Laurel, ahora que, según sus propias palabras, es una fugitiva. El que diga que la pensión del divorcio es el rescate que un hombre feliz paga al diablo, no conoce a Jack.

Según Gail, exige que su abogado vuelva al juzgado con una orden para revisar la causa por cambio de circunstancias: el hecho es que los niños han sido abandonados, y debe buscarse una custodia temporal hasta que el asunto de su madre perdida se resuelva.

—Vega me ha llamado. ¿Tienes idea de lo que quiere?

El abogado de Jack le ha ido con un chisme. Parece ser que la relación entre abogado y cliente con mi cuñado no es lo que el hombre esperaba.

—Jack se ha enterado de que Danny y Julie estaban en tu casa la noche en que Melanie fue asesinada.

Jugando al padre herido, Jack está ahora ocupado intentando cortar todos los lazos. Ha dejado estrictas instrucciones escritas en el colegio de sus hijos de que yo no debo tener ningún contacto con ellos.

Vega tiene una antigua noción de los adolescentes y de cómo tratarlos. En una época en la que los chicos se lían porros en la clase y los profesores, encañonados por una pistola, gimotean y los miran bizqueantes, Jack considera una nota de casa como algo de la magnitud de la gran muralla china.

—El tipo no pierde comba. Nos han citado para un careo sobre la custodia temporal dentro de cinco días.

¿Tienes alguna idea?

Jack golpea en el bajo vientre. No es probable que Laurel se presente en el juzgado, y su abogada, que ya ha aparecido en el asunto de la custodia, no puede evitar acudir. Jack, al acusar a Laurel de negligencia, conseguirá los niños y cortará la ayuda económica, todo un golpe mortal. Es lo primero que notas en Jack, no su obtusa inteligencia, sino su devoción a las reglas de la oportunidad. En el funeral de Melanie y en un mar de aflicción que no puedo negar, aún encuentra tiempo en un día tan ajetreado para hallar una perspectiva consoladora de la muerte de su esposa.

Por muy abogada que sea, a Hemple esto la deprime.

Para Jack nunca ha habido nada sagrado en ocuparse de su familia. Un tipo con una mujer en cada habitación, considera los pagos de la pensión una tarifa exorbitante. Se lo explico a Hemple, pero ella no se ríe. Hay una nube negra, algo inefable, ondeando sobre la conversación; tengo la sensación de que Gail está esperando para descargar algo más sobre mí. Lo evitamos durante unos minutos con parloteo de abogados: aventuras en divorcilandia, un viaje por cada teoría, ninguna de ellas con final feliz. Luego me perfora el billete.

—Tengo que decírtelo: no voy a poder seguir representándola.

—¿Qué dices?

—Estoy rellenando una moción para renunciar como

abogada —dice Hemple.

Un abogado que deja un caso sin acabar conjura todas las imágenes de Fletcher Christian bajando la chalupa para abandonarte a tu suerte, en este caso, dado mi escaso entendimiento de las leyes domésticas, sin mapas ni el beneficio del compás. Noto una sensación de mareo en la boca del estómago, parecida a la que sientes en el salto mortal de un rock-and-roll.

—No puedes hacer eso.

Tiene un millón de razones. La definitiva es que representa una pérdida de tiempo para Gail y de dinero para Laurel.

Puede oírme echar humo al otro lado, ya que el silencioso pensamiento de un abogado nunca debería ser cortar por lo sano y echar a correr. Aunque en mi caso, con Laurel prófuga de la justicia, debo admitir que la pregunta es quién ha abandonado a quién.

—Oye, si es una cuestión de dinero…

—No se trata de dinero. El dinero se acabó hace un mes. Laurel me ha pasado dos cheques sin fondos desde entonces. Saltan y rebotan como guijarros en un estanque —me explica.

Gail y yo somos hermanos por debajo de la piel. Al igual que ocurre con lo criminal, los recursos de los abogados que llevan los casos de divorcio parecen de goma.

—Sigo manteniendo que un abogado siempre ha de seguir. No sé cómo decir que no.

Le digo que me envíe estos cheques y le daré dinero

en metálico.

—Pondrías dinero bueno encima de uno malo. No sólo es el dinero. Es el caso. No hay modo. ¿Cómo voy a explicar al tribunal que mi cliente no ha abandonado a sus hijos? «Su señoría, es una fugitiva de la justicia, la pasma no puede encontrarla, pero es una buena madre. Se preocupa por sus hijos. Sólo que lo hace a larga distancia.» No va a colar.

Me muerdo la lengua. Me gustaría contarle lo de mi conversación con Laurel, pero la revelación tiene sus implicaciones. Por absurdo que parezca, en este momento Laurel puede pretender que sólo estaba viajando, alguna misión urgente con un propósito, y desconocía que la policía andaba detrás de ella. Yo soy el único que sabe de sus propios labios que ése no es el caso. Por el momento lo dejaré así.

—No la han acusado de nada. ¿Y si regresa? Su desaparición podría tener una explicación lógica.

Oigo una respiración fatigada al otro lado de la línea. Gail Hemple intenta una vez más reunir el coraje para decir que no.

—Vega se está preparando para desatar una tormenta de papeles, y en este preciso instante tiene el monopolio de todas las máquinas de viento. Si regresa hoy, quizá, con una buena historia, me daría tiempo a prepararme. Después de eso, nadie que parezca hacer méritos será nada más que un *punching bag*. Ni siquiera habría base para el más mínimo compromiso. En cierto modo estaría mejor sin representante—dice

Hemple—. Si Laurel supera los cargos criminales o ellos no los presentan, un tribunal que comprobara su caso sería más amable en la revisión de la custodia.

No tengo respuesta para esto.

—Si tienes noticias de Laurel antes de las cinco y ella tiene una buena —Gail se refiere a una historia—, llámame.

A continuación cuelga.

El edificio del Capitolio es un escaparate: habitaciones históricas conservadas en el piso principal como si fuera un museo y ascensores dorados con ascensoristas de carne y hueso, al menos cuando hay sesión de legislatura. Los ciento veinte hombres y mujeres que allí trabajan viven como rajás, con ayudantes personales que satisfacen su más mínimo antojo. No hay dinero para escuelas ni hospitales, pero la austeridad no forma parte del esquema decorativo del Capitolio. Y el *party line* sin fin sigue, ya que la dignidad de la gente exige que sus líderes electos se muevan en la opulencia. La clase política del estado está tan anticuada como aquellos cuyas cabezas rodaron en la guillotina.

Para llegar al despacho de Jack paso entre una galería de bribones, retratos al óleo enmarcados del tamaño de una casa pequeña, espaciados en las paredes que conducen a una rotonda. Son los cuadros de anteriores gobernantes, en su mayoría ladrones de

guante blanco del siglo pasado, que compraron su respetabilidad con un cargo público. Mezclados con éstos se encuentran las inmaculadas sonrisas al óleo de los pocos contemporáneos, actores e hijos de la nobleza política, retratos oficiales de hombres con expresión de restriñimiento que se esfuerzan en aparentar que pertenecen a la posteridad.

Lo que Jack quería hablar conmigo cuando le devolví la llamada no se podía discutir por teléfono. Llego hasta su despacho en el Capitolio, más por curiosidad que por ninguna otra cosa. La idea de conseguir cualquier información, aunque sea la que Jack quiere que yo tenga, es mejor que nada.

Su recepcionista me ofrece café y una silla para refrescarme los talones, mientras Jack mantiene cerrada la puerta de su despacho. Oigo revuelo de voces, hombres que se ríen a mandíbula batiente.

Como presidente de un reputado comité, Vega ostenta una oficina apropiada y un batallón de subordinados pagados con fondos públicos, la mayoría jóvenes, que se esfuerzan por ser más importantes que los demás, y todos con su propia misión urgente de sostener el mundo.

Pasan veinte minutos antes de que la puerta del despacho de Vega se abra por fin. Oigo la voz de Jack, pero se pierde en un pozo, detrás de un hombre como un toro que llena el umbral. El tipo me da la espalda. No es que sea gordo, sólo es grande, hay más tela en su traje que en el *Graf Zeppelin*. El tipo estrecha la mano de

Jack, mientras que con la jerga de este lugar dice algo sobre la legislación, un «billete jugoso», en clara referencia a que hay dinero en ello: maravillas de la política en el mundo del libre mercado.

El hombre no me ve allí sentado y la visión de Jack está bloqueada por la masa que tiene delante.

El tipo le dice a Jack que ya es hora de ir a ver al «colegial de la oficina del rincón. No la grande de enfrente, la oficinita del fondo, en la que se cierran los grandes tratos».

Jack le desea suerte.

—No se necesita suerte cuando todo está atado y bien atado —dice el hombre.

Lo que cualquier lobbista te haría creer es que su mano está detrás de toda elección oficial, después de hacer la tarea de boca.

Clinton Brady es uno de los miembros más famosos de la tercera casa, la rama no oficial —aunque muchos insistirían en que más poderosa— del gobierno, los seiscientos lobbistas registrados de esta ciudad.

Le da un golpecito a Jack en el hombro y se da media vuelta para marcharse. Con su traje de sarga azul con las mangas un pelo demasiado cortas, Brady parece algo que ha caído desde el tallo de una judía. Se pone tieso al notar que hay extraños a la escucha y ladea la cabeza para evitar el dintel de la puerta de Jack.

Brady representa los intereses de los seguros del modo en que el *Führer* representaba a Alemania, una ráfaga de ametralladora y tierra quemada para el que se

oponga. Con sus contactos y gran perfil, se ha vuelto más importante que los intereses que representa. Posee comités enteros y vende sus servicios a clientes como la mafia vende protección. Ahora ha aprendido que dar dinero a Jack y a los de su ralea es como dar peces a las focas. Se dice que, durante la última década, Jack ha estado viviendo en uno de los bolsillos de Brady. En este momento, la sonrisa lacada del rostro de Vega poco haría para disuadir a nadie de esta idea.

«Clint necesita unas copias. Clint necesita hacer una llamada. Clint necesita esto. Clint necesita aquello.» Jack es el mandadero de Clint, a su manera hace de intermediario entre éste y su secretaria. Coge una montaña de papeles de Brady y los entrega a su secretaria para que los copien. La mujer se mueve con la rapidez del rayo, como si su empleo dependiera de ello. Entonces acompaña a Brady hasta la oficina de algún subalterno, una parada para hacer unas pocas llamadas telefónicas antes de dirigirse a ver al «colegial», sin duda una petición telefónica a sus clientes para que manden más dinero en metálico. Los políticos de este estado no aceptan pruebas contundentes y no admiten American Express.

Jack me hace un movimiento de cabeza y, sin saludarme, le sigo a su despacho, donde cierra la puerta detrás de nosotros.

Aunque el consumo de alcohol en el Capitolio es una falta leve, Jack mantiene un mueble de licores en un armario empotrado, con más cristalería tintineante que

un centavo arrojado en una feria del condado.

—¿Una copa?

La declino, ya que probablemente me haría arrestar por aceptarla.

En la oficina hace calor, producto de una hora de trapichear detrás de una puerta cerrada. Me quito la chaqueta, y la sostengo en el regazo mientras me siento en una de las sillas del escritorio.

Jack suda como un toro, pero sigue con la americana puesta. Lo compensa con un trago de escocés helado, y después, bailando, se dirige hasta su lado del escritorio, donde finalmente aterriza en un sillón acolchado que gira hacia mí.

—He estado hablando con mis abogados, y me han dicho que me mantenga alejado de ti.

El desprecio de Jack por los abogados le hace ignorar el suyo.

La pared que tiene a la espalda está cubierta de recordatorios políticos, placas y declaraciones de aprecio de líderes empresariales y cívicos de su distrito. En su mayoría son personas que intentan saber hacia dónde va Jack, que imagina que plantar sus narices sobre su culo no le hará daño. Hay tres grandes trofeos en el centro del aparador. Quizá son cosas que otras personas le han dejado ganar, hombrecitos de bronce implantados sobre pedestales de mármol con un solo brazo estirado. Leo el nombre de Jack grabado en la placa de bronce de uno de esos trofeos.

Levanta unos papeles del centro de su escritorio, del

tamaño de cartas, que parecen facturas.

—He estado negociando con la funeraria —me dice—. Tendrá que ser un ataúd cerrado.

Me mira para ver si adivino por qué.

—Su cabeza —sigue, sacudiendo la suya—. Un disparo en la cabeza. Los de la funeraria no han podido hacer mucho por ella.

La premeditación de un disparo a la cabeza, y no cierto acto impulsivo de provocación instantánea, logran su efecto sobre mí.

—Sospecho que hay muchas cosas que tú no sabes. Fue ejecutada. Hay fotos —me cuenta.

Pienso en las fotos del forense. Luego él añade:

—De Laurel en la casa.

—¿Disparando a Melanie? —no puedo evitar decir.

Sacude la cabeza.

—Podría ser. Una cinta de vídeo de su pelea con Melanie en los escalones de la entrada. Los vecinos la oyeron. La cámara de seguridad lo filmó todo hasta que Laurel rompió la lente con un tiesto.

Por el modo de decirlo, Jack imputa claramente cierto método a la locura de Laurel, como si el destruir la cámara entrara en sus planes. Sospecho que este pensamiento lo ha captado de la policía o sembrado él en su mente.

—¿Dónde estabas tú?

—Tenía una reunión. Aquella noche no llegué a casa hasta más tarde.

Fue Jack quien encontró el cadáver de Melanie en el

baño principal y quien llamó a la policía. Según lo que ellos le habían contado, el forense cree que pasaron tres horas desde el altercado en el porche y el asesinato.

—Ellos creen que Laurel probablemente fue a buscar un arma y tuvo que pensárselo un rato antes de reunir el valor necesario.

Con «ellos» Jack se refiere a lo que yo sospecho que es Jimmy Lama, que está empeñado en inspirar ideas de premeditación y alevosía a algún fiscal astuto.

—¿Cómo sabes que fue ella?

Jack pone una expresión de dolor como diciendo «dame un respiro».

—¿Supongo que aún no sabes dónde está?

—No lo sé —le digo.

—¿No has tenido noticias de ella?

—¿Te las iba a decir si las hubiera tenido?

Sonrío.

—*Touché*.

Jack musita encima de su bebida, habla del funeral de Melanie, que está previsto para mañana.

No esperaba verlo en su oficina, ya que pensaba que se permitiría un período de luto. Se lo digo.

—Es más fácil de encajar si hago vida normal.

Jack habla como si tuviera tiempo para pensar. La inmediata oleada de ira tan manifiesta en su casa ha pasado. No es que sea raro en Vega. Jack siempre ha carecido de aguante para mantener la ira mucho tiempo. Habla de los niños, de qué hacer con su madre. No es fácil. No es decisión suya, pero él y sus hijos

tendrán que vivir con lo que le ocurra a Laurel.

—Por su bien, espero que no la sentencien a muerte. Empieza a parecer que Jack recupera el sentido.

Gotitas de sudor discurren por su nariz. Se lleva el vaso helado a la frente y recoge el sudor con la manga de su americana.

—La encontrarán —dice, y parece estar empeñado en esto—. Lo que quiero saber es qué vas a hacer tú.

Lo miro.

—Cuando la atrapen, ¿vas a representarla?

—No había pensado en ello.

Sonríe. El mierda de Jack es un hablador nato. Por naturaleza rehuye el enfrentamiento. La manipulación es su don especial. Recibo un montón de miradas penetrantes desde el otro lado del escritorio mientras él me tantea por si tengo algún triunfo escondido en la manga.

—Supongo que tendría sentido si a ella la representase alguien que conociera bien a la familia. Me refiero a toda la situación. Sería mejor —dice él— para los niños, para todos los implicados, si esto acabara rápido. Y las pruebas son irrefutables.

Sigue hablando de que existe cierta lógica y sentido común en que yo represente a Laurel. Al menos así yo estaría en una situación, según sus palabras, «de hacérselo fácil a la familia». Jack me conduce a su propia mansión de misericordia. Si no puede mantenerme alejado del caso, Vega prepara las circunstancias para sacar provecho de ellas. Me usará

como herramienta de mano para elevar a Laurel una rápida súplica.

—Eso la mantendrá alejada de la casa donde se cometió el homicidio. Y a los niños les resultará más fácil. —Es como si hablase para sí mismo y pensara en voz alta—. Claro que tendrías que conocer las circunstancias, todos los detalles, cómo lo hizo y por qué.

Se detiene un momento y me mira como si ya los conociera ahora y quisiera compartirlos con él.

No deberíamos mantener esta conversación, ya que no sólo es prematura, sino ridícula. Se lo digo.

—Limítate a mantener la mente abierta.

—Haz tú lo mismo.

—Tengo entendido que los niños estuvieron contigo la noche en que Melanie fue asesinada. Hasta que esto acabe, me gustaría que te mantuvieras alejado de ellos. Creo que lo comprenderás. No quiero que estén en medio.

Esto, dicho por el hombre que tenía a sus dos hijos en la estantería de rebajas en la subasta de la custodia, quedaba un poco ridículo.

—Lo que tú digas, Jack.

—Sabía que lo comprenderías.

Todo es muy cívico, lo que puedes esperar de Jack una vez le ha dado tiempo a recapacitar y tomar ventaja. Sin duda intenta planear la defensa de Laurel conmigo, por si la arrestan y la acusan. Nada corto y dulce y que conduzca a un largo intervalo se hará.

Se inclina hacia adelante y se levanta de la silla, pero el botón de la americana se queda atrapado contra el borde de la mesa. Desgarra el tejido y salta por la habitación como un remache durante un terremoto.

—Maldita sea.

Una sonrisa estúpida, como diciendo mírame, mi traje de mil dólares estropeado. Como no hay nada que hacer, se encoge de hombros y alarga la mano por encima del escritorio para estrechármela, dejándose la americana abierta. En su mente, creo que la idea es de que enterremos cierta hacha mítica. Si tuviéramos una pipa de la paz, en este momento me ofrecería una calada.

La suya es una sonrisa grande y afable.

—Como dije el otro día, todos tenemos que hacer lo que tenemos que hacer.

Me acompaña hasta la puerta, con una mano en mi hombro, renovando los votos de fraternidad.

Me da una última palmadita en el hombro, se despide y cierra la puerta. Deambulo por las conejeras de despachos como Moisés hacia la tierra prometida, en busca del modo de salir. A cada paso sopeso frenéticamente cada una de las palabras pronunciadas durante nuestro encuentro con una simple pregunta en la mente:

¿Por qué Jack Vega tenía escuchas en su oficina?

—¿Adivina quién está aquí? —dice Sarah con una

amplia sonrisa.

Acaba de responder al timbre y sabe que no tengo ni idea.

—Danny.

Sarah está exultante de alegría.

—Oh.

Mi hija adora a su primo. Todo lo que una niña de siete años puede pensar de un adolescente: el espectro va desde el amor hasta la simple fascinación. Lo mira con ojos ovales y una sonrisa pintada, tartamudeando cuando las palabras no pueden salir tan de prisa.

Le tira de una de las manos, arrastrándolo para que vea el dibujo que acaba de pintar, a la vez que se queja del colegio y de un libro que está aprendiendo a leer. Tiene planes para acorralarlo en el sofá mientras ella lucha con las palabras.

—Tío Paul.

Danny tiene su gorra en la mano. Lleva una cazadora negra de los Raiders que le hace el cuerpo más grande.

Estoy haciendo encima de la cocina lo que en esta casa se entiende por cocinar. Le pregunto si tiene hambre. Me siento como si hubiese dudado de la catolicidad del Papa. Sus ojos miran el cazo que hierve. No es nada que él haya reconocido, estoy seguro, pero a Danny le gusta correr riesgos.

—¿Sabe tu padre que estás aquí?

—Esta noche he salido con Julie. La he llevado a casa de su novio. Se supone que tengo que ir a recogerla

dentro de una hora.

Me encojo de hombros. Lo cierto es que es tiempo de sobra para que los escurridizos y diminutos espermatozoides se abran camino corriente arriba. A su modo, Danny ha respondido a mi pregunta. Su padre no sabe que él está aquí.

—Hoy hemos tenido una charla —le explico—. Tu padre cree que es mejor que no nos veamos durante un tiempo.

—Porque estás ayudando a mamá.

Así es, el chico ha hecho sus conjeturas.

—Lo sé. Él me lo dijo. —Y se encoge de hombros—. No creí que te importara.

Sarah está que echa humo, es un manojo de nervios a punto de explotar. Quiere llevarse a Danny a la otra habitación, y no es nada sutil. Lo coge por el pulgar y lo arrastra con toda su fuerza, a punto de dislocárselo.

Sarah quiere que Danny la lleve a dar una vuelta a la manzana en el asiento trasero de la Vespa, pero no tiene casco y además empieza a anochecer. Él me pide que le deje quedarse un rato más. Luego me mira con ojos de gacela.

—Supongo que puedo sentarme fuera de la casa de su novio.

Doy un suspiro y lo miro condescendiente.

—Unos minutos.

Se van a la sala de estar mientras yo corto zanahorias.

Nikki me dejó un cuadernillo de recetas, parte de su

legado de amor. En sus últimos días pasó horas apuntándolas a mano, cosas que hasta el más inútil para estos menesteres podía preparar sin quemar el fondo de una sartén. Yo observaba maravillado mientras ella escribía y juntaba estas páginas manuscritas, un mapa nutritivo para la supervivencia. Lo hizo sin pensar, casi con indiferencia, del mismo modo en que una vez metió en la nevera comidas para mí, preparadas siguiendo unas recetas emitidas por la televisión, cuando se fue una semana a visitar a su madre. Mi esposa tenía una tendencia innata hacia lo práctico.

Sarah está hablando como una cotorra en la otra habitación. Danny ha pasado por el tubo sin defensa, y ahora sostienen una charla inconexa sobre un canal de surf rápido y mal hecho. Llegan a algo, una tediosa monotonía que no acierto a distinguir.

Más zanahorias, un poco de perejil, una cucharada de mantequilla y remover. Noto que alguien me tira de los pantalones por detrás. Me doy media vuelta, y es Sarah. Su rostro es todo nerviosismo, y un dedo ondeante hace que me incline para contarme un secreto.

—Danny está llorando —susurra.

Me seco las manos y me dirijo a la otra habitación.

El chico está acurrucado en un rincón del sofá, con las rodillas dobladas, tan cerca de una posición fetal como le resulta posible a alguien de casi dos metros de alto. Está mirando la pantalla y las lágrimas se deslizan por su rostro.

En la televisión, en vivos colores, aparecen imágenes

de Laurel con las manos esposadas a la espalda, mientras la empujan hacia un furgón policial blanco y negro, con un escudo en la puerta que no reconozco. Sólo puedo ver la silueta de su cabeza a través de la ventana trasera cuando el coche se aleja del bordillo. Cojo el mando y subo el sonido, justo a tiempo para oír: «Aquí Norm Kendal informando desde Reno.»

Me quedo pasmado, hipnotizado por el olor de las zanahorias carbonizadas y la idea de que por fin sabemos dónde es «aquí mismo».

CAPÍTULO 5

Son más de las doce del mediodía y el gentío habitual de andrajosos y vagabundos deambula ante la cárcel de la capital del condado, aguardando a que amigos o parientes salgan bajo fianza.

Laurel ha sido extraditada desde Nevada. Lama y su equipo no han tardado en traerla de regreso a la capital.

La espero en una pequeña sala de interrogatorios en la planta baja de la cárcel. Aparte de sus hijos menores de edad, yo soy el pariente más próximo, de modo que me he avenido a representarla, algo que ha hecho enarcar las cejas a los funcionarios de prisiones, que no sabían si tenían que admitirme o no.

Por una ventana veo a Laurel entrar en el pasillo exterior del brazo de una funcionaria. Está sin

maquillar, y tiene el rostro ojeroso y cansado; en los dos últimos años ha envejecido diez.

La recuerdo en los días dichosos de mi propio matrimonio. Era feliz, y siempre parecía moverse a una única velocidad, en sandalias de suela de corcho. Se ponía holgados vestidos sin cintura, con una mochila a la espalda, el último con Danny en pañales, el primero para mostrar el bulto de su hermana.

Esto ocurría a fines de los setenta. Mi generación estaba ocupada reptando a través de la jungla corporativa, intentando deshacerse de su conciencia social. El emblema de Mercedes Benz había reemplazado al símbolo de la paz como icono del momento.

Se dice que la habilidad para escoger el momento oportuno en la vida lo es todo. Parece como si Laurel hubiera zozobrado bajo una mala estrella, perdida en la era de acuario. Era una *hippy* natural.

Cuando conoció a Jack, hacía un año que había salido de Berkeley. Jack era mayor, llevaba el pelo hasta media espalda y hablaba la jerga liberal que flirteaba con las entretelas del altruismo. Él, que entonces trabajaba en el Capitolio —era uno de esos lameculos a la espera de que le llegara su turno—, estaba puliendo las habilidades que lo llevarían a la política. Le decía a Laurel lo que él creía que deseaba oír; fue el preludio de un matrimonio forjado en el infierno.

Siempre que hablábamos de los temas acuciantes de nuestra época, me daba la impresión de que Laurel se

buscaba a sí misma, anhelante de alguna verdad definitiva, mientras Jack aparentaba estar de acuerdo, diciendo lo que algún escritor de discursos había parido en diez minutos en una máquina de escribir. Jack estaba demasiado ocupado disfrutando de sus prebendas como para poner en entredicho la política. En casa y fuera de ella, Jack siempre navegaba en un barco bajo bandera falsa. Me da la impresión de que desde el principio ha estado arrastrando su mástil por otros puertos. Laurel tardó un tiempo en darse cuenta de ello, y un poco más en ahogar el problema en alcohol.

A pesar de todo, la única constante en su vida parece ser el instinto de proteger a sus hijos. En esto tiene los impulsos maternales de una hiena con sus cachorros, y sus garras son más largas que los tacones de aguja de ciertas mujeres.

Se abre la puerta y aparece Laurel esposada. El metal brilla, y una cadena le rodea la cintura y baja por entre las rodillas hasta los grilletes de los tobillos, de modo que cuando se mueve recuerda un adorno navideño. Da unos pasitos hacia mí como una campesina china con los pies vendados.

Viste el mono anaranjado de la cárcel, tres tallas más grande que la suya, y zapatos de lona, un indicativo de que ya se ha sometido a las indignidades de ingresar en este antro: las inspecciones de cavidades que sólo tu médico debería ver y una ducha con jabón antiséptico, tan astringente que podría arrancar la pintura del metal.

Abre la puerta y lo primero que veo son las manos

que Laurel tiende hacia mí, de un intenso color rojo, como si alguien se las hubiera asado sobre una llama viva.

—¿Qué le ha ocurrido?

Miro acusadoramente a la funcionaria.

—Pregúnteselo a su cliente.

—Está bien —dice Laurel.

La funcionaria me pone su mejor mueca de bofia.

—¿No se las puede quitar? —le pregunto.

Hablo de las esposas y los grilletes.

—En sueños —me contesta.

—Si quiere, podemos llamar a su jefe para discutirlo. Mi cliente tiene derecho a hablar con su abogado sin una tonelada de metal en las manos y en los pies.

—Aquí, en la planta baja, no —me dice, tanteando.

¿Hasta dónde es capaz de llegar? Es demasiado perezosa con las llaves.

La miro a los ojos, y parpadea. Me dirijo hacia la puerta, suplicando con más ahínco.

—Bien, es su fiesta —refunfuña.

Si las miradas escupieran... Utiliza las llaves (hay más cerraduras que en un cinturón de castidad). Luego, arrastrando seis metros de cadena, se queda plantada, con la espalda inclinada contra la pared que está a un metro de distancia.

—Salga, si no le importa —le digo.

Ir a la cárcel del condado para hablar con un cliente es como caer en un cajón de arena lleno de bullterriers. Las guardias que no consigan morderte, al menos

intentarán mearte encima. Generalmente son funcionarias a quienes la autoridad superior no pone en la calle por temor a que causen un altercado entre los ciudadanos cuerdos. De manera que las dejan aquí para que desarrollen sus personalidades públicas como Quasimodo. Se larga despacio, arrastrando el metal tras ella.

Acaban de acusarla formalmente de asesinato en primer grado. Tiene una citación mañana por la mañana para la lectura de los cargos formales y una comparecencia para fijar la fecha del suplicatorio. Creo que Harry tenía razón y que el estado del caso no es ningún consuelo, aunque aún no haya visto nada. Parece como si la poli creyese que tienen a una asesina, basándose en las pruebas que ya tienen en mano. He oído rumores de un testigo. Quizá sea lo que quieren hacernos creer.

Laurel se sienta en la silla, frente a mí. Tiene el rostro petrificado, pero ni rastro de lágrimas ni de histeria.

Conozco a otras mujeres que se espantarían, horrorizadas, de este lugar —guardianas musculosas y otras compañeras con una actitud en la escala de dureza parecida al diamante—, pero eso es lo bueno de Laurel, es una de esas personas que siempre parecen sacar fuerzas de flaqueza en la adversidad.

A través de las cortinas de la ventana, veo los ojos chiquitos de Lama en el pasillo. Por fin ha encontrado un lugar en el que se siente a gusto: en compañía de

otras almas perdidas, espiando por la ventana una conversación privada. Le cierro las cortinas en las narices.

Ahora estaremos tranquilos, a puerta cerrada y espero que en privado.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¿Dónde están los niños?

Laurel es de ideas fijas.

—Están bien.

—¿Saben que me han arrestado?

—Danny sí.

Supongo que a estas alturas alguien ya le habrá contado el destino de su madre.

Ésta es la Laurel que yo conozco: invencible en la media distancia, una mujer que hace unos momentos estaba cargada de cadenas, acusada de asesinato en primer grado, y su interés primordial es proteger a sus hijos y evitar que se enteren.

—¿Has hablado con Gail Hemple? ¿Conseguirá la custodia?

La preocupa que Jack se quede con los niños.

—Hablaremos de eso más tarde.

—No, hablemos ahora. ¿Le darán a Jack la custodia?

—En alguna parte tienen que vivir los niños mientras tú sales de este embrollo.

—Con Jack no. Te los puedes quedar tú —me dice—, al menos provisionalmente.

Ahora, Laurel mira por encima del hombro, como si tuviera la paranoia de que alguien nos estuviera

espiando. En este lugar es una actitud saludable.

Se pone la mano junto a la boca y me susurra:

—Se llama Maggie Sand. Apúntatelo.

La miro, asombrado.

—¿Quién es Maggie Sand?

—Mi amiga de la universidad. Te lo dije por teléfono... Vive en Michigan. Todo está arreglado.

Habla con apremio, antes de que la guardiana llegue para llevársela a la celda.

—Los billetes de avión están comprados.

Me da el nombre de la línea aérea y el número de vuelo.

—Están a nombre de Sand. Danny y Julie Sand.

Esto es para que ni Jack ni la policía puedan seguirles el rastro.

—Todo lo que tienes que hacer es meterlos en el avión. Maggie los recogerá en Detroit.

—Ahora mismo tienes problemas más graves.

Levanta las manos y esconde el rostro por un momento, pensativa, sin llorar, sólo unos segundos de deliberación íntima, como si estuviera haciendo un último esfuerzo por mantener la entereza.

—¿Qué te ha ocurrido en las manos? —le pregunto.

La piel suave y pálida tiene ahora un tono rojo más vivo que una quemadura solar bajo el agua caliente de la ducha.

—No es nada —me contesta—. Te lo contaré más tarde... Espero haber hecho lo correcto —me dice, cambiando de tema—. Decidí no luchar.

Me da un vuelco el corazón, y se me aparecen imágenes de una admisión fatal.

—¿No habrás hecho ninguna declaración?

—¿Sobre qué?

Su rostro es un rompecabezas. Luego se percata de que hablo de una confesión y su expresión se convierte en una sonrisita de burla, severa en las comisuras de su boca.

—Crees que lo he hecho. Piensas que he matado a Melanie.

Ladea la cabeza y tensa los labios como si fuera a hablar a alguien en la silla vacía que hay a su lado.

—Bueno, lo cierto es que se lo merecía —susurra Laurel, que vuelve bruscamente el rostro, y sus ojos cansados me miran—. Pero no lo hice —admite, con gesto apenado—. Espero que me creas —añade—, porque si no voy a necesitar otro abogado.

Por el tono de voz se podría pensar que he sido yo quien la ha arrestado. En este momento, la expresión de Laurel me derrota.

—Estaba hablando de la extradición —me dice—. Renuncié a mis derechos a ser oída. ¿Fue un error?

Como barcos que pasan en la noche.

—Ahh. —Y sacudo la cabeza—. No es un error garrafal.

Como mucho, una lucha por la extradición habría sido una escaramuza para ganar tiempo al otro lado de la frontera del estado, una batalla que a la larga habríamos perdido y que el estado podría utilizar en

nuestra contra en el juicio. Le explico esto. No tenemos mucho tiempo. Las funcionarias revolotean en el corredor exterior, deseosas de subirla a una celda. Tengo que pulsar todas las teclas para evitar que esta comunicación se retrase hasta mañana.

Le doy instrucciones rápidas, lo elemental para que pase la noche. Viendo a Laurel en tal estado de fatiga y conociendo a Lama, probablemente la alojará con alguna soplona carcelaria con la esperanza de que mi cuñada desate su alma a una cara amiga en circunstancias parecidas a las suyas.

—¿Puedes sacarme de aquí bajo fianza?

Sin conocer las pruebas, presumo lo peor: que acusarán a Laurel de asesinato en primer grado con circunstancias especiales, lo que supone la pena capital. Un juego de abogados con el peor guión. En un caso de asesinato se puede negar la fianza. Intento despistar, ya que no quiero contárselo a ella hasta que vea los cargos.

—Va a ser difícil, porque tu viaje fuera del estado... Argumentarán que corren el riesgo de que te fugues.

Quizá Laurel duerma mejor sin albergar ideas sobre ejecuciones.

—Bueno, veremos qué podemos hacer.

—¿Quieres saber por qué fui a Reno?

—Una buena explicación ayudaría, pero ya habrá tiempo para eso más tarde.

—No puedo contártelo. Tienes que confiar en mí. Más tarde, pero ahora no.

Maravilloso. Laurel dejará que el fiscal del distrito

rellene los vacíos.

—Sí, más tarde. Ya hablaremos de ello entonces.

Sospecho que Laurel haya dormido menos que yo y no esté en condiciones de dar una explicación lúcida de los hechos. La historia de un cliente siempre es mejor si se cuenta con la mente clara. Me gustaría evitar deslices, errores u omisiones de detalles, inconsistencias que pudieran hacer que yo, o un jurado, nos preguntásemos más tarde si Laurel está diciendo la verdad. Siempre es más fácil hacer subir a un acusado al estrado si su abogado está convencido de su inocencia. Y si Laurel va a mentir, no quiero saberlo. Preferiría que fuera una «bola» cuidadosamente meditada y creíble.

—¿Y tus manos? ¿Necesitas algo?

—Oh.

Laurel se mira las lastimadas manos, inflamadas e irritadas.

—Es sólo disolvente de lavandería. Ella me ha dicho que me llevarían a la enfermería y me darían algo para las manos. Habla de la dama de los gulags que ahora se encuentra al otro lado de la puerta haciendo tintinear las llaves.

Arqueo una ceja, interrogativamente.

—Es de la alfombra que estaba lavando en la lavandería de Reno.

No dice una palabra sobre qué es lo que hacía a doscientos kilómetros de casa, en mitad de la noche, en una lavandería, pero por la expresión de su rostro, a Laurel, en este momento, le parece una explicación

completísima.

Si su coartada no es mejor que ésta, tal vez necesite más tiempo del que pensaba para la contemplación creativa.

—No la han cogido con ninguna pistola humeante en las manos. Pero aparte de ese detalle, no les falta mucho más.

Es el modo que Harry tiene de decirme que tenemos problemas con las pruebas.

Laurel aún está entre rejas. Citada hace diez días por un auto de acusación del gran jurado, está acusada de asesinato en primer grado con circunstancias especiales. Según la citación existen pruebas suficientes de premeditación y alevosía, es decir, que de algún modo Laurel entró en la casa de Jack y espió a la víctima antes de atacarla. Si esto se demuestra, el estado puede pedir la pena de muerte.

Solicitar la libertad bajo fianza durante el proceso sólo me valió una patada en el culo por parte del fiscal y un tajante martillazo en la mesa por parte del juez. A menos que podamos revocar la acusación formal, o como mínimo hacerlos desistir del cargo de premeditación y alevosía en una moción previa al juicio, Laurel se pasará lo que dure la espera del juicio entre rejas, aunque, bien mirado, ésa no es la peor de nuestras desgracias.

Esta mañana, Harry se dedica a la burocracia,

descartando lo que en un principio fue nuestra primera esperanza: atacar, para demostrar de alguna manera que fue una detención improcedente y así poder llevar a Laurel de vuelta a casa con sus hijos; en el mejor de los casos, habría sido un arreglo provisional, suponiendo que hubiera fundamentos, hasta que se reuniera el gran jurado.

—Aunque hubiéramos tenido suerte, piensa que salió de la jurisdicción estatal la misma noche del asesinato. Laurel tenía que presentarse en el juzgado al día siguiente por el caso de la custodia de los niños. Ni siquiera se ha tomado la molestia de explicar a las autoridades el motivo de su viaje y, como comprenderás, es bastante sospechoso —dice Harry.

Harry tiene mucha razón. Sólo por esta razón ya tienen derecho a retenerla.

Y lo que es peor, a nosotros tampoco nos ha dado ninguna explicación. Laurel insiste en que ella no mató a Melanie, pero se niega a contarme qué hacía en Reno la noche del asesinato. Sólo dice que tenía una razón de peso para haber hecho ese viaje, y nada más. Supongo que nos lo explicará antes de que la condenen.

—Tal vez mañana tenga preparada una explicación —le digo a Harry, ya que tengo otra cita con ella en la cárcel.

—Claro —cacarea, siempre tan astuto.

Harry está harto de ver clientes como Laurel. Gente que tiene reparos en confiar en su propio abogado, y luego se decide a hablar por primera vez cuando está en

el estrado. Me estremezco sólo de pensarlo, y descarto la idea.

Le he contado a Harry que Jack tenía escuchas en su despacho. Cree que Lama trataba de cogerme con las manos en la masa si hubiese hecho algún comentario respecto al paradero de Laurel. Esto me habría convertido en cómplice o, al menos, habría sido como un torpedo de fotones en la línea de flotación de mi profesión. En cualquier caso, Lama experimentaría un orgasmo síquico.

Harry hojea documentos en su mesa, material fotocopiado por la policía que nos han entregado después de solicitarlo. Hasta ahora, con una investigación en marcha, nos lo han servido todo, salvo los nombres y las direcciones de los testigos, las personas que pudieron haber visto algo fuera de la casa aquella noche. Esto se lo guardarán hasta que hayan acabado la investigación. Lama no querría que hablásemos con esa gente hasta que él y su equipo hubieran modelado sus declaraciones en cemento. Grabará las declaraciones y, una vez transcritas, se las dará a firmar, para que luego no puedan alterarlas.

—Está la alfombra —prosigue Harry—. La que estaba limpiando cuando la detuvieron.

Le hago un signo interrogativo con los ojos.

—Escúchame bien —prosigue Harry—. Cuando la detuvieron, no estaba en los casinos jugando a las máquinas tragaperras, no.

Harry me echa por tierra lo que sabe que era mi

mejor esperanza de explicar el viaje de Laurel.

—Estaba en una lavandería haciendo girar el bombo que contenía una alfombra de baño cuando fue rudamente interrumpida.

Me mira, como diciéndome que la dama está como una cabra. Pero lo que nos lo empeora aún más es, como Harry me explica, que Jack Vega haya identificado esa alfombra como suya, como parte del reparto del divorcio. Jack le contó a la policía que la alfombra estaba en su casa la noche del asesinato, al pie de la bañera donde encontraron a Melanie muerta. Lo que Laurel pretendía, al limpiar una alfombra de baño a ochenta kilómetros de su hogar, no está nada claro. Harry se encoge de hombros.

—¿Sabes si la policía encontró algo en la alfombra? ¿Sangre, por ejemplo?

Sacude la cabeza en señal de negación.

—Limpia como una patena. La limpió con disolventes químicos en una de esas máquinas industriales.

—Alegarán que lo hizo para destruir las pruebas.

—Más o menos —dice Harry—. La prueba de parafina en sus manos dio negativa porque las metió en disolvente...

Me acuerdo de Laurel y de lo muy inflamadas que tenía las manos. La prueba de parafina se hace para saber si el sospechoso ha disparado recientemente un arma de fuego. Se pueden detectar restos en las manos y, en el caso de que se haya disparado un arma de gran

calibre, también en otras partes del cuerpo.

Me siento y respiro profundamente para recuperar el aliento, como si acabaran de darme un puñetazo. No hay nada que enfurezca más a un jurado que la firme convicción de que el acusado haya estado borrando o destruyendo las pruebas.

—Aun suponiendo que lo hiciese ella, ¿por qué habría de llevarse la alfombra para limpiarla? Si había sangre, ¿por qué no dejarla allí?

—Es un modo de limpiarse las manos y tener una excusa.

Harry está intentando razonar igual que lo hará el estado.

—Lo siguiente —prosigue Harry—: una polvera de oro con las iniciales MLH que se encontró en el bolso de Laurel en el momento de su detención.

Para mí no significa nada.

—MLH —repite Harry—, Melanie Lee Hannan, el nombre de soltera de la víctima.

—¡Ah!

Por mi expresión, Harry sabe que es desalentador. El caso de Lama contra Laurel está empezando a tener cuerpo.

Me mira, ladeando la cabeza, como diciendo: ¿quién sabe?

—Nunca pongas los carros en círculo para defenderte demasiado pronto —dice Harry.

Los dos empezamos a preguntarnos si Jack tendría razón, y que quizá deberíamos tener una entrevista con

el fiscal del distrito antes de que el asunto se empiece a desbordar.

—Después tenemos las cintas de vídeo.

—¿Más de una?

Asiente, y me explica que la peor de todas es el vídeo de seguridad tomado desde el porche de la casa la noche del asesinato. Aparece la hora y la fecha en la parte inferior izquierda.

—No la he visto —dice Harry—. Tendremos una copia dentro de unos días. Pero la descripción no es muy buena.

Lee una página preparada por uno de los expertos en pruebas. Contiene imágenes, aunque no sonido, de lo que se describe como un montón de gestos furiosos y amenazadores de Laurel hacia la víctima, seguidos por la destrucción de la cámara después de que le diera con la puerta en las narices. Según el informe, Melanie la amenazó, desde el umbral, con llamar a la policía si no se iba.

—¿Y cómo lo saben si no hay sonido? —le pregunto.

—Por los lectores de labios.

Se refiere a esos expertos que pueden leer en los labios con prismáticos a más de un kilómetro de distancia. Esa gente tiene la rara habilidad de ponerle voz a una cinta.

—¿Se puede saber lo que decía Laurel?

—Si lo saben, en el informe no aparece.

—¿A qué hora se grabó la película?

—A las veinte horas, diecisiete minutos.

Diecisiete minutos después de las ocho, la noche del asesinato.

—¿Hora de la muerte?

Tomo nota de las cuestiones más cruciales en un cuaderno.

—Eh. —Lo está buscando—. Las once y media.

Es la estimación más precisa que el examen del forense ha podido establecer.

Un poco más de tres horas de diferencia entre los dos sucesos.

—¿Has dicho que había dos cintas?

—Sí. El mismo día, en el palacio de justicia, había una cámara de seguridad en el techo cuando Laurel se le echó encima.

—Justo lo que necesitábamos.

Ya era bastante malo que hubiera una docena de testigos. Filmado, el ataque de Laurel cobrará un nuevo significado. Un fiscal hábil puede interpretar estas imágenes como un violento forcejeo. Para nuestro caso no es una imagen agradable: una Laurel fuera de sí alimentando sentimientos de venganza durante horas presumiblemente antes de cometer los hechos. El caso empieza a tomar forma, la fiscalía lo tiene servido en bandeja: una disputa sangrienta entre las dos mujeres con el resultado de una de ellas muerta.

—La parte más difícil de su caso son las circunstancias especiales —dice Harry.

Este no cree que el fiscal del distrito pueda demostrar que el asesino, sea quien fuere, estuviera

acechando a la víctima.

—Nadie acechaba por los rincones. Quienquiera que lo hiciese, fue directamente a por ella. Y lucharon. Las pruebas encontradas en el baño indican que hubo forcejeo. Ellos le quitan importancia, pero la prueba está ahí. Había un frasco de perfume hecho añicos en el suelo, como si Melanie se lo hubiera lanzado al asesino. La escena denotaba con más claridad un súbito acto de violencia que alguien acechando entre sombras para atacar tranquilamente a la víctima.

Sería nuestra primera oportunidad en lo que de otro modo es un caso fácil para la fiscalía. Tal vez pueda decirles a Danny y a Julie Vega que, al menos, su madre no se enfrenta a la pena de muerte si la declaran culpable.

Esta noche nos quemaremos las pestañas preparando una moción preliminar para rechazar el auto de acusación y anular lo de las circunstancias especiales. Por primera vez, desde hace una semana, parece que se me van deshaciendo los nudos del estómago.

—¿Qué más tienen? —pregunto.

—Poca cosa. Un poco de sangre del grupo sanguíneo de la víctima en la bañera donde encontraron el cadáver.

—A Melanie le dispararon cerca de la bañera del baño principal, y parece ser que estaba desnuda, ya que probablemente se disponía a tomar un baño. La policía cree que ella se cayó dentro de la bañera cuando le

dispararon, o bien que el asesino la metió allí más tarde. Todavía están haciendo la reconstrucción.

—¿Han encontrado quemaduras de pólvora?

Esto podría ser una pista.

—Todavía no, está en patología. Tenemos un nuevo patólogo en el condado que es extremadamente lento.

—Encontraron semen.

—¿Dónde?

—En las sábanas de la cama.

—No mucho, y además estaba seco. El laboratorio de la policía lo ha examinado. Es un secretor —dice Harry.

Aproximadamente un sesenta por ciento de la población es lo que se conoce como un secretor. Son personas portadoras de una sustancia en su flujo sanguíneo que hace posible determinar su grupo sanguíneo a partir de otros fluidos corporales: lágrimas, sudor, saliva y, en este caso, semen.

—El grupo sanguíneo corresponde al del marido.

Se refiere, naturalmente, a Jack Vega.

—De todas maneras, me gustaría comprobarlo.

Suele ser un problema, en los casos de disputa de paternidad, equivocarse con la sangre en un informe de serología. Es una de las pruebas que nunca se me pasa por alto. Si corriéramos una coma unos pocos dígitos en una dirección, la probabilidad de que la sangre pertenezca a una u otra persona, excluyendo a todas las demás, se puede disparar de un uno entre mil a un uno entre diez millones.

He conocido a muchos vividores que se perdían por

las mujeres, que ahora pagan, y lo harán durante dieciocho años, una pensión de manutención: casos de paternidad en los que se ven envueltas mujeres promiscuas, con más amantes que una banda de rock y niños que parecen un número al azar en una lotería genética. Esto es lo que puede pasar en un laboratorio cuando el candidato es viajero y el Departamento de Bienestar da un empujoncito. Apelan a la ley de probabilidades. Si no hizo éste, seguramente habrá hecho otro.

Aunque rara vez es un problema en un caso de asesinato, le pido a Harry que mande hacer otro análisis de sangre y semen por nuestra cuenta en un buen laboratorio que él conoce. Quiero saber si Melanie se acostaba con otro, e incluir la posibilidad de un crimen pasional.

—¿Tú crees que se lo hacía con otro?

Le hago una mueca como diciendo «quién sabe», y Harry lo anota para ocuparse de ello.

—¿Huellas?

—Nada que hayan divulgado.

En un caso así las huellas dactilares pueden ser un arma de doble filo. La ausencia de huellas que relacionen a Laurel con el crimen podría conducir a la inexorable conclusión de que no estuvo allí. Por otro lado, si pueden demostrar por otros medios que Laurel estuvo en la casa de los Vega la noche del asesinato —cabello, fibras, un testigo, cualquier cosa que pudiera convencer a un jurado—, entonces el hecho de no

encontrar sus huellas en la casa podría conducir a la simple conjetura de que llevaba guantes. Y de ahí a pensar en la premeditación sólo hay un paso.

Harry sigue pasando hojas entre su montaña de documentación.

—Todo lo que nos queda es de balística. Una sola bala de nueve milímetros con un blindaje fino de cobre, muy deformada por el impacto en la cabeza. Un casquillo de cobre de una Luger nueve milímetros con múltiples marcas.

—En qué se basan.

Estoy pensando en un disparo de prueba. He conocido a tiradores, la mayoría aficionados, cazadores y deportistas que accionan el percutor de una semiautomática a mano con una fuerte descarga para asegurarse de que el arma no se encasquillará cuando la disparen. Eso deja marcas adicionales de metal mellado en los cartuchos.

—Dicen que el casquillo ya había sido disparado, ensanchado y recalibrado.

—¿Una recarga?

—Esto es lo que parecen insinuar.

—¿Dónde demonios compraría Laurel munición recargada?

Su teoría empieza a hacer aguas.

Harry me mira como diciendo «piensa lo que quieras».

—Se puede comprar en diversas tiendas especializadas y en exposiciones de armas.

Harry empieza a abrir agujeros en el caso de la fiscalía. Quizá flote, pero las exposiciones de armas y las tiendas especializadas no son lugares en los que esperaría ver a Laurel.

—¿No hay nada acerca del arma?

Sacude la cabeza.

—Aún la están buscando. Hay unas señales en las bandas y las muescas de la bala que indican un giro a la derecha. Podría ser de una docena de modelos que están a la venta. Pero ahora viene lo más interesante: el laboratorio encontró unas estrías menos profundas que las muescas; cuatro de ellas en los bordes de la bala, y cada una de la anchura de un hilo basto.

—¿Han aventurado alguna conjetura? —le pregunto.

—Sin otra bala disparada por la misma arma para compararla, es difícil, pero creen que es un defecto del cañón.

—Si la encontraran, eso haría que el arma del crimen fuese más fácil de identificar que unas radiografías dentales.

—Esperemos que no la hallen en el piso de Laurel.

CAPÍTULO 6

Esta mañana Harry y yo estamos haciendo de vendedores ambulantes, gastando la suela de los zapatos en el callejón en donde Melanie fue asesinada.

Entrevistamos a los vecinos para averiguar cualquier cosa que pudieran haber visto u oído aquella noche. Como la policía guardará las declaraciones de los testigos un día más, no nos queda más remedio que ir de puerta en puerta.

Es una lucha a contracorriente. Como dice Harry, «cualquiera que se haya enfrentado a un caso de asesinato, sabe perfectamente que la mierda siempre salpica». Estamos muy atareados desenterrando esta mierda para construir una barrera.

Hace dos días, el alcalde de la ciudad, Lama y el fiscal del distrito, Duane Nelson, convocaron una rueda de prensa para hablar sobre el caso de Laurel. Se pusieron guapos para las cámaras y se dejaron acariciar por el resplandor de los cálidos focos como si estuvieran en una playa mexicana. Nelson dijo a la prensa que tenía un caso muy sólido, pero no les dio ninguna clase de detalles.

Nelson es un buen abogado y un político aún mejor. Aunque no soporta a Lama —e incluso aunque una vez lo despidiera como investigador del fiscal del distrito—, se deshizo en inmerecidas alabanzas a Jimmy por haberle echado el guante a la acusada tan rápidamente. El suceso fue una de esas ocasiones que demuestran el celo en la aplicación de la ley por las que se pirran los políticos —laureles por todas partes—, una conquista en la lucha contra el crimen.

Había más que hipocresía en todo eso. El día anterior, Nelson me llamó y me pidió un aplazamiento

en el caso Laurel. El mundo al revés. Normalmente, los fiscales con un buen caso suelen estar ansiosos por pisar el juzgado. Me soltó un montón de palabrería sobre asignarle el caso a otro, cambios sin importancia para la acusación. Yo ya tengo la antena puesta. Algo les va mal —por fortuna— en este caso.

Le concedí el aplazamiento y le advertí de que conseguiría una orden por coartar la libertad de expresión si no se marchaba inmediatamente de allí con la prensa. Sonrió, con buen humor, y me aseguró que no lo volvería a hacer.

El asesinato de Melanie había despertado una ansiedad especial en esta ciudad de trapicheos políticos.

Aquí, el gobierno es una industria de gran magnitud, y la sospecha de que los legisladores y sus familias puedan no estar seguros, es malo para el negocio. La gente importante podría irse a vivir al pie de las colinas.

Las instituciones que llevan la voz cantante, la Cámara de Comercio y el Consejo Municipal, han estado muy ocupadas intentando convencer a todo el mundo de que un acto de violencia de este tipo no tiene por qué repetirse en la persona de otro príncipe de la política.

El arresto de Laurel es muy útil para la causa. La ciudad se afana en extender la noticia de que una ex esposa vengativa, por mucho que la envilezca la prensa, no es Jack el Destripador. El portavoz de la Asamblea puede retozar a gusto con sus putas y dormir tranquilo.

Toco el timbre y una mujer de unos sesenta y cinco años acude a abrir la puerta. Tiene un rostro afable y el pelo blanco como la mujer que sale en las cajas de caramelos de una conocida marca, pero con más estilo.

—¿Margaret Miller? —pregunto.

Harry ha sacado los nombres del censo electoral.

—Sí.

—Mi nombre es Paul Madriani, y éste es el señor Harry Hinds. Nos gustaría hablar un momento con usted sobre la muerte de la señora Vega.

La sonrisa se desvanece del rostro de la señora Miller.

—¿Son ustedes de la policía?

—Somos abogados, señora Miller, contratados para defender a Laurel Vega. Nos gustaría hablar con usted, si tiene un momento.

—¡Oh!

Una expresión como de estar hablando con leprosos se trasluce desde detrás del cristal de la puerta. Un momento de indecisión. La mujer preferiría no abrir, pero no quiere parecer descortés. Esto es lo que el abogado defensor ve en el buen ciudadano: un testigo independiente. La señora Miller nos observa y no está muy segura de si por el mero hecho de tenernos esperando en el porche está violando alguna ley penal.

—No sé. Supongo que está bien. Si la policía cree que es correcto.

—La última vez que miré, no habían revocado la primera enmienda —dice Harry.

La mujer lo mira de manera desdeñosa mientras yo le propino una soberana patada en la espinilla.

La señora Miller me dirige una sonrisa, quita los cerrojos de la puerta y la abre.

Como si fuera un vendedor de cepillos ambulante, le prodigo una cándida sonrisa de dentífrico y la convenzo de que la ley permite que hable con nosotros.

Harry, debidamente reprendido, le da una tarjeta de visita y una buena ración de explicaciones.

—Esto es parte del proceso para llegar a la verdad —dice Harry, aunque es algo por lo que no ha demostrado nunca el menor interés, a excepción de aquellas contadas veces en el tribunal en las que la verdad le ha pasado la factura y le ha dado una patada en el culo.

A juzgar por la mirada de la señora Miller, no las tiene todas consigo, pero a pesar de ello nos invita a entrar.

La casa de los Miller no es ninguna choza. La sala está más recargada que muchos palacios, y tiene las suficientes antigüedades como para llenar un museo. Está abarrotada de fruslerías procedentes de todo el mundo: figurillas talladas en marfil, máscaras en la pared con un aire de Polinesia. En sus buenos tiempos, la señora debía de ser una viajera cosmopolita. Hay una foto sobre una mesa en la que aparece junto a un hombre mayor que ella que la rodea con el brazo. Se encuentran en algún lugar lejano, con muchas escaleras de piedra y un ambiente de jungla selvática al fondo. No

hay ningún señor Miller, o si lo hay, no vota. Harry supone, según me hizo saber en la calle, que el hombre se había ido a ese gran callejón sin salida del cielo.

La señora Miller nos ofrece el sofá para que nos sentemos; después se impacienta, indecisa, pensando si somos esa clase de huéspedes a los que debería ofrecerles café. Al final decide que, en el derecho a charla, las bebidas no van incluidas.

—Señora Miller, nos gustaría hacerle una serie de preguntas. —Lo digo en tono aséptico y limpio, como si me ciñera a un cuestionario, a un estudio de mercado—. Sólo los hechos, señora... ¿Por qué no toma usted asiento? —le pregunto.

Prerrogativas en su propia casa. Si en aquel momento ella nos hubiera echado escaleras abajo, no nos hubiera quedado más remedio que conformarnos. Salvo en circunstancias excepcionales, la ley no permite a los abogados defensores obligar a testificar a los testigos, ni obtener declaración jurada de ellos, a menos que éstos lo consientan y se avengan a cooperar.

La señora Miller se sienta en el borde de la silla; es decir, que cinco centímetros sostienen su columna vertebral. La postura delata que no pretende estar en esa posición mucho tiempo.

—¿Ha hablado usted con la policía de lo sucedido aquella noche?

Asiente con la cabeza.

—¿Puedo preguntarle cuántas veces?

Tiene que pensarlo un momento. Malas noticias.

—Tres veces. Una aquí y dos en su oficina.

—¿En la comisaría de policía?

Asiente de nuevo.

Allí sólo van clientes serios.

—¿Los llamó usted?

—¡Oh, Dios, no! Ellos vinieron aquí y llamaron a la puerta, como ustedes, la noche después de que ella fuera…

Intenta pronunciar «ase…» pero no puede. Como si fuera ofensivo para nosotros.

—…la mañana siguiente a su muerte —dice ella en un tono de sonsonete empalagoso que parece como si una embolia inesperada se hubiera llevado a Melanie mientras dormía.

Nos encantaría tenerla en el jurado.

—¿Puede explicarnos qué le dijo a la policía?

—No estoy muy segura de que deba hacerlo.

—¿Le dijo acaso la policía que no hablara con nosotros?

La señora Miller mueve la cabeza.

—Se lo digo porque, según la ley, no pueden hacerlo. A la policía le está prohibido decirle a un testigo que no coopere en la defensa de un caso criminal. Así es la ley —argumento yo.

Se trata de inculcarle la absoluta necesidad de que hable con nosotros.

—Así es como llegamos hasta la verdad, hablando unos con otros. —Lo digo como si estuviéramos tomando el té en una reunión de sociedad—. Estoy

seguro de que querrá cooperar, ¿no es cierto?

—¡Oh! No quiero que crean que no quiero hacerlo.

—Por supuesto que no, y se lo agradecemos. Ahora explíqueme lo mejor que pueda qué le contó exactamente a la policía.

El diablo en acción.

—Supongo que ustedes querrán saber algo acerca de la mujer.

—¿La mujer?

—La que fue a la casa.

—¿Vio a alguien acudir a casa de Vega la noche del asesinato?

—Sí.

Harry y yo nos miramos. ¡Bingo! La poli ya ha conseguido algo interesante: el primer vecino que ha visto algo.

—¿Podría decirnos a qué hora vio usted a esa persona entrar en la casa?

—En realidad, la vi dos veces. La primera, sobre las ocho más o menos. Se armó un alboroto espantoso. Discutían en el porche principal —nos explica.

Por la forma en que lo dice, la policía no necesitará a nadie que lea en los labios para examinar las cintas de seguridad de Jack.

—¿Pudo identificar a esa mujer?

En esto vuelve su mirada hacia mí.

—Creo que era su cliente. Me enseñaron una fotografía. De hecho, me enseñaron varias fotos y yo la identifiqué. Armó tanto jaleo que es difícil olvidarla.

—¿Y vio usted a la mujer cuando se marchaba?

—Sí. Minutos más tarde.

—¿Sobre qué hora era?

—Creo que le dije a la policía que se fue hacia las ocho y veinte. Se metió en el coche y se fue. Quizá me haya equivocado en la hora. La policía pensaba que eran más bien las ocho y media. Probablemente tengan razón.

—¿Por qué lo dice?

—No soy muy buena calculando la hora —responde la mujer.

Y como lo dice la policía... La señora Miller no dice esto último, pero por la expresión de su rostro adivino que, como todo buen ciudadano, está ansiosa por respetar la autoridad. Introduzco muy prudentemente el próximo tema, ya que no deseo recalcar algo que pueda perjudicarnos.

—Dijo que alguien fue a la casa por segunda vez en aquella noche. ¿Eso ocurrió más tarde? —le pregunto.

—En efecto.

—¿Vio usted a esa persona?

—Sí.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Sobre las once en punto; puede que pasaran unos minutos. La vi afuera, en la calle.

—¿Esa persona llegó en coche?

—¿Se refiere usted a la segunda vez?

—Sí.

—No, yo no vi ningún coche.

—¿Se fijó usted de qué dirección venía la segunda vez?

—No. La mujer estaba de pie allí, frente a la fachada principal, en el camino que lleva a la casa, pero se había cambiado.

—¿Cambiado?

—Cambiado de ropa.

—¿Qué le hizo pensar que era la misma mujer que había visto antes?

—Su complexión, la manera de andar, su cara —dice por fin.

—¿Le vio la cara?

Asiente solemnemente, como si supiera que es una mala noticia para nosotros.

—¿Qué llevaba puesto esa mujer la segunda vez que la vio?

—Una especie de sudadera con una capucha. Me pareció

ropa de hacer deporte, como si viniera de correr o se dispusiera a hacerlo.

—¿Pero le vio usted la cara? —pregunta Harry.

—Bastante bien.

—¿Lo suficiente como para reconocerla?

Reflexiona un instante y acaba por afirmar:

—Sí.

—¿Está segura de que era la misma mujer que había visto antes? ¿La que había armado tanto jaleo en el porche de Vega?

—Oh, sí. Eso ya lo hemos dejado claro.

—¿Hemos?

—La policía y yo.

Un éxito más de Jimmy Lama. No hay duda de que las opiniones de la señora Miller están esculpidas a cincel.

—¿Ha firmado alguna declaración?

Se lo pregunto de modo aséptico, como si no tuviera demasiada importancia y pudiera cambiarse a voluntad.

—La semana pasada —responde ella.

—¿Y la policía grabó la conversación que sostuvo con usted? Me mira como si no estuviera segura, pero conociendo a Lama, seguro que la grabaron.

—La primera vez que la mujer acudió a la casa, ¿vio qué coche conducía?

Ahora, Harry me secunda.

—Sí. Era verde y grande. Un Pontiac, creo.

La mujer tiene buen ojo para los coches. Laurel es dueña de un Pontiac último modelo, verde metalizado.

—¿Pero no volvió a ver el coche aquella noche?

Harry intenta abrir una brecha.

La señora Miller lo mira a regañadientes.

—Podría haber aparcado a la vuelta de la esquina.

En los papeles de poli bueno y poli malo está claro quién se ha ganado la confianza de la señora Miller.

—Pero usted no lo vio, ¿verdad? —le pregunto.

—Verdad.

—¿Había visto alguna vez ese coche en el barrio antes? ¿El que usted identificó para la policía?

—No, que yo recuerde.

—Pero la segunda vez que vio a la persona —Harry no concede que sea Laurel—, la segunda vez, no había ningún coche.

—He dicho que no vi ningún coche.

Harry simplemente está comprobándolo, pero la hostilidad crece a pasos agigantados.

—¿No le pareció raro que viniera sin vehículo?

Hace una mueca.

—Mucha gente sale a correr.

Intentamos abrir brechas, cualquier concesión que pueda hacernos el camino más fácil.

—¿Realmente vio a esta segunda persona... realmente la vio entrar en casa de los Vega?

—No, y esto ya se lo dije a la policía.

Mueve la cabeza como preguntando si acaso no es de justicia.

—Gracias —dice Harry.

Si ahora se retractase de su identificación de Laurel en el segundo viaje, Harry le besaría el trasero.

—¿Conocía bien a Melanie Vega?

—En absoluto. No teníamos nada en común.

Aquí no cabe equivocación posible, lo recalca bruscamente, como si las dos mujeres vivieran en planetas diferentes. Me huele a desaprobación, incluso parece que la señora Miller me incitase a preguntarle. Da la impresión de estar sentada sobre un sillón de clavos.

—¿La vio alguna vez en el jardín, por encima de la valla, quizá cuidando las plantas?

—No creo que ella fuera capaz de reconocer una rosa ni aunque se pinchara con ella —dice con una mirada de desprecio—. Si nos cruzábamos, no nos parábamos a hablar. Ella se reservaba para sí... y para sus amigos.

—¿Amigos?

—Tenía unos cuantos.

—¿Señoras de por aquí?

—Debían de ser del barrio, pero no eran mujeres. Al menos a mí no me lo parecían.

Si hubiéramos estado en una reunión de señoras tomando el té y bocadillos, habríamos llegado a la parte de los trapos sucios.

Se revuelve un poco en el asiento, buscando las palabras. Por fin dice:

—La señora Vega tenía... «contactos».

La miro.

—Sobre todo de noche, cuando su marido estaba fuera.

Me mira, como si esperara a que me revolcara con ella en este heno, pero yo me limito a tomar notas, con la misma asepsia desapasionada. Ella pasa a la defensiva, como una cotilla vilipendiada.

—Bueno, cuando los hombres acuden por la noche, no suelen vender aspiradoras. Lo mismo le dije a la policía.

La señora Miller mira a Harry, que sonríe. Podría jurar que imagina a Melanie y piensa que tenía un lío.

—Bien, puede que me esté haciendo mayor, pero también tengo cierta experiencia del mundo.

—¡Oh, claro que sí! —corrobora Harry.

No está muy segura de cómo debe tomárselo, pero lo deja pasar.

—¿Le dijo a la policía que ella recibía a hombres? —le pregunto.

—¡Pues claro! Ellos querían saberlo todo, de modo que se lo dije.

Asiente con la cabeza, como si yo cumpliera con mi deber. De repente se oye un zumbido. Se ha disparado el reloj del horno de la cocina.

—¿Tardarán mucho todavía? Tengo que hacer algunos recados —comenta ella.

—Sólo un par de preguntas —le digo.

Le podría preguntar sobre la capucha, y cuánto le cubría la cara. Simplemente lo bien que pudo ver las cosas aquella noche. Si había mucha luz en la calle. Un millón de preguntas para sembrar unas cuantas dudas, pero si ella iba a dudar, quería que lo hiciera en el estrado, delante de un jurado. Si suscitaba estos temas, lo único que conseguiría es ponerla sobre aviso, y quizá aceleraría aún más las imágenes que Lama y sus secuaces le habían metido en la cabeza. Quiero conservarla neutral en la medida de lo posible, reforzar la opinión de que el buen testigo no pertenece a ningún bando. Con la señora Miller es lo mejor que puedo hacer, al menos por el momento.

Harry la sigue atornillando, le pregunta qué oyó en la escalera cuando las dos mujeres discutían. Puede que Lama esperase más, pero parece ser que lo que oyó fue

un griterío y algunas palabras inteligibles, la mayoría de las cuales prefería no repetir.

—Palabrotas —dice.

Creo que ella enviaría a Laurel a la cárcel sólo por esto.

—¿Podríamos darnos prisa? Tengo que hacer una llamada telefónica antes de salir a hacer recados.

Aprovecho la oportunidad, un poco de tiempo para prepararse y después otra sesión.

—Si tiene prisa, quizá podamos dejarlo para otra ocasión más adecuada.

—Sería mejor —dice, como un paciente en la silla del dentista, y ahora se deshace en sonrisas.

—¿Cuándo le iría bien? —le pregunto.

—¿Por qué no me llaman?

Nos da su número de teléfono. Harry lo apunta.

Nos dirigimos hacia la puerta de salida. Puedo ver los grandes ventanales del comedor que dan directamente al porche principal de Vega. No haría falta prismáticos para ver a quien estuviera allí.

—Una pregunta más —dice Harry—. Aquella noche, ¿oyó algo parecido a un disparo?

Sacude la cabeza solemnemente, como si ya se hubiera parado a pensarlo antes, algo en lo que se obstina. La policía debe de haberla apretado sobre este punto.

—¿Ningún disparo? —le pregunta Harry.

—No.

—¿Ningún sonido semejante a un estallido?

—¡Oiga, yo sé cómo suena un disparo...!

Harry me mira. Ya hemos estado en unas tres o cinco casas del callejón. La casa de la señora Miller está justo al lado de la residencia de Vega. Los Merlow viven al otro lado. Salvo la casa de Kathy y George Merlow, a quienes vamos a visitar ahora y a quienes conocí aquella noche, la de la señora Miller está más cerca que cualquier otra del vecindario. Es más, el baño destrozado, botellas de cristal tiradas y hechas añicos, un disparo de nueve milímetros y nadie oyó nada esa noche.

Harry no puede resistirse y le pregunta:

—¿No padecerá usted algún tipo de disfunción auditiva?

Ella se detiene y lo mira.

—Nadie me ha acusado jamás de semejante cosa.

Si consigo subirla al estrado, dejaré a Harry al margen. Le doy las gracias, le comunico que la llamaré un día de éstos y nos vamos. Bajamos los escalones hacia el camino de entrada. La señora Miller casi le da a Harry con la puerta en el trasero al salir.

—Malas noticias para nosotros —dice Harry—. Podríamos hacer que le revisasen la vista y citar en el juicio los informes del oftalmólogo. Un jodido chándal —refunfuña—. Puede ver a través de una capucha; desde luego tiene mejor vista que Superman. ¿Por qué puñetas no se tragaría la bala, nos habría librado del juicio?

Harry tiene mal talante cuando se trata de testigos que resultan de poca ayuda, y en particular si cree que

están adornando lo que vieron en beneficio de los chicos de azul. Esto es claramente lo que opina de la señora Miller.

—Si camina y lleva una placa, está bien —dice Harry.

Pasamos cuatro y llevamos una. Nos encaminamos hacia la casa de los Merlow. La casa está bastante deteriorada, cuarenta metros de césped y arbustos moribundos.

George Merlow carece de inclinaciones hacia la jardinería, o bien han deportado a su jardinero. El césped lleva un mes sin cortarse, está cubierto por una capa de hojas y las malas hierbas se adueñan de los parterres como los tulipanes en Holanda.

Tomamos el camino que cruza el jardín principal. La doble puerta de entrada es un artilugio arqueado que parece sacado de una iglesia y que estuviera debajo de un campanario, si no fuera por ese papel añoso y descolorido que está metido entre la rendija de las dos puertas. Es un anuncio de unas rebajas de Halloween que terminaron hace tres semanas.

Hay un periódico enrollado y atado con una goma elástica que los aspersores o el rocío de la mañana han regado y se ha secado al sol. He visto fragmentos de los pergaminos del mar Muerto que están en mejor estado. Quito la goma elástica y lo abro por la primera página. La plana está íntegramente dedicada a Melanie Vega:

Ha estado aquí, olvidado bajo algún arbusto, desde el día después del asesinato.

Subo los peldaños y miro por el cristal de la puerta. Es una vidriera emplomada y biselada, y la visión es como la de un caleidoscopio, luz chisporroteante con más puntas que un cliente de Harry. Encuentro un claro y miro. Todo lo que puedo ver es una alfombra limpia, sin ningún mueble y nada en las paredes.

Llamo al timbre. Esperamos pacientemente el ruido de pasos. Lo único que se acerca a nosotros es un gato pintado y hambriento. Se cuela por la verja del porche y empieza a restregarse contra mi pierna.

—No hay nadie en casa —dice Harry.

Llamamos otra vez y obtenemos el mismo resultado.

Pero hasta que no me vuelvo, no lo veo. En el extremo del porche, apoyado en el alféizar de una ventana, hay un cartel —«En venta»— con el logotipo de un agente de la propiedad al fondo. Me acerco para mirar. El nombre de un agente inmobiliario y su número de casa y del despacho cuelgan en otro letrero metálico debajo del rótulo principal. Apunto los datos en el dorso de una tarjeta de visita y me la meto en el bolsillo.

—Se han mudado —observa Harry.

—Eso parece.

Cuando me vuelvo, miro por una de las ventanas que dan al porche: hay un dormitorio vacío. Si

gritáramos habría eco. Lo único que queda es una cortina en un lado de la ventana, como si alguien la hubiera dejado así al marcharse de forma apresurada.

Me voy del porche y rodeo la casa. Harry me pisa los talones.

—Quizá te equivocaste; con la confusión de aquella noche, puede que entraran en otra casa —dice Harry.

—No me equivoqué —aseguro—, los vi andar por este camino y desaparecer en el patio trasero.

Con cierta confusión, Harry anda cansinamente por el camino, comprueba el número de la calle pintado en el bordillo y lo coteja con su copia del censo electoral. La dirección de los Merlow no aparece.

—Buenos ciudadanos —dice.

Dada la actitud de Harry hacia el gobierno, yo cuestionaría su criterio para restar méritos al civismo.

Saca un teléfono móvil. Harry y la era de la electrónica... Algún idiota de una empresa le ha dado este trasto para que lo use durante seis meses, como parte de una promoción. Harry ya ha derramado salsa de espaguetis en el dial y reniega de que es demasiado pequeño para sus gordos dedos.

Los Merlow no salen en ningún listín telefónico, ni nuevo ni viejo. Habla para sí mientras yo atravieso la puerta del patio trasero.

—Los vecinos chismosos pueden llamar a la pasma.

Harry parece preocupado.

—Nosotros vamos a comprar una casa —le explico.

No me preocupa encontrarme con Jack. Desde el

asesinato, él y los niños se han trasladado a un piso en el centro, cerca del Capitolio. Se dice que a Julie y Danny los aterrorizaba la casa. Danny no quería quedarse después de que la policía los acosara a preguntas. También el verlos buscar fibras en la moqueta del dormitorio de su padre contribuyó a que tomara esa decisión. El piso fue una concesión, parte del acuerdo establecido en la custodia temporal, para inducir a los niños a quedarse con Jack mientras Laurel se encuentra pendiente de juicio.

—¿Qué esperas encontrar? —me pregunta Harry.

—No lo sé. Algo sobre ellos y aquella noche.

Quizá fuera Kathy Merlow, con los ojos abiertos como naranjas, preocupada por los restos mortales, deseando saber cuándo levantaría el cadáver el juez de primera instancia. Quizá fuera su frágil estado, no tanto físicamente derrotada como síquicamente estresada. Fuera lo que fuese, Kathy Merlow tenía un aspecto aquella noche... un aspecto que yo lo había visto lo suficiente en veinte años de práctica de derecho penal como para reconocerlo. Lo llevaba escrito en los ojos, el sello de alguien sobrecogido por el terror. No se trataba de una vaga angustia, sino de algo más concreto. Tenía algún motivo para estar asustada.

Harry me sigue mientras inspeccionamos el patio.

La casa de los Merlow, o la antigua casa de los Merlow, es una de aquellas casas victorianas modernas, con una decoración recargada que se vende como estilo. Una casa de medio millón de dólares en una parcela de

un millón de dólares.

Como Harry dijo cuando vio el barrio:

—El barrio lo es todo.

En la parte trasera tiene una piscina y un campo de deporte vallado con una cadena negra, bordeado de farolas de gas que imitan una calle de Londres, para que cuando haya niebla veas visiones de Jack el Destripador.

—Esta gente vive bien —dice Harry.

Le gustaría saber qué hace George Merlow para ganarse la vida.

—Ésa puede ser una oportunidad para encontrarlo. Por su trabajo.

Aunque no tengo ninguna pista de cuál pueda ser, intento recordar el tema de conversación de aquella noche, pero no fue una reunión en la que predominaran los comadreos. Kathy Merlow estaba demasiado ocupada buscando cadáveres.

Detrás de la casa, en el lado más alejado, hay una plataforma baja que conduce a un comedorcito, en la cocina. Harry intenta abrir la puerta corredera, pero está cerrada con llave.

Lo miro con el ceño enarcado.

—Sólo quiero echar un vistazo —dice Harry.

Arriba hay un balcón, con balaustres retorcidos y barandillas blancas resplandecientes, lo que cualquier niña querría para su casa de muñecas. Esta barandilla rodea toda la casa, hasta el torreón del segundo piso, en donde el balcón se convierte en una escalera de hierro

forjado, de caracol descendente, que conduce a la planta baja.

Harry y yo subimos. La puerta corredera del balcón, entre la ventana saliente y la escalera, está cerrada con llave. Harry la ha comprobado. Tras tocar el cristal, se limpia los dedos enlos bajos del abrigo.

Miro por una ventanilla que se abre junto a la escalera. Tan vacío como los de abajo, aparece un dormitorio. Mi sospecha se confirma. Veo un gran baño contiguo a la habitación.

La ventana saliente del otro lado, más cercana a la casa de los Vega, es un pequeño cuarto privado de un hombre, con un bar, y empapelado con papel de color marrón con barcos. En la pared más lejana, se ve un armario con la puerta a medio cerrar. Bajo el hueco de la ventana, hay un escritorio empotrado. Hendiduras en la alfombra me indican que antes había un mueble frente al escritorio. Supongo que sería una silla giratoria, algo para disfrutar de la vista que se contempla desde la ventana, por encima del escritorio, y que se pudiera dirigir, además, hacia la televisión.

—Aquí no hay nada —dice Harry—. Podemos excluirlos de los archivos postales.

Ha pensado en cambiar de dirección.

Creo que a la tercera va la vencida. Una voz en mi interior me dice que encontrar a Kathy y a George Merlow no va ser cosa fácil.

Nos damos media vuelta para salir y me paro en seco, petrificado sobre mis huellas. Harry ya está en

mitad de la escalera antes de darse cuenta de que no lo sigo.

Me asomo al balcón para contemplar la vista desde la ventana salidiza, el estudio de Merlow. Como una localidad del estadio de los Dodgers, da, por encima de la valla, directamente a una gran ventana de la casa de Jack Vega. No es cualquier ventana, precisamente; es uno de aquellos invernaderos capaz de albergar una pequeña familia: una cristalera curva desde el tejado hasta los cimientos, un poco más grande que la cabina de un B29.

Emplazada en la ventana hay una enorme bañera, el paraíso del *jacuzzi,* de porcelana blanca sobre una plataforma de cerámica. Cintas amarillas de la policía barran la puerta del cuarto de baño, algo que Jack olvidó al marcharse.

Por fin Harry se reúne conmigo en la barandilla e investiga lo que se ve.

—Aún está precintada —dice. Necesitamos conseguir una orden para la casa de Jack.

Harry quiere echar una ojeada al lugar donde todo ocurrió. Inclinado en la baranda, mira a través del cristal de lo que suponemos que es el estudio de George Merlow.

—Y tenemos que encontrar a tu amigo George Merlow —apostilla Harry.

CAPÍTULO 7

El cuarto piso del palacio de justicia alberga el departamento de libertad condicional, la cafetería y el calendario principal del tribunal municipal. En este estado el tribunal municipal se ocupa de casos civiles de poca monta, juicios insignificantes, y obtiene la mayoría de su publicidad actuando como agencia de prensa para citaciones de delitos graves.

Una citación es el motivo de mi presencia aquí esta mañana, en la que me enfrento a un cúmulo de focos. Camino de prisa, con el portafolios bajo el brazo, intentando evitar que me avasallen y me aplasten los periodistas.

A mi paso me lanzan una docena de preguntas. Las cámaras me acosan, sacan un montón de tomas, para disponer de película grabada que puedan utilizar otro día, cuando ocurra algún acontecimiento notorio. Así, mientras empapelan a tu cliente de modo legal, se te ve sonriendo como si todo ocurriera en un día de trabajo normal.

Un gilipollas me pone un micrófono en las narices y me pregunta si mi cliente lo hizo.

Confesiones criminales: grabado a las cinco.

A propósito de la pregunta, no estoy completamente seguro de que el tipo tenga alguna idea de qué es lo que hizo en concreto mi cliente, salvo uno de los frecuentes hechos despreciables que alimentan a mentes calenturientas. De no ser así, ¿por qué le habría enviado

su productor? La autopista de la información, la brillante profundidad del mercurio.

Al entrar me cruzo con Jack Vega. Parece más hostil que de costumbre. Quizá sólo intentaba abrirse camino entre la prensa y las cámaras.

Entro en el juzgado, dejando tras la puerta todo el follón. Allí dentro hay más silencio, más calma, tonos amortiguados, un murmullo soterrado de cotilleo de juzgado. Parte de estas personas son aficionadas a los juicios. Antes solían ser sólo hombres, pero hoy en día también se encuentran mujeres, parroquianos que viven prácticamente en el toril del tribunal, la sala de prensa que está abajo. Tienen más fácil acceso a los jueces que cualquier abogado. Algunos hasta disponen de llaves del despacho del oficial del juzgado, de modo que incluso pueden pasar la noche allí.

Escriben un artículo de relleno en la página diez sobre el caso de la legalización oficial de un testamento, algún pariente lejano y desconocido que un día deja en el testamento diez millones a su perro, un sharpei con cara de alguien de las antípodas. Acto seguido ganan una pasta gansa en el entuerto. Pero dales una oportunidad y el asesinato siempre alcanzará la cota más alta en sus listas. Periodistas que saben cómo conseguir un archivo del oficial del juzgado. La clase de gente a la que hay que tener vigilada. Les das la espalda, sueltas una palabra en el oído equivocado y te conviertes en noticia, y no precisamente la clase de noticia en la que uno desea verse mezclado.

Oigo mi nombre. Alguien sale de la primera fila de la camarilla.

Cuando me vuelvo, me encuentro mirando a los ojos de Glen Dicks.

—Glen.

—¿Cómo te va, Paul?

Aquí todo funciona con el nombre de pila, pero no nos damos la mano. Son relaciones secundarias. No es que sea horrible, es que sólo son negocios.

Dicks escribe para el *Herald,* uno de los dos periódicos de esta ciudad. Está entre los que vienen a sacar punta a un caso político. La mujer de un legislador hallada desnuda y asesinada de un balazo tiene ciertamente su miga.

Dicks tiene un cabello gris y rizado que le llega hasta los lóbulos de las orejas y un bigote con el que se podría barrer una terraza. Viste un chaquetón deportivo con más cosas sobresaliendo de sus bolsillos que un puerco espín. Su barriga, que parece un polisón de la época victoriana, le ha desabrochado y reventado el botón de la camisa a la altura del ombligo.

Primero me suelta el viejo rollo de un abogado que se defiende a sí mismo y luego me pregunta:

—¿Es parecido a defender a un pariente?

—No lo sé. Deberías preguntarle a mi cuñada si se siente como una estúpida —respondo.

Se ríe un poco. Dicks está curado de espantos y acostumbrado a verlas de todos los colores, ya que ha sido espectador de tantas reyertas legales como para

intuir que existe alguna táctica en el hecho de que represente a un pariente. Dicho por un fiscal frente a un jurado en el momento y tono adecuados puede sonar como si yo no creyera demasiado en su caso, sino que me sintiera obligado por vínculos familiares.

Glen tantea algunas preguntas delicadas para ver por dónde puede meter su pluma: el marco temporal para el juicio, si es probable que el defensor tome el estrado, pistas sobre el número de testigos de la defensa. Obtiene citas que puede imprimir, pero ninguna información.

—¿Qué va a pasar hoy?

—Deberías preguntárselo al fiscal del distrito.

—Rectificación de la acusación. ¿No te han contado nada?

No le doy mayor importancia.

—Supongo que es más bien una cuestión técnica. Chorradas. Tachar y escribir.

—Mmmm.

Toma nota de eso.

—¿Alguna teoría de la defensa?

—Claro. Y me gustaría compartirla contigo tan pronto como obtenga la confirmación de que el fiscal del distrito es sordo, ciego y no sabe leer en braille.

Una mueca nerviosa me dice que al menos tenía que intentarlo.

—¿Cómo se lo está tomando ella?

Se refiere a Laurel. Si no puede hacerse con un auténtico notición, al menos puede enfocarlo desde el

punto de vista del interés humano.

—Salvo por las rejas y las mujeres que gritan en mitad de la noche, me ha dicho que está como en su propia casa.

Se echaría a reír de buena gana, pero Glen es lo bastante sensible como para imaginarse la situación. Asiente, dando a entender que lo comprende, de modo que le ofrezco algo que puede escribir.

—Se enfrenta a cargos muy graves.

Pocos garabatos en su libreta.

—No tiene ni la menor idea de lo que pasó, y como cualquier madre, añora mucho a sus hijos.

—Los niños están con su padre —dice, y no es tanto una pregunta como una búsqueda de confirmación.

Asiento con la cabeza.

—Aún no son huérfanos. Tienen a su padre.

—Al menos, de momento —observa.

Me lanza una mirada como si yo debiera testificar. Mi turno para la información. No pierde comba.

—Bueno, corren rumores… —continúa—. El palacio de justicia mantiene conversaciones con la oficina del Capitolio. Cosas así.

—Cosas, ¿como cuáles?

—Asuntos sobre los asambleístas.

Me confiesa esto y después, como si hablase del diablo, se tapa la boca con el bloque de notas para que no le lean los labios y, al mismo tiempo, lanza una mirada nerviosa hacia la puerta.

Jack Vega acaba de entrar en la sala del tribunal.

A Dicks se le tensa un poco el rostro, como si no estuviera seguro de si yo he roto este vínculo familiar. A lo mejor Jack y yo jugamos al póquer los jueves por la noche.

Le hago saber, en pocas palabras pronunciadas entre dientes, que no se ha roto ningún noviazgo.

—¿Qué rumores corren?

—Que está sometido a un intenso control de tipo federal. —Y me mira como un francés que catara un vino extranjero—. El FBI y la fiscalía de los Estados Unidos.

Se ha hablado durante meses de una investigación federal... mucho ruido y pocas nueces. Todo el mundo pensó que el aire era diáfano cuando a un senador estatal, el consabido sujeto de la investigación, le dieron una tarjeta de sanidad limpia. Fue en forma de declaración blanda, emitida por el Departamento de Justicia, como si se tratase de un comunicado médico sobre el estado de la legislatura: el paciente tiene un cáncer que se le sale por el culo, pero no podemos encontrarlo en los rayos X.

No obstante, tal vez el poder del partido de Jack toque a su fin. Últimamente ha estado negociando con ardiente pasión, sacudiendo a los donantes del árbol político del dinero. A punto de acabarse su legislatura, Jack está corriendo contra reloj, intentando vender el culo antes de que se hunda como el valor de la moneda corriente confederada.

—¿Qué es lo que están fisgando los «fedes»?

—Si lo supiéramos, ya tendríamos un notición —me responde—. Pero seguro que él está siendo objeto de investigación. Corren rumores, todavía sin confirmar, sólo rumores de otro gran jurado federal.

Yo no quisiera frustrar las ilusiones de Dicks, pero si Jack lleva escuchas, no es él quien está siendo investigado. De pronto, las conexiones electrónicas de Vega comienzan a cobrar sentido. No tenían nada que ver con el asesinato de Melanie. Supongo que Jack está a bordo del buen barco de la justicia, maniatado, cargado de cadenas y en el calabozo. Con toda la prensa del tribunal federal apretándole los tornillos, si lo tienen filmado aceptando un soborno —algún agente de cámara fácil en busca del Oscar—, Vega se rasgará las vestiduras en el *show* nocturno.

Habrá convencido a los federales de que el Capitolio es una cueva de ladrones, aunque no necesitarían mucho convencimiento. Y si alguien le ha mencionado la palabra micrófono, no me cabe duda de que Jack aparecería con cables saliéndole de las orejas y una batería de coche pegada al culo.

Veo a un guardia que entra a Laurel por la puerta de acero que conduce desde las celdas hasta aquí. Mi conversación con Dicks llega a su fin. Él se mueve lentamente para volver a su rollo. Acaba de sembrar en mí la semilla de la curiosidad y, sin duda, observará para ver si salta la chispa durante el juicio.

Laurel no lleva las esposas ni las cadenas, aunque sí el mono anaranjado de la prisión, como las hijas de los

granjeros vestidas con el mono de sus papás. Sin nadie en el estrado del jurado, por el momento, su apariencia es irrelevante para el interés de la justicia.

Se sienta a la mesa de la defensa y yo me reúno con ella. Ni una palabra, sólo me coge la mano por encima de la mesa. Una mirada fugaz, una sonrisa forjada en los malos tiempos. En nuestras contadas conversaciones parecía sentirse molesta porque me haya tocado cargar con su pena. Me ha prometido repetidas veces que pagaría hasta el último céntimo de la minuta. En una ocasión incluso me llegó a decir que le trajese un abogado de oficio. Ella autorizaría sus servicios.

—¿Qué va a pasar aquí hoy?

—Sólo la adaptación de los cargos a las pruebas.

Es difícil de imaginar que puedan hacernos aún más daño del que ya nos han hecho. Creo que tal vez sea un último esfuerzo legal para defender las circunstancias especiales, para demostrar la teoría de que Laurel estaba merodeando por la casa de Jack aquella noche, esperando a que Melanie apareciera por la esquina.

Harry tiene su propia teoría. Cree que acusarán a Laurel de robo: el robo de la alfombra de baño que ella estaba lavando en Reno y que aún no ha explicado. El delito de robo relacionado con el de asesinato cae dentro de la doctrina de asesinato en primer grado. Es una manera de establecer circunstancias especiales que justifican la pena de muerte.

Le he dicho a Harry que eso es basura. El robo requeriría la evidencia de que Laurel tenía intención de

coger la alfombra antes de encontrarse con Melanie. Hasta ahora nadie ha acusado nunca a Nelson y a su equipo de ser unos tarados mentales. Esa presunción supondría que el estado juzgaría el caso en base a la teoría de que Laurel había asesinado a Melanie por un trozo de alfombra.

Conmoción, gente moviéndose, sombras en el pasillo junto al estrado del juez. Primero veo a Jimmy Lama, a continuación una forma felina aproximándose con el alguacil: es Duane Nelson, designado al fiscal que llevará el caso.

Morgan Cassidy es una de las primeras de la lista de Nelson, una de los cuatro o cinco principales funcionarios judiciales entre el casi centenar de abogados de la oficina. Sólo lleva los casos más difíciles, es una mujer con un ardiente deseo de muerte para todos los acusados. Ataviada como sólo las personas frenéticas lo hacen, es una morena con el pelo cortado a lo holandés, y no es una abogada que inspire confianza a los abogados de la defensa. Se ha dado a conocer por haber ganado algunos casos a cualquier precio, una mujer que, metiéndose con el juez, dos de cada tres veces acaba llevándose sus pelotas.

Está absorta, obsesionada por el caso, una de aquellas personas ofuscadas a cada minuto por los errores de su vida, que está hechizada en su lucha por el éxito, pero que, una vez conseguido, no le encuentra ningún placer. Un juicio contra ella es como ordeñar una vaca compitiendo con una máquina. Tiene un

sacaleches para cada grieta de tu caso, con la succión encendida en la intensidad máxima.

Tan frustrante como su presencia aquí es el hecho de que acuda a la sala del tribunal desde las dependencias del juez. De cualquier otra persona no me preocuparía, pero tratándose de Morgan me pregunto qué se traerá entre manos.

Cassidy no me mira, pero Lama me hace una mueca al pasar ante nuestra mesa. Mueve los ojos de Cassidy a mí, bajo su sonrisa de comemierda, como diciéndome: «Mira qué alma descarriada te traigo.»

Llegan a su mesa y ordenan algunos papeles. Lama se sentará con ella durante el juicio, con la representante del pueblo. Tiene derecho a hacerlo, y como detective en funciones, Jimmy está más familiarizado con las pruebas auténticas y, a veces en la carrera de Lama, manufacturadas.

Me levantaría y hablaría con Cassidy, para presionarla un poco, pero no hay tiempo. A su sombra está Tim Bone, juez presidente del juzgado municipal. Ya está en su sitio ondeando el martillo y llamando al orden.

—El caso del pueblo contra Laurel Jane Vega.

El oficial lee el número de archivo del procedimiento. El estenotipista aporrea las teclas, tomando notas.

Bone es un hombre diminuto, de labios finos, calvo como el culo de un bebé y con el que se puede hacer poca broma. Su cara es como la colada que se ha dejado

mucho tiempo en la secadora: llena de arrugas y fría.

—Creo que la acusada ya ha sido informada de sus derechos en el procedimiento inicial —dice Bone—. Así que esta parte nos la saltaremos.

—Señorita Cassidy, ¿ha entregado usted ya una copia de la acusación al abogado?

Por el modo de decirlo, me da la sensación de que ha sido el tema de conversación que los ha tenido ocupados antes de entrar. Bone no parece demasiado contento de que no hayamos recibido ninguna notificación al respecto. Como principio legal no importa. El propósito de la citación es identificara la acusada e informarnos sobre los cargos de los que se la acusa. Pero Bone es un derroche de cortesía.

—Lo haré ahora, señoría.

Cassidy abre su maletín, saca un montón de papeles y alarga el brazo para entregármelos. Están grapados, numerados en el margen izquierdo, y parecen los mismos que recibimos en la primera citación.

—Señor Madriani, debería tomarse su tiempo. —Bone me invita a que los lea—. Le he dicho a la señorita Cassidy que esto no vuelva a ocurrir. No en mi tribunal. De ahora en adelante, usted entregará copias de los documentos de los cargos al abogado contrario antes de la citación.

—Sí, señoría —dice, como pillada con las manos en la masa.

Empiezo a leer el documento, el relato del asesinato, seguido de las alegaciones de circunstancias especiales.

Hasta ahora todo va bien. Si Cassidy lo ha hecho para obtener alguna ventaja, no veo cuál puede ser. Vuelvo la página, no hay nada nuevo, vuelvo otra. En la página tres, centrado, en letras mayúsculas y en negrita se lee:

CARGO SEGUNDO

> Como cargo segundo y separado, se alega además que la inculpada está acusada de la violación del artículo 187 del Código Penal por la que el 19 de octubre de este año segó la vida de Fulano de Tal, un niño nonato…

Por un instante me quedo petrificado en la silla, sin poder ver la hoja. La deslizo hacia un lado para que Laurel pueda leerla por encima de mi hombro, subrayándole con el dedo las palabras operativas: «niño nonato».

Por la expresión de su rostro se está preguntando por qué es necesario que ella repase los tecnicismos del auto de acusación. De pronto lee las palabras. Sus ojos se agrandan, lee respirando hondo.

—Dios mío. —Y suspira.

Se lleva la mano a la boca, de pronto se encuentra mal, como si le hubieran dado un puñetazo en la barriga. Padece una profunda convulsión, pero se recupera. Ahora, la mano la lleva al estómago, y aún sigue leyendo las mismas palabras, como si así las palabras fueran a cambiar de significado y la tinta

desvanecerse.

Doy gracias a que en ese momento no haya jurado en el estrado para ser testigo de esto. En el rostro de Cassidy se trasluce una inmensa satisfacción. Ella y Lama se afanan en descubrir muestras de afectación en el rostro de la inculpada. A sus ojos, las acciones de Laurel son la confirmación de su culpabilidad, la última aportación de su terrible acto. En este momento me golpea el hecho irrefutable de que un juicio con estos dos seguramente no será una experiencia religiosa.

Intento ponerme de pie para objetar, sin mucho convencimiento, antes de comprenderlo por completo. ¿Qué puedo decir?: «Esto nos ha pillado por sorpresa. Le pido humildemente a su señoría que retire los cargos.» Cassidy sabe que su táctica es un mal sin remedio.

—Señoría, es la primera noticia que tenemos de esto. El estado se niega a emitir el informe de patología.

—Es bien simple —dice Cassidy—. La víctima, Melanie Vega, estaba embarazada de cuatro meses cuando fue asesinada por su cliente.

Una mierda, justa indignación. Un juego de moralidad para la prensa.

Aunque no me vuelva, puedo ver por el rabillo del ojo el lápiz de Dicks volando sobre el papel. Y me imagino los titulares de mañana: «CLIENTE TIENE A UN ESTÚPIDO POR ABOGADO.»

—Pero el informe de patología… —balbuceo.

Bone la está mirando desde su banco con una

mirada que mata.

Cassidy vuelve a abrir la caja de Pandora una vez más, y esta vez es Lama quien me alcanza una copia del informe médico del juez de primera instancia, cinco páginas a un espacio con pequeños dibujos en cada página.

Lo examino rápidamente al borde de las lágrimas. Prueba médica de un feto potencialmente viable de cuatro meses. Esta es la clase de asuntos por los que Cassidy se desvive. Una causa. Tendrá los vestíbulos abarrotados de grupos pro defensa de la vida gritando y portando pancartas, en medio de fotos de pálidos y descoloridos embriones flotando en tarros de mayonesa.

Aún no hemos empezado y Cassidy ya me ha cortado el paso. Acaba de chafarme una de las pocas ventajas de nuestro caso: en el estrado, mi cliente, de un solo vistazo, lanzaría una clara y fuerte apelación al jurado... La imagen de Laurel, la imagen de la buena madre. Ahora, ella se sienta aquí, desolada, y por lo que parece con la sangre de un niño aún nonato en las manos.

Me habían dicho que un juicio contra Morgan Cassidy es un poco como una luna de miel: cada día hay una nueva sorpresa, y durante todo el tiempo te da la impresión de que te están jodiendo sin parar.

Después de ser destrozado en la citación, me sometí a una lectura formal de los cargos, recogí mi mandíbula

desencajada del suelo y me retiré a la relativa seguridad de las celdas y de la sociedad más amigable de los criminales profesionales.

Cuando salga quemaré mi único cartucho: una moción para que no se divulguen las transcripciones del gran jurado y así guardar los detalles de la prueba lejos de los ávidos ojos de la prensa y el público, y también una petición para que declaren el secreto del sumario y mantener a abogados y policías con la boca cerrada.

El juez Bone, que ya estaba de muy mal humor —motivado por Cassidy y su conducta—, me concedió las dos cosas, aunque sólo de una manera temporal. Tenemos que volver dentro de diez días para discutir la conveniencia de un secreto de sumario permanente. Cassidy podrá atornillarme durante el juicio, pero si dice la más mínima palabra en alguna emisora o a los escribas de la primera fila, Bone la pondrá entre rejas.

Laurel y yo nos sentamos a una mesita en la sala de comunicación del cliente, a puerta cerrada, con un guardia afuera. Lucho por recomponer las piezas de nuestro caso, y mi cerebro intenta hacer un informe de los daños sufridos. En la sala fui incapaz de continuar leyendo los detalles del auto de acusación. Ahora me dispongo a hacerlo, incluso los comentarios a pie de página y las alegaciones suplementarias de circunstancias especiales. Este es el golpe de gracia de Morgan Cassidy.

El asesinato de una mujer portadora de un feto potencialmente viable de cuatro meses constituye un

doble asesinato: lo que legalmente se conoce como asesinato múltiple especial. Esto es así, aunque el perpetrador no tenga conocimiento del embarazo y un solo acto acabe con la vida de la madre y el hijo. En los documentos que me han entregado, Cassidy cita palabra por palabra y al pie de la letra el caso, ley y artículo. La única manera de que Laurel no se enfrente a la pena de muerte es convencer al jurado de que ella no lo hizo, o bien, si lo hizo, de que existían circunstancias atenuantes, ya que una excusa no la eximiría de la pena de muerte. Pero con Cassidy hurgando en la sangre de un niño nonato, no habrá modo de lograrlo.

—Esto es horrible. —Laurel se refiere a que Melanie estaba embarazada—. Un bebé.

Sacude la cabeza y mira la mesa como si pudiera haber una respuesta en la arañada superficie de metal.

—Hubiera sido capaz de matarla. Dios sabe cuánto la odiaba.

Pensamientos que yo evitaría ante un jurado.

—Pero no con un bebé. Nunca con un bebé.

Laurel es una de esas personas a las que impresiona la juventud. En cada familia hay alguien así, tías y tíos que hablan un lenguaje del amor especial. Esta gente sabe lo que hace que los niños se muevan. En las salidas familiares, Laurel pasaba horas y horas charlando con Sarah en sitios tranquilos y apacibles. Sabe más de mi propia hija —sus deseos secretos, las cosas que la aterrorizan por la noche— que yo mismo. De modo que este niño muerto, y la idea de que otros en este

momento crean a Laurel responsable, es un golpe de dimensiones desproporcionadas.

—¿De veras creen que yo hice eso? —me pregunta, mirándome por primera vez a la cara.

Yo no respondo, pero ella sabe la respuesta.

—¿No sabías que estaba embarazada?

La cabeza de Laurel vuelve a estar en sus manos, los dedos le sostienen la frente, y baja la vista una vez más.

—¿Cómo podía saberlo? Melanie no solía compartir ese tipo de cosas conmigo. ¿A ti te parecía que estaba embarazada?

—Pensé que tal vez Julie o Danny... —le explico, como si se lo comentara a uno de los niños en sus visitas a casa de Jack.

—No, ellos me lo habrían dicho.

He estado dándole vueltas al hecho de que la muerte de un heredero no provocara la ira de Jack antes. Su ego masculino, el hecho de que su semilla se extinguiera antes de dar su fruto, no es algo que Jack pudiera fácilmente pasar por alto, aunque no tuviera previsto en su agenda una familia numerosa. Ahora tiene sentido la rabiosa hostilidad de Jack esta mañana. Para él también ha sido una sorpresa, sin duda. El primer indicio de que su esposa estuviera embarazada procede del resultado médico de una autopsia.

—Hay algo que no tiene sentido —le comento—. ¿Por qué se lo ocultaría a Jack? Otro niño en camino, semillas de una nueva familia, tranquilidad doméstica. Lo hubieran podido usar en el juicio por la custodia.

—Estás dando por sentado que el niño era de Jack.

—Ya sé que ya no existía amor —le explico.

—No es un problema de animosidad. Yo sé que el niño no podía ser de Jack.

—¿Qué?

—No hablábamos de eso, ni siquiera a la familia, pero Jack se hizo la vasectomía hace doce años, poco después de nacer Julie. El no podía ser el padre del niño.

CAPÍTULO 8

Dana Colby llega vistiendo pantalones *beige,* una blusa blanca y una larga y vaporosa túnica de seda abierta por delante. Es justo la réplica femenina del rudo guardapolvo de un vaquero en una calle desierta con las pistolas colgando a la altura de las caderas.

Pasea su mirada por la estancia, con una sonrisa de reconocimiento mientras salva las mesitas del abarrotado restaurante, la mayoría ocupadas por parejas. Es un contraste de rasgos sorprendentes, ojos amatista sobre una tez pálida y el cabello del color del cobre bruñido. Se mueve con una insolente seguridad que delata: divorciada y sin compromiso.

Una buena porción de miradas masculinas se apartan de sus compañeras de cena para contemplar esta belleza electrizante, con los ojos codiciosos de los

niños que de repente descubren algo mejor en la estantería.

Me levanto. Ella hace lo que está de moda: me coge la mano, se inclina sobre la mesa y me planta un beso en la mejilla, nada amoroso. Aquellos que conozcan el ritual dirían que somos sólo amigos.

—Lo siento, llego tarde. Los viernes por la noche el tráfico está imposible —se disculpa—. ¿Hace mucho que esperas?

—No, unos minutos tan sólo.

Al mirarla, me doy cuenta de que ha valido la pena.

Si se lo soltara, el cabello de Dana, como el de Rapunzel, serviría para salvar a una familia entera de un edificio en llamas. Esta noche lo lleva recogido en una trenza brillante, larga hasta el centro de la espalda.

Estamos de pie en mitad de Chievas, el restaurante más caro de la capital, en el piso principal, ante una legión de miradas envidiosas, masculinas y femeninas. Yo me siento como el ganador del último bingo de la noche.

Le acerco la silla y se sienta.

—Gracias.

En su sonrisa hay tanto calor como para calentar un hervidor.

Se nos acerca el camarero y nos pregunta si queremos algo para beber.

—Un vaso de vino blanco.

Entre una docena, ella elige Gewürztraminer.

Pido una botella. Con el vino la ablandaré.

La llamé ayer y le pregunté si podía comer conmigo. Quería hablar de un par de cosillas y quizá renovar una antigua amistad. En realidad tengo más temas en la agenda, pero me los guardo para mí. Estaba ocupada a la hora de la comida, así que quedamos para cenar. Son asuntos profesionales, porque yo aún me siento casado y tengo una hija en casa que me espera antes de la hora de las brujas para que la meta en la cama a las nueve. Me falta seguridad en mí mismo para pedir una cita a esta mujer. Sin embargo, Dana tiene la gracia de hacer que esto parezca algo social.

En la facultad de derecho tenía un novio que estaba cuatro cursos por delante de mí, un profeta que ya había estado en la tierra de la miel y la ambrosía, un abogado con todos los atributos: un Porsche Carrera y una finca en el campo. Aunque luego resultó ser un ejercicio de futilidad, le regaló un anillo con un pedrusco del tamaño del pomo de una puerta. Ese semestre dábamos «Equidad», y hasta la fecha, el millar de máximas nacidas de la antigua ley de la cancillería son un misterio para mí. Me pasaba el tiempo, como una docena de muchachos, embobado por el caleidoscopio de colores que irradiaban los prismas de su dedo y soñando en mi pupitre.

—Estás espectacular.

Se sonroja un poco.

Los hombres somos realmente curiosos. Podemos llevar miles de casos, ser un cicerón con un pico de oro ante un jurado y, sin embargo, una mujer envuelta en

una túnica, vestida para la aventura, puede dejarnos sin habla.

—Seguro que ambos tenemos mejor aspecto que la última vez que nos vimos.

Se refiere a la noche del asesinato, cuando nos vimos en la calle delante de la casa de Jack.

—Me encanta este lugar. ¿Habías estado aquí antes?

—Unas pocas veces —confieso—. ¿Y tú?

—Una o dos veces.

No cabe duda de que estamos hablando de chorradas. Llega el camarero y nos sirve vino.

—Ultimamente veo tu nombre en los periódicos —me dice.

—La mayoría sin motivo —le aseguro—. Es difícil que un auto de acusación derive en desastre, pero nos las arreglamos.

Se sonríe.

—Morgan tiene un talento especial para los desastres de los demás.

—¿Conoces a Cassidy?

Asiente con un movimiento de cabeza.

—Pertenecemos al mismo club.

—¡Ah! —Y pongo mil caras, todas ellas malas.

Tiene ambas manos en el tallo de la copa de vino que sostiene frente a sus labios en actitud pensativa.

—Y no, no se trata de «putas anónimas» —dice, sonriéndome.

—Oye... yo no he dicho eso.

Aunque ella me lee el pensamiento.

—No con tantas palabras.

—¿Tan transparente soy?

—Una ventana de tu alma. Aunque en el caso de Morgan, no es difícil adivinar el pensamiento de los abogados que se cruzan en su camino. Se la conoce por jugar fuera de límites.

—¿Dónde estabas la semana pasada, antes del auto de acusación?

—Oye, no es tan mala como te crees, también tiene su lado bueno.

—Me temo que aún no lo he visto.

—Ella se encara a la gente sin discriminación, hablando en términos de género. La mitad de las abogadas del Queen's Bench, el club al que pertenecemos, no le hablan. Por suerte, nunca me he encontrado en la situación de recibir una de sus patadas desde la parte contraria. De modo que supongo que aún conservamos la amistad.

—Parece como si la admiraras.

—A mi manera. Ahí fuera hay un mundo realmente cruel.

—Cuéntamelo a mí.

—Pero un día deberías probarlo con una falda y tacones.

—No creo que eso ayudase demasiado —le digo.

Cuando sonríe, se le forman pequeñas arrugas alrededor de los ojos.

—Comemos una vez a la semana. —Está hablando de Cassidy—. Quizá pueda decirle algo.

—No, en lo que a mí concierne.

Ya he conocido gente así anteriormente. Los que libran una cruzada, a menudo mal interpretan los intentos para influirlos.

—Puede que aún no le hayas visto el lado más tierno.

—No creo. Si no, lo sabría.

—Hablaré con ella.

La sonrisa de su rostro me dice que es un gesto vano. La cháchara ociosa durante una comida no hará que Cassidy se ablande en un caso de asesinato múltiple. Quizá funcionase con cualquier otro fiscal del distrito, si las víctimas fueran vagabundos sin techo y la prensa no estuviera al acecho. Pero en Cassidy, los fluidos de la obsesión corren con la rapidez y la furia del agua que discurre por el Colorado.

—Realmente, es un vino excelente.

Estoy de acuerdo. El Gewürz pasa bien. Es algo que te proporciona ese ligero ronroneo líquido; miel en el estómago y en las rodillas cuando pretendes levantarte.

—¿De qué querías hablarme? —me pregunta—. Sospecho que no me has llamado sólo para criticar a Morgan.

—No, y no es que no hubiera sido divertido.

Dana sonríe de nuevo.

—Se lo contaré cuando la vea. —Y me dirige un pestañeo por encima de la copa.

—Quería hablarte de los Merlow. De George y de Kathy.

Una mirada en blanco, buscando algo en su mente, como si los Merlow fueran los protagonistas de algún anuncio de café en la tele.

—¿Te acuerdas? ¿La joven pareja que estaba ante la casa de los Vega la noche del asesinato?

—¡Ah, sí! —dice, como si se hiciera la luz del reconocimiento.

—Pensé que sabrías adónde se han mudado.

Menea la cabeza con lentitud.

—No, no sabía que se hubieran mudado.

—Un barrio pequeño, estrechos callejones sin salida uno al lado del otro. Pensé que a lo mejor habías hablado con los Merlow.

—No, no puedo decir que lo haya hecho. El barrio Este está lleno de extraños. Gente que viaja mucho, pero que nunca habla. Lo cierto es que no los había visto nunca antes de aquella noche. Y tampoco los he vuelto a ver desde entonces. ¿Cuándo se han mudado?

—Poco después del asesinato. Tal vez al día siguiente.

—¿Y crees que es demasiada coincidencia?

Me sonríe. Podría decir lo que está pensando. El desesperado abogado defensor agarrado a unas pajas.

—Es un poco raro que no lo mencionasen.

—¿Crees que vieron algo? O al menos tienes esa esperanza.

Ahora se ríe abiertamente, cínica como una fiscal. No ha visto la ventana del baño de Jack.

Hago una mueca. Una concesión de que ha sido un

disparo largo, pero reacio a que se ría.

—Buena suerte —dice, después, muy seria—. Si lo supiera, te lo diría. ¿Estás seguro de que se han mudado?

—La casa está vacía, y hay un letrero anunciando que está en venta.

—Parece como si se hubieran marchado. ¿Lo has comprobado con el agente inmobiliario?

Niego con la cabeza.

—Bien, ahí está. Yo hablaría con el agente inmobiliario. Debe de saber algo.

—Lo estamos comprobando. No obstante, pensé que si tú los conocías podía ahorrar algún tiempo.

—Si pudiera —dice—. Pero lo cierto es que aparecieron, y se presentaron ellos mismos aquella noche. Era la primera vez que los veía. —Se encoge de hombros con un gesto que indica que le gustaría ayudarme, pero no puede—. Estás en un aprieto con este caso, ¿verdad?

—En medio de un tiroteo —le confieso—, y ando escaso de munición.

—Debe de ser duro. ¿Es verdad lo que he oído, que ella es de tu familia?

—Es la hermana de mi mujer.

Bebe el vino y asiente con la cabeza con un gesto de comprensión.

—También he oído que hay niños de por medio.

—Dos, y adolescentes.

Ahora sacude la cabeza.

—Es horrible, debe de ser difícil para ellos.

—Dímelo a mí.

Echo una mirada a mi reloj, pero no con suficiente disimulo.

—¿Tienes que ir a algún sitio?

—¡Oh, no! Se trata de mi hija. Le dije que iría a casa para darle las buenas noches. Pero aún me sobra tiempo.

—Ah.

Se le forman unas arruguitas alrededor de las comisuras de los labios.

—¿Qué edad tiene?

—Siete años. Ya ves, de camino a los veinte. Es el precio que pagamos por vivir en la aldea global... la MTV y la pérdida de la inocencia.

—Debe de ser difícil criar a una hija solo.

—Tiene sus momentos.

—¿La echas mucho de menos?

—Mmm.

—Oh, perdona.

Manos que revolotean por la mesa, miradas azoradas.

—Estoy metiéndome en lo que no me importa.

Entonces capto su indirecta.

—¿Te refieres a Nikki?

—Sí, pero no es de mi incumbencia.

—No importa —la tranquilizo—. Sí, la encuentro mucho a faltar, más de lo que me gusta admitir, incluso a mí mismo. Es lo típico que ocurre con las personas

que mejor conocemos, a las que más queremos; siempre damos por sentado que ellos estarán allí. Nunca imaginé cuánto la echaría en falta hasta que ya no estaba.

Asiente con la cabeza, dando a entender que lo comprende, aunque yo diría que no tiene ni idea.

—Pasas un montón de tiempo preparándote y después se acabó, estás solo y descubres que toda esa preparación ha sido una pérdida de tiempo, porque en realidad no hay forma de prepararse. No importa de cuánto tiempo dispongas. Al final sólo te queda un gran vacío en tu vida.

—Debe de haber sido una relación muy especial.

—No fui un marido particularmente bueno.

—No seas modesto.

—No. Compartíamos algo más que problemas: mi obsesión por el trabajo, devaneos durante el período de la separación.

Podría hablarle más claramente de los devaneos.

Me mira un poco sorprendida por mi franqueza.

—Pero supongo que si un buen matrimonio se mide por lo mucho que uno encuentra a faltar al otro cuando se ha ido, entonces el nuestro debía de ser muy bueno.

Me doy cuenta de que ahora ya no mantenemos contacto visual. La cosa se está poniendo sensiblera. Una sesión de confidencias.

—La historia de mi vida. ¿Y tú?

—Oh, tres años de matrimonio, pero sin hijos, y un divorcio. Y como información: no le echo en falta.

—Las ventajas de morirse —digo.

Nos reímos un poco, aunque para mí es un trago amargo.

Cogemos los menús y examinamos los entrantes. El camarero llega con una lista de especiales, una docena de platos más para escoger. Pedimos y charlamos un poco, sobre todo de trabajo. Mi ámbito es mayormente estatal y el suyo federal. Hay mucho de que hablar sin entrar en las confidencias.

Dana es una mujer que siempre está de aquí para allá. Se rumorea su nombramiento de juez de distrito federal. No lo sé por ella, pero he leído su nombre en los periódicos, en una lista pequeña. Sería la juez más joven en la historia del distrito.

Estoy cortando los ravioli con la punta del tenedor, cuando por fin abordo el tema.

—He oído algunos rumores acerca de Jack Vega y de una investigación federal.

Es buena. No levanta la mirada del plato, y su rostro es el de una estatua de mármol. Ni el más ligero indicio de alteración.

—Fuentes bastante fidedignas me han dicho que está siendo objeto de una investigación.

No dice nada, aparta el tenedor, se limpia los labios con la servilleta. Podría jurar, por la expresión de su cara, que está pasando a la defensiva. Yo juego mi baza antes de darle tiempo a perderse en los abismos de alguna mentira.

—Tu hombre lleva un micrófono.

De repente se pone más seria.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Has hablado con el señor Vega? —pregunta.

—He hablado con él, pero no me lo ha dicho. No tenía por qué hacerlo. Jack es un tipo elegante, y estas cosas hacen bulto. Se le estalló un botón y yo me di cuenta.

—¡Mierda!

Me mira por el rabillo del ojo, como si se lo creyera a medias. Luego rompe en carcajadas al imaginarse el numerito, mientras se tapa la boca con la servilleta.

—Estás bromeando, ¿no?

—No, no.

Seguimos mirándonos y acabamos riéndonos los dos.

—¡No puedo creerlo! ¡Qué idiota! —dice.

—Bueno, yo no habría escogido a Jack como informador.

Si ahora piensa que es malo, que espere a tenerlo en el estrado. Frente a un jurado, Jack puede tener la credibilidad de una medusa, mucho contoneo y todo transparencia.

—Ya sabes que no puedo confirmártelo ni negártelo —me responde.

Ya lo ha hecho, pero le digo que la comprendo.

—¿Quién más tiene estas sospechas?

—Cierta prensa cree que él es objeto de una investigación. Están a la vuelta de la esquina.

Me mira y debe de estar preguntándose cuánto tiempo estará a salvo conmigo el secreto.

—¿Cuánto hace que dura? —le pregunto—. Jack es parte de tu investigación.

—Es muy embarazoso. Me estás poniendo en un compromiso. ¿Quién iba a pensar que su mujer sería asesinada en medio de esto?

—Míralo desde mi punto de vista: el hombre está casado con la víctima y es el actor principal. Creo que podría conseguir una citación, pero sería mucho mejor para ambos que no tuviera que hacerlo.

—¿Sobre qué base?

—Sobre la base de que si Jack constituía una prueba estatal en una importante investigación federal secreta, es comprensible que fuera el blanco de un intento de asesinato la noche en que mataron a su mujer.

—No lo dirás en serio. Es sólo una investigación burocrática.

Dice esto como si esa gente fuera de la aristocracia, como si todos sus crímenes se cometieran con una libreta y una pluma, y siempre almidonados.

—¿A ninguno le ha entrado el pánico? Puede que se lo huelan.

Mueve la cabeza, dando muestras de incredulidad.

—El jurado tiene derecho a oírlo —le digo.

—¿Tú crees que eso es lo que pasó?

Hago una mueca.

—No se trata de que yo lo crea o deje de creer. Para conseguir una citación, todo lo que tengo que hacer es demostrar que es relevante. Y creo que un tribunal estaría de acuerdo en que es relevante.

—Hubiera tenido que conocerlo mejor. Ni siquiera podía conectarlo o desconectarlo en el momento apropiado. —Se refiere a Jack y a su equipo electrónico—. La mitad de sus conversaciones son cosas que no necesitamos ni nos interesan, llamadas para verificar su entrega en la lavandería y para que le corten el pelo.

—Esto me suena como si Jack hubiera caído demasiado pronto.

—El primer pez en la red. Así, conseguirá un buen montón.

—Y déjame adivinarlo, ¿tú has estado apretándole los tornillos a base de bien?

—Se desplomó como un castillo de naipes. Nos contó cosas que no hubiéramos descubierto ni en cien años. Y cuando hubo cantado, se puso a llorar como un crío. Se notaba que tenía problemas personales.

Enarco una ceja.

—Maritales —dice—; casi me dio pena por él.

—¿Y cómo lo sabes?

—No puedo decir nada más hasta conseguir una autorización. ¿Me das tu palabra de que no comentarás nada de esto con nadie hasta que hable con mis superiores?

—No estoy muy interesado en salvar el pellejo de Jack, pero necesito saber qué está pasando.

—¿Me das tu palabra?

Asiento.

—Quizá podamos cooperar, acabar rápidamente

nuestra investigación, antes de que tú vayas a juicio. Si conseguimos autos de acusación, no importará que se descubra la tapadera de Vega.

—¿Podríamos vernos mañana por la noche? —dice Dana—. Esto me daría tiempo para hablar con mi gente.

Le digo que sí con la cabeza.

—Cuando tú quieras.

Para mí es fantástico, ya que no tengo el más mínimo interés por Jack. Por lo que a mí respecta, pueden quedarse con su culo y asarlo si les da la gana. Lo que quiero saber es a qué clase de presión lo estaban sometiendo. Llegado a este punto, tengo dos teorías de lo que pudo haber sucedido aquella noche, pero a Dana sólo le he contado una.

CAPÍTULO 9

—La Resolution Trust Corporation —dice Harry.

—¿Qué?

—La RTC, la agencia que se encarga de bancarrotas y créditos.

Harry conduce mientras lo miro desde el asiento contiguo de su coche. Me está explicando quién tiene la hipoteca de la casa de George y Kathy Merlow. Harry ha llegado a un punto muerto con el agente inmobiliario.

—Aún hay más, el agente dijo que nunca había oído hablar de George y Kathy Merlow. El libro de registro

estaba firmado por alguien de la RTC.

Según Harry, esta propiedad, la casa de los Merlow, se ha desvanecido en su registro de bienes no vendidos durante algún tiempo.

—¿Cómo es que los Merlow vinieron a vivir aquí?

—Adivina —me responde—. El agente me ha dicho que probablemente la habían alquilado. Dijo que no es raro. Las agencias públicas a menudo lo hacen, mientras intentan vender la propiedad, así compensan gastos.

—¿Adónde vamos por aquí? —le pregunto.

—He llamado a la RTC y he dejado un mensaje en su correo electrónico. Seguramente nos crecerá la barba antes de que nos llamen.

Mientras tanto, Harry me lleva a la oficina de correos del viejo centro, donde, según los vecinos, trabaja Kathy Merlow. Habla con un supervisor.

—Este empleo es tiempo pasado. No la han visto desde hace casi un mes. Ni una palabra, simplemente un buen día no se presentó al trabajo y no ha vuelto desde entonces.

—Déjame adivinar. ¿Justo después de que fuera asesinada Melanie Vega?

—Al día siguiente —responde Harry.

Kathy Merlow se esfumó como un fantasma.

No estoy muy seguro de lo que esperamos encontrar en la oficina de correos, pero Harry cree que vale la pena hurgar por allí. Ha concertado una cita.

—¿Qué me dices de George Merlow? —le pregunto.

—Si trabajaba, lo hacía en casa. Los vecinos afirman

no haberlo visto salir nunca, sólo de pascuas a ramos. Como si el tío fuera un recluso.

—La casa parecía demasiado cara para un tipo sin empleo y una esposa que trabaja en correos.

—Puede que viviese de rentas —dice Harry.

—¿Y su mujer tendría necesidad de trabajar en correos? No tiene sentido.

—Tal vez con el gobierno como casero el alquiler no fuera muy alto. ¿No crees que podían cobrarles un alquiler digno?

Harry se mofa ante la idea de que una agencia gubernamental cometa un acto racional. Nada más son un montón de incertidumbres, sin respuestas que tengan sentido.

Llegamos y aparcamos enfrente, a un metro del bordillo. Harry mete tres monedas y observa cómo apenas se mueve el dial. Me pide calderilla, y le doy dos monedas más.

—Tenemos que trabajar de prisa.

Estamos en el piso de arriba y pasamos por una pesada puerta de bronce.

La antigua oficina de correos es uno de aquellos edificios construido durante la época de Matusalén, cuando el gobierno tenía dinero y los salarios eran como los de los esclavos que edificaban las pirámides. Oscuro, con toques artísticos de la época y más mármol que en un mausoleo. Ahora es una tumba para los burócratas que se arrastran en su interior.

Tomamos el ascensor hasta el segundo piso. Harry

lee en un trozo de papel el nombre y el número del despacho del hombre. Encuentra el número, el 224, en una puerta con cristal traslúcido, una tela de alambre sobre éste y un montante encima de la puerta que parece haber estado allí desde los años cuarenta. Está demasiado oscuro para decir si han pintado el pasillo desde entonces, pero a juzgar por la mugre de las paredes, yo diría que no.

Harry abre la puerta y entramos. La sala es inmensa y está casi vacía. Hay dos escritorios de metal, uno de ellos vacante. En el otro se sienta un hombre negro, delgado, con bigote muy fino, de unos cincuenta años, con el cabello gris muy corto, que levanta la vista hacia nosotros.

—Buscamos al señor Goldbloom —dice Harry.

—Ya lo han encontrado.

El tipo se levanta, y Harry nos presenta.

—Ah, sí. Han llamado por teléfono. Son abogados y es acerca de un caso, ¿verdad?

Harry le da al tipo su tarjeta y coge una de un tarjetero del escritorio, papel reciclado del gobierno, un cartón de aspecto grisáceo: «Cyril Goldbloom. Inspector postal.»

—¿De qué se trata? —pregunta.

Harry le refresca la memoria con la conversación telefónica.

—Ah, claro. Usted ha llamado esta mañana. Es algo sobre un caso criminal. Están buscando a uno de los nuestros. Un asunto del personal.

Hay alivio en el rostro del señor Goldbloom porque acaba de dar en el clavo. Se reclina hacia atrás en su escritorio y nos hace una señal para que lo imitemos. Cojo una silla del otro lado del escritorio. Harry opta por sentarse en el escritorio vacío y observar desde allí.

Goldbloom abre un cajón y saca un impreso, con una letra más pequeña que la de la Biblia.

—¿Nombre del empleado?

Vamos a hacerlo bien. Harry me mira. En este momento juraría que está pensando barbaridades.

—Kathy Merlow —le digo.

—Está bien, ya recuerdo. —Y escribe el nombre en la libreta, al principio de la hoja.

Ahora está copiando el nombre de Harry, la dirección y el número de teléfono de la tarjeta de visita en una pequeña casilla del impreso.

—¿Propósito de la investigación? —continúa.

Miro a Harry y me encojo de hombros.

—Una investigación legal —le respondo.

—¿Su relación con la empleada?

Primero me mira a mí y luego a Harry.

—Extraños.

—Mmm.

No parece existir ninguna casilla con la etiqueta de «extraños». Lo medita unos instantes y finalmente decide escribir una nota al pie del impreso.

Formula una docena de preguntas tan estúpidas como ésa. Después levanta la cabeza. Trabajo concluido.

—Bien, esto lo archivaremos. Como ya le he dicho

cuando ha llamado usted por teléfono —lo dice dirigiéndose a Harry—, la señora Merlow ya no trabaja aquí. Comprobaremos su ficha personal para ver si hay alguna información que estemos autorizados a revelarle.

—¿Podemos ver la ficha? —aventura Harry.

—No, no. Es personal y confidencial. Son leyes federales. Podría haber toda clase de material en la ficha.

Esto es precisamente lo que espera Harry.

—¿Qué es lo que puede usted explicarnos? ¿Puede decirnos qué cargo ocupaba? —pregunta Harry.

Hace una mueca, ya que probablemente dar información a los ciudadanos va contra su criterio. Entonces abre uno de los cajones bajos del escritorio y saca una serie de hojas mecanografiadas, grapadas en el extremo superior izquierdo. Es un directorio telefónico de los que se les da a los empleados para que se localicen unos a otros. Pasa algunas páginas.

—Aquí está: Kathy Merlow, atención al cliente.

—¿Qué significa eso?

—Reclamaciones de clientes, y este tipo de cosas.

—¿Vino ella transferida desde otra oficina?

—No lo sé.

—Estuvo poco tiempo en la ciudad.

—No tenía por qué saberlo.

—¿Trabajaba en este edificio?

—Ejemm. Abajo —dice—. Esto es todo lo que puedo decirles.

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar para

obtener una respuesta? —pregunta Harry en alusión al impreso—. ¿Quizá nos brinde la actual dirección de la señora Merlow?

Goldbloom vuelve a hacer una mueca.

—Podría tardar. Tiene que pasar por la oficina principal. El jefe de correos ha de revisarlo en el departamento de personal —concluye.

—Pues podemos morirnos esperando.

Goldbloom se ríe. Después de estar todo el día entre esas cuatro paredes mugrientas, el listón de su humor está bastante bajo.

Harry se está poniendo nervioso.

—Si fuéramos policías, nos enseñaría su ficha personal hoy mismo, ¿verdad?

—Eso seria diferente porque se trataría de una investigación oficial.

—¿Cree que surtiría efecto una orden judicial?

—Oh, claro. Entonces estaríamos autorizados a enseñarles la ficha. —Y nos sonríe—. Una de las exenciones de la ley, una orden judicial. Me gustaría ayudarlos, pero tengo las manos atadas —dice, arqueando las oscuras cejas.

—Claro —dice Harry.

Nos despedimos y nos vamos. A medio camino del ascensor, le digo a Harry:

—Conseguiremos una orden judicial.

Él tiene una idea mejor. Una vez hemos bajado en el ascensor y cruzado la puerta, Harry no se dirige al coche. Yo le sigo calle abajo, bordeando el edificio que

abarca la mitad de la manzana. En la parte trasera hay un callejón que corta el bloque en dos. Desde la calle Séptima discurre colina abajo y regresa a la calle Octava por el otro lado. En la parte inferior del callejón hay una zona de carga y descarga y varias furgonetas postales estacionadas.

—Hablar no va contra la ley —dice Harry.

Ya estamos en el callejón y sobre la zona de carga y descarga antes de que yo sea capaz de articular palabra. Un par de empleados están cargando el correo. Nos ignoran, ya que tal vez estén esperando a que nos larguemos y seamos ciudadanos ansiosos en espera de correo.

Harry se encamina hacia uno de ellos.

—Hemos venido a buscar un paquete.

—Vaya a la ventanilla del otro lado, por la puerta principal —dice el tipo sin dignarse a mirar a Harry y sin dejar de cargar paquetes de cartas de espaldas a nosotros.

Arroja los montoncitos de cartas a la parte trasera de la furgoneta como un beduino que tirara estiércol de camello a una hoguera.

—Nos han dicho que viniéramos aquí. Es un paquete grande —comenta Harry—. Recibimos una llamada de una tal Kathy Merlow hace algún tiempo, y nos dijo que un amigo suyo nos lo guardaría. Ahora no recuerdo su nombre. ¿Podría comprobarlo?

Por fin el tipo se incorpora, echa una ojeada a Harry y lanza un suspiro de funcionario de estado. Uno puede

imaginarse lo que está pasando por su cabeza. «Como la crisis mundial, una calamidad nacional: un paquete perdido en una oficina de correos.»

—Déme un minuto, por favor.

Carga dos paquetes más en la parte trasera de la furgoneta, vacía la pequeña carretilla de mano y se dirige al edificio para buscar otra carga. Harry le pisa los talones. El tipo se vuelve.

—Espere aquí.

Con la mirada, deja a Harry petrificado. Después desaparece en el edificio tras una puerta basculante.

Harry me dedica una sonrisa diabólica. En el poco tiempo que Kathy Merlow ha estado trabajando aquí, debe de haber hecho al menos un amigo, alguien a quien este tipo pueda localizar y decirle que hay alguien que pregunta por ella.

Transcurren un par de minutos mientras Harry y yo matamos el tiempo esquivando a otros carteros con sacas llenas de correo, felices de ignorarnos en la medida en que les correspondamos.

Por fin sale. Creo que viene solo, pero después la veo: una mujer —mejor dicho, una jovencita— camina tras su sombra. Podría tener entre dieciséis y veintidós años y está más delgada que un fideo. Viste la camisa azul del uniforme de los empleados de correos, pero una talla demasiado grande. Los faldones de la camisa le cuelgan por fuera de los pantalones oscuros y casi le llegan a las zapatillas de tenis blancas. Los rizos de su cabello castaño están recogidos en dos coletas que

surgen de cada lado de su cabeza y explotan en una cascada de pelo, justo más allá de las gomas que las sujetan. En un mundo racional, alguien debería someter al servicio postal a las leyes laborales de menores. La chica tiene la tez pálida salpicada de pecas, y toda la esperanza que puede demostrar reside en unos ovalados ojos castaños que parecen pertenecer a otra persona. Se podría decir que ofrece el aspecto de un pilluelo de cuento de Dickens de los que acaban mal. No obstante, un vistazo me basta para percatarme de que, en el mismísimo infierno o en las entrañas de la oficina de correos federal —por lo que yo recuerdo de Kathy Merlow—, esta mujer y ella son almas gemelas.

—¿Están buscando a Kathy? —dice ella.

Harry asiente.

—Ya no trabaja aquí.

—¿Conocía a Kathy Merlow? —le pregunta Harry. La mujer revela una mirada cautelosa.

—¿Qué es lo que quiere?

—Nos gustaría encontrar a la señora Merlow.

—Él me ha dicho que están ustedes buscando un paquete. Mira al cartero, que vuelve a sus quehaceres.

—Necesitamos hablar con la señora Merlow.

Harry suaviza el tono, como si estuviese hablando con una niña, para sonsacarle información.

—Parece que todo el mundo quiere encontrar a Kathy.

—¿Quién más ha preguntado por ella? —dice Harry.

Ella lo mira pero no responde.

Yo me adelanto y le doy a la chica mi tarjeta de visita. La estudia durante unos instantes.

—Somos abogados —le explico—. Nos gustaría hablar con el señor y la señora Merlow respecto de un caso que estamos llevando. Creemos que es posible que fueran testigos presenciales.

—¿Han hecho algo malo?

—No. No. Sólo queremos hablar con ellos.

—No puedo ayudarlos. No sé dónde está ella.

Y empieza a alejarse.

—¡Señora!

Se vuelve.

—Es muy importante. La vida de una mujer depende de ello.

Fija sus ojos ovalados en mí durante un momento.

—Una madre con dos hijos.

Aprieto un poco más la tuerca. Mira al cartero, que no le presta atención en este momento, y se acerca un poco a nosotros.

—¿Cómo podría Kathy salvar una vida?

—Se trata de un juicio por asesinato. Nosotros representamos...

—¡Marcie! —grita una voz desde la puerta.

La chica se encoge hasta parecer la mitad de su ya mínimo tamaño. Allí, ante la puerta basculante, hay un hombre de unos treinta y cinco años con corbata, camisa blanca arremangada hasta el codo, cabello cortado a cepillo y una mirada de jefe en los ojos.

—¿Es tu hora libre? —dice.

Ella se vuelve.

—No, señor.

—Entonces se supone que deberías estar clasificando. Hablamos de eso en tu último informe de rendimientos —le reprocha—. ¿Es que tenemos que repetirlo de nuevo? Lo pondré en tu ficha. No tengo que recordarte que estás en período de prueba. Un informe negativo más y te irás a la calle. Te lo dije, ya te he avisado.

Ahora Marcie se pone a temblar, aunque no sabría decir si de miedo o de rabia.

—Sólo he salido para... —dice ella con voz más fuerte.

—¿Quieres hablar o prefieres conservar el empleo? Porque si quieres hablar de lo que te dé la gana, puedes hacerlo fuera, en la calle —gruñe él señalando hacia la acera.

Se queda allí petrificada y en silencio, dándole la espalda, mientras sus labios susurran:

—Cabrón.

—Bueno, ¿qué va a ser?

Marcie se encoge todo lo que puede para cruzar el umbral de la puerta, pero sortear a ese tío tiene su dificultad, porque él no se aparta ni un milímetro para dejarla entrar, lo que la obliga a rodearlo.

Meneando la cabeza mientras ella pasa y con las manos en la cintura, ese hombre podría ser perfectamente el amo de Tara después de un mal día de infructuosa tarea de recolección. Sólo le falta el

sombrero de ala ancha y el látigo.

Antes de que pueda pronunciar palabra, ella desaparece por la puerta basculante. Nuestra oportunidad se ha esfumado.

El tipo en mangas de camisa está allí plantado, mirándome, pero con otra actitud, con un tono más suave, como el que utiliza para tratar con el público, gente que no es fácil de intimidar.

—¿Qué están haciendo aquí, caballeros? Esta sección está prohibida al público.

Harry reacciona como si quisiese comérselo. En su rostro se refleja la solidaridad con los trabajadores, un ataque floreciente a los estandartes de la dirección.

Lo cojo del brazo.

—Otra vez será —le digo.

Harry emite un gruñido gutural como un perro rabioso a punto de arrancarle el culo a alguien con los pantalones puestos. Podría jurar que tiene un poco de espuma en la comisura de la boca.

Antes de que lleguemos a los escalones que dan al callejón, el tipo ya está ladrándole al cartero.

—¿Por qué dejas que entren aquí? —le grita—. ¿Para qué te crees que sirven las reglas? Si no puedes ocuparte de esto tú mismo, llama a seguridad. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Me canso de repetirlo, y ¿para qué?, ya que vosotros no escucháis nunca lo que se os dice.

Es un retaco, y mira a la barbilla del cartero para soltarle la bronca a la altura de la garganta delante de otros, como si hubiera pillado in fraganti a un niño

robando en una tienda.

El cartero lo mira como si fuera a sacudirle al hijo de puta. Lo único que lo retiene es la necesidad de alimentar a su familia en lo que los políticos llaman eufemísticamente una economía deprimida.

Ya hemos bajado los escalones de cemento y regresado al callejón y aún seguimos oyendo los gritos que le da al cartero.

—Vaya un cabrón —suelta Harry.

—Sabe algo. Ella sabe dónde está Kathy Merlow.

—Estaba a punto de hablar, podía olerlo. En cuanto le dije que había la vida de una mujer en juego, vaciló. Un poco más y se echa en nuestros brazos. Puñetas, por qué ha tenido que aparecer Simon Legree.

—Tal vez podamos echar un vistazo a la lista de Goldbloom y encontrar el nombre de Marcie. Llámalo por teléfono.

—¿Qué? ¿Y tener que rellenar otro impreso? Ya encontraremos otro modo de hablar con ella. Volveremos después del trabajo, si es necesario.

—Eso plantea otro interrogante. ¿Quién más crees tú que está buscando a Kathy Merlow?

—Supongo que Jimmy Lama.

Harry se imagina el cuadro: si Jimmy peinó el barrio como nosotros, no podía pasar por alto la casa vacía de los Merlow.

—Seguro que ya ha comprobado dónde trabajaban. Probablemente Lama y sus compinches ya han interrogado a toda la oficina de correos. Pero hay un

punto a nuestro favor: ¿tú crees que Marcie hablaría a la policía si creyese que Kathy Merlow estaba metida en líos?

Harry sacude la cabeza lo mismo que un predicador de pueblo al que le preguntaran si creía que el diablo iría al cielo.

—Eso es lo que yo creo.

Y nos sonreímos el uno al otro.

Doblamos la esquina, y veo que la expresión de Harry pasa del disgusto a la furia.

—¡Mierda! —dice. La agente de tráfico le está poniendo una multa al coche de Harry.

—Chantaje, fraude postal y extorsión. Seis cargos. Hace dos meses que tuvo que responder a una acusación.

Ésta es la explicación de Dana Colby de lo que el Departamento de Justicia tiene contra Jack Vega.

Silbo entre dientes, ya que podrían caerle doce años. Sin duda, éstas son las actividades que Jack denominaría «recolecta de fondos».

—El señor Vega no tiene buenos modales con el dinero.

Conociendo a Jack y su capacidad para llamar la atención, probablemente trabajaba la rotonda del Capitolio, amenazando a grupos de visitas con nuevos impuestos a menos que le diesen cambio para jugar al póquer.

Son casi las siete y media de la tarde y estoy ante la casa de Dana, en la avenida, a dos manzanas de la casa de Jack. Fue Dana quien eligió este lugar para reunirnos, porque dijo que si lo hacíamos en su oficina levantaríamos sospechas. Ya ha hablado con su gente y ahora podrá contarme algo más.

—Así que, ahora, Jack está prestando un deber cívico —digo, y me refiero al papel de Vega lanzando el anzuelo a sus confiados amigos del Capitolio.

—Él tenía algo que ofrecer y a nosotros nos interesó. Siéntate. ¿Te apetece una taza de café?

—Sí.

Tomo asiento en el sofá de la sala de estar, desde donde puedo verla en la cocina mientras hablamos.

Dana aún lleva puesta la ropa de trabajo: blusa blanca y una falda ceñida de lana gris por encima de las rodillas, lo que suelen llevar las abogadas elegantes. La falda se le adapta a su cuerpo cuando anda descalza por la cocina. De camino a la sala de estar, se ha quitado los zapatos de tacón.

—Le hemos ofrecido dieciocho meses en Lompoc y una multa de un cuarto de millón de dólares.

Esto, sin duda, exasperará a Jack. Y aunque él pase ese tiempo en uno de los clubs de campo federales, el lugar donde los macanas hacen músculos, les crece la barba, encuentran a Dios y descubren nuevos principios éticos, aún sigue siendo una penitenciaría. Cuando salga, no creo que haga ningún trapicheo en el DC. La razón de la vida de Jack, el poder, se le escapará de los

huesos como una pila gastada en un juguete inservible. Para alguien como Jack, que no sabe lo que es trabajar de verdad, eso sería el primer paso hacia el arroyo. Un hombre que de repente está sometido a una gran presión síquica.

—Sus abogados hicieron un buen trabajo: primer delito, un hombre con familia, una larga y brillante carrera pública.

—Que Dios se la conserve.

—Y con hijos.

Repentinamente, el afán de Jack por obtener la custodia parece tener más sentido. Los niños eran un escudo que podía arrojar a un juez compasivo, ya que no tendrán adonde ir, y necesitarán un padre.

—Debe de haberos dado mucho a cambio.

—Algunos miembros de la Casa —dice ella.

No menciona nombres, pero de la forma en que lo dice, estoy seguro de que son políticos de primer orden.

—Y algunos chanchulleros.

Habla como si se tratase de piezas en un tablero de ajedrez: mi peón por tu torre.

Viene con el café, dos jarritas y un plato pequeño con galletas. Me acerca una, y se la acepto. Esta noche pasaré sin cenar. Luego se arrodilla en el sofá, separando un poco las piernas y enrollándose sobre sí misma, de modo que ahora sólo nos separa un cojín. Su falda se ha subido un poco, así que con el café y las galletas estoy tomando una buena ración de muslamen. Nota que la estoy mirando, pero no hace nada para

arreglarse la falda; al contrario, pone esa expresión de suficiencia que algunas mujeres dominan tan bien cuando saben que les están echando un repaso pero les importa un bledo.

—Es un buen trato… para Jack, quiero decir. Dado los cargos, si las pruebas eran sólidas.

—De hierro; lo teníamos grabado, pidiendo y aceptando sobornos. De todas maneras, aún no ha terminado. Le lanzo una mirada interrogante.

—Sus abogados argumentan que el asesinato de su esposa y la ausencia de padres para los niños cambian las circunstancias de la situación. Ellos están batallando para conseguir la libertad condicional. Otra audiencia antes de la vista del juicio.

Una cosa está clara: aunque ella aún no lo sepa, el nombre de Dana Colby aparecerá en mi lista de testigos para la defensa.

—Desde luego, no parece que estés librando demasiada batalla en este caso.

—Jack Vega era una influencia corruptora que envenenaba el sistema. Si va a pasar tiempo en la cárcel o no, ya se verá, pero lo hemos extirpado como a un auténtico cáncer. Los términos de la libertad condicional pueden ser largos y severos. Ningún trapicheo, e incapacitado para cualquier cargo público. A veces es lo único que puedes hacer, menguarlos beneficios. Ya tenemos lo que queríamos, la cooperación de Vega, al tío procesado. Su testimonio contra otros aún más corruptos.

No creo que exista un animal semejante. Y Dana parece estar algo más que a la defensiva. Me pregunto si habrá otras razones para que hayan dejado a Jack en libertad, algo que no me ha contado. Otra liebre que ha hecho que Dana llamara a sus perros.

Sin embargo, éste es el Jack que yo conozco: el rey del Teflón, incluso en las fauces de la justicia. Una tragedia en la familia, y Jack no pierde comba. Sus abogados siempre velan por el filón de plata que parece haber encontrado.

—¿Cuánto te falta para cerrar el caso? —le pregunto—. ¿Para que Jack termine su trabajo? ¿Acusaciones?

—Uf, bueno. Estas cosas llevan tiempo. Unas cuantas semanas aún, puede que un mes... quizá un poco más.

Sería más fácil conseguir cooperación federal, haciendo pública la información de que Jack está involucrado en un asunto criminal y así evitar una asquerosa contienda con los federales, si ellos pudieran cerrar su caso y dictaran el auto de acusación rápidamente. Arrojaría una nueva luz a la esposa afligida, y quizá quitaría un poco de hierro al caso del estado contra Laurel. Después de todo, la víctima, como mínimo, estaba viviendo con un criminal. Me pregunto cuánto sabía Melanie. La táctica preferida de la defensa: poner a la víctima en entredicho.

—No hay duda de que el asesinato de su mujer complica la situación. Sin embargo, no estoy segura de

que haya alguna relación entre los dos casos, nuestra investigación y la muerte de la señora Vega.

La expresión de Dana en este momento revela más interrogantes que respuestas. Quiere averiguar si yo puedo relacionar el asesinato con los problemas de Jack con los federales.

—Esto plantea una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Me habrías contado algo de esto si yo no me hubiera tropezado con los cables?

Sonríe, y afloran pequeñas arrugas en las comisuras de sus labios.

—Probablemente, no. No vemos ninguna conexión con los asesinatos. Nada, ningún crimen. A menos que tú sepas algo que nosotros desconocemos.

Pongo cara de póquer.

—¿No creerás de verdad que alguien intentara matarlo a él aquella noche?

Me encojo de hombros y aprieto los labios.

—Cuéntame acerca de sus problemas matrimoniales. Me mira por encima de la jarrita de café.

—El otro día, en la cena, me dijiste que, por si fuera poco, te habías dado cuenta de que Jack tenía problemas en su matrimonio.

Da un sorbo.

—Mmm... No quiero ofenderte. Ya sé que es tu antiguo cuñado y todo eso.

—Puedes recalcar lo de «antiguo» —le digo.

—Sospecho que si su esposa se acostaba con otros,

probablemente tuviera un buen motivo.

—No pareces una admiradora de Jack.

—Me doy una buena ducha con mucho jabón cada vez que tengo que hablar con ese tipo. —Lo dice como si no sólo se refiriese al hecho de que Jack sea un corrupto—. Cada vez que hablas con él, te sientes como si te desnudara con la mirada, como si tuviera rayos X en los ojos. Y no hablo de miradas discretas. El tipo se fija en tus rodillas a la menor oportunidad. Y no se contenta con miraditas.

—No me había dado cuenta —le miento.

—Tú no eres mujer.

Ya me imagino cómo Jack debe de haber mirado a Dana, como si sus ojos pudieran penetrarla.

—¿Y Melanie se lo hacía con otro?

—Con más de uno —dice ella.

Suspira profundamente como si no supiera si debe seguir con esto. Por fin levanta la vista hacia mí.

—Tú no lo sabes por mí.

Alarga el brazo y deja la jarrita encima de la mesa. La blusa se le abre un poco y puedo ver un montón de encajes; luego aparto los ojos, como si sintiera los estragos de la culpabilidad de una mente masculina. Ahora se sienta muy tiesa. Mantengo contacto ocular para evitar que mi vista vagabundee por ahí.

—Nos permitió intervenir el teléfono de su casa, y no creo que su esposa lo supiese.

—¿La oíste hablar con otros hombres?

—Yo no, pero sí los agentes que hacían el

seguimiento. Tenía contactos fuera y dentro de la casa.

—¿Vega estaba enterado?

Asiente.

—¿Cómo lo sabes?

—El tipo era fatal con el micrófono: lo dejaba encendido durante horas, se olvidaba de apagarlo, y en dos ocasiones que estaba fuera de servicio y se produjeron conversaciones importantes, se olvidó de ponerlo en marcha. Lo sabemos porque la gente aparecía en el vídeo de su oficina.

La imagen, como la de una película muda —fotogramas sin sonido—, es algo escalofriante. Me hago una composición de lugar para no ser visto en las oficinas de Jack nunca más.

—Lo tuvimos que enviar otra vez. Quiero decir que fue terrible. Volvió a la oficina de un tipo y muy melosamente le dijo que había olvidado lo que acababan de discutir diez minutos antes acerca de la contribución, guiño va, guiño viene, y qué parte de la legislación era el *quid pro quo*. ¿Puedes creerlo? Como hablar en el alfiler de mi corbata.

—Y apostaría a que el tipo lo repitió de cabo a rabo.

—Oh, sí. —Dana es toda ojos, un rostro lleno de expresión de incredulidad—. Esta gente cree en la confianza.

¿Y por qué no?, pienso yo. Están hablando con Jack Vega, el santo patrón de la corrupción política. ¿Quién más sucio que Jack?

—Era imposible que Vega nos escondiese algún

secreto, incluso cosas que nosotros no queríamos saber.

—¿De modo que él sospechaba que su mujer tenía un lío? ¿Dijo él esto?

—Al menos dos veces. Una de ellas a una mujer, una joven ayudante de la oficina. Fue una mala cosa. Le estuvo soltando el cuento de la lágrima con sonido y cámaras, llorando en un hombro amigo. Ella tenía apenas veinte años y no sabía qué hacer. El baboso estaba encima de ella, con los brazos en su cuello. No podría decir si iba en serio o era una estratagema para meterse en sus bragas.

Conociendo a Jack, saco mis propias conclusiones, ya que él siempre tenía una doble moral. Jack se creía autorizado a darle el salto a Melanie, pero que no se enterara de que su mujer tuviera un resbalón con otro hombre porque sería capaz de casi todo.

—Y hubo otra ocasión, por teléfono. No sabemos con quién hablaba. Lo cierto es que fue muy misterioso.

—¿Sabes de qué hablaron?

Sacude la cabeza.

—¿Tienes las cintas?

—Las tuve, pero ahora no sé si están todas. La policía se deshace de aquello que no es relevante.

—¿Podrías comprobarlo?

—¿Es importante?

—Podría serlo.

Me mira intensamente. Engranajes que se mueven; luego aparecen rejas y campanas. El alba de la luz.

—¿Crees que él mató a su mujer?

—Estoy calibrando las posibilidades.

CAPÍTULO 10

Harry y yo nos dirigimos a la cárcel del condado para reunirnos con Laurel. Vamos caminando las siete manzanas que nos separan de ella, ya que es mucho más sencillo que encontrar un sitio para aparcar.

—¿No crees que esto lo impulsa un sentido de solidaridad familiar?

Harry se refiere a mi suposición de que quizá fuera Jack quien mató a Melanie.

Este pensamiento me ha estado rondando por la cabeza durante toda la noche, incluso mientras dormía.

—No me interpretes mal, ya sabes que me encantaría colgar a este cabrón.

El hecho de que sea un político es ya suficiente motivo para Harry, y que sea un corrupto es una simple forma de describir su profesión.

—Admito que me cae bastante mal, pero hay cosas que aún no te he contado.

—¿Como cuáles?

—Como el hecho de que Jack mintiera a la policía la noche del asesinato.

Levanto la vista y veo que Harry está un poco rezagado. Le pica la curiosidad, y eso hace que me dé alcance.

—Les dijo que nunca había tenido una pistola, y era mentira, una soberana mentira. Pero así es Jack. La pregunta y la respuesta están en el informe de la policía.

—¿Tiene alguna pistola?

—Al menos la tuvo una vez. En el aparador de su despacho, detrás de su escritorio, hay tres trofeos: un montón de mármol y cromados. Si te fijas, verás que son de tiro al blanco. Pistolas. Uno de esos torneos legislativos en los que los chanchulleros y la gente para la cual trabajan dejan ganar a los políticos.

Jack estaba inmerso en la cultura de las armas: viajaba a las grandes exposiciones de armas, una en Dallas y otra en Miami, y recibía premios sólo por aparecer. También tenía una pistola plateada en una caja de avellano, con un montón de herramientas y florituras grabadas. Se la regaló uno de los fabricantes. De hecho, eran muestras de aprecio por un voto en contra de la ley contra la tenencia de armas. Nos la enseñó a toda la familia hace algunos años, mientras la hacía girar en un dedo.

—Una semiautomática de nueve milímetros.

Harry deja escapar un silbido.

—La policía estuvo peinando el lugar y no encontró nada. ¿Crees que lo hizo y luego se desembarazó de ella?

Es un argumento posible, pero yo leo otras hojas de té.

—Lo que me preocupa de esta teoría —le digo a Harry es que no concibo a Jack como el autor del asesinato. Entiéndeme, creo que tenía motivos más que

sobrados para planearlo, pero que lo hiciera, ésa es otra cuestión. No es el estilo de Jack. Es una persona que se lo pensaría dos veces antes de hacerlo. Sí, se lo hubiera pensado. Luego hubiera buscado un intermediario, alguien de su confianza, alguien con contactos en los barrios bajos para darle el pasaporte.

—¿Un crimen pasional?

—¿Pasional? Tal vez, tal vez haya más que eso.

—Creo que ése fue el error de Jack. Probablemente le entró el pánico. Cuando la pasma le preguntó si tenía un arma, Jack pensó que le estaban preparando una encerrona. Los sentimientos de culpabilidad hacen que la gente reaccione de una forma estúpida. Mintió sin motivo, no usó la cabeza. Si lo hubiera pensado dos veces, supongo que lo habrían comprobado, y balística hubiera dado negativo. Ahora lo hemos pillado en una mentira.

—Mejor para nosotros si Jack no puede presentar el arma. —A Harry parece gustarle la idea, y entonces se le ocurre algo importante—: ¿Podemos probar que él sabía que ella tenía una aventura?

—Si puedo conseguir las cintas de Dana...

—Aunque los federales las hayan destruido, podemos conseguir una citación para el agente que escuchó las conversaciones telefónicas y hacerlo subir al estrado.

—Y espero que tenga buena memoria para los trapos sucios.

—Un montón de habladurías.

—Salvo excepciones.

—¿Estado mental?

Asiento. Las declaraciones que revelan el estado de la mente de una persona, ya se crean verdaderas o no, no se consideran habladurías si otros las testifican. Son admisibles en el juicio.

—Lo que no sabemos —dice Harry— es si Vega sabía que estaba embarazada. Y si lo sabía, cuándo se enteró. Eso podría haberlo exasperado. Sería un bonito regalo ofrecerle al jurado un catalizador para el asesinato.

—Tal vez.

Lo que me hizo dudar fue la falta de pasión de Jack cuando le dijeron que su esposa estaba embarazada en el momento de su muerte. Yo creo que eso lo habría puesto furioso, pero no pasó nada, era como si ya lo supiese.

—Puede que Jack fuera más calculador —argumento—. Seguramente recordarás que ya había tenido una enganchada con los federales. Entonces descubre la infidelidad de su mujer, y sabe que lo meterán en la cárcel. ¿Qué es lo que pasa por su mente?

—Ella no iba a hacer el papelito de la fiel esposa y aguardar a que volviese.

Harry acaba la frase por mí.

—Exacto. Así que Jack lo calcula, elabora un plan, trama una estratagema con los niños, con objeto de conseguir la custodia. Azuza a Laurel, le hace hervir la sangre, y puede que incluso moviera los hilos para dirigir la animadversión de ella contra Melanie. A la

joven esposa le gustaría jugar a mamás un rato y así se quedarían con los niños. Prepara el escenario para atacar en el juicio. Luego se carga a Melanie y dirige su dedo acusador hacia Laurel. Ella será la primera sospechosa, y así Jack consigue la custodia de los niños y usa la tragedia del asesinato para que los federales reconsideren su sentencia. *Voilà*!, él sale en libertad condicional.

—Y con una esposa menos.

—Tienes que admitir que compensa sus pérdidas.

—¿Crees que el tipo pueda ser tan cabrón?

—¿Conociendo a Jack?

Lo miro con las cejas arqueadas.

—Sin embargo, aún quedan algunos interrogantes: ¿qué hacía Laurel en Reno?, ¿y cómo fue a dar con la alfombra, la de la casa de Jack que estaba lavando en la lavandería?

—Sólo hay una persona que pueda aclarárnoslo.

Desde el exterior, la Bastille Park Regency, la última adquisición de la capital del condado —una cárcel de ocho pisos de hormigón armado de dieciséis millones de dólares—, parece un hotel del centro.

Cada una de las ocho plantas está dividida en secciones separadas por paredes acrílicas de varios centímetros de espesor que van del suelo al techo, una matriz transparente montada en una estructura enrejada de acero. Eso le da un aire de acuario sin agua.

Del otro lado del acrílico están las atracciones, quinientos internos a la vez. La cárcel fue construida tres años atrás y ya ha sobrepasado su capacidad.

La gente aquí encarcelada no está, como se pueda suponer, en celdas. No hay rejas. Duermen tras puertas de sólido acero en una habitación de hormigón de seis metros por diez en la que el aire es introducido por unos conductos en el techo.

Quienes residen aquí son el grano de arena en el engranaje de la sociedad, miembros selectos del «club del cinco por ciento», una minoría que siempre es la causante de la mayoría de los problemas. Muchos de ellos no son archicriminales. Carecen de inteligencia, móviles o disciplina para hacer algo bien, y mucho menos para cometer cualquier acto delictivo con algún provecho. Sus vidas son una mezcla de locura y desesperación, algunas veces en proporciones letales. Todos son casos tristes: un hombre que quemó su negocio para cobrar del seguro y se prendió fuego a sí mismo como una antorcha romana y ahora lleva parches de piel sintética; el tipo al que llaman *el Fantasma de la Opera,* que intentó suicidarse de un disparo y falló; el inmigrante asiático tan desgraciado que cuando lo arrestaron por conducir borracho representó una fatal danza del cisne en el cemento; un nadador que ocultó el *crack* en la base de la puerta de su celda, tapado con una toalla, y embozó el inodoro hasta que el agua se desbordó lo suficiente como para poder remar, y el desventurado guarda que vio el charco fuera

de la puerta de la celda y decidió abrirla. Todos pertenecen a la casta que camina por estos pasillos, nuestra versión local de «Atrapado, sin salida»[2]

Me pregunto si existe una razón oculta para que Laurel, cuya si que está más tensa que las cuerdas de un piano, esté aquí.

Entramos cerca del área de recepción que tiene la misma eficacia que un aprisco para el ganado. Estamos en la era de la fascinación. Ahora se toman las huellas dactilares en una banda de cristal y se proyectan en una pantalla de ordenador que puede hacer copias y enviarlas a las agencias estatales y federales para cotejarlas con otros crímenes. Dentro de este edificio todo está controlado por ordenador: las comidas de los internos, quién va a ir a juicio en tal día, hora y departamento, a quién se le da traje para salir y a quién ropa de recluso, quién está en régimen de aislamiento y por cuánto tiempo. Bórrate de la poderosa memoria RAM del ordenador y tu sentencia podría ser eterna. La máquina es dios, un ídolo de barro cuya mirada es una luminosa pantalla azul. En pocas ocasiones en que se ha estropeado, este sitio ha sido un infierno administrativo.

En la planta baja nos han registrado los maletines y nos han hecho pasar por el detector de metales. Y que no se te ocurra abrir la boca para proferir una sola

---

[2]Se refiere a la novela de Ken Kessey «Alguien voló sobre el nudo del cuco». (*N. del R.*)

queja, porque el precio de la admisión puede ser que te hurguen en alguna cavidad.

Los únicos abogados defensores que gozan de la confianza de este lugar son los abogados de oficio, que ven menos la luz del día que muchos de los prisioneros. La mayoría de ellos se tutean con los guardias, algo que suscita demasiada confianza en sus clientes.

Esta mañana vamos a lo que los guardias llaman «las vainas», una de las áreas de detención que recuerda los módulos de transporte de la nave espacial *Enterprise,* impecable y lustroso. Al ser nuevo, todo está muy limpio, y en estas superficies necesitarías un diamante para grabar tus iniciales.

El ascensor tiene lisas paredes de acero inoxidable donde ni siquiera un escupitajo se adheriría. Una vez dentro, uno descubre que no hay botones para seleccionar las plantas. Para llegar a tu destino tienes que hablar, como ahora hacemos Harry y yo, mientras miras a la cámara montada en el techo, en una esquina del ascensor. Así, me dirijo al guardia que está en alguna cabina de control, y al que no veo:

—Séptimo piso.

Segundos después la puerta se abre, y sientes un alivio momentáneo a la naciente claustrofobia. Un guardia nos espera.

Algunos internos, todas mujeres en esta parte de la torre, hacen ejercicio detrás de las paredes acrílicas. Dos juegan a pingpong, mientras otras pasean, leen o miran la televisión en la «sala de día», un área grande y amplia

del nivel inferior. Los guardias las vigilan desde una cabina de control por medio de cámaras de vídeo. Hay un montón de ellas por todas partes. A pesar de eso, es un monumento a la ingenuidad del hombre que las drogas y otras clases de contrabando se abran paso hasta aquí.

Harry y yo nos sentimos como el ganado con la marca en la oreja cuando nos pegan unas tarjetas que nos identifican como visitantes. Nos conducen a la sala de reunión de los abogados: un armario de hormigón encima de la «sala de día». Laurel está esperándonos. Nos separa un grueso cristal con un pequeño micrófono empotrado para que podamos comunicarnos.

Tiene una expresión esperanzadora, con la letra F de fianza en los labios antes de que llegue a sentarme.

—¿Alguna novedad acerca de la fianza? —pregunta.

Llevamos un mes de aquí para allí intentando conseguir que salga bajo fianza.

Lleva pantalones vaqueros y una blusa de trabajo azul. Las ojeras revelan que no ha dormido bien. Laurel es una persona nerviosa, con mucha energía física, a la que le cuesta estarse quieta, aunque sea por poco tiempo; siempre sube por la escalera, y nunca en ascensor. Estar encerrada en una celda de seis metros por diez, sin ventanas, tiene que ser una auténtica pesadilla para Laurel. La imagen del otro lado del cristal es la de un lento naufragio humano.

Tengo que desengañarla. Nuestro último intento por conseguir que salga bajo fianza ha sido denegado: una

vista en la que Morgan Cassidy alegó que Laurel fue detenida en otro estado. El tribunal ha decidido que corre el riesgo de que mi cliente huya.

—Podría volver a intentarlo si supiera qué hacías en Reno —le digo.

Éste es un tema espinoso, pues Laurel no se decide a sincerarse.

—¿Otra vez lo mismo? No puedo explicártelo. —Mira al techo con expresión de dolor—. ¿Ya has decidido si me vas a ayudar con Danny y Julie?

Es un pez que se muerde la cola. De alguna manera estas cosas, el viaje a Reno y los niños, están relacionadas, aunque yo aún no he dado con la conexión.

—Estoy intentando ayudarte, pero tienes que confiar en mí. ¿Qué es lo que quieres?

—Ya lo sabes.

Hace una mueca. No quiere decirlo en voz alta por si alguien más pueda estar escuchando a través del micrófono. Es una danza críptica que llevamos practicando desde hace dos sesiones. Quiere que la ayude a apartar a los niños de Jack, a llevarlos a otro estado, probablemente a casa de una amiga suya en Michigan, de la que me habló el día antes de que la detuvieran, cuando me llamó desde Reno.

—Sabes que no puedo.

—Quieres decir que no quieres.

—Ya lo hemos hablado. Soy un abogado. Jack tiene una orden de custodia provisional. Si hago lo que

quieres, el tribunal la convertirá en permanente.

—Ayúdame, y él nunca los encontrará.

Con todos los problemas que tiene, librar a los niños de Jack sigue siendo lo primordial para ella.

Muevo la cabeza para demostrarle mi frustración. Tratar con Laurel se está convirtiendo en una cruz.

—La respuesta es no.

—Entonces no puedo decirte lo que estaba haciendo en Reno.

Vuelve la cabeza, por lo que deduzco que ésta es su respuesta final. A menos que acceda a ayudarla con los niños, se guardará la información como rehén.

—No puedes hacer esto. Cuando vayamos a juicio tenemos que poder explicar al jurado lo que estabas haciendo allí, convencerlos de que no huías del escenario del crimen, que tu viaje a Reno no tenía nada que ver con el asesinato de Melanie.

Un largo y tenso silencio. No habla.

—No tenía nada que ver, ¿verdad?

Me mira con ojos que echan chispas.

—No —contesta.

Pero no me explica lo que hacía allí.

—Bueno, dejémoslo para más tarde, y volvamos a la alfombra del baño.

—Jack dice que es suya, que estaba en el baño de su casa la noche del asesinato.

—Jack es un mentiroso, sería capaz de decir lo que fuera con tal de perjudicarme. El tío es muy vengativo.

Viniendo de Laurel es como si Mary la Tifoidea nos

avisara de una peste.

Aún no le he contado mi teoría de que Jack quizá tuviera un motivo para matar a Melanie.

—Entonces, ¿de dónde salió la alfombra?

—Ya te lo dije, era mía, salió de mi apartamento.

—¿Y qué hacía en Reno? ¿Por qué la estabas lavando?

—Ya hemos hablado de eso.

—Pues hablemos otra vez.

—Muy bien —dice ella, como si le estuviera haciendo perder el tiempo.

—Mi gato durmió en ella porque la usa como cama. Estaba llena de pelos del gato, y necesitaba un lavado. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

—Así que fuiste a Reno para lavar una alfombra. ¿Es eso lo que vas a contarle al jurado? —le pregunta Harry.

Laurel lo mira con sarcasmo.

—No. Fui a Reno por otras razones, pero mientras estaba allí se me ocurrió que podía lavar la alfombra para matar el tiempo.

—Esperemos que fuera lo único que matases —le suelta Harry.

—¡Mierda! ¿Por qué demonios no dejáis que me defienda un abogado de oficio?

Se ha levantado del taburete y pasea de un lado a otro lo poco que le permite el reducido espacio.

—¡Vaya genio! —dice Harry—. Tenemos que sacarla de aquí. Este lugar le está influyendo negativamente.

—¡Que te den por el culo! —grita ella.

Mi cuñada no es precisamente una flor de invernadero, y está a punto de salirse de sus casillas. Si no fuera por el cristal, creo que sería capaz de tirarse al cuello de Harry. Ha perdido cinco kilos desde que está en prisión, algo que no se puede permitir. Aun así, podría ganar a Harry en dos de tres ocasiones.

—Siéntate —le digo.

Me mira con la misma expresión de Sarah cuando cree que no hay ni una sola persona en el mundo que la quiera.

—Por favor —insisto.

Se sienta y me vuelve a mirar como una niña irritable. Ése es el problema de Laurel, que está librando tantas batallas en tantos frentes diferentes que llega un momento en que no es capaz de distinguir al amigo del enemigo. Nos lo está haciendo pasar más mal que a la policía, obligándonos a que le apliquemos el tercer grado.

—Tienes que admitir que eso no tiene mucho sentido. La gente no se lleva de viaje la ropa sucia.

—Yo sí.

Lo afirma con rotundidad, dándonos a entender que ésta es su última palabra.

Ese es el problema de la vida real, que hay cosas que no se les puede decir a un jurado, no, si no quieres perder la credibilidad. Se lo explico.

—Bien. Entonces inventa otra explicación.

—Aunque quisiera, mi imaginación no da para tanto.

—En ese caso, la mejor respuesta es la verdad.

En eso tiene razón.

Por ahora estamos en un punto muerto con la fianza, y muy lejos de una explicación creíble sobre su conducta en la noche del crimen.

Hablamos de otras cosas. Quiero saber por qué se abalanzó contra Melanie aquel día en los juzgados.

Me mira.

—No sé lo que hice. ¿Le pegué?

—Como si ella fuera una vía y tú una locomotora —explica Harry—. Hemos visto la cinta de vídeo del juzgado.

—Bueno, creo que no me gustó lo que declaró en el estrado.

—¿Qué en particular?

—Lo que dijo de las drogas.

—Pero tú también dijiste algo aquel día, algo referente a que Melanie se mantuviera apartada de los niños. ¿De qué iba aquello?

Resopla y mira al suelo.

—¡Oh, mierda! Supongo que ahora se sabrá todo. Jack lo sabe, y seguramente ya se lo ha contado a la policía.

Siento una opresión en el pecho. Como si fueran unas tostadas quemadas, me huelo que pueda ser algo que la perjudique.

—Sucedió la semana anterior a su muerte.

Esta es la forma en que Laurel ve la muerte de Melanie, como si se tratase de una anciana que hubiera

muerto mientras dormía.

—Se suponía que yo tenía que llevar a Danny a un concierto en la ciudad.

—¿San Francisco?

Ella asiente.

—Tocaba Pearl Jam.

—¿Qué es Pearl Jam? —pregunta Harry.

—Un conjunto de rock.

Harry asiente con la cabeza como si ahora lo comprendiera.

—Yo no tenía dinero para comprar las entradas porque, como siempre, Jack se retrasaba con el pago de la pensión. Andaba sin blanca; por tanto, o pagaba el alquiler o compraba las entradas para el concierto. Tuve que explicárselo a Danny, a quien no pareció gustarle, aunque se lo tomó bastante bien. No sé si Danny se lo mencionaría a Jack y éste se lo dijo a ella, pero de algún modo se enteró.

—¿Melanie?

—Sí. Después supe que ella había comprado dos entradas y que habían salido a ver a Pearl Jam. Melanie llevó a Danny a la ciudad en el nuevo Jaguar que Jack le había comprado. Ésa fue la gota que colmó el vaso. Yo no lo sabía, y Julie me lo dijo en el pasillo, fuera de la sala de vistas. Entonces exploté, no me pude contener. Cuando la vi allí de pie contigo y con Jack charlando como si nada hubiera pasado, hubiera matado a esa puta.

Miro el micrófono y ruego a Dios que no haya nadie

más escuchando. Laurel palidece un poco tras el cristal, y sus hombros se hunden como una flor marchita.

Para Laurel, sus hijos lo son todo. Son más que un lugar en el corazón, ellos hacen girar el mundo. Habría dejado a Jack hace años, si no hubiera sido por Julie y Danny. Se quedó, aguantando al tipo y a sus juergas nocturnas, por sus hijos. Ahora, Jack la había abandonado por una mujer más joven, una manipuladora que, al menos a los ojos de Laurel, intentaba quitarle los niños con argucias, comprándoles cosas que ella no se podía permitir, mientras Jack trataba de conseguir la custodia. Una mente razonable puede comprender perfectamente el acceso de ira en el juzgado de aquella mujer sola y endurecida luchando por todo aquello que valoraba de la vida. Sin embargo, al pesar sobre ella unos cargos de homicidio, para un jurado el hecho podría constituir el motivo del crimen.

Harry y yo dejamos abajo las tarjetas de visitantes en una caja en el mostrador principal y nos encaminamos hacia el vestíbulo de la prisión. Estoy a cinco pasos de la puerta cuando él entra y casi se arroja a mis brazos. Con una gorra de béisbol calada hasta las orejas —es el único niño que conozco que lleva puesta la visera hacia adelante—, Danny Vega me ve y me sonríe.

—Tío Paul, ¿has visto a mamá? —me pregunta.

—¿Qué haces aquí?

—Es día de visita. Es la primera vez que me dejan

entrar. Al mirar la multitud de rostros duros, Danny se abate un poco, pero parece algo aliviado por estar con nosotros.

—¿Quieres venir conmigo?

—Me encantaría, pero me espera un cliente en el despacho.

Le presento a Harry, pero Danny no lo mira. En vez de eso, dirige la vista hacia la escalera que baja, la ruta que siguen la mayoría de visitantes para ver a sus parientes y amigos. Examina el techo, a unos tres pisos de su cabeza, donde los focos de luz brillan como estrellas.

—¡Uau! ¡Vaya un sitio!

Para Danny, cuya generación ha vivido en aulas escolares de quita y pon, que los contribuyentes paguen un edificio como éste constituye una novedad. Se pierde en sus pensamientos. Por su forma de observar, diría que alberga la fantasía de descolgarse desde el techo o bajar con el monopatín por las escaleras mecánicas.

—Nunca había estado aquí.

Ya me lo imagino.

—¿Cómo has venido? —le pregunto.

—Tengo la Vespa al otro lado de la calle, en la biblioteca —me explica—. La he dejado en el aparcamiento para bicicletas.

—¿Sabe tu padre que estás aquí?

Me mira con una cara… Parece Tom Cruise en *Risky Business*.

Jack no tiene ni idea. Y lo que es peor, sé

perfectamente que la única cosa que preocuparía a Vega es saber que su hijo está aquí para ver a su madre. Aunque, por lo demás, le importa un comino dónde esté Danny.

—¿Cómo está mamá?

—Un poco cansada, pero bien.

—¿Vas a sacarla?

Se percibe una urgencia máxima en su mirada lastimera. Este es Danny, directo al grano, ¿para qué andarse por las ramas?

—Lo estamos intentando.

—¿Cómo lo ves?

—Estamos recogiendo pruebas. No obstante, va a ser un caso difícil.

—¿Tan mal lo ves?

—No te preocupes, ya nos las arreglaremos. Nosotros nos encargaremos de todo. Tu madre es una mujer fuerte.

Un montón de palabras alentadoras sin dar respuesta a su pregunta.

—Ya lo sé, pero ella no lo hizo.

—Sí. Haremos lo que podamos.

—¿Puedes hablar con el juez?

Para Danny, los elementos de la justicia son bien simples.

—No es tan fácil —le respondo.

—Ya veo.

De repente, sus manos empiezan a moverse sin rumbo fijo, con nerviosismo, como si no supiera qué

hacer con ellas. Al final, le tiende una hacia Harry y le estrecha la mano.

—Encantado de conocerlo. Tengo que irme.

Me saluda con la cabeza y me dedica una gran sonrisa, la misma que recuerdo, desdentada, a los siete años. Se da media vuelta y se encamina hacia las escaleras mecánicas.

Lo observo unos instantes. Danny pasa por el detector de metales. La alarma se dispara y lo frenan. Un guardia pasa un magnetómetro manual por encima de los tejanos del chico. Danny vacía los bolsillos: un puñado de llaves sueltas y una navaja plegable que ellos se quedan a cambio de un resguardo.

Cuando lo veo desaparecer por las escaleras mecánicas, me gustaría escupir a la autoindulgencia de mi generación. Me invade un sentido de culpabilidad como padre, y vapores de vergüenza. Vivimos en una sociedad que repudia esposas y las reemplaza por nuevos amantes, con más rapidez que un rajá en su harén. Destrozamos familias enteras por una pasión pasajera, y perseguimos una falsa ambición como si fuera una doctrina auténtica, permitiendo que nuestros hijos vuelvan a hogares vacíos, se preparen su propia comida, se enfrenten a las inseguridades de la adolescencia, mientras nos lanzamos a una cacería interminable de posesiones materiales. Y encima tenemos la audacia de preguntarnos quién mata la inocencia de la infancia.

CAPÍTULO 11

Esta mañana es lo que llaman «un día de salida avanzada» en el colegio de Sarah. Las clases se terminan a las once para que los maestros puedan mantener reuniones. Voy a comer con mi hija a una de esas pizzerías llenas de monigotes cantarines que dan regalos por jugar y acaban con toda la calderilla que uno lleva encima.

Nos dejamos caer en una mesa sobre un disco relleno de queso, procesado de tal modo que ni una vaca lo reconocería, y compartimos una jarra de Coca-Cola. Sarah está encantada de la vida y sonríe mientras libra una batalla con una tira de queso que se ha estirado más de lo que alcanzan sus brazos.

Se la parto, y ella se la come. Se limpia la boca con la manga. Le acerco una servilleta.

—Kevin me ha vuelto a besar —dice inesperadamente, con la boca llena, mientras coge la Coca-Cola.

Kevin es un escolar de segundo grado que le ha echado el ojo a mi hija, y todavía no se ha enterado de que las niñas son guerreras. He oído decir que es como una epidemia entre los niños de tercer grado. No me puedo contener.

—Dile que pare.

—Es igual —contesta—, me gusta.

—Pues a mí no.

—No nos besamos a la francesa.

Dirijo los ojos al cielo. Nikki, te necesito.

—¿En dónde has oído tú eso?

—¿Oír qué?

Y hace una mueca de sorpresa desdentada, ya que se le han caído los dos dientes de delante.

—Lo de los besos franceses.

—Courtney nos lo enseñó en la siesta. Ella sabe de esas cosas.

Courtney es una amiguita suya, de la misma edad que Sarah, pero que le saca un palmo. Esta niña es una autoridad en todo. Parece ser que a esta edad la altura es algo muy importante.

—Hablaremos de eso más tarde.

Necesito tiempo para verlo con cierta perspectiva. Hablaré con Laurel.

—¿Por qué tenemos que hablar?

—No importa, tú simplemente dile a Kevin que deje de besarte.

—Bueno, intentaré acordarme —me responde.

Coge un montón de fichas, aún masticando queso y pasta medio cruda, y se dispone a subir al helicóptero. Ha esperado diez minutos hasta su turno.

Aprovecho la oportunidad para llamar al despacho desde el teléfono público que se encuentra cerca de los servicios. Desde allí veo a Sarah mientras se encienden las luces del aparato. Tira de la palanca de control y el pequeño helicóptero se eleva en su brazo hidráulico.

Marco el número y se pone la recepcionista.

—Hola, Sally, soy Paul. ¿Hay algún mensaje?

—Déjame ver.

La oigo revolver papeles al otro lado.

—Tu cita de la una ha sido anulada, y quiere concertar otra la semana que viene. Han llamado del juzgado número doce para comunicar que las mociones de Vega serán el catorce.

—¿Quién es el juez?

Son las mociones previas al juicio del caso de Laurel. Quienquiera que las oiga será nuestro juez en el juicio.

—No lo sé.

—Comprueba la lista del tribunal.

—Se ha designado otro diferente. Un cambio de asignación. ¿Quieres que llame y averigüe quién es?

—Sí, y déjame una nota en mi escritorio.

—Muy bien. Otro mensaje más: ha llamado Marcie Reed.

—¿Quién?

—Dijo que se llamaba Reed.

—No conozco a ninguna Reed. ¿Ha dicho de qué se trata?

—No.

Me estrujo el cerebro y, de repente, se me enciende la bombilla: es Marcie, la mujer de la oficina de correos, la amiga de Kathy Merlow.

—¿Ha dejado algún número de teléfono?

Me lo dice y lo escribo en el reverso de una tarjeta. Le doy las gracias, cuelgo y vuelvo a marcar.

—Servicio de correos. ¿Qué desea? —me pregunta

una voz masculina.

—Marcie Reed, por favor.

—¿De parte de quién?

—Paul Madriani. Me ha llamado ella.

—Un momento, por favor.

Le oigo gritar el nombre de Marcie. La llama varias veces. Pasa un rato. Se oye mucho ruido al otro extremo de la línea. Luego, de repente, una voz femenina muy vacilante responde.

—Diga.

—¿La señorita Reed? Soy Paul Madriani.

—¡Ah, sí! Ya veo que le han dado el recado.

—Sí, dígame.

—Ehhh... Vi su foto y su nombre en el periódico.

Después de decir esto se hace un silencio absoluto. Por un instante me pregunto si la línea se ha cortado.

—¡Oiga! ¿Me oye?

—Sí, sí. Estoy aquí —dice ella—. ¿La mujer que usted defiende es la misma de la que me habló, la que necesita la ayuda de Kathy Merlow?

—Sí, es ella. ¿Sabe usted dónde podría encontrar a la señora Merlow?

—Es posible. Quizá yo pueda ayudarlo.

—¿Cómo?

—No puedo hablar por teléfono porque graban nuestras llamadas y controlan cuánto tiempo estamos al teléfono si nos pillan haciendo llamadas personales...

Deja la frase sin terminar, pero puedo oír la hoja de la guillotina sobre su cabeza. Es el tipo de dirección de

escuela militar. Se gastan dos millones en un logotipo para mejorar su imagen, una cabeza de águila con un pico como la Sunset Limited, pero se niegan a quitar las toneladas métricas de guano sicológico.

—¿Podríamos vernos? Yo estoy disponible cuando usted quiera. ¿Le va bien en mi oficina?

—No, no... no quiero, además no puedo salir de aquí durante el día.

—¿Después del trabajo?

—Tengo que ir a recoger a mis hijos a la canguro. ¿Qué tal le iría que nos viésemos cerca de aquí?

—¿En la oficina de correos?

—Sí.

—¿Está segura de que no se meterá en líos?

—El señor Haslid no está hoy.

Para Marcie, los problemas empiezan con H.

—¿Es el que le gritó en la plataforma de carga y descarga?

—Sí, pero hoy se ha ido.

El gato no está y los ratones juegan, pienso.

—¿Por qué no?

—Voy a comer a la una, y tengo cuarenta minutos. Podernos hablar en el antiguo despacho de Kathy. Ahora ya no hay nadie allí.

Miro el reloj y veo que es casi la una menos cuarto.

—¿Paso por el mostrador principal?

—No, por favor. Nos encontraremos en la plataforma de carga. A la una en punto. Ahora tengo que dejarlo. —Y cuelga.

Sarah se ha quedado sin fichas, ha aterrizado y está jugando con la palanca. Un niñito rubio mira con envidia el aparato. Me la llevo del helicóptero y le doy un disgusto de mil pares de narices. Tendré que acortar la salida con mi hija y dejarla en la guardería un poco antes de lo planeado.

En la plataforma de carga hay dos carteros cargando sacas en la parte trasera de unas pequeñas furgonetas. No hay ni rastro de Marcie Reed, de modo que me dirijo al fondo del callejón. He llegado unos cinco minutos tarde y empiezo a preguntarme si ella ya se habrá ido o ha cambiado de opinión y ya no quiere hablar conmigo.

Me apoyo en la pared de un edificio, con un ojo en el reloj y otro en la plataforma. Transcurren unos minutos y por fin se abre la puerta y aparece Marcie. Camino hacia ella hasta que me ve. Le dice algo a uno de los tipos que está trabajando en la plataforma. El tipo se detiene a mirarla y, con las manos en jarras, menea la cabeza.

Al acercarme, sorprendo parte de la conversación.

—Si te pescan, es tu culo —dice él.

Marcie parece no tener miedo y me saluda con la mano.

—Llega tarde. Creí que no vendría.

—He tenido que dejar a mi hija en la guardería.

—No tengo mucho tiempo.

Lleva una bolsa en la mano, que supongo que será la

comida.

Los dos hombres de la plataforma me observan atentamente, y la expresión de sus ojos me dice que si entro me harán papilla.

—¿Está segura de que esto está bien?

—Sí, sí. No pasará nada. Pero no nos quedemos aquí afuera.

Cuando Marcie dice que no pasará nada, quiere decir que no la pillarán con las manos en la masa. Detecto agitación en su mirada. El jefe se ha ido, por tanto tiene recreo.

Subo a la plataforma, donde los carteros me miran como si estuviera violando varios artículos de las normas del servicio de correos. Me imagino al inspector esperándome arriba con la placa y una pistola.

—¿Está segura de que esto está bien? Hay una cafetería más abajo, podemos... —la invito.

Ultimo intento fallido.

—Tranquilo.

Me mira con ojos como naranjas. Marcie da la sensación de ser una mujer traviesa, golpeada por la vida, siempre con problemas, capaz de fingir un gran temor, pero sin llegar a tener miedo de verdad: alguien del país de nunca jamás.

Me pego a sus talones y traspasamos la puerta basculante, la que tiene un gran rótulo rojo que dice:

SÓLO PERSONAL DE CORREOS AUTORIZADO

Dentro aparece un laberinto de mesas, bolsas de correo abiertas colgando de ganchos de metal y carretillas. Más o menos hay una docena de personas vistiendo diferentes versiones del uniforme, camisas gris-azuladas con el emblema postal en los hombros, vaqueros y zapatillas deportivas.

—¿Cuántos años tiene su hija? —me pregunta, hablando bajito.

—Siete —susurro.

Me siento como un adolescente que entra a hurtadillas en el terreno de juego para robar pelotas cuando el partido ha terminado.

—Igual que mi hijo.

Caminamos a paso ligero, y damos un rodeo que parece ser el camino más largo, sorteando carros de correo y montones de bandejas clasificadoras y evitando cualquier contacto con los demás empleados. Veo manos aleteando entre las cartas y torsos trabajando en las mesas del pasillo superior, mientras la parte de arriba de los cuerpos queda oculta por unos armarios que supongo estarán dotados de agujeros para clasificar cartas y paquetes.

Marcie se detiene cerca de la parte delantera del edificio y prueba varias llaves en la cerradura de una puerta de cristal biselado oscuro. Grabado en el cristal de la puerta se lee:

SERVICIO AL CLIENTE

Encuentra la llave, enciende la luz y ya estamos dentro y a puerta cerrada. Finalmente da un suspiro de alivio.

—Bueno, no ha sido tan terrible.

Se vuelve para mirarme, y en sus ojos se lee la emoción de una misión cumplida. Por las rizadas puntas de sus coletas, parece como si hubiera puesto un dedo en el enchufe. Con su rostro pecoso, si fuera un poco más bajita, podría pasar por una de las amigas de Sarah.

Se sienta en una silla, al otro lado de una mesa vacía con un poco de polvo en el metal verde de la superficie, y toma aliento.

Dejo caer mi maletín en una silla del rincón y acerco otra silla delante de la puerta y me siento. En el maletín guardo una pequeña grabadora, por si Marcie sabe algo y me permite grabar lo que diga. Si no, tengo un cuaderno.

—Supongo que si nos pillan aquí dentro podría perder su empleo.

No contesta. Está observándome, estudiándome de arriba abajo para tomar posiciones antes de hablar. Espero el veredicto. ¿Merecerá la pena el mercado de información de Marcie?

—¿Es éste el despacho de Kathy Merlow?

Ella asiente.

—Era su despacho, lo fue durante cuatro meses y cuatro días, antes de que se marchase.

Un suéter cuelga de un gancho de la pared posterior. Algunas carpetas, en una estantería, le dan el aspecto de

una oficina abandonada.

—¿La llegó a conocer en tan poco tiempo?

—Como almas gemelas. Kathy y yo teníamos algunas cosas en común. No le caíamos muy bien a la dirección.

—¿Consiguió otro empleo?

Menea la cabeza y sigue mirándome.

—¿Qué es lo que hacía exactamente? —Apunto con la barbilla hacia las letras grabadas en el cristal—. ¿Qué es servicio al cliente?

—Un título.

—¿Eso es todo?

—Eso es lo que le dieron: un despacho, un título y un talón.

—Debía de ser funcionaria.

—No exactamente.

—Cómo se consigue un empleo...

—No tenemos mucho tiempo. Podemos hablar de eso más tarde. Ahora necesito saber unas cuantas cosas. Con respecto a la acusación de su cliente, quiero saber si usted podría sacarla de la cárcel sin la ayuda de Kathy.

Por el modo de decírmelo, me pregunto quién me hace la pregunta, Marcie Reed o Kathy Merlow.

—No sé. Un juicio es una caja de sorpresas, por tanto, no me gustaría tener que apostar por éste.

Puede que me esté tanteando, creo que intenta averiguar cuánto vale la información que ella tiene.

—¿Sabe dónde están los Merlow?

Se vuelve hacia la bolsa que llevaba en la mano y que

ahora está encima de la mesa. Creo que por fin obtendré algunas respuestas. La abre y saca un paquete envuelto en papel: mantequilla de cacahuete y jalea untadas en pan blanco.

—¿Quiere la mitad?

—No, gracias.

—¿Qué sabe de Kathy y de su marido?

—Sé que vivían en la casa de al lado de donde se cometió el asesinato. Creo que vieron algo aquella noche.

Me hace una mueca, aunque no hay confirmación. No obstante, ya ha dicho bastante como para que yo ate cabos.

—Entonces, ellos no se lo han dicho —continúa.

—¿Decirme qué? ¿Quiénes son «ellos»?

Parece perpleja, como si hubiera algo evidente, un elemento obvio que yo me hubiese perdido, un elemento de la ecuación.

—¿Qué es lo que sabe usted?

—Sé que su cliente no lo hizo.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque sé quién lo hizo y por qué.

—¿Se lo dijo Kathy Merlow?

Su expresión es la de una estatua de mármol, aunque puedo leer «sí» en sus ojos.

—¿Qué le contó ella?

—Contrataron a alguien para hacerlo.

—¿El asesinato? —pregunto.

Ella asiente.

—¿Quién contrató al asesino?

—Usted quiere saber demasiado; tendrá que hablar con ella, con Kathy.

—Muy bien. Dígame dónde está.

Una gran ración de suspiros y, de repente, mueve las manos con nerviosismo y se lleva los dedos a la boca. Noto que se muerde las uñas.

Me estudia un buen rato, silenciosa, y después se aparta un poco y abre el cajón del centro del escritorio, del que saca un sobrecito de los que usan para meter notas de agradecimiento. En la parte exterior veo un garabato escrito.

—Es una nota de Kathy; la tengo desde hace una semana, aproximadamente. Nadie más lo sabe; no creo ni que el propio George sepa que me la envió. Kathy quería algo que había olvidado, y se lo envié ayer. Me tiene que dar su palabra de que no se lo dirá a nadie. Usted tiene que hablar personalmente con ella a solas, no puede delegar en otra persona.

Le doy muestras de consternación.

—Depende de dónde se encuentre, ya que me estoy preparando para un juicio. Normalmente empleamos a un investigador privado.

Se dispone a devolver el sobre a su cajón.

—De acuerdo, hablaré con ella a solas, sin nadie más, pero es posible que tenga que citarla a declarar.

Me sonríe.

—Buena suerte.

Acaban de llamar al cristal, por detrás de mi cabeza.

Soy consciente de que estamos en una zona restringida. Miro a la muchacha, que está blanca como la cera, y creo percibir en ella algo más que miedo. Sus ojos se dirigen a la sombra que se perfila tras el cristal. En silencio, sus labios pronuncian una palabra: «Haslid.»

Le leo los labios, pero la luz está encendida y quienquiera que esté ahí fuera puede vernos a través del cristal traslúcido.

Vuelven a llamar a la puerta y ella da un respingo. Por la expresión de su cara creo entender que la abra y que sea lo que Dios quiera.

Hago los honores. La abro lo suficiente como para no darle al tipo con la puerta en las narices. Es el cartero de la plataforma de carga y descarga. Desde este lado del despacho puedo oír el suspiro de alivio, Marcie está hiperventilando.

—Maldito seas, Howard, casi me da un infarto.

—¡Bueno! —dice él—. ¡Por todos los diablos, sal de aquí y vuelve al trabajo!

—¿Qué quieres?

—Ha llegado un mensajero con un paquete para ti.

—¿Para mí?

—Eso es lo que él dice.

Me levanto y retiro la silla de la puerta. Afuera hay otro tipo con uniforme azul oscuro, zapatillas de deporte blancas y una tira también blanca en el lateral de los pantalones. Es un mensajero privado, que debe de rondar los treinta, bien parecido, mandíbula cuadrada, con un corte de pelo estilo militar. O la

camisa le va un poco pequeña, o el tipo hace pesas en sus horas libres.

—Tengo un paquete urgente.

—Esto parece una jodida convención. —Howard está cabreado—. Se supone que yo mando aquí cuando el jefe no está, y tú me pones en un aprieto. Acabad de una puñetera vez y salid de aquí. —El tipo me mira—. Se supone que usted no debería estar en este despacho.

—Un minuto y nos vamos —dice Marcie.

Howard es de aquellos que grita y se queja una barbaridad, usando tacos como una segunda lengua, pero al que le faltan dotes de mando. Durante una disputa verbal, estoy seguro de que los niños le tirarían de la camisa y los perros le lamerían la cara.

Marcie mira al mensajero.

—¿Quién me envía el paquete?

—Firme aquí.

El mensajero está en medio; él sólo quiere hacer su trabajo y largarse. Al no poder pasar por la puerta, me entrega el paquete y una carpeta con el impreso para que lo firme.

—Lo de ella es el número dieciocho. Y pone una X en el lugar donde tiene que firmar.

El paquete pesa bastante y abulta las junturas de la caja de cartón.

—Y usted.

Howard, el empleado de correos, me mira a mí—. Alguien quiere hablar con usted en la plataforma de carga.

—¿Conmigo?

—¿Hay alguien más aquí?

—Nadie sabe que estoy aquí —le explico.

—Mejor para usted. Todo lo que sé es que una persona quiere hablar con el tipo que está dentro, reunido con Marcie. Alguien sabe que usted está aquí.

—¿Quién es?

—¿Quién se cree que soy yo, la Western Union?

Marcie ha terminado con la carpeta de las firmas y se la devuelvo al chico. El mensajero se va como una flecha hacia su furgoneta. Howard lo observa, y mueve la cabeza con una mueca burlona, como si ya conociera a estos tipos, lameculos que intentan impresionar a su jefe. Howard es funcionario, y además sabe que no hay ninguna esperanza de que algún día la oficina de correos sea suya.

Le sigo afuera, hacia la plataforma de descarga. Esta vez cogemos el camino más corto, por medio de la sección de clasificado. Los empleados me observan con risitas disimuladas. Desde atrás veo a Howard meneando la cabeza como si me acompañara en un recorrido turístico.

Llegamos a la plataforma, donde el amigo de Howard aún está cargando la otra furgoneta. Salvo Howard y yo, no hay nadie más.

—¿Adónde ha ido el tipo que quería verme?

Howard se rasca la cabeza, camina hasta el extremo de la plataforma y mira por el callejón. Al no ver a nadie, pregunta al otro cartero.

—No sé. Hace un momento estaba aquí. Se habrá cansado de esperar y se habrá pirado —dice con el típico encogimiento de hombros de los que trabajan para el gobierno.

Miro hacia el otro lado del callejón, donde el mensajero está en el bordillo, de pie ante la puerta abierta de un vehículo, mirando hacia mí por encima del hombro. No se ve a nadie más, salvo una anciana y un vagabundo que caminan hacia abajo por la acera que corta el callejón a la altura de la calle Siete.

Me dirijo a Howard y le digo:

—Si vuelve, dígale que espere.

—¿Quién se cree que soy yo, su mensajero?

—Vuelvo otra vez para adentro porque tengo asuntos por resolver.

Howard me mira con cara de autoridad, deshinchándose como una flor en una sequía. No hace el más mínimo esfuerzo para detenerme. Bueno, el tipo no es carne de director.

Me encamino hacia la puerta mientras me pregunto quién debe de andar buscándome por aquí. En la oficina no he dicho adónde iba, y Harry no podía ser. Es algo irritante, como cuando suena el timbre del teléfono de madrugada, descuelgas y sólo oyes una respiración jadeante. Es realmente enojoso, por lo que intento quitármelo de la cabeza.

Tras dejar atrás la sección de clasificado, todavía tengo en mente la imagen de la plataforma de carga, como la luz a través de una lente a cámara rápida,

donde las imágenes desvanecidas se procesan: la silueta del hombre en la acera... ¿Porqué —pienso— entraría un mensajero en el asiento trasero de un sedán oscuro?

La idea se funde en mi mente por la explosión seguida de un enorme destello y un intenso calor que me abrasa la cara. La expansión me manda contra la pared. Astillas de madera y partículas de cristal se clavan en mi cuerpo como grava disparada por un cañón. En un paisaje onírico, me veo tumbado boca arriba en un baño de ascuas incandescentes. Estoy aturdido, las cosas se mueven a mi alrededor, y sobre mi cabeza revolotean mariposas blancas y azules.

Mis ojos vuelven a enfocar la escena. No son mariposas, sino trozos de papel con las esquinas chamuscadas que flotan en el aire y luego se desploman. Uno de ellos aterriza en mi nariz, en un equilibrio perfecto, y después se inclina haciaun ojo. Cierro el párpado, sorprendido de que todavía sea capaz de mantener semejante control sobre alguna parte de mi cuerpo.

Lentamente apoyo una rodilla tambaleante en tierra, luego las dos. Me pongo a cuatro patas, tanteando en busca de la pared. El sudor caliente resbala por mi rostro, y no oigo más que un timbre en los oídos. Ahora la gente se mueve a mi alrededor sin articular palabra, con rostros convulsos. Alguien me coge del brazo y me dice algo a la cara, pero no lo oigo. Sacudo la cabeza como indicándole que hable más alto. Sólo oigo el timbre. Me recuesta contra la pared y se

dirige hacia la puerta de la oficina en donde está Marcie.

Me sujeto la cabeza con una mano, y noto un calor húmedo. Me miro la palma manchada de sangre. No es sudor cálido lo que me cae por la mejilla.

La puerta de la oficina donde está Marcie se ha desintegrado. El cristal superior ha estallado, y el panel inferior de la puerta es un fleco de astillas. Lo que queda de la silla donde me había sentado ha volado a través de la puerta.

Dos tipos retiran a patadas lo que queda del panel inferior, y uno de ellos entra.

Bocas que se mueven, gente que intenta gritar, pero todos han perdido la voz.

—Que alguien llame a urgencias —digo, aunque no oigo las palabras.

Dos de los funcionarios se acercan desde el mostrador principal.

Estiro las piernas y me arrastro hasta la puerta. El timbre no cesa en mi cabeza, repiqueteando en mis oídos. Siento náuseas, y regreso hacia la pared porque creo que voy a vomitar, pero me contengo. Lucho por controlarme.

Desde el umbral no veo a Marcie. La silla donde estaba sentada ha sido expelida hacia atrás y ha quedado parcialmente empotrada en la pared de detrás del escritorio. Uno de los brazos de madera ha quedado reducido a astillas. No hay ni rastro de Marcie.

Entro en la habitación y me apoyo con las manos en el escritorio, donde gotas de sangre se mezclan con el

polvo y trozos de papel.

Entonces la veo en el suelo, boca arriba. La ropa de la parte superior de su cuerpo ha desaparecido, y sólo el sujetador chamuscado y unas pocas tiras de tejido en una manga cubren su frágil torso.

Le miro el rostro chamuscado y quemado que ahora, atrapado en el sueño de la muerte, parece aún más inocente e infantil. Un hombre le toma el pulso de lo que queda de su delgada muñeca, levanta la mirada y mueve la cabeza. Este mensaje universal no necesita palabras.

La gente empieza a amontonarse en la puerta. Entre los escombros, vislumbro mi maletín, aplastado contra la pared, con la superficie desgarrada como un blanco de tiro.

Luego, en el suelo, entre la silla y el maletín, veo el sobrepequeño (la nota que Marcie había sacado del cajón del escritorio), el que le envió Kathy Merlow, con los bordes chamuscados.

Me muevo en un mundo de doloroso silencio. La gente se agolpa alrededor del escritorio, con curiosidad y temor al mismo tiempo. Por un momento, sus ideas se fijan en la frágil figura que yace en el suelo. Se ponen de puntillas para mirar.

Me deslizo por detrás de dos mujeres que se han abierto paso hasta un canto de la mesa y alargo la mano hacia mi destrozado maletín: la cubierta ha estallado por la fuerza del impacto y está ribeteada de clavos.

Con un movimiento tan rápido como puedo, alcanzo

el sobrecito del suelo con dos dedos ensangrentados. Cuando me levanto, nadie parece haber notado que hay un pedazo de papel menos en el suelo. Otra oleada de náuseas. Retengo la bilis en la garganta y trago hondo. Me llevo la mano a la boca. Dejo huellas ensangrentadas en el sobrecito. Salgo despacio de la habitación. Por encima del mostrador principal veo dos policías federales con uniformes de color azul y placas brillantes que se dirigen hacia la puerta.

Aunque intento caminar recto hacia la parte trasera del edificio, lo hago tambaleándome.

Estoy solo en la plataforma de carga y descarga, ya que todo el mundo está dentro. Me las arreglo para bajar la escalera lo mejor posible, entre caídas y traspiés, y avanzo lo más rápidamente que puedo hacia la seguridad de mi coche, apretando el sobrecito en la mano, mi única conexión con KathyMerlow y con lo que ella sabe.

CAPÍTULO 12

—Necesito que me ayudes.

Estoy en el despacho con Harry, rascándome uno de los vendajes de mi frente. Me han dado tres puntos y tengo un montón de heridas en el lado derecho de la cara. Un joven médico me sacó algunas partículas de cristal de debajo de la piel en un centro quirúrgico, uno

de esos sitios en donde, con suficiente plástico, te arreglan desde las amígdalas hasta las trompas de Falopio sin hacerte preguntas. Mi cara es como una hamburguesa rebozada de gravilla de la calle.

Estoy hablando con Dana Colby por teléfono. Son poco más de las seis de la tarde, y la ciudad empieza a morir: las calles se vacían. La he pillado justo cuando entraba por la puerta, de regreso del trabajo. Tiene una voz suave que apenas puedo oír.

—Habla más alto. La explosión me ha afectado el oído.

Le explico a Dana que el rastro de George y Kathy Merlow me llevó a la oficina de correos y al funesto paquete bomba. Ya se ha enterado de la explosión. Es la noticia caliente del día, todos los canales y emisoras de radio locales están difundiéndola entre la población conmocionada. Dana parece impresionada mientras escucha lo que le digo, es toda oídos.

Harry sacude la cabeza porque cree que estoy loco al meterla en esto. Para él, su sexo y su aspecto atractivo no cuentan, Dana sólo es una fiscal más. Harry intenta hablarme al otro oído.

«Tremendo error», escribe en la libreta que se encuentra sobre mi escritorio, y me la pone delante de las narices para que la lea.

Harry y yo ya hemos pasado por esto otras veces. Cree que hice lo correcto al marcharme sin hablar con la policía. No obstante, ahora piensa que la estoy cagando.

Me fui porque quería evitar a la policía y su interrogatorio. Lama me habría retenido una semana para interrogarme. Flirtear con los federales habría sido un gran pasatiempo para Jimmy. Y para él el hecho de hacerme pasar un mal rato es mucho mejor que practicar el sexo. Habrían querido saber por qué estaba hablando con Marcie Reed. Una cosa habría llevado a la otra: Kathy Merlow y su nota, que la policía hubiese querido. Es mi única vía hacia los Merlow y lo que ellos saben del asesinato de Melanie.

Le hago una señal a Harry para que pare. Todavía está en mi oreja.

—Por favor... No oigo nada —le digo.

Se vuelve y camina hacia la ventana haciendo aspavientos y hablando solo.

—No, no es a ti —me excuso ante Dana—. Tengo que hablar contigo. ¿Podemos vernos en mi casa?

—En veinte minutos estoy allí.

—No, como mínimo necesito una hora. Tengo que hacer un recado.

—Iré en una hora —responde.

Cuelgo.

—Estás más loco que una cabra —dice Harry, que aún está de cara a la ventana, dándome la espalda—. Le vas a explicar que estuviste allí y ella llamará a los «efebeíes». —Es el modo en que Harry llama al FBI—. Te tendrán en una silla bajo potentes focos antes de que puedas decir esta boca es mía. Para eso te hubieses quedado allí para hablar con ellos. Al menos, habría

sido mejor.

Harry me ofrece una de sus mejores expresiones, la que me dice que soy un jodido estúpido.

—Tendrás que admitir que fuiste a hablar con aquella chica, Marcie Reed. Dejaste la oficina dos minutos y ella quedó hecha papilla, esparcida por las paredes.

—¡Mierda!

De repente, mi vista se queda suspendida en el espacio, sin mirar a ningún sitio fijo.

—¿Qué ocurre?

—Lo había olvidado. El paquete, el que trajo el mensajero. Yo le di el paquete. Yo se lo di a Marcie.

—¿Y cómo pudiste hacer tal cosa?

—La habitación era demasiado pequeña, y el chico no podía entrar, de modo que se lo di yo.

—¡Fantástico!

Harry acelera el paso. Va y viene de la mesa a la ventana dándose palmaditas en el muslo.

—¡Realmente fenomenal! Vas a necesitar un abogado de primera fila, y espero que conozcas uno bueno.

Harry no se ofrece voluntario.

Me pregunto si la policía puede obtener huellas de pedacitos de papel hechos trizas y chamuscados. No es que eso importe, ya que supongo que sólo es cuestión de tiempo que me puedan situar en aquella habitación. Hay huellas en el escritorio, y testigos que me vieron.

—Necesito ganar tiempo; el suficiente como para

comprobar la nota y tratar de reunirme con los Merlow.

—¿Y tú crees que ella va a dártelo?

Se refiere a Dana.

—Eso espero.

—¡Buena suerte! —La cara de Harry lo dice todo—. ¡Ni ensueños!

Está de pie, mirando por la ventana las luces de la ciudad. El Capitolio, cinco manzanas más allá, está iluminado como una corona por luces incandescentes que apuntan hacia los laterales de la cúpula, destacando la esfera dorada del remate.

Aquí nos tiene atrapados una luz grisácea. El valle central en invierno, donde saben perfectamente cómo hacer niebla.

Estoy sentado a mi escritorio, estudiando el contenido del sobrecito de Marcie. Es una foto de bordes chamuscados. En la fotografía hay lo que parece ser una pequeña iglesia de una sola nave, de tablillas verdes sobre yeso blanco, en medio de un exuberante verdor matizado por un brillante azul de cielo. Se ven unas pocas lápidas de un cementerio adyacente a la iglesia.

Y aquí está la nota, escrita con caligrafía femenina:

Querida Marcie:

Lo siento, pero tengo que pedirte un favor. Me dejé olvidado el anillo de mamá en el cajón superior de mi escritorio. ¿Me lo podrías enviar a la lista de correos, a la atención de «Alice Kent»? Gracias por tu ayuda.

Tú has sido la única amiga que he tenido en dos años. Este lugar está en el otro extremo del mundo. Un día, cuando esto haya acabado, te llamaré. Cuídate. Con todo cariño,

K

Supongo que Alice Kent es un nombre de conveniencia, algo rápido y fácil que Kathy Merlow puede usar para recoger un paquete en la lista de correos. En estos momentos debe de tener una identidad plausible, tal vez más de una. A juzgar por la rapidez con la que desaparecieron después del asesinato de Melanie y la ausencia de ningún rastro —la Resolution Trust Corporation aún no ha dicho a Harry ni una palabra sobre el alquiler de la casa—, los Merlow son personas de recursos.

Miro el matasellos circular del sobrecito, y después doy la vuelta a la foto. En el reverso, una nota garabateada a lápiz por la mano de Kathy Merlow pone:

«Si cojo las alas de la mañana
y habito en los lugares más recónditos del mar.»
Es un lugar especial, donde paso las tardes.

Vuelvo a darle la vuelta a la foto y examino la iglesia.

Quien haya sacado esta foto, ha sido muy prudente. No se ven nombres de poblaciones ni letreros que puedan ser utilizados para saber dónde están. En cualquier caso, nada que yo sea capaz de ver.

Harry mira por encima del hombro.

—Creo que es parte de un poema.

—¿Qué?

—Las alas y el mar —dice Harry—. Chorradas líricas.

—Se te notan las raíces paganas. La catequesis tiene sus ventajas.

—¿Por qué?

—Es parte de un pasaje de la Biblia. Uno de los salmos.

Cuando suena el timbre, aún no me ha dado tiempo de quitarme el abrigo. Dana ha llegado en menos de una hora. Abro la puerta para recibirla.

—Oye, tío, ¿eres abogado? ¿Eres el tío de Danny Vega?

En el porche de mi casa hay tres chicos de unos dieciséis años, de tez oscura y cabello negro como el carbón que dejan entrever hojas de navajas relucientes en los bolsillos de las camisas. Llevan pantalones caqui y enormes camisas negras de manga larga como si fueran un uniforme, el mismísimo ejército de Pancho Villa de venganza, todos pandilleros.

—¿Quién quiere saberlo?

Uno de ellos, con el cabello alisado hacia atrás recogido en una coleta con una redecilla negra encima, es el que lleva la voz cantante.

—Oye, tío, limítate a contestar. No nos jodas. ¿Conoces a Danny Vega? ¿Sabes dónde está?

El chico tiene los ojos de sesenta años en rostro de dieciséis.

Sus dos compañeros parecen decididos, sus expresiones son de fuerza.

Miro la cadena de seguridad, que cuelga fláccida del marco de la puerta. Lo único que nos separa es la puerta de tela metálica que está hecha jirones por uno de los gatos del vecino.

—Creo que es mejor que os vayáis.

—No nos iremos a ninguna parte hasta que no nos digas dónde está Danny. No tenemos nada contra ti, tío, pero oblíganos y…

Uno de ellos saca una navaja automática del bolsillo y la mueve. De momento se está limpiando las uñas con ella, asegurándose de que yo vea la afilada hoja.

—No queremos problemas…

El chico de la redecilla vuelve a tomar el mando.

—Claro, simplemente estáis plantados delante de mi puerta amenazándome.

—Oye, tío, ¿hemos dicho algo amenazador?

Ojos de extrañeza y cabezas que se menean.

—Yo no.

—¿Has oído alguna amenaza?

—*Nada*.

—¿Qué queréis de Danny?

—Oye, creo que está dentro.

Uno de ellos sonríe.

—Oye, Danny… ¿estás ahí? ¡Sal, sal de donde estés!

Sus amigos se ríen. Creen que es divertido. El de la

redecilla se agarra del pestillo de la tela metálica, que está cerrada.

Lanza una mirada alicaída, como si hubieran herido sus sentimientos.

—Oye, tío, ya te he dicho que somos amigos que queremos hacerle una visita. Nos dejas entrar, ¿está bien?

—No, no está bien. Y os sugiero que os vayáis de aquí cagando leches.

Estoy empezando a levantar la voz, por lo que doy señales de huida o de lucha.

—Oye, no eres demasiado educado, tío.

El chico de la navaja empieza a rascar con ella la hoja de la puerta, cerca del pomo.

—Sólo dile que salga. Podemos hablar aquí. ¿Qué te parece?

El de la redecilla me muestra un destello de perlas blancas en la sonrisa.

—Sal, Danny, o vamos a entrar nosotros. Como tú prefieras.

Y se pone a cantar.

—No sé dónde está. No está aquí.

—¿Estás seguro?

Tira del pomo de la puerta una vez más como si fuera a ceder. Se balancea sobre las puntas de los pies y mira por encima del hombro si hay algún vecino molesto. Veo la hoja de la navaja a través de la puerta.

—Danny no vive aquí.

El chico de la redecilla me mira.

—Ah, entonces tú sabes dónde vive, y nos lo vas a decir.

—Creo que tendréis que iros.

—Tranqui, tío, sólo dinos dónde está.

Conozco a Danny lo suficiente como para saber que éstos no son sus amigos. Si le buscan, es porque se ha metido en líos. Una simple mala mirada por parte de Danny podría bastar para ofender su dignidad de machos. Con lo que está ante mi puerta sólo una mirada humillada evita que te lancen una ráfaga desde la ventana de un coche en marcha.

Aparecen unos faros subiendo por la parte delantera. Uno de ellos se vuelve y tira de la manga de la camisa de su amigo, el de la redecilla, que en seguida ve el coche.

Dana baja a la acera y al ver al grupito ante mi puerta se detiene un momento y los mira por encima del techo de su vehículo.

Una mujer sola. El de la redecilla me lanza una sonrisa.

—¿Tu mujer?

No respondo, pero noto que una horrible escena está a punto de comenzar: Dana allí afuera y yo aquí adentro. Cuando se vuelven a mirarla, Dana está hablando por el teléfono del coche. La sonrisa de gallito se evapora. Uno de los secuaces dice:

—¡Tío, larguémonos!

El jefe de la pandilla no está contento. Se balancea sobre los pies.

—¡Basta por hoy, tío! ¡Pero volveremos! ¿Te has enterado?

Me apunta a la cara con un dedo a un centímetro de la tela metálica, como si no hubiera encontrado algo más letal para apuntarme. Tiene el encanto de las siete plagas.

—Nos veremos.

—Ha sido un placer.

—Sí, un placer, tío. —Y escupe en mis rosas.

Me digo que tengo que llamar a Harry más tarde para que hable con Laurel. Tal vez ella tenga razón, y Danny debiera alejarse por una temporada.

Ya han bajado las escaleras, atraviesan la verja principal y cruzan la calle hasta una furgoneta baja, una Impala de color rojo cereza con un equipo de sonido que levantaría a un muerto. Después de dar la vuelta a la esquina, aún puedo oír el bum-bum de fondo.

—¿Amigos tuyos? —pregunta Dana mientras sube las escaleras.

—No exactamente.

Antes de que Dana entre, un coche patrulla blanco y negro pasa por la calle. Ella se da media vuelta bajo la luz de mi porche y saluda. Luego señala con el dedo en dirección de la caja de estruendos, y el coche patrulla se pone casi sobre dos ruedas del acelerón.

Una visita tras luces blancas y azules de aquellos que han jurado servir y proteger a la justicia no va a hacer que estos chicos se mojen los pantalones, pero al menos sabrán que los siguen.

—Espero que no lleven contrabando en el coche.

La forma en que Dana lo dice me hace pensar en que los chavales se pasarán un buen rato hablando con luces potentes enfocándoles la cara. La cortesía profesional de la hermandad pro defensa de la ley.

—Tienes un aspecto horrible —me dice, y me acaricia la mejilla con la suavidad de su mano enguantada, reconfortadora, liviana, como un anestésico para mi piel.

—¿Te duele mucho?

—Sólo cuando me río.

—Entonces será mejor que hablemos de cosas serias.

—¿Una taza de café? —le pregunto.

Mira el reloj.

—¿Por qué no? La noche es joven, y creo que esto puede durar un rato.

Veinte minutos más tarde, sobre la fragancia de un asado estilo francés, Dana examina el contenido de la nota escrita por Kathy Merlow y el sobrecito del que procedía.

La pequeña foto, que he dejado en el bolsillo de mi americana deportiva —mi comodín— por el momento, me la guardo para mí.

—No es mucho —dice.

—Es una pista.

—Además, puede habérsela dado a alguien para que se la enviara. —Dana mira el matasellos—. Quiero decir que si esta mujer, Kathy Merlow, quiere realmente desaparecer, puede haber dado la nota a algún amigo

que se fuera de vacaciones para que la enviara, luego esperase el paquete de la lista de correos y se lo entregara a ella. Esto es lo que yo haría.

—Por suerte no te estoy buscando a ti.

Hace una mueca, y sonríe.

—Sólo te digo lo que yo haría.

—Todo es posible, pero, por el momento, la nota y ese sobre son lo único que tengo.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que Kathy Merlow sabe algo?

—Lo que me dijo Marcie Reed.

—¿Qué te dijo?

—Que Kathy Merlow sabe quién mató a Melanie.

—¿Esa Marcie te lo contó?

—No me dio ningún nombre, aunque sí me contó que era un asesino a sueldo y que Kathy Merlow me contaría el resto. La cara de Dana se ensombrece.

—¿Un asesino a sueldo? ¿Cómo iba Kathy Merlow a saber algo así? Bueno, debo de entender que si vio al asesino sería capaz de identificarlo...

—Quizá no vio nada. Puede que alguien se lo contara.

—No comprendo —dice ella.

—Piensa en lo que sabemos: que Melanie estaba embarazada en el momento de su muerte y que, según Laurel, Jack no es un candidato a padre.

—De modo que Melanie se lo hacía con otro. Uno o más —aduce Dana.

—A mí sólo me interesa uno en concreto, alguien

que vivía cerca de ella. ¿Quién si no podría entrar y salir de la casa con aparente facilidad? ¿Quién podía saber cuándo Jack iba a estar ausente? ¿Quién podía haber sido el amante principal de Melanie? Un vecino cortés y amable.

—El marido de Kathy Merlow —dice ella.

—George Merlow.

—Pero ¿cómo sabría George de un asesino a sueldo?

—¿Y si Melanie hubiera empezado a preocuparse porque Jack estaba sobre la pista de ella y George? Conozco a Vega, y no es un buen rival. Podía haber planeado algo como esto. Sometido a tensión, se puede leer en Jack como en un libro abierto. Y es probable que Melanie dejase más de una pista. Incluso puede que cayese en sus manos alguna nota o escuchara un mensaje telefónico que la aterrorizaran. No lo suficiente como para llamar a la policía, pero algo que la hiciera pasar las noches en blanco. ¿A quién se lo iba a explicar? ¿En quién depositaría su confianza?

—En George.

Asiento.

—George, el amante responsable, se mantiene alerta. Y esa noche echa una ojeada y ve el asesinato. Demasiado tarde para hacer algo, se le ocurre que si Jack estaba dispuesto a cargarse a su mujer, también podía hacerlo con su amante. George se asusta, y se ve obligado a contarle algo a su esposa. Se sincera, se lo explica a Kathy y ella lo perdona o sufre una depresión, una de las dos cosas —argumenta Dana.

—Y por eso se han marchado los dos.

—Lo has captado.

—¿Por qué no contarle a la policía lo que sabe?

—Porque sólo sabe que Melanie tenía sus sospechas antes de que la asesinaran. ¿Qué podía decir: «Me estaba tirando a su esposa y ella sospechaba que él se estaba poniendo celoso»? Mientras la policía investigaba, si el contrato había expirado, George podría acabar criando malvas, especialmente si decía una sola palabra de que vio al asesino. Los Merlow no estaban demasiado integrados en la comunidad, y la prudencia los aconseja que huyan.

—Así que necesitas a Merlow como testigo.

—Eso es. Sin él, todo lo que tengo es circunstancial, intentos por arrojar alguna luz sobre otra sospecha. Si esto falla, será una dura cacería en busca de atenuantes.

—Llegado ese caso, no te envidiaría.

Dana tiene razón. Laurel no es una esposa sollozante, ni tiene ningún hijo del que hayan abusado sexualmente, para reclamar que estaba hecha polvo; o sea, la opción de la defensa en la América moderna. Al fin y al cabo, mi cuñada es sólo una «ex», que supuestamente ha ejercido la venganza.

—Hay otra posibilidad, otro motivo de su huida. ¿Cómo sabes que Kathy Merlow o su marido no estaban implicados en el asesinato de Melanie?

—No estaba seguro hasta hoy. Piensa un poco: el mensajero entrega un paquete, y al mismo tiempo alguien pregunta por mí en la plataforma de carga. ¿El

ratoncito Pérez? ¿Mi ángel de la guarda?

Dana me mira con curiosidad.

—Alguien que quería ver a Marcie Reed muerta para que no pudiera contarme algo sobre Kathy Merlow. También pretendían que a mí no me pasara nada. La gente que envía paquetes bomba no suelen ser tan considerados. Si me quieren con vida, es por alguna razón: saben que estoy buscando a los Merlow, y conque ellos también los buscan, por tanto esperan que yo les haga el trabajo. Un abogado pisándoles los talones en un juicio por asesinato, con acceso al proceso judicial y potestad para obligar a comparecer a testigos. No es moco de pavo.

—¿Así que piensas que se quieren cargar a los Merlow? ¿Por qué?

—Creo que quienquiera que matase a Marcie Reed apretó el gatillo contra Melanie Vega, y fue sorprendido haciéndolo. De alguna manera, el asesino descubrió que estaba en un aprieto, y ahora intenta cubrirse las espaldas borrando su rastro.

Me observa con ojos como platos.

—Es el estilo de Jack, créeme. Contrató a alguien para matar a Melanie. Cuando lo comprobemos, estoy seguro de que tendrá seis coartadas para la noche del asesinato. Piénsalo. Su mujer está embarazada. Tiene un amante joven. Jack está a punto de tener gravísimos problemas. Ella no estaba dispuesta a esperarlo. Un político corrupto, sin futuro, mermado su dinero por multas criminales. Para Jack, Melanie valía mucho más

muerta que viva. Si podía conseguir a los niños, una esposa asesinada hubiera inspirado pena. Se preparaba a jugar con vosotros de forma descarada.

—¿Y la bomba? ¿Acaso Jack tiene algo que ver con eso?

—No. Me parece que las cosas salen de su cauce y se están desbordando. Creo que al asesino le entró el pánico y ha contactado con algún especialista para borrar su rastro. Es un tipo desesperado.

—Y también un poco chapucero por lo de la oficina de correos. Si lo que dices es cierto, varias personas vieron al mensajero allí.

—Cierto. La gente desesperada hace cosas estúpidas.

—¿Y qué pinta Jack en todo esto?

—No sé si él sabe cómo están las cosas ahora. Probablemente pagó la cuenta, valga lo que valga matar a alguien en estos días. Yo supongo que no sabía que se iban a la cama, que quedaron cabos sueltos: un testigo del asesinato. Creo que el ovillo está a punto de desenredarse. Una cosa es segura —le digo—. Dentro de poco tu gente sabrá que he estado en la oficina de correos, no les llevará mucho tiempo el encontrarme. Huellas dactilares en la escena, descripciones de los empleados. Mi foto ha salido en el periódico casi a diario desde que empezó el caso de Laurel. Una vez me atrapen, me pasaré una semana contestando preguntas y mirando fotos, con la esperanza de identificar al mensajero.

—Y no podrás encontrar a Kathy Merlow.

—Lo has captado.

—¿Por qué no te limitas a enviar a un detective para encontrarla?

—Es algo que tengo que hacer yo en persona. Hice una promesa.

—¿A quién?

Guardo silencio,

pero me lee el pensamiento.

—A Marcie Reed —afirma

Más silencio.

—Está muerta.

—Eso sella la promesa., ¿verdad?

—No tiene sentido

—Quizá no lo tenga, pero debo hacerlo yo solo. Ya ha muerto una persona, alguien a quien yo metí en esto.

—Lo que quieres hacer es peligroso. Lo has dicho tú mismo: es un tipo desesperado.

—No tengo otra alternativa. Ni tampoco tengo mucho tiempo. —Y miro el reloj—. He de coger un avión en menos de una hora. No puedo esperar a mañana. Tu gente ya me habría echado el guante para entonces. Las posibilidades de tomar el vuelo mañana serían menos del cincuenta por ciento. De modo que nuestra conversación es un poco interesada. He confiado en ti contándote lo que sé, sincerando mi alma. Si tu gente me pilla cuando esté fuera, al menos quiero poder decir que te he dado toda clase de detalles.

—¡Bien! ¿Y qué esperas que diga yo?

—Que no has podido detenerme, que lo has

intentado pero me he escabullido.

—¿Pero hay otra razón?

—Esa es la razón.

—Me has contado lo que sabes por si no regresas, pero quieres que alguien en un cargo de autoridad tenga alguna pista de lo sucedido.

—Nunca se me habría pasado por la cabeza.

Sonríe.

—Buen intento.

—Bueno, si pasa algo, cuéntaselo todo, incluido lo del mensajero. He dejado a Harry una descripción escrita completa en la oficina. Al menos otra persona lo vio en la oficina de correos, un tipo llamado Howard. Alguien tiene que ser capaz de identificarlo en una foto, si es que está fichado.

—¿Qué hay de tu hija? ¿Dónde está?

—Desde primeras horas de esta tarde la he dejado con unos amigos, una pareja muy querida por Nikki y por mí. Viven en el campo, y tienen un pony y una niña de la edad de Sarah. Estará bien.

No se lo digo, pero Sarah habría ido con ellos me fuera esta noche o no. Después de la sorpresa de la carta bomba, no voy a correr riesgos.

—No deberías hacerlo. Ni siquiera habríamos de estar hablando de esto. Yo tendría que llamar al FBI, y tú responder preguntas y mirar fotos.

—No tengo otra elección. Si no encuentro a los Merlow, voy a ir a juicio con un caso perdido de antemano y lo que eso representa: una larga temporada

en la cárcel para una dama buena, o algo mucho peor. Así que me voy, y no intentes impedírmelo.

Lo medita un momento, en silencio, sobre la taza de café, manoseando el sobrecito de Merlow en los dedos; le da vueltas de un lado a otro, y al final lo deja encima de la mesa por el lado del sello. Mira el matasellos y las claras letras dentro de un círculo:

HANA HI 96713
USPS

—¿Sabes si tu vuelo está completo?

—No.

—Si lo está, usaré mis credenciales para buscarme un hueco: asuntos del gobierno.

—Ni lo sueñes.

—Entonces nunca subirás a ese avión.

—¿Por qué no?

—Porque yo lo impediré.

Me imagino a la policía persiguiéndome en sus coches patrulla. No hay ni un asomo de hilaridad en su mirada. No lo dice en broma. A menos que me la lleve, hará que su gente me detenga en el aeropuerto o al salir del avión.

—Estamos hablando de un crimen federal, de una empleada de correos que ha sido asesinada en una dependencia pública. No puedo asumir la responsabilidad de que vayas solo a cazar a alguien que, según tu propia teoría, es un blanco andante... un

testigo de otro asesinato. Y tú mismo has dicho que alguien te está siguiendo... Y si algo te sucediera no me lo perdonaría —añade—. Además, ¿qué le diría a Sarah?

Sonríe, con una mirada felina, mientras ladea la cabeza con el cabello castaño cayéndole por los hombros.

—¿Hacemos un trato?

Mis oportunidades son limitadas.

—Si cogemos a Kathy Merlow, ¿me dejarás que la presente como testigo? —pregunto.

Intento dejar a un lado el atractivo de Dana; lucho porque salga el abogado que hay en mí bajo la intensidad de láser de sus ojos ovalados y la embriagadora fragancia de su perfume.

—¿Por qué no? En ese punto, nuestros intereses son comunes. Tú resuelves tu crimen, y puede que yo resuelva el mío.

Dana se da cuenta de que mi resolución empieza a hacer aguas. No tengo muchas opciones que digamos.

—Déjame llamar para comprar el billete, y luego iremos a mi casa para hacer la maleta... a menos que tú tengas un cepillo de dientes de sobra y un camisón.

—Nos encontraremos en el aeropuerto. Vete a casa y recoge lo que te haga falta.

—Ni hablar. —Y su sonrisa se agranda—. No te voy a quitar la vista de encima hasta que estemos en el avión.

Me dispongo a decir algo, y ella me silencia poniéndome un dedo en los labios.

—Shhh. Hablas demasiado.

Su mano suave, esta vez sin guante, viaja por encima de la mesa para aliviar mi maltrecha mejilla. Como un bálsamo que calma la tensión y el ardor de los nervios a flor de piel, Dana es cálida y me mira tiernamente con ojos de deseo.

CAPÍTULO 13

Seis horas en un avión, algunas de las cuales con la cabeza de Dana reclinada sobre mi hombro mientras dormía, no es una experiencia del todo desagradable.

Dana se revuelve en mi hombro, se despereza y arquea la espalda en su asiento.

—Voy a hacer una llamada, a ver si puedo conseguir un hotel.

Dana ya ha estado aquí antes, de modo que la dejo hacer.

—Mira, entreténte, mientras tanto, leyendo.

Me da el periódico vespertino de la capital que ha sacado de la bolsa lateral de su maletín, puesto debajo del asiento de delante.

La observo alejarse por el pasillo hacia uno de los teléfonos celulares.

La bomba de la oficina de correos ocupa el espacio principal de la primera plana, un titular enorme con una foto a tres columnas donde se ve la cinta policial en la

zona de carga y descarga, un aluvión de curiosos en el callejón de detrás del edificio, camiones de bomberos y coches de policía.

Omiten los nombres del empleado muerto hasta que lo puedan notificar al pariente más próximo. Pienso en el hijo de Marcie, el niño de siete años de quien me habló, y me pregunto: ¿tendrá un padre?, ¿qué será de él ahora? Y también pienso en Sarah, que por unos metros más se ha salvado de que su padre corriera la misma suerte.

Después, algunos detalles de la bomba. Lo que se ha publicado son meras conjeturas, declaraciones de los empleados de correos hablando de los riesgos constantes de las bombas que se envían por correo en cartas y paquetes, la dificultad de tomar precauciones en cuanto a la seguridad debido al volumen de correspondencia. Todo es especulación, y la mayor parte errónea. Examino la página, dos columnas, y paso al interior. Ni una sola palabra acerca de un mensajero privado o del paquete que entregó. Me pregunto qué le habrá pasado a Howard, el amigo de Marcie que acompañó al mensajero hasta la oficina. ¿Lo habrán interrogado? ¿Le habrán comprendido?

Vuelvo la página, pero no hay nada más.

Dana está de espaldas a mí, marcando varios botones en el teléfono. Pienso que igual tiene problemas para conseguir hotel.

Cuando vuelvo a mirar, viene por el pasillo.

—Creo que el sitio te gustará. Estuve una vez con mi

marido, hace años.

—Estoy seguro de que será estupendo —contesto, sin dejar de pensar que esto no son unas vacaciones.

Vuelve a su asiento y se acurruca.

Introduzco la mano en el bolsillo de mi americana deportiva y noto la fotografía de la pequeña iglesia, ahora metida en una funda de plástico, que he ocultado a Dana.

Mis ojos aún recorren el periódico. Al final de la página, hay algo interesante: especulación sobre una vacante en el tribunal federal de la capital del estado. El nombre de Dana se menciona preeminentemente en una lista corta de candidatos. La chica vale.

Se lo enseño y le señalo su nombre con el dedo. No obstante, hace un gesto de modestia.

—La prensa —dice—. Una vez estás en su lista de personas importantes nunca más puedes escabullirte. Con algo han de rellenar los espacios entre los anuncios.

Pero yo sé que Dana está en el aparato del poder de la capital estatal, y está bien considerada. Lo cierto es que es una seria candidata al alto cargo.

Hablamos un rato, entre cabezadita y cabezadita. Me mareo. El follón de esta tarde, la presión de la cabina, el ronroneo de los motores, todo se combina para producirme un sueño agitado.

Cuando finaliza el vuelo interinsular, es cerca de medianoche, hora hawaiana. Las estrellas brillan tanto que desearías cogerlas con la mano mientras recorremos los últimos kilómetros de carretera que nos

separan de Wailea y del hotel. Yo conduzco el coche de alquiler y Dana me guía.

Hubiera dormido en cualquier hotel de mala muerte cerca del aeropuerto, pero Dana insiste en que ambos necesitamos descansar bien para encaminarnos hacia Hana al día siguiente.

—¿Has estado allí antes? —pregunto.

—Una vez.

—¿Cómo es?

—El sueño paradisíaco de cualquier persona. Mares y cielos azules, nubes algodonosas y colinas verdes, muy, muy verdes. —Y sonríe—. Y luego está la carretera a Hana.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Ya lo verás mañana.

La autopista acaba repentinamente y doblo a la derecha por un camino tortuoso que se dirige hacia el mar. Llegamos a una encrucijada en el camino de un centro comercial. Veo letreros con flechas en todas direcciones, pistas de golf y clubs en todos los puntos de la rosa de los vientos.

—Quieres doblar a la izquierda —me indica Dana.

Doblo a la izquierda y a unos cincuenta metros de la carretera veo la indicación del hotel.

Entramos y paramos en el pabellón. Una mujer con un *sarong* de seda vaporoso sale a nuestro encuentro y nos recibe.

—Bienvenidos al Gran Wailea. ¿Se quedarán con nosotros?

—La reserva está a nombre de Colby —dice Dana.

—Sí, en efecto. Hemos recibido su llamada.

La mujer me da un pase de aparcamiento y nos envía por el ancho camino serpenteante, pasadas las cascadas de agua iluminadas con luces de colores. Giramos y nos detenemos bajo el imponente aparcamiento de la entrada principal. Un guardacoches se queda las llaves y un botones se lleva el equipaje. Si existieran las seis estrellas, este sitio las tendría.

Nos colocan una guirnalda alrededor del cuello nada más entrar en el vestíbulo. Es como en *Elephant Walk:* aire puro y vegetación exuberante, un estanque más grande que muchos lagos y un enorme bar cubierto en el centro. En la recepción nos saluda una chica con uniforme blanco almidonado, túnica blanca con botones dorados, ojos asiáticos y un acento que suena a intriga.

Comprueban nuestras tarjetas de crédito y yo me pregunto si la mía funcionará. Dana me dice al oído:

—No te preocupes. Conseguí un buen precio.

La chica del mostrador sonríe.

Bien. Trescientos la noche, creo.

Nos traen toallas de mano calientes y dos vasitos de zumo de papaya. La chica hace sonar un timbre dos veces y nuestro equipaje aparece en un carrito. Seguimos al botones hasta el ascensor, y fuera, bajo las estrellas y las antorchas *tiki* parpadeantes, dejamos atrás gigantescas higueras de Bengala y un mar de bambú, mientras hojas de palmera crepitan al viento.

El chico para el carrito frente a una puerta de

resplandeciente esmalte blanco con adornos de bronce y la abre con la tarjeta. Hace entrar a Dana, deja sus maletas y me acompaña a mi habitación, que está al lado. Le doy una propina y se va.

El sitio es palaciego pero bochornoso. Abro los postigos estilo plantación y la puerta corredera que hay tras ellos y salgo a la terraza que da al mar, donde la espuma blanca de la playa brilla a la luz de la luna.

Oigo unos suaves golpes. Es Dana desde la puerta adyacente. Abro el cerrojo desde mi lado y ella entra en la habitación.

—¿Te gusta?

—¿Cómo no iba a gustarme? La paga del gobierno debe de ser algo mejor que cuando yo trabajaba para el fiscal del distrito —le digo.

—He pulsado algunas teclas. En Honolulu hay quien me debe un favor.

—¿Quién?

—Alguien. Relájate y disfruta de la noche, mañana nos queda... la carretera a Hana.

Hace que parezca ominoso, y luego me sonríe.

Es una noche cálida, pero la brisa del océano refresca. Estoy temblando, más de cansancio que de frío, apoyado en la barandilla de la terraza.

—¿Quieres que nos traigan algo para comer?

Muevo la cabeza.

—De modo que es así como vive la otra mitad —le digo. A un mundo de distancia de los cielos grises y la heladora niebla de la capital en invierno.

Me lee el pensamiento.

—El lugar realmente vale la pena, ¿verdad? Debes de creer que soy horrible. La mujer mimada, que se pavonea y exige sólo lo mejor.

—¿Por qué?

—Debí dejar que hicieras tú los preparativos.

Me vuelvo y la miro con una sonrisa.

—¿Por qué iba a pensar que eres horrible? ¿Porque tienes buen gusto?

El cabello le brilla, y el fulgor mágico de la luz nocturna danza en sus ojos de amatista.

—Ahora estás siendo paternalista. Créeme, si este viaje nos ha llevado a algún lugar, ha sido por obra y gracia del gobierno y un viaje subvencionado. Como te he dicho, esta noche es un trato especial.

—¿Por qué?

Me mira y me acaricia la cara con el reverso de la mano.

—Ha sido un mal día para ti. Creo que necesitas algo... especial.

—Tu marido te llevaba a lugares bonitos. Tenía que ser muy rico.

—Pareces celoso. —Hace una mueca y sonríe como una colegiala—. ¿Tú nunca llevaste a Nikki a ningún sitio como éste?

Sacudo la cabeza.

—El ataque de nervios que me habría dado esperando la factura le habría quitado toda la gracia. Ambos éramos funcionarios. En vacaciones, las pocas

veces que las hicimos, íbamos a una cabaña de montaña que alquilábamos a un amigo. Comíamos en casa y pasábamos la aspiradora antes de irnos.

Me vuelvo hacia la barandilla. Ella está detrás de mí, y la silueta de su cuerpo se aprieta contra la mía, a cubierto de la brisa de los vientos alisios. Siento su rodilla en el dorso de la mía.

—La familia de mi marido tenía dinero —susurra, casi hablando sola, reclinándose sobre mí, con la barbilla apoyada en la parte trasera de mi hombro.

—El problema fue que Darrel sólo sabía cómo gastarlo. Habría sido el hijo pródigo, salvo que nunca se fue de casa. Nunca creció.

—Parece como si hubieras tenido que criar a un niño.

—Ya puedes decirlo. Oh, como mujer siempre me sentía bien del brazo de Darrel porque iba bien vestido para la ocasión, hacía los gestos correctos, era alto, bien parecido, un encanto. Tenía la clase de humor que puede hacer que una mujer perdone bastantes cosas y una primera impresión que duraba más que la raya de sus pantalones. Tardé la mayor parte del primer año en darme cuenta de dónde venía todo el dinero. Danny no podía conservar un empleo si era el dueño. Su papi se pasaba la vida comprándole negocios, y Darrel se los tomaba como si fueran un hobby.

—¿Eso es lo que provocó la ruptura?

—En parte. Una noche se emborrachó y vi su lado oscuro. Tuvo una disputa con su padre por dinero y la

pagó conmigo. Me pegó hasta que cogí las llaves del coche. Eso fue todo, jamás regresé.

—¿Lo dejaste tú?

—El divorcio más rápido de la historia. ¿Aún te gusta cómo vive la otra mitad?

—Creo que la hierba siempre es más verde —asiento, balanceándome en la brisa fresca mientras escucho romper las olas contra la playa, donde la espuma blanca reluce a la luz de la luna.

Tres dedos de su mano derecha se meten entre los botones de mi camisa y se enredan en el vello de mi torso, al tiempo que una yema me roza el pezón como un calor abrasador. Por un instante me pregunto si debería moverme, pero no hay nada más placentero. Es tan natural. La mano de una mujer en mi pecho es algo que no he sentido durante meses.

El suave murmullo de sus labios me acaricia la nuca. Me doy la vuelta, y me miro en sus ojos, asombrado, preguntándome qué está sucediendo.

Los cristales rotos y la muerte, la explosión de la oficina de correos parece de otra década, de otro siglo.

Me fascina el halo de su cara. Mis manos se posan en su espalda, cobrando vida propia. Dana, que es tierna y cariñosa, tiene las manos dentro de mi camisa. De repente la desabrocha y siento sus senos contra mi pecho a través de su suave blusa de seda.

El zumbido de mis oídos ya no es de dolor. A mi vez, le desabrocho la blusa. Dejamos un rastro de tela a nuestro paso, entre abrazos y caricias, en dirección

hacia la habitación. Mi rodilla está aprisionada entre muslos de seda. Su boca ávida presiona contra la mía, y oigo el susurro de su lengua.

Se oye el roce del nailon contra mi pierna desnuda cuando tiendo a Dana sobre la cama. Me cautiva la realidad de su desnudez. Se tumba, y su cabello se desparrama sobre la almohada, mientras percibo la suave ternura de sus pechos como dos guías, su delgada cintura rodeada por los encajes de gasa de un liguero negro y la tierna carne desnuda de sus muslos sobre el nailon.

Me mira, con los ojos resplandecientes de deseo, como una imagen especular de los míos. Me atrae su carne húmeda impregnada de la fragancia de los trópicos. Ahora me sumerjo, y nuestros cuerpos se funden en lagunas de placer.

Dana me susurra al oído frases ardientes de pasión mezcladas con mi nombre. Las regiones inferiores se aprietan, y la suave y húmeda calidez del deseo se mueve, se agita en arcanos y ondulantes ritmos de dicha. Sus dedos están en todas partes. Mi mente es un mar de confusión, pasión, o amor. Mis labios se dirigen hacia sus pechos, y la punta de mis dientes le mordisquean un pezón. Dana arquea la espalda y, entre rápidos y ardorosos jadeos, pegando su vientre al mío, aguarda la culminación del placer.

CAPÍTULO 14

Los rayos de luz se filtran a través de las persianas de la habitación como flechas de oro. El canto de pájaros exóticos irrumpe desde los verdes arbustos junto con el fluir del agua sobre las rocas del jardín. Se oyen voces, gente que camina por el sendero, debajo de la terraza.

Mis sentidos embotados y entre sueños detectan una sombra moviéndose al fondo de la habitación. Envuelto en una sábana arrugada, tumbado en la cama, siento el aire húmedo y cálido de los trópicos.

Cuando abro los ojos y miro, Dana está sentada en una silla mirándome, sonriéndome, envuelta en dos toallas de baño, con el cabello mojado de la ducha.

—¿No te ha dicho nunca nadie que haces ruiditos cuando duermes? Pequeños maullidos.

Imita a un gatito gimiendo para que lo saquen de la caja.

—Adorable.

Por fin entra la deslumbrante claridad del día, y yo me siento, envuelto en la sábana.

—¿Qué hora es?

—Casi las diez.

—¿Qué? ¿Por qué no me has despertado?

—Oh, ya lo hice. La noche pasada, al menos tres veces.

—Fantástico.

Aún puedo sentir el deseo por Dana subiéndome por

la ingle, un retozo rayando el hedonismo, y me pregunto qué sustancia hecha por Dios inunda el cerebro y produce tal placer.

—Estabas cansado. Creí que querías dormir.

Siento en mi rostro los arañazos de los cristales volantes de ayer. Dos de los vendajes se han caído durante la noche.

Me pregunto si el dolor de mi cuerpo se debe a la explosión o a las cabriolas de la noche pasada.

—Ahora ya tendríamos que estar a medio camino de Hana —le digo.

—Estaré lista en diez minutos.

Me levanto y, arrastrando las sábanas del pudor por el suelo, busco mis pantalones entre la estela de prendas de vestir desperdigadas. Tengo el vago recuerdo de alguien duchándose en mitad de la noche. Me palpo el cuerpo pegajoso. No fui yo.

—Están en la otra silla —dice ella refiriéndose a mis pantalones.

Los cojo y empiezo a ponérmelos, con una pierna enfundada, cuando descubro que no llevo ropa interior.

Ella se ríe con ganas.

—Tu maleta está allí, junto a la mesa.

Lo primero es lo primero. Hurgo en ella y encuentro unos calzoncillos limpios.

Dana se levanta de la silla y entra en el baño de su habitación. Oigo el ruido de su secador.

—Hay croissants y café en esta mesa —me grita a través del zumbido del secador—. He llamado al servicio

de habitaciones.

En dos segundos estoy sentado a la mesa de su habitación.

—¿Tienes hambre?

—Tengo un hambre de lobo.

—Y eres igual de peludo.

Tengo el pecho al aire, sin camisa.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Hana?

—Depende de cuán peligrosamente te guste vivir —responde.

El viaje a Hana es el paraíso mismo, verdes campos de caña de azúcar y pueblos con plantaciones, una costa rocosa, la superficie del mar coronada por olas esmeraldas y espuma blanca. Riscos de lava se elevan sobre playas de arena blanca, formando un color oscuro que hace juego con el moreno de los muslos de las chicas que pasean por ellas mientras avanzamos por la autopista.

Al cabo de unos kilómetros el paraíso se convierte en un verdadero infierno. Puentes de un solo carril con curvas cerradas, paredes blancas de cemento y cascadas que caen desde lo alto de la jungla virgen; curvas tan severas que la mayoría del tiempo vamos en la dirección equivocada.

Los insulares conducen como si alguien hubiera cargado su café de testosterona. La vida en la carretera de Hana parece suponer un riesgo constante.

La carretera se estrecha hasta tal punto que tengo que recular unos metros hasta un recodo sobre un acantilado vertical para dejar pasar a un camión de cemento que circula en dirección contraria. El conductor, un hawaiano corpulento, me sonríe tal luchador de sumo que hubiera conseguido sacar mi trasero del círculo del ring, como diciendo: ¿qué pasa tío?, ¿no tienes cojones? Incluso Dana me mira de un modo que parece indicar que si hubiera presionado habría pasado entre sus neumáticos y bajo su eje.

Le ofrezco el volante, pero lo rechaza.

Son más de las dos cuando veo la pista oscura de basalto del aeropuerto de Hana. Se encuentra en una meseta sobre el mar, en medio de la jungla, tallada sobre lava. A unos tres kilómetros está la población de Hana: dos iglesias, la oficina de correos, un par de tiendas de comestibles y una estación de servicio.

—La carretera empeora del otro lado del pueblo —me dice Dana.

—No es posible empeorar.

—He estado allí, confía en mí.

Sólo hay un hotel. Dana me lo señala y al cabo de dos minutos entramos en el camino circular del hotel Hana-Maui, *bungalows* de una sola planta con tejados de tejas y hojalata al estilo del antiguo Hawai, antes de que los dólares americanos y los yenes japoneses trataran de cubrirlos con mármol como la antigua Roma.

Pero una cosa es cierta, Hana sería el lugar elegido

por cualquiera que quisiera evitar las miradas curiosas del resto del mundo.

Una mujer nos guía hacia el mostrador de recepción. Ya estamos registrados, en *bungalows* contiguos sobre la hierba. Imagino que Dana tuvo mucho trabajo reservando plaza desde el avión ayer por la noche.

—El señor Opolo está en aquel *bungalow* del otro lado del camino —dice el recepcionista.

—Bien —responde Dana.

—¿Quién es el señor Opolo? —pregunto.

—Ahora mismo te lo presentaré.

Siento que me espera alguna sorpresa.

—Dímelo ahora.

—Lo vas a conocer dentro de un minuto.

—Entonces explícamelo.

—Es un amigo de Honolulu.

—¿Qué clase de amigo?

—Un colega de profesión.

—Dana.

—Está bien, es del FBI. El agente de la oficina de Honolulu.

—¡Hija de puta! ¡Creí que habíamos hecho un trato!

—Escucha bien: no vas a llegar a ninguna parte tú solo. Jessie nos ayudará. Conoce a la gente. Además, recuerda que estamos en una isla —dice, y hace que parezca los Ozarks de Polinesia—. La gente de aquí te hará dar vueltas y más vueltas. Hay miles de casas en estas colinas, desde grandes fincas hasta cabañas de piedra de una sola habitación, y los Merlow podrían

estar en cualquiera de ellas.

—Y podrían estar aquí, en el hotel, en la habitación de al lado.

—No están. Ya lo hemos comprobado —contesta, divertida.

—¡Maravilloso!

El recepcionista me da un plano del terreno del hotel. En este momento escupiría encima. Un botones coge nuestro equipaje y lo coloca en un carrito eléctrico, mientras Dana me da mil y una razones por las que debería estarle agradecido por haber llamado al FBI.

Empiezo a pensar que Harry tenía razón, y me pregunto quién jodió a quién la noche pasada.

Aún continúa hablándome cuando suena el teléfono en su habitación.

—Jessie.

Noto alivio en su voz. Aquí están las tropas.

—¿Dónde estás? Ven para aquí —dice Dana.

Al cabo de dos minutos llaman a la puerta y Dana la abre. Fuera hay un hombre que raya los cincuenta, con cabello blanco como seda y una tez de color madera bruñida. Es corpulento como un barril y austero, con cara de tótem. Viste una de esas camisas floreadas con todos los colores del arco iris.

—Hola, niña, me alegro de verte.

—Ha pasado mucho tiempo —responde Dana.

—Veamos, desde San Francisco. ¿Cuánto hace... cinco años?

Ella lo corrobora, le pone las manos en los hombros

y le da un beso en la mejilla. Opolo tiene que doblar un poco el cuello para poder pasar por el dintel de la puerta.

—Jessie Opolo. Paul Madriani.

Dana hace las presentaciones, sin estar segura de cómo voy a reaccionar.

—Encantado de conocerlo.

Opolo sonríe, y yo me pregunto si es tan ingenuo como parece o es su cara de polinesio, pero no voy a portarme como un gilipollas, así que le doy la mano.

—Es un placer —digo.

—¿Cuánto hace que estás aquí? —pregunta Dana.

—Desde esta mañana —responde Opolo—. Estoy acuartelado desde las nueve.

—¿Hay alguien más contigo?

—Dos agentes.

Es un jodido ejército, pienso yo, mientras pongo los ojos en blanco. Dana me lee el pensamiento.

—Supongo que has sido discreto.

Me imagino a un grupo de fusileros con sus rifles a la espalda.

—Los otros dos agentes están en la habitación, y lo único que hemos hecho es comprobar lo del paquete en la oficina postal.

—¿Qué paquete? —pregunto.

—El anillo —dice él.

Lo había olvidado por completo. El anillo que Kathy Merlow mencionaba en la carta, el que quería que Marcie Reed le enviase.

—Alguien lo recogió ayer, después del mediodía. Desgraciadamente llegamos demasiado tarde.

—¿Firmó alguien el volante de recogida? —pregunto.

—Sí.

Saca una libretita de su bolsillo y la abre; luego desdobla una hoja de papel que había metido dentro. Es una copia del volante de correos.

—Iba dirigido a Alice Kent y firmado con este nombre.

—¿Puedo verlo?

Me entrega la hoja, que pongo sobre la mesa y saco la nota de mi bolsillo, la que Kathy Merlow le envió a Marcie, y comparo la caligrafía con la firma del impreso. Son como dos gotas de agua.

—Está aquí. La ha firmado ella misma.

Dana me mira.

—Puede que pronto estemos de vuelta a casa.

Dana y los agentes están reunidos en la otra habitación, alrededor de una mesita de café, debatiendo los métodos para dar con los Merlow. La puerta de comunicación entre las dos habitaciones está abierta, de modo que los observo a distancia. Ya han agotado varias líneas de investigación. En los registros de servicios públicos, de teléfono y luz no aparecen los nombres de Merlow o Kent. Si están viviendo por aquí, emplean otro nombre. Ya han comprobado las agencias de coches de

alquiler, pensando en que los Merlow necesitarán un medio de transporte.

—Si han alquilado un coche en la isla, están usando otra identidad, porque no han alquilado ninguno a nombre de Merlow o Kent, y la tarjeta de crédito de George Merlow no registra ningún movimiento desde que la pareja desapareció de la capital —dice Opolo.

Dana tenía razón en una cosa: Opolo y sus agentes tienen acceso a información —como lo de la tarjeta de crédito— vedada para nosotros.

—Creo que hablaremos con los carteros.

Opolo quiere concentrarse en los carteros que reparten el correo en los alrededores de Hana.

—Es un pueblo pequeño, y aunque no les lleven el correo a su casa, por fuerza tienen que saber quiénes son recién llegados y dónde viven.

—Hay seis carteros, y cinco están de servicio en ruta. No podremos hablar con ellos hasta esta tarde a última hora —dice uno de los agentes, que acaba de comprobar esto.

Entro en la habitación y me apoyo en un rincón como una planta proverbial.

—Hay una tienda de comestibles y un pequeño mercado —observa uno de ellos—. Son los dos únicos sitios para comprar víveres a dos horas de distancia en cualquier dirección. Tendrán que comer, digo yo.

—Podríamos preguntar en las tiendas —dice otro, más joven, con acento nervioso e impaciente.

Opolo lo mira y hace una mueca de escepticismo.

—¿Un ejército de extranjeros merodeando por las tiendas? Cantaremos como almejas, y en menos de una hora habrá corrido la voz porque es un pueblo pequeño.

—Eso es muy caritativo —comento.

—Bueno, esto es un pueblo —dice, sonriéndome—. Si alguien habla, un dependiente, algún empleado del hotel o quien sea se percatará, y en una hora todo el mundo sabrá quiénes somos y que buscamos a alguien. El rumor no tardará en difundirse. Si el señor Madriani está en lo cierto, las personas que estamos buscando saben cómo esfumarse y no tendremos una segunda oportunidad.

A pesar de que Dana lo ha hecho a mis espaldas, Jessie Opolo empieza a caerme bien. Tal vez ella tenía razón.

—¿Qué hay de los agentes inmobiliarios? —pregunta—. ¿Los que alquilan casas y cabañas? Los Merlow tienen que estar alojados en alguna parte. ¿Tenemos fotos de ellos?

Esto hace que otro agente mire en un maletín medio abierto.

—No es una copia muy buena. La obtuvimos del continente, del Departamento de Inmigración estatal. Ha llegado por fax esta mañana.

Le da a Opolo transmisiones de fax de escasa calidad, imágenes tortuosas como un test de Rorschach hecho con figuras humanas, tan malas que ni ellos mismos se reconocerían.

—¿No hay nada mejor? —pregunta Opolo.

—Podemos intentar obtener fotos por cable, pero tardarán un poco —se excusa el agente.

—Bien. De momento haremos la lista de agentes inmobiliarios de la zona —dice Opolo mirando su reloj—. Nos encontraremos aquí dentro de una hora para ir a hablar con los carteros.

Se ponen de pie para ultimar detalles. Dana y Opolo se han quedado en un rincón, hablando en privado. Aprovecho la oportunidad para marcharme con sigilo a mi habitación.

He dejado el abrigo en el armario. Incluso en invierno el sol hawaiano es demasiado caluroso. Meto la mano en el bolsillo para sacar la foto de la pequeña iglesia, y en dos segundos estoy en la puerta, caminando por el sendero hacia la oficina, que está a cinco minutos; cuando llego a la sombra de la oficina, ya estoy empapado en sudor.

Uno de los empleados, una mujer joven, está sentada a una mesa, como si fuera un conserje, con libros y prospectos delante de ella. Me saluda calurosamente.

—Una pregunta.

—¡Pues claro! ¿Qué es lo que desea? —dice ella.

—Aquí tengo una foto de una pequeña iglesia de la zona. Si se la enseño, ¿podría decirme dónde está?

La sonrisa se esfuma de su rostro.

—Trataré de ayudarlo, pero hay muchas iglesias.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Dana y yo pasamos por más de una docena de

iglesias al venir, y ninguna de ellas se parecía a la de la foto.

Le enseño la foto, y la estudia unos instantes. Me mira de arriba abajo para dictaminar que soy un turista curioso. Entonces veo una chispa en sus ojos, un brevísimo instante en el que pienso que va a decirme algo, aunque luego duda y cambia de opinión.

—No sé, no puedo reconocerla. Lo siento.

—¿Hay algún teléfono por aquí desde donde pueda hacer una llamada a larga distancia y cargarla a mi habitación?

—En la biblioteca. Descuelgue y espere a la operadora —me dice, y señala el camino.

Es una sala grande, con un par de butacas y algunos muebles de enea, decorada con gusto, tranquila y fresca. Toda una pared, desde el zócalo hasta el techo, es una librería cerrada por paneles de cristal. Encuentro el teléfono, tomo asiento y espero a la operadora. Mientras, observo atentamente los títulos de los lomos de los libros que se apilan en las estanterías y un cuadro que hay en un marco con cristales una litografía en blanco y negro brillante.

Cuando la operadora responde, le doy el número de la capital. Harry contesta a la segunda llamada. En el continente es de madrugada, pero él estaba esperando mi llamada.

—¿Cómo te va? —me pregunta.

No le digo que estoy acampado con el FBI. No he llamado para oír sus burlas.

—Bien. ¿Hay algo de Mason?

Charles Mason & Co. es un antiguo estudio fotográfico de la capital. Hace muchos años hacían daguerrotipos de los individuos barbudos de la fiebre del oro. Hoy en día se dedican a los retratos de familia, reportajes de bodas y, en mi caso, copias de tamaño cartel que yo uso en los juicios, ampliaciones de documentos. Para este caso les pedí una ampliación de la foto. Éste es el recado que fui a hacer antes de reunirme con Dana en mi casa ayer por la tarde.

—Han hecho doce ampliaciones, pero nada, sólo son un montón de puntos.

—¿Algún nombre de la iglesia?

—No. La foto está hecha desde un costado de la iglesia —dice Harry—. El técnico de Mason cree que el nombre debe de estar delante.

—¡Fantástico!

—La ampliación ha revelado un cartel, nada que sea útil.

—¿Qué es lo que dice?

—Hay letras blancas sobre pintura negra, pero apenas se lee. Lo que hemos podido descifrar dice que la gente no circule alrededor de las tumbas. No tiene mucho sentido. Una iglesia en medio de la nada. ¿Te parece un lugar adonde llevarías multitudes?

—¡No, qué va!

—No sé. Por lo que veo, la foto no nos ha solucionado nada.

Acaba de entrar una mujer, y se ha puesto a ordenar

algunos libros de la estantería, reemplazando otros.

Harry me desea suerte y cuelgo.

La mujer está limpiando el polvo, y abre el panel central de cristal. Me aproximo para mirar de cerca la foto de la estantería. Un hombre con gorro de cuero de aviador está apostado delante de una avioneta. Es un rostro reconocible para cualquier escolar de mi generación.

Ella me sorprende observando.

—Vivió aquí durante algún tiempo. De hecho, está enterrado carretera abajo, en un pequeño patio de iglesia.

Miro el reloj; son casi las cuatro. Me pregunto cuáles serán los parámetros de la tarde para Kathy Merlow. Su nota decía que pasaba las tardes en el patio de la iglesia. Rezo para que hoy aún esté allí.

De repente se me ocurre con la intensidad de un rayo de luna a través de una ventana abierta: la inscripción del reverso de la foto, algo sobre las alas de la mañana.

Cuando le enseño la foto a la mujer de la biblioteca, me dice:

—Este es, éste es el lugar en donde está enterrado.

Pero la dirección ya es otra cosa. Al principio se muestra reticente, y dice que en el pueblo habían tenido un montón de problemas cuando murió, ya que los curiosos se agolpaban en la pequeña iglesia para hacer

fotos, y cogían las flores. Pero eso fue hace veinte años y ahora las cosas están más tranquilas. Sin embargo, los lugareños todavía quieren protegerse. Después de asegurarle de que alguien me está esperando allí y que ya llego tarde, por fin me da la dirección.

Pasado Seven Pools, no debe confundirse con la pequeña iglesia que se ve en la autopista. «Muchos turistas se confunden», me dijo. Hay que doblar a la izquierda saliendo de la carretera y después, un poco más allá, otra vez a la izquierda.

Dana tenía razón. La carretera es mucho peor a este lado del pueblo, más estrecha y llena de vegetación que araña ambos lados del coche mientras avanzo a toda velocidad. Llego a la cima de una colina y casi me meto en un camino particular, antes de que vea la curva de la carretera. A estas horas, Dana y sus compañeros ya deben de estar preguntándose dónde estoy y buscando el coche en el aparcamiento.

Un montón de turistas cámara en ristre cruzan el puente de la autopista cerca del camino que conduce a Seven Pools. Un par de ellos me lanzan miradas asesinas cuando paso como un cohete por el puente, adelantándome a la hilera de coches que vienen en la otra dirección.

Al cabo de unos kilómetros veo una iglesia a la derecha. Es una pista falsa. La paso. A un kilómetro encuentro una verja abierta a la izquierda. Una señal de que voy bien. Giro. Hay gravilla y piedra volcánica, y caminos particulares cerrados con cadenas, de modo

que giro a la izquierda bajo una bóveda de gigantescas higueras de Bengala que transforman el camino en una cueva de follaje, con musgo muerto que cuelga de las ramas.

Entonces la veo: la pequeña iglesia de la foto, con cubierta verde sobre yeso blanco.

El camino termina en un sucio aparcamiento a la sombra de los árboles. Unos metros más allá hay dos perros escuálidos tumbados en el suelo, como si estuvieran muertos. Uno de ellos levanta la cabeza lo bastante como para mirarme mientras le llega el polvo que despiden mis neumáticos. Estornuda, luego baja la cabeza y continúa durmiendo.

Hay dos vehículos más en el estacionamiento: una pequeña furgoneta con herramientas de jardinería y un sedán. Un tipo carga una cortadora de césped en la parte trasera del camión y algunas bolsas de plástico con hierba cortada.

Un hombre y una mujer de pie mirón la losa del cementerio, al lado de la iglesia, bajo las grandes higueras de Bengala. Un poco más allá del cementerio, detrás de una verja, una anciana vestida con una ropa muy amplia y un gran sombrero de paja pinta en un caballete. Son los signos de la serenidad. Las ramas crujen en las palmeras enanas que bordean el césped.

Cruzo la verja y camino por el sendero entre el bajo muro de piedra que conduce a la iglesia. La puerta no está cerrada con llave, pero me asomo por una ventana. Veo algunos bancos de madera y un púlpito enfrente.

No hay nadie dentro, de modo que tomo el sendero de la derecha en dirección al cementerio adyacente a la iglesia. Aquí calientan los rayos de sol. El aire húmedo cuelga pesadamente. A lo lejos, a unos cien metros, se ve una valla, donde el mundo se hunde y la tierra acaba en las azules aguas del horizonte y blancos rompientes golpean en las pocas rocas que han surgido de las profundidades.

Oigo el estruendo de un motor y el sonido de las gomas contra la grava cuando el jardinero se aleja en su destartalada furgoneta.

Lápidas y otros monumentos están alineados en el estrecho sendero que serpentea en dirección a la hierba y el acantilado. Yo continúo mi camino.

La pareja de turistas asiáticos parece haber perdido finalmente el interés por la lápida y cruzan la hierba hasta el aparcamiento.

Yo ocupo su lugar. Bajo la higuera de Bengala, junto al límite del césped, hay una tumba plana con una inscripción muy simple, nada especial. El nombre allí grabado constituyó en vida un monumento y fue conocido en el mundo entero antes de que la autopista de la información se abriera camino entre el bosque electrónico.

Hacemos nuestros ídolos de las estrellas de rock y de cabezas oscilantes que cantan raps canallas, gente cuya contribución a la vida es tan efímera como los puntos que transportan sus imágenes en nuestras pantallas de televisión. Nada perdurable. Es una medida

de nuestra pobreza espiritual. Él era de otro tiempo.

Es una piedra rectangular de roca volcánica anillada por una cadena que pende a unos centímetros del suelo. La losa de granito gris y sin pulir dice, en una cursiva suave:

CHARLES A. LINDBERGH
Nacido en Michigan, 1902
Muerto en Maui, 1974
Si tomara las alas de la mañana
y habitara en lo más recóndito del mar
R. I. P.

Cuando levanto la vista, contemplo la pequeña iglesia que asoma ante mí a través de las colgantes copas de los árboles que la circundan. Quienquiera que tomase la foto, lo ha hecho desde aquí.

Ni rastro de Kathy Merlow. Me doy media vuelta y camino hacia la valla del acantilado, desde donde observo las onduladas aguas azules y el destello del sol en las crestas de las olas.

La anciana está recogiendo sus trastos de pintura y doblando el caballete una vez concluido el trabajo de la tarde. Está en una porción del césped que se abre detrás de una puerta, donde un letrero que cuelga de la valla dice:

PARQUE KIPAHULU

Parece mezclarse con la hierba del cementerio.

Me quedo plantado junto a la valla y espero, mirando el mar, con la esperanza de que Kathy Merlow aparezca. Miro el reloj; son más de las cuatro y media. Me pregunto si Opolo habrá tenido suerte con los carteros, y si Dana está frenética buscándome.

Veo un gran sedán azul procedente de la autopista que circula lentamente y se detiene en la puerta. El conductor, su cabeza es un punto en la lejanía, lee el letrero de la verja. Después continúa.

La pareja asiática ha llegado al coche, y oigo el sonido de las puertas al cerrarse y el motor que se pone en marcha. Muy pronto se cerrará la verja de la carretera, y mis oportunidades de regresar aquí mañana no son muchas. Dana y Opolo querrán saber dónde he estado, el tercer grado.

La anciana se aleja por el césped, luchando con sus trastos: el caballete, un pequeño taburete y una caja de madera de las pinturas. Miro hacia el estacionamiento. Si no fuera por mi coche, estaría vacío. Observo a la anciana alejarse de mí, hacia una pequeña abertura en la valla —cerca de la entrada del parque—, y de repente me percato de que no es la forma de andar de una anciana.

Dejo la valla tras de mí corriendo hacia ella a buen ritmo. A un metro le digo, mirando su espalda:

—Perdone usted.

Se vuelve. Sin arrugas y sin el deterioro de la vejez, sino bronceado y más fuerte que la última vez que nos

vimos, su rostro tiene la mirada perdida de Kathy Merlow.

CAPÍTULO 15

Parece parte del arte *chic* de los años treinta: un quimono de seda con mangas anchas, abierto hasta abajo por delante como las togas académicas de la gente elegante de Oxford. Debajo viste unos pantalones blancos de algodón y un *top* azul. Coronando todo ello, un sombrero de ala ancha, doblado a un lado para el sol, y unas gafas de sol enormes.

—¿Sí? —La sonrisa de Kathy Merlow es poco artística—. ¿Qué quiere?

Carga con el taburete y el caballete, que le cuelgan pesadamente de una mano, mientras que con la otra lleva la caja de pinturas y los pinceles.

—¿No se acuerda de mí? —le digo.

Mirada cautelosa.

—Soy Paul Madriani. Nos conocimos en la calle, enfrente de su casa, la noche en que Melanie Vega fue asesinada.

—Creo que me confunde con otra persona.

Se vuelve y empieza a caminar. La cojo con suavidad del brazo.

—No creo. ¿Puede quitarse las gafas? —le ruego.

—Quíteme las manos de encima.

La suelto.

—He quedado con alguien y llego tarde.

Me dirige una mirada de superioridad absoluta desde detrás de las gafas y me ignora.

—¿Puedo ayudarla?

Me dispongo a cogerle el taburete y el caballete, pero ella tira de ellos hacia el otro lado.

—Puedo arreglármelas sola. Ahora, déjeme en paz. Retrocede unos pasos y se le sale una sandalia. Tropieza y se le caen el taburete y el caballete.

Vuelvo a cogerla del brazo.

La tapa de la caja de pinturas se abre cuando intenta recuperar el equilibrio, y los tubos de pintura y los finos pinceles se desparraman por el suelo.

—Mire lo que me ha hecho hacer.

La dejo ir y recupera el equilibrio.

—Lo siento. No estoy aquí para crearle problemas. Sólo necesito información.

—Ya le he dicho que me ha confundido con otra persona.

—¿Ni siquiera tiene curiosidad por saber cómo la he encontrado?

Se pone a recoger las pinturas. La ayudo.

—Marcie Reed —le digo.

Me mira. Si existe alguna curiosidad en sus ojos, se oculta detrás de las gafas oscuras. No obstante, tuerce un poco el labio superior y se lo muerde.

—No conozco a ninguna Marcie Reed.

—El anillo de su dedo. ¿Es el que Marcie le envió a

lista de correos?

Deja de recoger tubos de pintura y se tapa el reverso de su mano derecha con la manga larga del quimono.

—Podríamos preguntar a la gente de correos.

La parte externa de uno de los tubos de pintura está llena de pasta acrílica verde y lo que parecen ser las huellas del pulgar de su propietaria. En este momento me mira a los ojos. Cojo el tubo por el tapón y hábilmente me lo meto en el bolsillo de la chaqueta sin que ella se dé cuenta. El mes pasado era conocida por Merlow. Esta semana, sin duda, la llaman por otro apellido que no conozco. Sería estupendo saber realmente cómo se llama.

No dice nada.

—Creo que usted se acuerda de mí.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Al fin, la primera brecha en el muro de negaciones. Yo señalo hacia mi coche aparcado.

—Creo que debería subirse en él y marcharse.

—No, hasta que hablemos.

—No tenemos nada de qué hablar. Usted no debería estar aquí. Habrá problemas si ellos nos encuentran juntos.

—¿Quiénes son ellos?

—No importa.

Una vez ha reunido todos los colores del arco iris, cierra el seguro de la caja de madera mientras yo recojo el taburete.

Ella me lo arrebata de la mano y empieza a alejarse

por la gruesa capa de hierba, tan rápidamente como sus sandalias se lo permiten, como una *geisha* en ropajes flotantes.

—¿Tiene coche?

Ninguna respuesta.

—Si quiere, la puedo llevar.

—No, gracias.

Está abriendo un abismo entre nosotros.

—Tengo que hablar con usted —le digo, y empiezo a correr detrás de ella.

—No. No tengo nada que decirle.

—Marcie Reed está muerta.

De repente se detiene y casi la atropello. Se vuelve para mirarme por encima del hombro.

—¿Marcie?

Asiento.

—Ayer por la tarde, en la capital.

No dice una sola palabra, pero la noticia de la muerte de Marcie Reed, una mujer que dice no conocer, ha empezado a alterar su compostura. El caballete y el taburete vuelven a caer en la hierba. Como a cámara lenta, el asa de la caja resbala entre sus dedos, produciendo el sonido de la madera al chocar con el caballete. Sale una mano, y se lleva tantos dedos a la boca que creo que va a tragárselos. Vuelve el rostro, perdida en sus pensamientos. Ahora no puedo verlo, pero con una mano se quita las gafas.

—¿Cómo ocurrió?

—Una carta bomba entregada en la oficina de

correos por un mensajero privado.

Cuando se vuelve, veo sus ojos por primera vez, cansados, con ojeras, rastros como huellas de miles de pájaros en el barro seco de algún pozo de la seca sabana. Está pensando en la barbarie de morir de ese modo, y me mira con ojos intrigados; da la sensación de alguien torturado por el temor, y ahora rendido por la fatiga.

—Pobre Marcie. Nunca debí meterla en esto. Sólo me estaba haciendo un favor.

—Ya lo sé.

—¿Por qué tuvieron que matarla?

—¿Por qué no me lo explica usted?

—Oh, Dios. Se suponía que nada de esto ocurriría. Nos lo prometieron.

—¿Quiénes?

Mi pregunta la arranca de su ensoñación sobre Marcie.

—¿Por qué ha hecho este largo viaje? ¿Cuál es su interés en esto?

—Represento a la mujer que ha sido acusada del asesinato de Melanie Vega. Ella no lo hizo, y creo que usted lo sabe.

—¡Ah!

Su cabeza traza ahora grandes círculos perezosos, asintiendo como hace la gente cuando está aturdida. Después se recupera lentamente.

—¿Y usted cree que yo puedo ayudarlo?

—Antes de que Marcie muriera, me contó algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Que quien matase a Melanie Vega fue contratado por alguien para cometer el asesinato, y que usted sabía algo de esto.

—Siento que su cliente tenga problemas, pero no puedo ayudarlo.

Al decir esto, se pone las gafas sobre la cabeza.

—Yo creo que sí que puede. Dígame sólo lo que pasó.

A lo lejos se oye un ruido de goma contra la gravilla. El sedán azul que había visto hacía un rato en la autopista se aproxima a donde estamos a toda pastilla. Algún turista con prisas despide un montón de polvo hasta que el coche se estaciona en el aparcamiento.

Durante algunos instantes mi pregunta parece congelada, tan sólo acompañada por el ruido del motor rugiendo en la distancia.

—¿Señora Merlow?

Se ha quedado quieta en el sitio mirando el vehículo, parado, con el motor en marcha, del que no sale nadie.

—Tenemos que hablar.

—Ahora no —dice con un ojo puesto en el coche.

—¿Cuándo?

Me ignora.

—Sólo quiero saber qué pasó. Deme una pista.

—Yo no vi nada.

—¿Y su marido? Él sabía algo, ¿verdad?

Pienso en Melanie y en su cargamento de carne masculina. Puede que ella, George, Jack y Melanie hicieran un cuarteto erótico. Quizá por eso Kathy no

quiere hablar.

—Déjenos en paz.

—No, no voy a dejarla en paz. Una mujer está acusada de asesinato por un crimen que no cometió. Tarde o temprano tendrá usted que contarme lo que sabe.

—Yo no sé nada, y mi marido tampoco.

—¿Pretende que me crea que se fueron de la capital mitad de la noche inmediatamente después del asesinato Melanie Vega porque no les gustaba el clima?

—Con franqueza, no me importa lo que usted crea.

Cuando dice esto, no me presta atención porque tiene mirada fija en el aparcamiento.

—¿Está con usted? —me pregunta.

Ahora, el ocupante del vehículo está de pie al lado del coche, con el motor todavía en marcha. Se apoya en la puerta abierta del coche y mira hacia aquí, encendiendo lo que parece un gran cigarro con una brillante punta roja.

Yo entorno los ojos a la luz del sol. He sido particularmente cuidadoso al venir hacia aquí, mirando por el espejo retrovisor por si me seguían.

—No.

—Nos está mirando.

—No creo. Estará mirando el cementerio —le digo—. Seguramente es un turista que intenta encontrar la tumba deLindbergh.

—Oiga, ahora no puedo hablar con usted.

—¿Más tarde?

—Quizá. Pero ahora me tengo que ir.

—Dígame dónde puedo encontrarla.

—Mañana, quizá.

—A lo mejor no me convence.

Me mira, y me lee el pensamiento. La carretera de vuelta a Hana es muy estrecha y lenta. Podría seguirla, y ella lo sabe.

—Mañana por la tarde, aquí, a las dos.

—¿Lo promete?

—Sí, lo prometo.

Un prisma diminuto de luz roja, un punto no más grande que la punta de un lápiz se posa, como un insecto, primero en su sien derecha para, posteriormente, bailar como reflejos de un cristal. Ella se agacha para recoger la caja y la luz desaparece, para aparecer de nuevo en su pelo cuando se incorpora.

Tardo un instante en registrar la imagen. Como un cigarro con la punta ardiendo, pero diferente, un rayo de luz, ahora se ve y al cabo de un momento ya no, un destello rojo como una difusa mirada demoníaca.

Con toda la fuerza que mi cuerpo puede reunir me lanzo sobre Kathy Merlow, la tiro a la hierba y caigo sobre ella.

La detonación de una bala rompe la barrera del sonido sobre nuestras cabezas y se pierde entre los arbustos, silenciada y guiada por la mortal exactitud de una mira telescópica con láser.

—¿Qué hace usted? ¿Está loco?

Me quita de encima, arañándome la cara como si yo

fuera un obseso sexual.

La cojo del brazo y le digo:

—Levántese.

—¡Apártese de mí!

Ella me empuja con una mano mientras que con la otra se limpia el polvo de la ropa.

Estoy agachado sobre una rodilla, y ella, de pie. Al momento me percato de que ella no es consciente del disparo que acaban de realizar.

La agarro del brazo con fuerza y, si vive para contarlo, le dejaré un buen morado. La empujo delante de mí, avanzando lateralmente hacia las losas de granito y la iglesia.

—¡Déjeme, déjeme! —repite sin cesar—. ¡Déjeme ir! —dice, y agita los brazos para intentar liberarse—. ¿Está usted loco?

Se oye otro crujido en el aire, a menos de un milímetro de mi pecho, y algo se aloja en la hierba, cerca de su pie izquierdo. Sus ojos se abren como platos. Por un instante se queda petrificada en el sitio. Luego da unos pasos de tanteo y arranca a correr como una flecha mientras las sandalias vuelan por los aires y yo quedo arrodillado en la hierba.

En dos segundos la alcanzo. Ahora, los dos corremos uno al lado del otro. Por el rabillo del ojo veo al tipo apostado en el marco de la ventana del coche preparándose para disparar otra vez. Detrás de la higuera de Bengala, con la tumba de Lindbergh por medio, oigo al tipo renegar, a unos cuantos metros, una

lista de tacos que harían sonrojar a un marinero. Puedo apreciar cómo levanta el cañón del arma y lo mueve paralelamente a nuestra huida. Está agachado tras un muro bajo de piedra, buscando tenernos a tiro.

Un destello. Algo me golpea la mejilla. Partículas de piedra se esparcen por todos lados y rebotan en las losas de las tumbas como si se tratase de una máquina del millón después de que el tirador haya disparado de nuevo. Se oye una sarta de improperios.

Fuera de la hierba, Kathy Merlow salta precavidamente, descalza, sobre los afilados guijarros de lava del sendero. Corremos bajo un tiroteo, como si fuéramos las dianas de un salón recreativo, hasta que por fin estamos a cubierto en los frondosos alrededores de la iglesia.

Nos detenemos detrás del edificio. Ella se sostiene sobre un pie, y con una mueca de dolor se quita una piedra de la planta del otro.

—¿Está usted bien? —le pregunto.

Ella asiente. Está maltrecha pero no herida.

—¿Dónde está su coche?

Pero antes de que pueda responderme, me llevo un dedo a los labios. La gravilla cruje, y se oyen unos pasos en la parte delantera de la iglesia, un «clic» y un deslizarse de un metal de precisión. Nuestro hombre está recargando su arma. Las maravillas de un metódico asesino moderno.

Ella me indica una valla cubierta por la vegetación más allá de la iglesia, donde hay una pequeña puerta

que conduce al exterior. Se mueve en esa dirección haciéndome señas para que la siga. Sacudo la cabeza y le señalo con énfasis que se vaya.

Me incita a que la siga, pero yo niego con la cabeza una vez más. Al no quedarle más remedio, ella desaparece por la jungla de parras que cubren la puerta. La veo abierta. Su figura desaparece y la puerta se cierra. Yo la cubriré. Ya ha muerto una mujer por mis preguntas.

Ahora estoy solo en la parte posterior de la iglesia, y mi única compañera es una desvencijada puerta de madera. Sospecho que conduce a la sacristía, detrás del pequeño altar de madera.

Más pisadas, y esta vez proceden de la parte lateral de la iglesia. Se está abriendo camino por el cementerio hasta donde yo me escondo.

Intento abrir la puerta. El picaporte gira, pero al ver las bisagras oxidadas lo pienso dos veces, ya que el ruido me puede delatar.

Oigo un motor ponerse en marcha a lo lejos. Kathy Merlow ha llegado a su coche. Las pisadas en la gravilla cambian de dirección y se transforman en una carrera. Según mis cálculos, el tipo no está más que a unos metros de la esquina trasera de la iglesia y se acerca rápidamente. No hay tiempo para pensar. Echo a correr, alargo la mano hacia la puerta y de repente estoy dentro, envuelto en las frías sombras de la iglesia, con la puerta cerrada detrás dé mí. Me muevo con rapidez hasta ocultarme detrás del altar, amparado por sus

sombras.

Fuera puedo oír el vehículo moviéndose por la grava hacia la iglesia. Más epítetos del hombre armado mientras corre en dirección a la puerta de la valla.

Cojo el único objeto que tengo a mi alcance, una vela en su candelabro de la estantería que se encuentra detrás del altar, y lo tiro con fuerza contra la pared de la iglesia. Produce un ruido de metal contra madera, y aterriza en el suelo.

Las pisadas se detienen bruscamente y, al momento, oigo unas ruedas derrapar en la grava y alejarse de la iglesia. El motor acelera, el coche de Kathy Merlow se ha ido, y el rugido de su motor se amortigua al bajar por alguna carretera que no veo.

Vacilo, ya que el ruido que ha oído dentro de la iglesia le ha costado al asesino su presa, y ahora busca otro juego.

En la puerta, a mis espaldas, el gancho para cerrar la puerta está medio levantado.

Me muevo con rapidez, y con gran sigilo deslizo el gancho por el ojo de la cerradura y, antes de que pueda regresar al altar, alguien agarra el picaporte desde fuera y tira. La puerta se mueve en el marco pero no se abre. Me aprieto contra la pared cercana, sin quitar ojo al gancho, y contengo la respiración. Otra intentona. Transcurren algunos segundos. Puedo ver una oreja pegada a la madera de la puerta y un ojo en el orificio de la cerradura. Luego, por fin, al cabo de unos segundos, los pasos se alejan.

Tan pronto como empezaron se detienen. Puede que esté caminando sobre la hierba, en alguna parte del patio que bordea la iglesia. Reina un silencio mortal.

Estoy apostado contra la pared junto a la puerta, muy tieso. No sé si es la sombra de la rama de un árbol, pero algo se mueve. Sin hacer ningún ruido, regreso detrás del altar, a gatas, y el sudor frío del pánico me traspasa la camisa.

Por una rendija en una de las maderas veo una figura aproximándose al cristal iluminado por la luz del sol. Se hace sombra con la mano para observar dentro. El cabello muy corto brilla al reflejo de los rayos del sol; es el rostro del mensajero que entregó el paquete mortal a Marcie Reed.

Me retiro de la rendija y aprieto mi espalda contra el altar. Estoy más callado que un muerto. Transcurren unos segundos sin un sonido durante los cuales casi se me para la respiración, y en los que noto los latidos en la cabeza por la falta de oxígeno, mientras regueros de sudor se deslizan por ambos lados de mi rostro y gotean en el suelo. Pasa un rato, una eternidad. Pierdo la noción, incapaz de moverme por temor de que mi sombra me delate en la pared más lejana.

Vuelvo a mirar por la rendija de la madera. La figura de la ventana se ha ido.

Espero, miro el reloj. Pasan algunos minutos. Temo moverme. Espero el sonido de su coche, los neumáticos despidiendo gravilla. Pero no ocurre.

Podría marcharme por el mismo camino que Kathy

Merlow, por la puerta que se abre en la valla oculta por la vegetación que hay detrás de la iglesia, pero mi coche está en el aparcamiento principal. Entonces me doy cuenta: me está esperando. Si me ha seguido, conoce mi coche, por lo que tarde o temprano...

Lo oigo. Otra vez las pisadas, ahora en la entrada de la iglesia, que van desde la grava hasta el porche de madera y, una vez allí, una mano se posa en el pomo de la puerta y ésta se abre. Entra una flecha de brillantes rayos de luz. Aprieto la espalda fuertemente contra el altar, a la vez que oigo tacones decididos en el basto suelo de madera de pasos rápidos que se acercan hacia donde yo estoy. A cada paso cuento los segundos que me quedan de vida, y pienso en Sarah, en una vida de huérfana. Me hago amargas recriminaciones: no debí venir y dejar que mi hija sufra las consecuencias. Los actos irresponsables que cometen los padres los pagan los hijos. Daría cualquier cosa por abrazarla una vez más antes de dejarla...

Una gran sombra se aproxima y se va haciendo cada vez más pequeña en la pared. En ese instante de pánico ciego, mi mente sale de mi cuerpo y flota sobre la escena, sobre este altar de muerte.

—¿Puedo preguntarle que está haciendo aquí?

Por el rabillo del ojo, veo cómo una cabeza de cabello oscuro se asoma desde una de las esquinas de madera del altar. A continuación, un rostro delgado de porte austero y de mediana edad, con sienes plateadas, un rostro de paz enmarcado en blanco y negro, con un

amplio alzacuello, vuelve a preguntar:

—¿Qué hace aquí detrás?

—¡Oh, Dios!

Me oprimo el pecho para coger aire.

—¿Está usted bien?

El ministro me mira, de repente, solícito, mientras yo estoy jadeando, recuperando el aliento perdido.

—Bien. Estoy bien.

Mi aspecto debe de decir lo contrario porque rodea el altar y me ayuda a ponerme en pie, apoyándome en el mismo.

—¿Necesita un médico?

—No, no. Sólo déme tiempo.

El sudor discurre por mi cara y me tiemblan las rodillas. Me ruega que le explique por qué estoy aquí, ya que quizá sirva para el sermón dominical. La esencia del hombre, «Ven al encuentro de Jesús», está tras el altar.

—Es una larga historia.

Miro por las ventanas. El sol se pone, y las sombras alargadas de la caída de la tarde van ganando terreno. Lucho por encontrar saliva en una boca seca.

—Debe usted perdonarme, pero estaba rezando.

—Eso está muy bien. Éste es justo el sitio idóneo para hacerlo, pero se supone que eso tiene que hacerlo allá. Y señala hacia los bancos.

—De alguna manera, aquí detrás me siento más cerca de Dios.

Lo piensa un momento, y después asiente con la cabeza como queriendo decir: si es bueno para Dios,

también es bueno para mí.

—¿Hay alguien ahí fuera?

Sacude la cabeza negativamente.

—Quiero decir, ¿un coche… en el aparcamiento?

—Cuando yo entraba salía uno, y hay otro rojo pequeño aparcado. Venía a buscar al propietario porque tengo que cerrar.

—Ya lo ha encontrado. ¿De dónde ha venido usted?

—Vivo al otro lado de la calle, y vengo aquí cada tarde para cerrar la iglesia y la puerta que da a la carretera. ¿Quiere que lo ayude a ir hasta su coche?

—No, gracias. No hace falta.

Rodeo el altar mientras le doy las gracias y le digo que estoy bien, aunque tenga la camisa chorreando de sudor y más polvo en mis pantalones que en los de un minero.

Me lanza una mirada extraña y sacude la cabeza como para medir mi alma y para querer decir que hace ya tiempo que en esta pequeña iglesia no se rezaba con tanta intensidad.

En la carretera de regreso a Hana, mis ojos se pegan al retrovisor. Si el mensajero me sigue, está haciendo un buen trabajo porque va sin luces, tomando las curvas cerradas en la oscuridad reinante.

Pasado el desvío de Seven Pools un coche sale de una carretera secundaria levantando una gran polvareda y con las luces largas puestas. Se pega tanto

a mí que si frenase se me echaría encima.

Mi primer pensamiento es de pánico. Se me pone la piel de gallina, y tomo la curva haciendo chirriar los neumáticos.

De repente, otra vez los faros en el retrovisor, despidiendo destellos rojos y azules, seguidos por una pequeña sirena. Experimento un maravilloso alivio: estoy a punto de que me pongan una multa de velocidad.

Nos detenemos en el sitio más ancho que encuentro en la carretera, en un camino privado. Salen los policías de uniforme azul. A la luz de los faros es todo lo que puedo ver. En ese momento se me ocurre: el mensajero. ¿Cómo será de duro?

El policía me enfoca con la linterna en los ojos. Baja la luz un momento y puedo verlo: es uno de los chicos locales, hawaiano hasta la médula.

—¿Puede enseñarme el carnet de conducir?

—¿A qué velocidad iba, oficial?

Ninguna respuesta. Busco en mi cartera.

—Sáquelo, por favor.

Se lo entrego.

Primero mira el permiso y luego me enfoca la cara.

—Señor Madriani, quédese en su vehículo y sígame, por favor.

Con estas palabras, me devuelve el carnet y se va hacia su coche.

He dado vueltas en las montañas rusas con menos fuerza de gravedad que el viaje de vuelta a Hana detrás

de ese tipo. Conduce igual que un personaje de los dibujos animados, como si la carretera fuera de goma y se estirara para adherirse a sus neumáticos en las curvas. Atravesamos la ciudad como un cohete, sin sirenas ni luces, nada que pudiera dar una sola oportunidad a un peatón o a un perro.

A unos dos kilómetros después de dejar las últimas edificaciones, toma una carretera a la derecha sobre una planicie que conduce a una pista de aterrizaje. Gira otra vez a la derecha y a unos cien metros de una carretera polvorienta se detiene detrás de otro coche de policía y dos vehículos sin identificación. Un pequeño grupo habla delante de los faros. Veo a Dana y a Jessie Opolo. Ambos visten chaquetas azules de nailon con las letras FBI en la espalda.

En cuanto Dana ve mi coche, viene corriendo hacia mí con una tensa expresión en su cara.

Apago los faros y antes de que pueda salir ya está junto a mi puerta.

—¿Dónde has estado?

—Siguiendo una pista.

—Nos has tenido muertos de preocupación.

El rostro de Dana es un mapa de furia en este momento, pero su voz es contenida.

—No teníamos ni idea de dónde estabas. ¡Desaparecer de esta manera!

—¿Así que enviaste a las tropas?

Señalo el coche de policía que me ha traído como un rayo.

—Jessie ha dado la descripción de tu coche a todo el mundo.

—Discreto —contesto.

—Bueno, tenías que habernos dicho dónde ibas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Jessie y sus hombres tienen una pista de los Merlow. Uno de los carteros los vio yendo a una casa arriba de esta carretera. Creemos que es donde se esconden.

—Fantástico. ¿Y a qué están esperando?

—Jessie quiere obrar con cautela, ya que no estamos seguros de con quién tratamos.

Intento moverme hacia Jessie y sus agentes, pero Dana me coge del brazo.

—¿Qué has descubierto?

—Nada. Un callejón sin salida.

No tiene mucho sentido que le explique mi encuentro con Kathy Merlow ni que el mensajero casi me envía al otro barrio. Sólo la pondría aún más furiosa. Si han encontrado a los Merlow, Dana no tardará en enterarse de la historia. Podemos llevarlos en avión, y yo los asaré durante cinco horas en los motores a reacción.

Nos dirigimos adonde están Opolo y sus hombres.

—Oye, tío. ¡Estábamos preocupados por ti! ¿Te ha dado Dana un buen varapalo? —dice, y sonríe.

No respondo.

—¿Dónde está la casa? —le pregunto.

—Allí arriba, a unos cien metros —contesta Opolo.

Justo en aquel momento uno de los agentes baja por la carretera. No habla hasta que está a nuestro lado.

—Nada. Las luces están encendidas, pero no hay movimiento. Si hay gente dentro, deben de estar sentados haciendo algo. No se ve nada.

—¿Vamos? —pregunta Opolo a sus hombres.

Empieza una discusión.

—No tenemos ninguna orden —observa uno de los agentes, preocupado.

—¡Mierda! ¡No vamos a poder detenerlos! —grita Opolo.

—Me gustaría que alguien los retuviera —interrumpo—. Al menos hasta que averigüemos lo que saben.

—De acuerdo —dice Opolo—. Tenemos una causa para retenerlos: hablar con ellos de la bomba en la oficina de correos. Si lo que dices es cierto, tienen que saber quién demonios envió la bomba.

—Sí. Sólo queremos hablar —apostilla un agente—. Si luego resulta que son testigos, los empapelamos y los embarcamos, Los retendremos hasta que consigas una citación o una orden de extradición, en el caso de que estén involucrados.

—Bueno, vamos allá —digo.

Opolo me mira con cara de estar conforme.

Con la aparición del mensajero y el tiroteo en el cementerio, cuanto más esperemos más grande es el riesgo de que Kathy y George Merlow se larguen. En este momento mi mayor temor es que encontremos una

casa vacía y que los Merlow se hayan ido con sus maletas.

Al cabo de un minuto estamos arriba de la carretera. Los coches se detienen enfrente de la casa, un pequeño *bungalow* construido sobre pilares, con un tejado de metal ondulado. Lo que la gente de aquí llama una casa de plantación.

Los coches de policía tienen las luces encendidas. Opolo y los dos agentes suben la escalera de entrada. Uno de ellos lleva un pequeño ariete que ha sacado del maletero del coche.

Los policías rodean la casa para cubrir la parte trasera.

Opolo llama tan fuerte como para hacer que la puerta se mueva en su marco. No ha sacado la pistola, pero la empuña por dentro de la chaqueta.

A Dana y a mí nos han dicho que nos quedáramos al pie de la escalera.

—FBI, abran la puerta.

Ninguna respuesta.

Llama una vez más y espera sólo unos segundos. Luego intenta abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Hace señales a los otros agentes, que cogen el ariete, un tubo de metal de seis centímetros de diámetro relleno de hormigón, y toman impulso. La fuerza de éste arranca la puerta de las bisagras y levanta astillas de madera de la cerradura destrozada.

Dana y yo subimos las escaleras, cautivados por el ritmo de la cacería. Opolo nos mira.

—Quedaros aquí.

El y otro agente entran en la casa pistola en mano.

—FBI, agentes federales. Si están ahí, salgan.

Se mueven por toda la casa, encendiendo las luces. Por la ventana del porche los veo asomando por las esquinas, apuntando con sus pistolas. Unos minutos más tarde aparece un policía procedente de la parte trasera de la casa.

—Nadie —dice.

Movimientos frenéticos hasta que investigan hasta el último agujero en donde alguien pudiera esconderse.

Opolo nos hace una señal al enfundar la pistola.

—Si estaban aquí, se han ido. Y parece que de forma precipitada.

Mi temor era fundado.

Nos lleva a la cocina, donde uno de los policías ha apagado el fuego de la cocina, sobre la que descansa una olla con arroz totalmente carbonizado y en la que los granos parecen exóticas hormigas africanas.

Uno de los agentes viene al recibidor.

—No lo entiendo. Si se han ido, ¿por qué no han cogido su ropa?

Lo miro.

—Los armarios están llenos y sus maletas vacías. —Tal vez yo tenga la respuesta —dice una voz desde la otra habitación, dentro de la casa.

Vamos hacia allí. Uno de los policías está en el umbral de una pequeña habitación del fondo del recibidor, con la puerta medio abierta.

Se hace a un lado y nos deja pasar. Opolo primero, seguido por Dana y luego yo.

Oigo al tipo susurrar a los otros policías:

—No hay cadáveres, pero sí mucha sangre.

La habitación está inundada de sangre, lo que los forenses llamarían una prueba salpicada en el techo y en las paredes. En la cama hay un charco oscuro en el centro, donde el colchón está más hundido. Aún no se ha coagulado.

A los pies de la cama hay una única prenda de vestir manchada de sangre. Una de las mangas está rota, con la parte de arriba hecha jirones, como si le hubieran clavado un cuchillo o algún otro instrumento punzante. Es una prenda de muchos colores.

Junto al color marrón de la sangre seca quedan restos de pintura azul acrílica también seca sobre un quimono de seda, el mismo que llevaba puesto Kathy Merlow para pintar esta tarde.

CAPÍTULO 16

Sólo mi evidente ignorancia en cuanto al funcionamiento del juzgado de familia hizo que me quedase tras la barrera, en el lado de los espectadores, en la querella de Laurel y Jack por la custodia. Esta mañana me encuentro en la poco envidiable posición de ser arrastrado al otro lado y subir al estrado de los

testigos.

Las venas de mis ojos parecen hilos de tinte rojo que alguien haya derramado en unos huevos fritos. Hace tres días que volví de las islas pero he dormido poco. Harry y yo nos hemos quemado las pestañas construyendo la defensa. Es un rompecabezas de teorías, lo que sabemos de mi conversación con Marcie Reed y lo que puedo suponer de los hechos que conocemos.

Esto sin contar la información crítica que podría haber obtenido de George y Kathy Merlow. Según el FBI, a estas horas los Merlow probablemente estén sirviendo de pasto a los peces en algún lugar en el fondo del Pacífico. Pero me han informado de poco más.

Durante dos días, Dana ha estado atornillándome para que le revelara todo sobre mi encuentro con Kathy Merlow. A la hora de la comida y mientras tomábamos el café ha sido implacable, repasando los detalles que recordaba de la breve conversación. El FBI me ha interrogado, y les he dado descripciones y he estado mirando interminables álbumes de fotos por si podía identificar al mensajero que entregó la carta bomba. No ha servido de nada.

Dana no se enfadó demasiado cuando le conté mi excursión por el pequeño cementerio cerca de Hana para intentar conseguir una pista, algo que pudiera ofrecerle sobre la bomba. Este crimen se ha magnificado en la capital a medida que aparece una gran profusión de detalles en la prensa. Dana exigió saber lo que Kathy

Merlow me había contado, y al principio pareció bastante escéptica cuando le expliqué que no le dio tiempo de decirme nada. En cuanto a los asuntos de su oficina, Dana es muy obstinada.

Ayer mantuvo una larga conversación telefónica con Hawai, y más concretamente con Jessie Opolo. Ahora parece más convencida que yo de que Jack está detrás del asesinato de Melanie y de que la bomba y el destino de los Merlow son el resultado enmarañado de un torpe crimen, una cadena de violencia inepta, lo que mucha gente hace cuando le asalta el pánico. Parece tan convencida que me pregunto si Dana sabrá algo que yo desconozca.

—Levante su mano derecha. ¿Jura usted solemnemente...?

Después de la rutina, tomo asiento.

Alex Hastings, el juez de los matrimonios rotos, preside el tribunal.

El abogado de Jack, Daryl Westaby, me observa con sus oscuras pupilas. Es un tipo que vive fuera de la ciudad, en Bay Area, un importante lacayo a sueldo, uno de los abogados de divorcios más canallas, capaz de transformar las dos partes litigantes de un divorcio, aunque sean las más racionales del mundo, en una pira funeraria de enemistad doméstica. En este momento, Jack está en la mesa susurrándole algo a su abogado, vertiendo veneno verbal como nitrógeno líquido en Westaby, a punto de prender la mecha y lanzarlo contra mí.

Laurel no asiste a estos procedimientos, pero está representada. Harry se halla en la mesa de abogados no obstante ser el único hombre en la capital que sabe menos de derecho familiar que yo mismo. Sin embargo, aunque Harry no conozca la ley, tiene un buen puño con el que golpear la mesa y el suficiente ingenio como para derramar arena en los engranajes en el momento más indicado.

Me han citado aquí esta mañana porque Danny y Julie han desaparecido, se han ido, *kaput!,* se han desvanecido. Dejaron sólo una nota a Jack explicándole que no volverían hasta que esa mierda de la custodia entre sus padres hubiera acabado. Entre líneas, Danny dejó claro que no viviría con su padre.

No tengo ni la más remota idea de dónde puedan estar. Mi única complicidad es que de algún modo la Vespa de Danny, con la caja de madera cerrada con llave, apareció en mi garaje. Resulta doloroso, pues Sarah me pregunta dónde está su primo cada vez que la ve, y ha estado jugando con ella sentándose en el sillín a la menor oportunidad.

Hastings está preocupado. Su orden de custodia provisional parecía el único recurso racional, dado que Laurel está en la cárcel. Hoy el juez parece preocupado por la desaparición de los niños.

Jack está frenético, no tanto por la desaparición de los niños como por el reconocimiento de que desde su celda, de alguna manera, Laurel es la artífice de todo esto. Jack se ha gastado un millón de dólares en pagar

a testigos expertos para fastidiarla, y a Laurel le ha bastado con un cuarto de dólar y una llamada telefónica. Si tuviera que aventurar una conjetura, cosa que nadie me pide que haga aquí bajo juramento, diría que probablemente los niños estén jugando en la nieve. Me imagino a la amiga de Laurel de Michigan, de la que me habló el día que me llamó por teléfono desde Reno.

Debí imaginarlo: la visita de Danny aquel día en la cárcel, el último día que lo vi, justo después de mi negativa a ayudarla. Sospecho que fue allí cuando Danny recibió de su madre la orden de marcharse.

—¿Quiere usted decir su nombre y apellidos para el acta, por favor?

—Paul Madriani.

Primero vamos a lo fundamental. Westaby establece mi relación familiar y legal con Laurel: que yo estaba casado con su hermana y que la represento en un caso de asesinato. Me saca los detalles, artículos citables de supuesto interés para la prensa, que está aquí invitada por él, media docena de periodistas dando color y animación al juicio por asesinato. Sin duda, Jack sabe cómo envenenar la piscina del jurado un poco más. Si continúa así, puede que tengamos que solicitar un cambio de tribunal, aunque tengo mis razones para evitarlo.

—¿Es usted consciente o no de que la custodia legal de estos niños se le ha concedido a su padre, Jack Vega?

—No se me ha entregado ninguna copia de la orden, pero soy consciente.

—Usted no representa a Laurel Vega en el procedimiento sobre la custodia de los niños, ¿correcto?

—Sí, es cierto.

—¿La ha representado usted alguna vez en estos procedimientos?

Westaby le está dando la vuelta a la pregunta, transformándola en un tema de inmunidad entre abogado y cliente.

—No.

Sonríe. La red se cierra.

—Señor Madriani, ¿sabe dónde están Danny y Julie Vega?

—No.

—¿No tiene ni idea?

—No sé dónde se encuentran.

No le doy una respuesta directa a la pregunta. En su lugar, me escabullo con otra respuesta. El perjurio es un delito que se construye a partir de palabras concretas. Son los juegos de los abogados. Westaby piensa durante un momento si debería seguir adelante.

Harry espera, ya que la pregunta incita a la especulación. Westaby se lo piensa mejor.

—¿Ha hablado del asunto con Laurel Vega?

—¿Qué asunto?

—Dónde están los niños.

—No.

Ni lo intento, pero eso no lo digo.

—¿No le interesa a usted? Estamos hablando de sus sobrinos. ¿No le preocupa su bienestar?

Ya me ha enredado, pues malo si lo estoy y peor si no lo estoy.

—Protesto, es irrelevante. La cuestión es si el testigo sabe o no dónde están los niños, y ya ha respondido a eso.

Harry y su hormigonera.

—Voy a permitir la pregunta.

A Harry le preocupan los niños, buen juez.

—Pues claro que estoy preocupado por ellos.

—¿Pero no nos dirá dónde están?

—Protesto. Está haciendo suposiciones. Asume hechos que no han sido demostrados. El testigo ya ha declarado que no sabe dónde están.

—Se admite la protesta.

—¿Ha mantenido alguna vez conversaciones con Laurel Vega referente a los procedimientos de custodia y los niños?

—Alguna vez es muy ambiguo.

Harry empieza a entrar en materia, imaginando que las leyes de familia, al fin y al cabo, son como las criminales. De lo que se trata es de dar coces en un juzgado.

—Quizá el abogado podría presentar sus objeciones de una forma más adecuada —dice Westaby.

—Bien. La pregunta es bastante vaga en cuanto al tiempo. —Harry le está dando a Westaby una patada en el culo—. ¿Por qué no intenta al menos limitarlo a un siglo concreto?

Westaby y Harry se enzarzan.

—Compórtense —dice Hastings desde el estrado.

Lo repite dos veces más sin efecto y, finalmente, aporrea con la maza en la madera.

A Harry le gustaría saber qué hacía Westaby en la escuela de derecho en las clases de «evidencia».

—Obviamente era demasiado para su cerebro —dice.

Un buen disparo de salida.

Esto hace que el juez frunza su poblado entrecejo, como dos ratones peludos que se besan en su frente. Hastings es un juez muy caballero y no está acostumbrado a las gracias de Harry en un juicio. Ahora, ambos están en silencio mirando hacia el estrado.

—Señor Hinds, si tiene usted alguna objeción, diríjala al tribunal. ¿Lo ha entendido?

Harry asiente.

—No quiero ver su cabeza, quiero oír su voz —dice Hastings.

—Sí, señoría.

—Y usted, señor Westaby... permitirá que el tribunal decida sobre cualquier objeción. Esto incluye tanto la pregunta como las formas. ¿Está claro?

—Absolutamente, señoría.

Los abogados asienten con la cabeza. Harry hace algo parecido a una reverencia al juez. Siempre adopta una actitud frente a los jueces... como si andara en la cuerda floja.

—Bien. ¿Hay alguna objeción?

—Vago, en cuanto al tiempo —dice Harry.

—He olvidado cuál era la pregunta —dice Hastings.

El taquígrafo del tribunal se la repite.

—Admitida. ¿Podría usted volver a formular la pregunta, abogado?

Westaby ataca de nuevo.

—Durante el último mes, ¿ha comentado usted con Laurel Vega algún asunto, cualquiera, relacionado con los procedimientos de la custodia?

—Voy a protestar otra vez, señoría —vuelve a intervenir Harry.

—¿Con qué base? —contesta Westaby antes de que el juez pueda reaccionar.

—Señor Westaby…

Hastings tiene ya el martillo levantado.

—En base a que cualquier conversación sobre los procedimientos de la custodia está ahora íntimamente relacionada con el caso criminal en el que está involucrada la señora Vega. Como tales, cualquier conversación entre la señora Vega y el señor Madriani se halla protegida por el derecho a la confidencialidad entre abogado y cliente.

—Eso es basura —dice Westaby—. No hay una relación entre abogado y cliente. ¿Cuál es esa relación?

—No tenemos por qué revelarlo —contesta Harry—. Obligar a responder a la pregunta sería forzar a la defensa de un caso de asesinato a revelar una información vital sobre su estrategia.

—¿Y se supone que nosotros tenemos que aceptar su palabra? —pregunta Westaby.

—Se lo agradecería —dice Harry.

—Bueno, no estoy dispuesto…

Hastings lo interrumpe.

—¿Está usted diciendo a este tribunal que los asuntos relacionados con los procedimientos sobre la custodia de los niños Vega repercuten directamente en la defensa criminal de Laurel Vega?

—Sí, señoría.

—Quisiera oírlo de boca del señor Madriani —dice Hastings.

—Es cierto, señoría.

Harry y yo discutimos la teoría de que Jack tramó pedir la custodia como parte de un plan, asociado al asesinato de Melanie, cuando descubrió que tenía una aventura con otro hombre. Y ahora utiliza a sus hijos y la muerte de su mujer como escudo para ganar tiempo en el asunto de corrupción federal sobre la que Hastings no sabe nada. Me pregunto qué diría si supiese que Jack podría ser enviado a una penitenciaría federal. Sin duda, el tribunal reclamaría la custodia de los niños.

—No lo creo, señoría. Es una cortina de humo —se lamenta Westaby.

Le dice algo al oído de Jack en la mesa de abogados. Obviamente hemos atraído la atención de Vega. Me mira con ansiedad, preguntándose adónde nos dirigimos y qué es lo que sabemos.

—Tomé un *charter* especial para jugadores y un

autocar para llevarlos hasta allí.

Esta es la explicación de Laurel de lo que estaba haciendo en Reno la noche en que Melanie fue asesinada.

—Tenía que sacarlos de allí. —Se refiere a sus hijos, Danny y Julie—. Ellos no podían aguantar más tiempo en aquella casa con su padre.

Creo que exagera debido a su odio hacia Jack.

—Y no trates de buscar a los niños, ya que nunca los encontrarás.

—No estaba pensando en ello.

Esta mañana, cuando la visito en el cubículo de cristal de la cárcel del condado, Laurel es una mujer nueva, de ojos intensos y brillantes.

Harry ha llevado a cabo su amenaza lanzada semanas atrás: el artículo de las noticias sobre la venta de los ordenadores del Departamento de Justicia y los testigos federales comprometidos. Ha dado copias a uno de sus clientes de abajo, y la noticia se ha extendido igual que los panfletos políticos en el tablón de anuncios de las salas de la cárcel encada piso del edificio, como una críptica advertencia a quienes confíen en el estado y sientan la tentación de chivarse de sus compatriotas. Según dice Harry: «Si la necesidad es la madre de la invención, el gobierno es el padre de las putadas.»

No hay rastros de fatiga en el rostro de Laurel. Habla del juicio pendiente como si fuera algo para saborear, como si pensara que lo que no te mata te hace más fuerte. Ahora que los niños están fuera del alcance

de Jack, todo son bravatas. Lo que hace una buena venganza al espíritu...

Esta es la historia que tendré que vender al jurado sobre el paradero de Laurel en la noche del crimen: la imagen de una mujer que movería montañas para obtener billetes de avión y librar a sus hijos de su padre mientras la cuestión de la custodia esté pendiente de un tribunal. El hecho de que ella no vea nada malo en ello ilustra la pobreza de raciocinio que te envuelve como la niebla en un amargo divorcio. Morgan Cassidy recordará, sin duda, al jurado que le inspiraba el mismo veneno que la indujo al asesinato.

—No hubiéramos ganado el caso de la custodia. Tenía que hacer algo. No obstante, no pienso decir dónde están.

Laurel es inflexible en este punto. No quiero decírselo, pero prefiero no saber dónde están, especialmente después de la llamada a escena de Jack y de su abogado. De momento, estoy libre de sus garras mientras Harry y Westaby citan puntos y autoridades sobre la ley de confidencialidad entre abogado y cliente.

—Están sanos y salvos y bien cuidados —me asegura Laurel.

—Se lo diré al juez. Será un alivio para él.

Esto nunca ha sido de mi incumbencia. Conociendo a Laurel, lo más importante para ella es que sus hijos estén bien atendidos.

—¿Por qué no compraste dos billetes de avión en la capital? —le pregunto.

—Sí, claro, a mil dólares una gaseosa. ¿Qué se supone que debía hacer, pedirle el dinero a Jack? Intenta encontrar billetes a un precio razonable, sin esperar quince días.

—Podías haber esperado un poco.

Me mira pero no contesta.

—¿De qué tienes miedo? —digo.

—Quería alejarlos de aquella casa. Dejémoslo así.

Se me ocurre lo que se le ocurriría a cualquiera. Pero aunque Jack pueda ser muchas cosas, no lo imagino abusando de menores.

—¿Así que te fuiste a Reno?

—Tenía una amiga que trabaja en un casino y tiene acceso a los billetes de los vuelos *charter*.

Laurel hace una mueca, algo azorada.

—Ludópatas y borrachos. La gente vuela a la ciudad para apostar, beben, los echan y pierden el vuelo. Pasa a diario. De modo que siempre hay sitios libres.

Y lo que es todavía más importante, me explica que el nombre del pasajero sustituto no queda registrado, no hay ninguna lista en la que los abogados o el detective de Jack puedan encontrar los nombres de Danny y Julie Vega. La mujer no tiene un pelo de tonta.

—Seguramente te citarán para declarar. Te harán algunas preguntas en el caso de la custodia.

—Me acogeré a la quinta enmienda.

Intento explicarle que, a menos que convenzamos al juez de que de alguna manera los asuntos de la custodia están íntimamente relacionados con los cargos

criminales, no podremos apelar a la quinta enmienda.

—¿Qué van a hacerme si me niego a hablar, meterme en la cárcel?

Mira las paredes de hormigón y me dirige una de sus mejores sonrisas.

—Es la primera vez en toda mi vida que me siento completamente invulnerable.

Parece como si sacara fuerzas de flaqueza porque no tiene nada que perder, ya que los niños están fuera del alcance de quien pueda hacerles daño. Es un pulso con Jack y el destino. En este momento, cuando miro a Laurel, me doy cuenta de que está enardecida por el fragor de la batalla, como Juana de Arco al guiar a sus tropas antes de que la frieran en la hoguera.

—¡Que se vaya a la mierda! —dice refiriéndose a Jack.

Me mira como diciendo que yo también me vaya, por no haberla ayudado con los niños. No sé si lo leo en sus ojos o es mi sentimiento de culpabilidad.

Temo que en estos momentos Laurel no sea consciente de las consecuencias que acarrearía la pérdida del juicio.

Pero de una cosa está segura: de que Jack no tiene ninguna posibilidad de dar con los niños. Por lo que a mí respecta, daba la sensación de que el juez estaba satisfecho de que yo no supiera dónde estaban los niños de Vega. Parecía reticente a permitir a Westaby explorar lo que serían comunicaciones privilegiadas con un acusado que se enfrenta a la pena capital. Ha enviado a

los abogados a hacer lo que los jueces siempre acaban por decidir cuando no son capaces de llegar a una conclusión: a revolver papeles y más papeles. De todos modos, Jack ha dado con un muro de piedra en lo que a los niños se refiere. Sin duda lo utilizará para infundir lástima cuando llegue el momento de la sentencia.

No le explico a Laurel que Jack ha caído en desgracia, ni su acusación mantenida en secreto, ni su declaración de culpabilidad en el caso de corrupción política. Esto, efectivamente, la animaría y la induciría a hablar, a contar historias de júbilo. Y las paredes de una cárcel tienen oídos. En este momento las cuitas de Jack y el velo que el tribunal federal ha corrido sobre ellas son mi carta oculta en el *blackjack;* algo que, si los dioses están conmigo, Morgan Cassidy no sabe.

—Háblame de la operación de Jack.

Me refiero a la vasectomía.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué se la hizo?

—Para tener vía libre cuando saliera de marcha. Se ríe como diciendo ¿para qué va a ser?

—Ya conoces a Jack. Nunca se le resisten las faldas. Y no le gustan los preservativos. Jack tenía un dicho que normalmente reservaba para los colegas de marcha, pero que yo he oído más de una vez: que el látex sólo era para los pintores. Eso era antes de que apareciera la palabra «sida» en el diccionario. Jack tiene un talento especial para pasarme por las narices sus aventuras.

—¿Y tú que opinabas de la operación?

Se ríe.

—¿Tú crees que se dignó consultarme? Fue y se la hizo. Sólo estuvo una hora en el consultorio médico. No me lo dijo hasta meses más tarde. Por aquel entonces a lo mejor ya no me importaba. Estábamos casados sólo nominalmente. Nos dejaba a los niños y a mí solos toda la noche para salir con sus amigos, chanchulleros con licencia para ir de putas.

Recuerdo aquellas noches en que Laurel y los niños —Julie era más pequeña de lo que ahora es Sarah— venían a visitarnos a Nikki y a mí. Laurel buscaba continuamente la interacción social, la confirmación de que todavía podía relacionarse en un mundo adulto. Jack regresaba a casa con el periódico de la mañana, oliendo como una destilería de cerveza, con la ropa arrugada, los calzoncillos del revés, diciéndole a Laurel que había tenido una reunión. Vega siempre ha sido transparente. Para él, ser un legislador significaba que la gente tenía que creer en sus mentiras.

Jack podía meterse en líos. Para ser un hombre que perdía el culo por las faldas, era muy celoso. En dos ocasiones se metió en peleas por mujeres que no conocía hasta aquella noche. Su compromiso acababa en la talla del sujetador. Mete tu nariz en el sitio equivocado y Jack te embestirá como un alce en celo. Cuando se trataba de mujeres, Vega tenía un instinto de rebaño. Era posesivo al noventa por ciento. Le he visto la nariz sangrando y el ojo morado después de una pelea de estas.

—¿Sabes qué médico le hizo la vasectomía?

—Tendría que mirar en la agenda telefónica, pero creo que podría encontrarlo, si es que aún ejerce.

—¿Y tendría el historial médico?

—Supongo. Te llamaré mañana a tu oficina.

—No. Diré a Harry que venga esta tarde con una libreta para tomar nota.

No me fío de los teléfonos de aquí. Las conversaciones acostumbran a llegar hasta los fiscales.

—Una cosa más y me marcho —le digo—. ¿Recuerdas aquella pistola que tenía? La pistola cromada en la caja de avellano.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Pero te acuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? Se pasaba más tiempo con ella que conmigo. Hasta que dejó de ser novedad.

Se refiere a lo que le pasa a Jack con todo en la vida.

—¿Sabes adónde fue a parar la pistola?

—La última vez que la vi la tenía él. Montó un cirio con ella en el acuerdo sobre el reparto de propiedades.

Propio de Jack: ceder la mitad de los beneficios de su jubilación a cambio de una flamante pistola.

—¿Tienes una copia del acuerdo?

—En casa, con mis papeles. En una caja de mi armario. Yo tengo llave de su casa. Sarah y yo le regamos las plantas y le cuidamos un poco el hogar.

—¿Quizá la perdió o la vendió? —pienso en voz alta.

—No lo creo. ¿Por qué?

—Porque la noche del asesinato de Melanie, cuando

los policías le preguntaron si él tenía o había tenido alguna vez un arma, les dijo que no. Registraron la casa a conciencia, y si hubiera estado allí, la habrían encontrado.

—¿Tú crees que fue el arma?

—No, pero me pregunto por qué mintió.

Son las cinco menos veinte de la tarde, y Harry y yo estamos enzarzados en una discusión sobre la estrategia de las mociones previas al juicio. Mi teléfono suena, y descuelgo el auricular.

—Dana Colby. Dice que es importante —me comunica la recepcionista.

—¿En qué línea?

—No, está aquí, en la oficina.

Le digo a Harry que me disculpe unos momentos.

La encuentro en la recepción, mirando una de las fotos de la pared que es el orgullo de Harry: un daguerrotipo en blanco y negro de antes de fin de siglo de un barco de vapor en el fragor de una carrera, remontando el río desde el delta bajo el humo negro.

Dana me oye llegar y se vuelve hacia mí.

—Siento molestarte.

—No te preocupes. ¿Qué ocurre?

—Tengo que enseñarte algo. ¿Podemos hablar en privado?

La llevo a la biblioteca y cierro la puerta. Le ofrezco una taza de café, que ella rechaza, y yo me sirvo una.

Dana abre su maletín sobre una de las mesas de la biblioteca y saca una carpeta.

—Tengo algunas fotos que me gustaría que vieras.

Ya he estado haciendo esto sin descanso durante días en el edificio federal, buscando la cara del mensajero en los roñosos álbumes de fotos del FBI, clasificados según su especialidad: gente que hace bombas.

Si Dana me trae esto a mi oficina es que debe de tratarse de algo reciente.

—Sufre conmigo —dice.

Dispone las fotos de diferentes tamaños boca abajo en la mesa.

—Quiero que mires atentamente cada una de ellas —dice.

Entonces le da la vuelta a la número uno, de ocho por diez, brillante. Un hombre, caucasiano, de unos veinte años, con unos números en una placa negra colocada bajo su mentón y ojos de asesino. Sacudo la cabeza en señal de negación.

El número dos es un poco más mayor, con un corte de pelo a lo militar, sin números, de aspecto más limpio, pero no me suena de nada.

Da la vuelta a la número tres. Todavía no hay premio.

La cuarta, es una foto pequeña. Le da la vuelta; tiene fondo azul, y no es una foto sino un recorte de *Vehículos a motor*. Tengo que entornar los ojos para verlo; la sujeto en la mano y, de repente, pongo unos ojos como

si me hubieran dado cianuro.

Dana observa mi expresión y se detiene.

—Es él, el mensajero.

—¿Estás seguro?

—No podría olvidar esa cara.

Labios delgados, cabello cortado como con una máquina cortacésped y ojos tan fríos como el culo de un esquimal. En cuanto a la edad, podría ser el retrato de Dorian Gray, entre veinte y cuarenta y cinco, pero en buena forma como si hiciera ejercicio. Parece más maduro en la foto que el día de la oficina de correos. Lo atribuyo al uniforme que llevaba. Los ojos sólo ven lo que la mente espera ver. La mayoría de mensajeros son estudiantes que hacen este trabajo para poder llegar a fin de mes.

—¿Quién es?

Busca una libreta en su maletín.

—Su nombre es Lyle Simmons, alias Frank Jordan, alias James Hays, etcétera, etcétera. Antiguo boina verde, a veces mercenario. Lo contratan para trabajitos.

Por el modo como lo dice sé que no se trata de trabajitos de jardinería.

—Sospechoso en dos asesinatos sin resolver cometidos en Oregón, no ha estado en la cárcel, y se presenta a sí mismo como un experto en seguridad de alta tecnología. Cuando lo pillas, jura que ése es su legítimo negocio.

—¿Alguna ficha policial?

—Fue detenido tres veces por violación de la ley de

tenencia de armas, y tiene dos sentencias. Parece que siempre le han pillado yendo o viniendo del trabajo, pero nunca efectuándolo.

—¿Cómo lo has encontrado?

—No ha sido fácil. Le rastreamos la pista basándonos en tu teoría de que Jack habría encargado a alguien el asesinato de su mujer.

Soy todo oídos.

—Teníamos un informador, un colgado en las entretelas de la política del Capitolio.

Pone cara de que no es persona a la que te llevarías a casa para presentarle a tu familia.

—Este informador vio a Jack en un bar de mala muerte al otro lado del río, hace ya tiempo. Una buena pesca. No era uno de esos sitios que tu cuñado solía frecuentar. Lo sabemos, lo hemos observado. Iba con otro hombre, y los dos estuvieron hablando en una mesa y tragando cervezas. Un legislador estatal con un traje de mil dólares llama la atención. Nuestro informador tomó notas.

—¿Por qué se molestaría?

—Se le había atrapado en la investigación del Capitolio. Otro parásito, uno de los tipos que a la larga nos llevó hasta Jack. Estaba bastante abajo en la cadena alimenticia de la política e intentó llegar a un acuerdo. No sabía lo que nosotros estábamos haciendo, aunque era consciente de que le teníamos echado el ojo a Jack. Así que, entre otras cosas, consiguió el permiso de conducir de la camioneta del señor Simmons. Estaba en

las notas del caso de Jack. En aquel momento no lo perseguimos.

Estoy sentado, sin decir palabra, intentando digerirlo.

—¿Dónde está este informador?

—Ahora viene lo peor: al hombre parece habérselo tragado la tierra, al menos por el momento. El agente que le servía de enlace no lo ha visto en las últimas tres semanas. Dicen que está de vacaciones, pero nadie sabe dónde. Lo estamos buscando.

—¿Y dónde está este señor Simmons?

—Tampoco lo sabemos. Dio una dirección falsa.

Fantástico. Después de haberle visto matar una vez e intentarlo una segunda ocasión, es probable que en este momento esté merodeando por mi casa. Se lo explico a Dana, que me dice que no me preocupe, que ya han pensado en esto. Los agentes vigilan mi casa las veinticuatro horas del día. También vigilan a Sarah en la escuela. Si Simmons enseña siquiera un pelo del culo, lo cogerán.

Ahora vamos a cuestiones más profesionales.

—¿Cuándo tuvo lugar la reunión entre Simmons y Jack?

—Me gusta que me lo preguntes. Cinco días antes de que Melanie fuera asesinada.

Me he quedado frío como una piedra; es el típico escalofrío que te recorre el cuerpo y te hiela el cerebro, como un pico doble de adrenalina. Mi teoría sobre Jack se está haciendo realidad.

Después de nuestro encuentro en el despacho, decidí dar por concluido el día de trabajo, y le dije a Dana que viniera a cenar a mi casa. Ahora está preparando la ensalada y Sarah nos ayuda, subida a un taburete de la cocina, lo mismo que solía hacer con su madre. No puedo evitar que esto me preocupe, ya que pienso en Nikki y en el vacío que ha dejado en la vida de mi hija. Yo tengo mi trabajo, Sarah tiene un montón de soledad; los niños de la escuela le preguntan por qué no va su madre a clase los lunes por la mañana, como ayudante de la maestra, tal y como hacía antes. A los siete años, los niños no tienen un concepto demasiado claro de lo definitiva que es la muerte. Sarah empieza a aprender una larga y penosa lección.

—Quizá quieras aliñar la ensalada mientras yo la remuevo.

Dana intenta poner a Sarah bajo su ala.

—No, eso lo haces tú —contesta mi hija—. Yo quiero ayudar a papá con el maíz.

Como a muchos otros niños, a Sarah le cuesta hacerse amiga de extraños. Está hambrienta de amor maternal. Sarah pasaba unos veinte minutos cada mañana haciendo mimos a Nikki en el sofá de la sala de estar antes de vestirse para ir a la escuela. Ahora yo he ocupado su lugar, dándole lo que ella anhela, el amor de un padre, su último santuario contra las inseguridades de la vida, aunque, cuando mi hija me mira ahora, parece medirme con ojos cautelosos, temerosa de que

yo también la deje.

Sarah sostiene el cuenco mientras yo pongo las mazorcas de maíz calientes con unas tenacillas de metal.

—Los bistecs estarán en dos minutos —les digo.

—¡Rápido! ¡Pongamos la mesa!

Dana se va corriendo hacia los armarios.

—Dime dónde están las cosas.

Y mira a Sarah, intentando hacer de esto un juego, pero mi hija no se mueve, está pegada a mi lado. Desde la muerte de Nikki me he dado cuenta de que Sarah se ha vuelto muy posesiva con respecto a la casa y a su contenido. No le gustan los cambios. Las contadas ocasiones en que le he sugerido la posibilidad de mudarnos a otra casa más pequeña que sea más fácil de cuidar, se ha desencadenado una batalla campal. Es como si mientras estemos viviendo aquí, Nikki esté presente, al menos en espíritu. Parece que ha empeorado un poco desde que Danny y Julie se han ido. Al menos una vez a la semana, y contraviniendo las órdenes paternas, Danny nos visitaba para bromear y jugar con su prima.

Engatusándola un poco, al fin consigo que la ayude a traer los platos. Está en el comedor. La vemos por el pasillo, colocando salvamanteles y platos: el mío en un extremo a la cabecera de la mesa, el suyo casi encima del mío y otro plato solitario en el otro extremo.

Dana me mira.

—¿Para quién crees que es aquel sitio?

—Son tiempos difíciles para ella.

Tengo que admitir que a veces Sarah es terrible. Los dos nos reímos.

—Oye, lo comprendo. Es una niña pequeña.

Los bistecs ya están bien hechos; por tanto, nos sentamos y sirvo el vino. Sarah da muestras de benevolencia. Ese era siempre su comportamiento cuando teníamos visita. Diez minutos y Sarah está llena. Come como un pajarito, y eso se refleja en su peso —veinticinco kilos— y en sus piernas, tan largas que representan dos tercios de su altura, igual que un cachorro de gacela. Pero tendrá que comer algo más desde ahora hasta que se vaya a la cama.

—Dos bocados más —le digo.

Discute un poco y hace una mueca, pero cuando esto no funciona se llena la boca, se excusa y desaparece en su dormitorio para jugar.

—Eres un hombre con mucha suerte —dice Dana.

Hablamos de niños. Ella lamenta haber perdido el tren, se le pasó la hora en el reloj biológico.

Me atraganto, pues creo que el único reloj que ha impedido que Dana tuviese niños es el que suena cada hora para avisarla de las citas de su ambiciosa agenda. La especulación sobre el nombramiento judicial, la llamada lista A, de repente se hace realidad, y se ha«reducido a dos candidatos: un hombre blanco de cincuenta y cuatro años y la mujer que está sentada ante mí cenando en mi mesa. Según el periódico de hoy, sus currículos se han enviado a un comité de evaluación especial para una revisión más minuciosa de

calificaciones y antecedentes. Se dice que Dana ya ha pasado la prueba política, y tiene el respaldo de los peces gordos del Departamento de Justicia de Washington y de dos senadoras de este estado, mujeres con agresivos programas feministas.

Estamos tomando el café en el sofá. Sarah está dormida. Esta noche mi invitación a Dana es sólo parcialmente social. Debería estar sedada para no notarlo.

—¿Algo va mal?

—Nada —contesto.

—¿Qué es?

Deja el café en la mesa y me dedica toda su atención.

—Imagino que ya debes de estar recogiendo las cosas de tu oficina y tomándote las medidas para la toga negra.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—No. Siento curiosidad —digo.

—Ah.

Da un respingo, y ahora me siento algo violento. Dana debe de pensar que soy del grupo de la testosterona, esos tipos que no soportan a las mujeres de negro.

—¿Crees que eso cambiaría las cosas? Entre nosotros, quiero decir.

—¿Lo crees tú?

—Yo he preguntado primero.

Hago una mueca, algo profundamente italiano, y estiro un poco las mejillas y me encojo de hombros.

—En realidad, pienso que sería divertido. Siempre había tenido esta incertidumbre.

—¿Cuál?

—Cómo sería hacerlo con una juez en el estrado.

—Quizá yo no permitiría que te acercases.

Sonríe y me hunde una sola uña, como una garra de un depredador, en el tejido que cubre mi muslo.

Me aclaro la garganta con la esperanza de que, cuando vuelva a hablar, mi voz no suene una octava más alta. Me seco el sudor del labio superior con la servilleta.

—En realidad quería pedirte un favor.

—¿Te he negado yo a ti alguna cosa?

Me lanza una mirada que podría descongelar mi congelador. En ese momento pienso que ninguno de nosotros sabe si deberíamos reír o saltar el uno sobre el otro.

—No me preocupa que te nombren juez, sino qué pueda suceder.

—No. Lo que a ti te deja intranquilo es no saber cuándo se decidirá mi oficina a revelar el auto de acusación secreto de Jack y su suplicatorio.

—Siempre sale el abogado.

Le sonrío y me recuesto un poco en el sofá.

—Creo que Jack Vega se merece lo que le ocurra. No es ningún secreto que yo no tenía ninguna intención de soltarlo por lástima. Esta decisión la tomó una autoridad superior.

—Y es cierto que nosotros cerramos un trato con él. Claro que el momento exacto en que revelaremos las

noticias concernientes a ese trato, bueno, eso ya no es una cuestión puramente doméstica.

—¿Debo entender que estoy hablando con la camarera del piso de arriba? —pregunto.

Dana es rápida en su respuesta.

—*Monsieur,* ¿me permitirá que saque brillo a la empuñadura de su bastón?

Si los fiscales estatales descubren que Jack está relacionado con un par de crímenes, nunca lo dejarán subir al estrado. Si yo le cito el caso que tengo entre manos, Jack y sus abogados no tardarán mucho tiempo en imaginarse que le preparo el papel principal en el asesinato de Melanie. Se negaría a testificar, se acogería a la quinta enmienda y dejaría que el jurado creyera que sólo estaba preocupado por la carnicería política, otros crímenes sin cargos que implican corrupción.

En un juicio, como en la vida, saber escoger el momento oportuno lo es todo.

Sin duda, Cassidy, la fiscal, está construyendo una buena parte de su caso alrededor de Jack la víctima, Jack el viudo síquicamente martirizado. ¿Qué podría ser mejor que un líder de la comunidad desolado por la pérdida de su mujer y el asesinato de su hijo nonato? Con un poco de suerte y los dioses del tiempo de mi parte, habrá un alto en el proceso de la canonización de Jack; pero si sigo con lo mío, Vega hará unos cuantos milagros de santidad. Mientras contemplo los ojos ardientes de Dana, siento un escalofrío de excitación que me hace temblar hasta el esfínter, lo que para un

abogado defensor es equivalente a un orgasmo intelectual: la fiscalía está construyendo su caso alrededor de un criminal convicto y todavía no se ha enterado.

CAPÍTULO 17

El juez Austin Woodruff procede de una antigua familia del valle de tradición republicana; es más conservador que Dios, pero sin su compasión. Tiene cincuenta y cuatro años, la tez rosada y un porte aristocrático realzado por su falta de humor. El rostro de Woodruff es tan serio que causaría la muerte de una docena de cómicos.

Tiene el aire autoritario de los viejos marinos de la flota de antaño, con una melena gris y unas cejas de plata hilada. Es la viva imagen que el ciudadano medio se ha forjado de un juez.

Si bien puede considerársele imparcial en toda la extensión de la palabra, dada su ausencia de partidismo y su habilidad en el estrado, en ciertas ocasiones me pregunto si alguna vez ha visto a un acusado que le gustase o algún campo de golf que no le gustase. Es severo, y tiene la personalidad y la calidez de un busto de bronce, por lo que algunos crueles observadores le han sacado motes. He oído a gente que lo llama *Príncipe de Hielo* y *Vieja Cabeza de Mármol,* cosas que

se dicen en los lavabos de hombres, pero el apodo que más me ha gustado es *Risitas*.

Para bien o para mal, Austin Woodruff es nuestro juez, y en este momento está colocando bien los papeles en su estrado.

Harry y yo estamos en el juzgado doce para presentar mociones destinadas a evitar que el estado haga su santa voluntad en las diversas caras de la verdad. Hoy, Dana se ha unido a nosotros, y está justo detrás de la barandilla. Ha llegado más pronto porque tenía una cita para comer. Desde lo de Hawai, se ha tomado especial interés en el caso.

Esta mañana, Morgan Cassidy se sienta a la mesa de la acusación con Jimmy Lama, el policía de mierda, y un joven ayudante del fiscal del distrito, un chaval que se asoma por primera vez al volcán del crimen.

Laurel no está presente, como es costumbre cuando un acusado se encuentra bajo custodia. He intentado inculcarle la importancia de estas mociones: si pierdes una parte crítica de una prueba, la mitad del caso puede irse a hacer puñetas antes de que el juez llame al primer testigo al estrado.

El caso del estado es circunstancial, ya que la fiscalía argumentará que Laurel es una persona consumida por los celos, una ex esposa repudiada como un harapo, una persona amargada y furiosa con Melanie por haberle robado a su marido. Insistirán en que su rabia y su odio se agravaron cuando Jack quiso quedarse los niños. Entre sospechas, demostrarán que Laurel tenía el mejor

motivo y grandes oportunidades para matarla. En definitiva, el estado argumentará que eso es exactamente lo que hizo.

Para el observador ocioso, todo esto puede parecer meras sospechas, y tendría razón si no fuera por algunas pruebas que cubren con un manto de credibilidad esta teoría. Cassidy tiene dichas pruebas clavadas en su caso como la tapa de un ataúd.

Dos de tales pruebas físicas que presumiblemente pretenden demostrar que Laurel estaba en la escena del crimen aquella noche son muy incriminatorias: la alfombrilla que Laurel estaba lavando cuando la arrestaron en Reno y que Jack insiste en decir que estaba en el baño principal la noche en que asesinaron a Melanie y una polvera de oro con las iniciales de Melanie que se encontró en el bolso de Laurel después de la detención.

La policía tiene un testigo, la señora Miller, que testificará que Laurel fue vista en el vecindario, cerca de la casa de los Vega, más o menos a la hora del asesinato.

La voz de Woodruff tiene las calidades tonales de un anciano barón de la radio —como un sapo que hubiera tragado miel—, meliflua y profunda, en el momento en que esta mañana nos pregunta si estamos preparados para proceder.

No espera ninguna respuesta. Inmediatamente dispara una serie de preguntas como torpedos bajo la línea de flotación de nuestra primera moción.

—¿Qué es eso de la alfombra? ¿Quieren retirarlo?

¿Por qué motivo?

—No, señoría. —Y le hago señales con la mano—. Ésa no es nuestra moción.

Algo más defendible, reconozco.

—¿Bien, qué es?

No es un buen comienzo. Woodruff no ha leído ni un papel de las mociones, nuestro acuerdo escrito.

—La alfombra puede incluirse, pero me gustaría alertar al tribunal de que existe una disputa de facto en cuanto a su propietario y su procedencia.

—Eso es cuestión del jurado y no de este tribunal. Y tampoco no para una moción.

—Estoy de acuerdo.

Nuestra moción es más sutil, no es exactamente un césped casero para Risitas, de modo que empiezo con mi argumentación. El testimonio de Jack de que la alfombra procedía de la escena del crimen nos hace bastante daño, aunque Laurel insista en lo contrario. Tengo la esperanza de poder llevar la batalla a un terreno neutral que, por lo menos, haga dudar a Woodruff de a quién debe creer.

Lo que quiero evitar son las inferencias tácitas de Cassidy cuando hace alusión a que Laurel estaba destruyendo pruebas al lavar la alfombra o meter las manos en disolvente.

Soy un ferviente creyente del dicho de que los hechos rara vez confirman un argumento, sino que son las implicaciones derivadas de ellos las que con frecuencia consiguen la victoria o el fracaso.

Este es el caso del informe facilitado por el laboratorio estatal que se refiere a unos análisis de rastros de pólvora que resultaron «estériles debido a los productos químicos en los que la acusada intencionadamente sumergió las manos».

Le diré lo que pienso a Woodruff e iremos a por todas Cassidy y yo. Ella insiste en que la alfombra habla por sí sola. Una alfombra parlante es una cosa, y otra es que si la dejo a sus anchas, Cassidy puede agarrarse a la alfombra y volar.

—¿Qué otro motivo tendría la acusada para llevársela a Reno y lavarla, más que quitar las manchas de sangre o cualquier otra prueba? —dice Cassidy.

—Esto es lo que temo, esta clase de especulaciones —le explico al juez.

—Es una conclusión natural extraída de la evidencia —argumenta Cassidy.

—¿Encontró el estado sangre o cualquier otra prueba?

—¿Cómo iban a encontrarla? Su cliente la lavó.

—Esto es una especulación —le observo a Cassidy.

Woodruff empieza a convertirse en una planta. Finalmente comenta:

—Diríjanme a mí sus argumentos.

—Señoría, la alfombra es una propiedad robada.

Morgan Cassidy tiene un don especial para torturar los hechos. En sus manos la evidencia puede tomar caminos insospechados.

—¿Según quién?

—Según el marido de la víctima.

—Basta, basta. Uno detrás del otro —exclama Woodruff—. Primero usted. —Y señala a Cassidy.

Eso es lo que Morgan sabe hacer mejor, tomar la iniciativa. Ella argumenta que la alfombra es una propiedad robada, y que el estado tiene derecho a llegar a una deducción razonable, ya que la mera posesión de este artículo por la acusada es una prueba de su culpabilidad.

—No hay ninguna prueba de que la alfombra fuese robada.

Woodruff se rasca la cabeza, y una lluvia de caspa cae sobre el estrado. No hace mucho caso de lo que está diciendo. No me pagan lo suficiente para que tome estas decisiones, parece que esté pensando.

Le menciono la declaración jurada de Laurel, bajo pena de perjurio, en la que afirma que la alfombra era suya y que nunca había estado en casa de la víctima.

—Bueno, ¿y qué? —dice Cassidy—. Nosotros tenemos una declaración jurada del señor Vega en la que afirma lo contrario, lo que sitúa claramente a la alfombra en la casa de la víctima a la hora del asesinato.

—Bien. Hay una disputa de hecho —razono—, y no existe ninguna prueba establecida de que la alfombra fuese robada. Dejemos, pues, que lo decida el jurado.

—Y si ellos deciden que fue robada, ¿tenemos derecho a una instrucción? —pregunta Cassidy.

Se refiere a una instrucción del jurado, de modo que pueda inferir culpabilidad de la mera posesión de la

alfombra.

—Eso lo discutiremos otro día. Ahora no estamos aquí para discutir las instrucciones del jurado. ¿O me equivoco?

—Buen comentario —observa Woodruff, que por fin está en la misma onda que nosotros.

Cassidy se está esforzando en delimitar los hechos a su conveniencia. Si arroja bastante arena, es posible que pierda la partida, dice el estribillo de una canción. Hemos trazado un círculo completo y ahora empezamos con otro. Woodruff me señala con el dedo.

—Su turno.

—El problema no es lo que el jurado pudiera estar autorizado a deducir a partir de una prueba imparcialmente presentada —le digo—, sino lo que la fiscalía se permitiera inferir cuando habla de esta prueba: la alfombra y el disolvente en las manos.

Como si se hubiera hecho la luz, por fin Woodruff lo capta.

—Ellos no harían eso —deja entrever Woodruff.

Le leo el informe del laboratorio, la suposición de que Laurel, intencionadamente, saboteó la prueba de residuos de pólvora al sumergir las manos en el producto químico.

—Oh —dice el juez.

Al notar que el martillo está a punto de caer, Cassidy empieza a quejarse.

—Ya es suficiente —decide Woodruff, mirándola—. ¿Encontraron o no encontraron residuos de pólvora en

sus manos?

—¿Cómo íbamos a encontrarlos, señoría?

—¿Alguna cosa en la alfombra?

—La habían limpiado.

—¿Y usted quiere inferir que esto implica la destrucción intencionada de pruebas?

—Tendría que concedernos esa licencia —dice Cassidy—. ¿Dónde está la especulación? La acusada huyó de la escena del crimen, se llevó la alfombra y la lavó para borrar cualquier prueba. ¿No está bastante claro?

No creo que Woodruff vaya a tragarse esto, pero la escucha; mala señal.

—¿Es ésa una deducción razonable? —pregunto—. Piense usted, señoría, si la teoría del estado es correcta. Supongamos que usted comete un asesinato, coge una alfombra sucia de la escena del crimen, manchada de sangre, y viaja doscientos kilómetros hasta otra ciudad para lavarla. Si es una prueba, ¿por qué no dejarla en el lugar? Si es cierto lo que el estado dice, que la alfombra estaba en la casa, entonces su descubrimiento después del crimen no lo implicaría ni lo incriminaría a usted de ningún modo, ¿no cree? A menos que el asesino fuera un fetichista de la limpieza, ¿para qué llevársela?

—Quizá le entró el pánico —argumenta Cassidy.

—Bien. Entonces, ¿por qué no tirarla en la carretera, cuando se le pasó el pánico?

Para esto, Cassidy no tiene respuesta.

—Si algo se debe inferir de la posesión de la

alfombra, de lavarla en una lavandería pública a plena vista de otras personas, esa inferencia no debería ser de culpabilidad, sino de inocencia. Quienes se saben culpables no reaccionan de esta manera.

Silencio absoluto. Woodruff me mira.

Es difícil discutir la estupidez de este acto. Si Laurel asesinó a Melanie, las payasadas del trozo de alfombra desafían toda lógica.

—Parece bastante claro. —Y mira a Cassidy—. Puede presentar la alfombra como prueba, pero no quiero oír ninguna inferencia sobre manchas de sangre inexistentes o de residuos de pólvora que no pudieron encontrar en las manos de la acusada.

—Señoría...

—¿Está claro?

—Sí —contesta Cassidy.

—Siguiente.

Woodruff me mira a mí.

—¿Y el informe del laboratorio? —le pregunto, ya que ¿por qué contentarme con media barra de pan si la puedo conseguir toda?—. ¿Podemos pedir que lo modifiquen?

El juez me lanza una mirada imperiosa.

—Ella metió las manos en disolvente. ¿Cuántas maneras hay de decirlo? —protesta Cassidy.

—Elimine la palabra «intencionadamente» y lo podemos dejar como está.

—Bueno. ¿Qué le parece? —dice Woodruff.

Cassidy sacude la cabeza.

—Bien.

El juez me mira a mí y pregunta:

—¿Por qué no estipularon este punto entre ustedes dos antes de venir aquí?

Seguramente él nunca ha probado la palabra «acuerdo» con Cassidy.

—¿Qué viene ahora?

Woodruff está revolviendo papeles.

—Parece como si se tratase de un problema de identificación de testigos. ¿Qué es lo que tenemos, una mala rueda de identificación?

Ahora mira a Cassidy bajando la nariz. Ella no está haciendo puntos, que es lo que pasa cuando te cierras en banda y haces un problema de cada punto.

—La rueda de identificación fue amañada —digo.

—¿Cómo?

—Hemos citado a testigos —le explico.

—¿Es necesario? —pregunta Woodruff.

Creo que ha quedado pronto para jugar al golf.

—Podríamos tratarlo en una discusión oral —contesta Cassidy.

Ya le gustaría a ella.

—¿Desea la fiscalía especificar? —pregunto.

—¿Qué? —dice Cassidy.

—La exclusión de la prueba de identificación.

Me refiero a la testigo que pretende haber visto a Laurel en la casa de Vega la noche del crimen.

—No, ni lo sueñe.

—Entonces yo también quiero llamar a mis testigos.

El juez se queja, y yo le aseguro que se lo explicaré. Mirando el reloj, Woodruff asiente con la cabeza.

—Tiene veinte minutos —dice.

Llamo a Jimmy Lama al estrado y le hago jurar para declarar. Se ha arreglado tan bien como ha podido en estas circunstancias, y ha tratado de prepararnos una encerrona con la testigo.

Margaret Miller es la vecina de Jack Vega. Harry y yo hablamos con ella en las semanas siguientes al asesinato y nos contó lo de Melanie y sus visitas masculinas; también dijo que había visto a Laurel dos veces en casa de los Vega la noche del crimen: la primera, cuando las dos mujeres discutieron en el porche, y la segunda fue más cercana a la hora del crimen. Miller ha contado a la policía que en esta segunda vez vio a Laurel con una sudadera con capucha en la calle, enfrente de la casa.

El problema es de procedimiento legal y de imparcialidad fundamental, algo tan extraño para Lama como las piedras lunares.

Me dirijo hacia Jimmy, que está en el estrado de los testigos.

Establecidos los hechos de que él dirige la investigación del caso y que entrevistó a la señora Miller, pregunto:

—¿Cuántas veces la entrevistó?

Lama cuenta con los dedos.

—Tres... —Mientras lo piensa, en sus ojos hay una mirada glacial—. Tres entrevistas y una rueda de

identificación.

—Y en esta rueda, ¿identificó la señora Miller a Laurel Vega?

—Sí, dijo que la acusada estuvo dos veces en la casa aquella noche.

—Esta rueda de identificación... ¿fue a la que asistió mi colega, el señor Hinds?

Miro a Harry.

—Sí, estuvo allí, y no puso ninguna objeción; en aquel momento no dijo que hubiera nada incorrecto.

—¿Fue ésa la única rueda de identificación que usted dirigió para esta testigo?

Hace una mueca.

—¿Cómo definiría usted «rueda de identificación»?

Conociendo a Lama, no es que le importe cometer un pequeño perjurio, es sólo que, si lo está cometiendo, le gustaría saberlo.

—Me refiero a la aparición en persona del acusado junto con otros sospechosos potenciales delante del testigo.

—Entonces ésa fue la única.

Harry me ha avisado de que a Laurel la eligieron de entre un grupo de otras cinco mujeres, todas vestidas como ella, con el uniforme de las presas. Las mujeres eran todas aproximadamente de la misma altura y color de tez, y a cada una se le pidió que diera un paso al frente, se pusiera una sudadera con capucha y enseñara ambos perfiles de la cara a la testigo que se encontraba en una cabina, tras una pantalla de espejo. Fue una

rueda de identificación como mandan los cánones, sin insinuaciones por parte de Lama o demás policías que estuvieron presentes. El problema viene de lejos.

—Antes de que usted organizara la rueda para la testigo, ¿tuvo ocasión de enseñarle a la señora Miller algunas fotos?

—Sí.

—¿Cuántas le enseñó?

Hace una mueca.

—Cuatro, cinco, media docena, quizá.

—¿Y fue la señora Miller capaz de identificar a la acusada de entre las fotos que usted le enseñó?

—Sí.

—¿Las trae usted?

Yo sé positivamente que las trae, por eso las he citado. Sería un error que podría revocar la decisión de la señora Miller en la rueda de identificación si no pudiese enseñar todas las fotos usadas.

Lama sostiene una gran carpeta de unos tres centímetros de grosor llena de una docena de fotos de diversos tamaños en blanco y negro y en color.

Me da la carpeta, pero Jimmy empieza a jugar, a ocultar árboles en el bosque.

—Todo esto está muy bien. —Empiezo a sacudirle el trasero—. No obstante, he citado las fotos empleadas en la identificación con la señora Miller y no su archivo entero.

—Están ahí. Usted mismo puede encontrarlas.

Le devuelvo la carpeta.

—Enséñemelas.

Convierte la barandilla del estrado de los testigos en una pequeña mesa y empieza a sacar fotos; primero una, luego otra.

—Creo que fue ésta. No. No, esta de aquí.

Mira unas veinte fotos y escoge dos que le suenan.

La ley es clara. Un acusado tiene todo el derecho a la presencia de un abogado en una rueda de identificación, algo que no incluye una identificación fotográfica. Pero hay reglas. La policía es libre de mostrar a un testigo fotos de un sospechoso que está en custodia como preludio a una rueda de identificación formal. El problema surge cuando la identificación fotográfica es tan sugestiva que pretende mostrar a la acusada como algo especial y por tanto envenenar el proceso.

Es la clase de juego que a Lama le encanta: meter la foto de tu cliente en la mente de un testigo con la misma finura que un hierro candente en el lomo de una vaca y luego dejar fluir la sospecha por la jeringuilla cargada de la rueda de identificación. Este es uno de los deportes de Jimmy.

Lama tarda tres minutos en estar seguro de la foto de Laurel; una foto en color de ocho por diez con una luz brillante en los ojos y números encajados en una placa debajo de la barbilla. En lo que respecta a las fotos de otras mujeres que saca de la carpeta, cree que son las que empleó en la identificación fotográfica.

Son fotos inocuas, en color, de la misma medida que la foto de Laurel, de mujeres que posan con números

blancos en placas negras.

Lama se retuerce como un gusano en un anzuelo cuando le pregunto si está absolutamente seguro de que son éstas las fotos. Le aprieto.

—Bastante seguro.

Eso hace que la mirada del juez se vuelva hacia él.

—Teniente, se lo pregunto por última vez: ¿está usted absolutamente seguro de que son éstas las que usó en la identificación de Laurel Vega?

Cassidy lo está mirando. Una prueba crítica cuelga de la balanza. Si él dice que no, el destino del testigo está sellado. En este aspecto la ley es clara: la identificación ha de ser excluida, y la defensa tiene el derecho a ver las fotos empleadas para identificar al sospechoso, para probar la validez del proceso. Si el estado no puede enseñarlas, no hay más que decir.

Hay sudor en la frente de Jimmy. Me mira a mí y luego a Cassidy.

—Sí. Son éstas.

Se inclina como si quisiera decir «estoy bastante seguro», pero yo estoy esperando para darle una patada en el culo, y él lo sabe.

El suspiro de Cassidy es casi palpable.

—He acabado con el testigo.

—¿Alguna cosa más? —dice el juez.

Cassidy pide una dispensa, y Lama se dispone a marcharse con la carpeta de las fotos.

—Me gustaría quedármelas, de momento.

Empieza a escogerlas para darme las cinco que él ha

identificado.

—Todas.

Me lanza una mirada de las que matan y me entrega la carpeta.

Pregunto al tribunal si puede sumarse a nosotros otra abogado en la mesa de la defensa. Cassidy es toda ojos. El juez la mira y le pregunta:

—¿Alguna objeción?

Cassidy se lo toma con ansiedad, y las dos mujeres se miran a los ojos fijamente.

—Conozco bien a la señorita Colby. —Seguro que se está preguntando qué es lo que está haciendo Dana al inmiscuirse en el tribunal del estado. Las dos mujeres intercambian tensas sonrisas—. Aunque me gustaría saber qué hace un fiscal federal de los Estados Unidos en este procedimiento.

—No está aquí en función oficial —le digo al tribunal.

—¿Cuál es el propósito? —quiere saber Cassidy.

—Cortesía profesional.

El tribunal le permite traspasar la barandilla, y se sienta en una silla entre nosotros, no a la mesa de los abogados. Lo bastante cerca para nuestros propósitos, pienso yo.

Miller ha estado fuera de la sala, esperando en el pasillo. Sostuvimos una cordial conversación telefónica la semana pasada, después de nuestra anterior entrevista. Hablamos de la rueda de identificación y de la otra identificación, la fotográfica; fue una

conversación que transcurrió con regularidad hasta casi el final, cuando ella me formuló una pregunta.

Lama se sienta al lado de Cassidy y le susurra algo al oído.

—Espero que esto no se alargue —dice Woodruff.

—Un par de minutos —lo tranquilizo.

Margaret Miller está en el estrado y presta juramento. Es la viva imagen de la imparcialidad, la feminidad, la representación visual si alguien en aquel momento dijese «tarta de manzana». Lleva un vestido estampado y adopta la actitud de las fotos de las cajas de dulces; su cabello parece seda hilada, y es todo sonrisas y calidez maternal. Sentada al lado de Woodruff, ambos parecen el anuncio de «antes» de un elixir para teñir el pelo.

Solicito al tribunal que me conceda un momento de privacidad, y le doy la espalda a la testigo para hablar al oído de Dana algo intrascendente, pero es obvio que a la señora Miller no le pasa inadvertido. Después dirijo mi atención hacia la testigo.

Da sus datos para el acta y sacamos a relucir los detalles de la identificación fotográfica. Le pregunto si se acuerda de la reunión que mantuvo con Lama el día en cuestión.

—Muy claramente.

—¿Y él le mostró las fotos?

—Me enseñó primero una, la noche en que Melanie (la señora Vega) murió, y luego otras.

—¿Se acuerda usted de esa primera foto?

—Oh, claro que sí, era su cliente. Desde entonces he visto muchas fotos de ella en el periódico.

Me pregunto qué hacía Jack con una foto de Laurel, la ex mujer a la que aborrecía, a menos que lo tuviera previsto. Parece que él y Lama encontraron un propósito para esta foto: envenenar el manantial de los recuerdos de la señora Miller, plantando la semilla de que fue a Laurel a quien la señora Miller vio aquella noche, una sugestión demasiado evidente.

Hablamos de la identificación fotográfica de Lama, barajando algunas de las fotos en mis manos boca abajo para que ella no pueda verlas.

—¿Cree usted que podría recordar las fotos si yo se las enseñase de nuevo?

—Creo que sí, podría intentarlo —dice ella.

Le enseño la primera de la serie, una de las fotos que me acaba de entregar Lama hace un momento.

—Mmmm.

Me pregunta si puede cogerla, así que se la doy. Sacude la cabeza.

—Quizá no lo recuerde tan bien como yo pensaba. Probamos con la siguiente. No hay suerte.

Hasta la tercera foto, la de Laurel, no sonríe.

—Ésta es la que identifiqué —dice, mirándome—. Su cliente, creo.

Asiento, y mientras ella entorna los ojos y mira hacia donde está Dana.

Finalmente, Cassidy lo capta y salta de la silla.

—Señoría, protesto por el procedimiento que se está

siguiendo con la testigo. Esto es engañoso.

—Es una prueba imparcial de la memoria de la testigo. Pregunto al tribunal si puedo acercarme al estrado para comentar algo.

—¿Cuál es el problema? —susurra Woodruff.

Cassidy quiere a Dana al otro lado de la barandilla, e insinúa que estoy confundiendo intencionadamente a la testigo.

—A los abogados se les permite tomar asiento aquí —le digo.

El juez hace una mueca.

—De acuerdo. Pero basta de conversaciones privadas con la señora.

Y me lanza una mirada.

—Muy bien, señoría.

Volvemos a nuestros puestos.

—Señora Miller, ¿puedo pedirle que mire unas cuantas fotos más?

—Sí, sí, claro.

Le doy las dos últimas que Lama sacó del archivo. Nada. No se acuerda de éstas.

—Sólo las vi una vez.

—¿Cuántas veces vio usted la foto de mi cliente? La pongo boca arriba para que pueda echarle otra ojeada.

—¡Oh! Al menos dos veces, quizá tres. Los oficiales me la enseñaron la primera vez que vinieron a mi casa, y me preguntaron si había visto alguna vez a esa mujer.

—¿Eso fue en relación con la muerte de Melanie Vega?

—Oh, sí.

—¿Supone usted que la mujer de la foto podría ser sospechosa del asesinato?

—Protesto —dice Cassidy—. Incita a la especulación por parte de la testigo.

—Estoy preguntando sobre su estado mental de aquel momento, no sobre lo que piensa ella ahora.

—De acuerdo, adelante —zanja la discusión Woodruff.

—¿Y ellos siguieron enseñándole la foto, la de mi cliente?

—Sí.

—¡Es juego limpio! —exclama Cassidy—. Es un proceso permisible en el curso de una investigación.

—Y un buen modo de alterar la memoria de un testigo.

Woodruff menea la cabeza de lado a lado. Quizá sirva para excluir la identificación, pero no lo suficiente.

Paseo por la sala hasta apoyarme en la barandilla, a pocos centímetros de Dana, y nos miramos fijamente sin decir nada.

Lama le dice algo a Cassidy, pero ella ve lo que se avecina y se lo quita de encima.

—Señoría, protesto. Esto es un engaño clarísimo. El abogado va hacer creer a la testigo que la señorita Colby es la acusada. —Y señala con el dedo a Dana. Es un claro intento de confundir a la testigo, y creo que debería constar en acta.

—¿Por qué protesta? —dice Woodruff—. Yo no he

oído ninguna pregunta.

—Protesto por las intenciones del abogado.

—Deme un respiro —casi suplica el juez.

—Bien —le concede Cassidy—. Lo retiro.

Sonríe porque el mal ya está hecho.

Lama tiene el dorso de una mano en la garganta, intentando sofocar una carcajada.

La señora Miller me reprende con la mirada, aunque conserva una sonrisa de buena voluntad. Es una mujer que disfruta en una contienda de ingenio.

Bueno, pues lo haremos a lo bestia.

—Señora Miller, ¿cree usted que la señora aquí sentada se parece a la acusada, a la mujer de la foto? —pregunto de una manera imparcial.

Cassidy sonríe tontamente, como deseándome buena suerte.

—Quizá se ha cambiado el color del pelo —dice la señora Miller—. Es diferente, pero creo que se le parece un poco.

Aparte del hecho de que las dos son mujeres, no existe ningún parecido entre Laurel y Dana. ¡Qué malas pasadas pueden jugarle la sugestión a la mente humana!

—Ha visto cinco fotografías de diferentes mujeres, señora Miller. Aparte de la foto de mi cliente, ¿reconoce usted alguna de las otras fotos del grupo?

—No podría decir que sí.

—¿Son éstas las fotos que el teniente Lama le enseñó en la identificación fotográfica?

—No lo aseguraría de algunas, pero faltan dos —dice

al tribunal.

—¿Cuáles?

—La mujer negra.

Woodruff se muestra incrédulo.

—¿Le enseñó una foto de una mujer negra?

Ella asiente con la cabeza al mismo tiempo que Lama busca dónde esconderse, resbalando en la silla.

—Teniente, ninguna de estas fotos, las que usted ha entregado, es de una mujer negra.

Suerte ha tenido de no estar en el estrado ahora. El juez quiere una respuesta, pero Lama se encoge de hombros.

—¿Qué hay de ellas? —pregunta Woodruff.

—Creo que la testigo se confunde.

Ante la alternativa de admitir su perjurio o poner en tela de juicio la memoria de su propio testigo, Lama ya ha escogido.

—También falta la de la chica que se parecía a mi nieta —dice la señora Miller—. ¿Se acuerda?, hablamos de ello.

Si el diablo está en los detalles, Lama va camino del infierno.

Fue la pregunta sobre la mujer negra que la señora Miller me hizo por teléfono lo que me alertó. ¿Por qué iba un policía a enseñarle una foto de una mujer negra cuando ella le había dicho repetidas veces que la mujer que había visto esa noche fuera de la casa de los Vega era blanca?

Le ofrezco la carpeta y le pido que la busque.

Encuentra a la mujer negra en veinte segundos. Es una foto de una cara llena de granos, con una marca de nacimiento que le cruza por un lado hasta el cuero cabelludo. Nadie confundiría esta foto con una de Laurel. Tarda un par de minutos en encontrar las otras cuatro. Parece un baile de debutantes, y no son instantáneas, sino buenas fotos, en blanco y negro, que parecen sacadas del anuario de una escuela superior. Lama debe de haberlas sacado de los archivos de alguna agencia de modelos local. Si alguien quisiera escoger a la autora de un crimen, no sería de entre estas fotos.

—Le dije que esta de aquí se parecía a mi nieta —dice Miller, que sostiene una de las fotos, orgullosa de la guapa muchacha que tiene en la mano, el prototipo de joven americana, unos veinte años más joven que Laurel.

—Señoría, solicito que la identificación de la testigo sea excluida.

Cassidy susurra calamidades al oído de Lama al sentirse víctima de su juego sucio. Me interrumpe en mitad de la frase para salvar lo que se pueda.

—Señoría, la testigo a lo mejor tiene un recuerdo diferente de la acusada sin tener por qué atenerse a las fotos. —Morgan está de pie, abriendo las palmas de sus manos hacia el juez, implorante—. Podría ser un error sin importancia.

—Tiene usted una extraña noción del error, abogada —le dice Woodruff desde el estrado.

Una cosa es discutir puntos legales y otra muy

distinta engañar a un tribunal. Lama ha cruzado la línea. La única pregunta que se hace Woodruff es si Cassidy sabía de los manejos de Lama o no.

Woodruff, en un alarde de imparcialidad, le permite redimir la prueba. Un gesto simbólico, pero ya se ha formado una idea. Es lo que ocurre cuando mientes a un tribunal.

Cassidy está fuera de sí. Lanza algunas preguntas suaves a la señora Miller: si recuerda claramente la figura que vio aquella noche frente a la casa de los Vega, si la vio bien.

Tartamudeando, y no muy segura de lo que ocurre, pensando que quizá ha hecho algo mal, la señora Miller comete algunas equivocaciones, duda de sus recuerdos: ha pasado mucho tiempo... estaba muy oscuro aquella noche... la mujer llevaba una capucha... suficientes meteduras de pata como para una medalla olímpica. Por mucho que Cassidy lo intenta, no puede hacer que la testigo vuelva a saltar la valla hacia el terreno de la certidumbre. Al ver el cariz que toma la declaración, decide poner el punto final a un proceso doloroso.

—Señoría, nos gustaría discutir que cualquier error es involuntario.

Es la última embestida que lanza en ristre, pero no hay anilla de oro.

—Moción concedida —dice Woodruff—. La identificación de la acusada por esta testigo queda excluida.

—¿Alguna cosa más? —pregunta Woodruff mirando

a Cassidy, visiblemente enfadado ante la sensación de haber sido utilizado por Lama.

Es lo que ocurre cuando un juez sabe que le han mentido. Si conllevase algún riesgo implícito y tuviera algunos motivos plausibles para que fueran desestimados, ahora sería el momento de exponerlos al tribunal.

Hay una expresión de dolor en la cara de Jimmy. Woodruff quiere verlo en sus dependencias después de comer. Lama preferiría sacarle al juez una botella y que Woodruff fuera un buen bebedor.

CAPÍTULO 18

—¡Hola, nene!

Mientras habla conmigo, Clem Olsen dirige a Dana miradas de lobo y lloriquea en un dialecto gutural.

—¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Saludas al hombre lobo? —dice, sin dejar de comerse a Dana con la mirada.

Hemos llegado en coches separados, directamente de otros compromisos, yo de la oficina y Dana de una velada política al otro lado de la ciudad. Dana ha aceptado mi invitación, pero dice que no puede quedarse mucho rato.

—¿Vas a presentarme?

Clem quiere conocerla. Sus manos llevan a cabo una rápida rutina en un movimiento que no puedo seguir,

variaciones sobre un mismo tema, imitando esta mitad del orden social que Clem considera más insolente que él mismo.

Hago los honores y le presento a Dana. La pobre recibe un abrazo y una de las pegajosas especialidades de Clem en la mejilla, que se seca con el reverso de su guante en cuanto él se da media vuelta.

Esta noche, Clem ha formado en la puerta una línea de recepción de un solo hombre y saluda cualquier cosa que se mueva, repasando el escote de infinidad de vestidos y experimentando unas buenas sensaciones bajo la égida de besos y abrazos en cuanto se le presenta la menor oportunidad.

Hay cosas que nunca cambian, y Clem es una de ellas.

La Vigésimo quinta Reunión de la Escuela Superior McClesky nos congrega en la sala de baile principal del Regency, en el centro de la ciudad, al otro lado del Capitolio. Olsen viste camisa de volantes y un traje formal. Se ha peinado el poco pelo que le queda hacia atrás, en una versión más joven de Mel Ferrer. Es alto y esbelto, pero atufa a policía.

Por el bulto del abrigo, sé lo que lleva. Con fajín o sin él, sin una pieza de duro acero encajada en la axila, Clem sufriría una crisis terminal de identidad.

Llega gente en limusinas: mujeres con abrigos de pieles tan intoxicadas de naftalina que sólo podrían venir de una casa de alquiler, hombres con barrigas de cerveza y manos encallecidas, enfundados en trajes y

corbatas ajenos, estirando el pescuezo como una mala imitación de Rodney Dangerfield. Algunas de estas caras barbudas, bajo desconocidas cúpulas de calvicie, me resultan reconocibles de la adolescencia. La gente se da aires, cubriendo las verrugas de sus vidas de la vista de quienes no han tenido contacto con ellos desde hace años y que no volverán a ver en muchos más, intentando aún entrar en grupos que los eludían en la juventud; mientras otros se esfuerzan por recuperar la popularidad que no han conocido desde entonces.

Un golpecito en el brazo.

—Llegas tarde, tío. Te buscaré para tomar una copa.

Clem me hace un guiño y una señal con la mano. Ya se ha trasladado hasta el siguiente grupo que entra por la puerta, racionando su encanto. Veo cómo desliza la mano sobre el final de la espalda envuelta en seda de una mujer, una de las chicas de los pompones de nuestros años mozos.

—¿Qué te parece si buscamos una mesa?

—¡Muy bien! —responde Dana.

Se coge de mi brazo y nos dirigimos hacia el final para poder marcharnos pronto. La guío y rebasamos el bol de ponche y el bar organizado para la fiesta, en donde las esposas de alumnos que no conocen a nadie bromean en un intento por entrar en una pronta modorra alcohólica, su puerto en esta tormenta social, cualquier cosa que las ayude a pasar la noche.

Un tipo pega la mano en mi tripa y me detiene a media zancada.

—Mike Wagner, bombero municipal —dice.

Vagos recuerdos del fútbol americano, un animal intimidatorio de mi juventud que a los catorce años ya tenía barba y un cuerpo como el de Atila, que descollaba sobre el mío, pero que no ha crecido ni un milímetro en un cuarto de siglo. Ahora yo peso diez kilos más que él y le saco dos dedos de alto. Le estrecho la mano.

—Paul Madriani, abogado.

No hablamos, pero me presenta a su mujer, morena, de veintiocho años, con un vestido negro ceñido, que masca chicle y cambia el peso de un muslo al otro, como una bailarina de alquiler con el taxímetro en marcha. Me acuerdo vagamente de su primera esposa, una novia de la escuela superior que, si hoy está aquí, seguramente estará lanzando puñales con los ojos en esta dirección. Así que me alejo de la línea de tiro.

Dana y yo nos sentamos a una mesa redonda como la del Rey Arturo y sus caballeros mientras repartimos saludos a las tres parejas que ya están sentadas y a las que no reconozco, un lugar donde podemos hablar sin interrupciones.

El único motivo por el que he venido esta noche es el pago de un favor que le debo a Olsen, aunque esto no se lo he contado a Dana.

Últimamente ha recibido varios rapapolvos de Morgan Cassidy por su presencia en el tribunal durante las mociones. He oído cuentos sobre un mudo apuñalamiento por la espalda, intrigas palaciegas en los rincones oscuros del reino encantado. Cassidy

moviéndose en la oscuridad para que el Queen's Bench le retire su apoyo en la judicatura a Dana. Sin duda, Morgan considera su presencia en nuestro lado del pasillo como una transgresión de la lealtad en el gremio de policías y fiscales. Sin embargo, los esfuerzos de Cassidy parecen ser vanos, ya que, se mire como se mire, en lo referente al nombramiento, parece que Dana ya ha conseguido sacar la espada de la piedra. Según informes, sólo su nombre va a ser dirigido a Washington.

Esta noche está radiante en su vestido de noche negro, el cabello recogido, tacones de aguja altos de charol, con la siempre enigmática sonrisa en sus labios. Dos de las mujeres que están sentadas a nuestra mesa la miran como si quisieran evitar que los ojos de sus maridos se posen demasiado en ella.

Intercambiamos unas cuantas palabras, la gente se recuesta en los respaldos de sus sillas y Dana me mira.

—¿Cómo va el jurado? —pregunta.

Vestida para matar y en seguida habla de asuntos profesionales. En los últimos tiempos o estamos en la cama o hablando de juicios, de los suyos o de los míos. Tenemos que encontrar un término medio de intimidad, aunque en nuestra relación aún estamos buscando y acortando nuestros caminos a través de la jungla del deseo.

Ya han acabado los ocho días de selección del jurado en el juicio de Laurel. Ocho mujeres y cuatro hombres, con otro chico y tres mujeres más como sustitutos.

Estoy contento con el cupo de mujeres, y se lo digo a Dana.

Con una víctima y una acusada, ambas mujeres, los hombres del jurado son un enigma. Un mal matrimonio, y podrían odiar a sus ex, proyectándolo en Laurel. Y los tipos con un matrimonio estable no se sentirían amenazados por Melanie como depredadora sexual como les ocurriría a las mujeres.

El bello sexo odiará o amará a Laurel, la verán como un ángel vengador de un mal matrimonio o como una arpía vengativa, según su propia situación en la vida. Los miembros del jurado que he elegido tienen unos treinta y tantos años o más. Tres están divorciados, como Laurel, y crían a sus hijos solos, son personas que conocen la parte dura de la vida y que formarán una cadena de empatía con mi cliente.

Luchar por una teoría en el tribunal no es distinto a seguir las pautas del mercado en el mundo del comercio. Si no siembras no recoges. Mi sembrado especial es Jack como hombre con un gran ego, familiarizado con el ejercicio del poder y las prebendas del privilegio. Con un pie en la calle, viendo su cuenta corriente adelgazada por la cooperación con Dana y sus amigos, su sique debe de estar al límite de presión. Uno se pregunta qué sería capaz de hacer un hombre en semejantes circunstancias si, además de sus muchas penalidades, descubriera de repente que su joven esposa tiene otro amante.

En este momento, mi candidato de la semana para

Lotario es George Merlow, el hombre que daba de comer a los peces. Creo que Melanie debió de alertar a George de que Jack andaba tras ellos. Si él estaba ojo avizor cuando Melanie se metió en la bañera y vio al asesino, mi teoría es que Merlow prefirió no pelear en la lucha entre familias.

—Sería de gran ayuda —le digo a Dana— si tu gente pudiera dar con el informador.

Me refiero al hombre del que Dana me habló, el que vio a Jack en un bar al otro lado del río haciendo tratos con el mensajero, tras algunas cervezas.

—Lo están buscando. Esto lleva su tiempo.

—Si está de vacaciones, debe de estar a punto de llegar.

—Es mucho más complejo.

Parece ser que el hombre que están buscando se toma su tiempo para no enfrentarse a otro cargo estatal. Por eso, podría tener motivos para alargar sus vacaciones.

—¿Me estás diciendo que es un fugitivo?

—No. En cualquier caso, aún no. Lo encontraremos.

—Esperemos que sea antes de que el juicio haya terminado.

La orquesta empieza a tocar música de los sesenta. Con el *ticket* en la mano voy a buscar unas bebidas. El bar está muy lleno.

Una chica de cabello oscuro que le llega hasta los hombros como Cleopatra pasa pavoneándose. Su nombre de pila es Sharon, pero es todo lo que puedo

recordar de los tiempos de adolescencia, lo que queda en la memoria de un chico de quince años: unos grandes pechos y un nombre. Lleva un vestido negro de ganchillo que si lo iluminas por detrás con una vela puedes ver a través de él, y por lo que aprecio no hay mucho más. La forma en que se ciñe a su cuerpo bastaría para que muchas abuelas dejaran de hacer ganchillo. Simula no darse cuenta de la expectación que ha levantado en el bar hasta que un tipo alto como una montaña le dirige un requiebro, algo salvaje de los bosques del norte que por un momento enmudece la cháchara del bar. Luego lentamente asciende el volumen, reanudándose las risas y el murmullo de las voces. Aún no son las nueve y el ambiente ya se está poniendo grosero.

Me abro paso y pido dos copas que me las sirve un chico con acné que no parece lo bastante mayor como para coger las botellas.

—¡Oye... éstas son mías!

Me vuelvo y es Clem, que me pone una mano en un hombro.

—Ponlas en mi cuenta.

El chico lo apunta en una servilleta. Por lo que veo, le dejan abrir una cuenta en un bar reservado.

Clem se vuelve un segundo y se pone a hacer presentaciones con la otra mano. Dos tipos quieren conocer a la chica de negro. Como por orden real, noche de las noches, alarga la mano y le pega un simulacro de crochet a uno de ellos. Si te pica, te rascas. Clem como

celestina...

Luego se dirige a mí para decirme:

—Una bonita noche, ¿eh? Buena gente.

Clem se da palmaditas en el estómago a través del fajín, con una sonrisa de satisfacción, mientras mira a su alrededor como si todo fuese suyo, como si él hubiera inventado la especie.

—¿Te lo pasas bien?

La manera en que lo dice me hace pensar en que si digo que no, Clem añadiría otro día a la Creación, dedicado enteramente a la diversión.

—¡Muy bien! —contesto.

—Es bueno ver a la gente otra vez, ¿no?

—Sí. No podía esperar.

—¡Bonita tela! —dice, tocando la solapa de mi traje.

—Gracias.

No le confieso que he venido directamente de la oficina y no me he cambiado.

Las bebidas están en la barra.

—Ya sé que estás muy ocupado, pero te quería pedir un par de favores.

—¡Oye, lo que quieras para un colega!

Mira a su alrededor. Creo que se pregunta a quién quiero pegar y, dado el deslumbrante aspecto de Dana, por qué.

Hurgo en mi bolsillo interior y saco un sobre, lo abro y extraigo la foto, la instantánea del mensajero de la oficina de correos que Dana me dio la otra noche.

—Necesito que me busques a este tipo.

Echo una mirada a la cara de Clem.

—Si no te conociera, diría que tienes motivos ocultos.

—Oye... ¿bromeas? No me perdería esto por nada del mundo.

—Espero que pueda esperar.

—Bien. No tienes que hacerlo ahora mismo.

—Estupendo. Pensaba que tenía que ir a recoger mi capa y buscar una cabina telefónica.

—Puedes esperar hasta el lunes —le digo.

—Perfecto. Y eso es todo lo que quieres, supongo. Y mira la foto.

—Eso y el nombre. Prueba con Lyle Simmons, alias Frank. Jordan, alias James Hays. Puede que haya otros. No sé. El tío tiene más caras que Eva.

—¿Y la fecha de nacimiento y su número de la seguridad social?

—Prueba en Tráfico, que es de donde procede la foto.

—¿Qué es lo que quieres saber?

Toma unas notas microscópicas con un bolígrafo, pequeños garabatos de tinta en el reverso de la foto.

—Cualquier dirección. Si el chico ha cumplido condena aquí o en otro estado, dónde y cuándo. Cualquier cosa que se pueda averiguar sobre su pasado, militar, civil; si tiene familia.

—¿Qué coño ha hecho? ¿Ha disparado contra el Papa? ¿Ha dejado de pagar alguna multa legal?

No le hago caso.

—Y otra cosa.

Saco una bolsita de plástico que llevaba en el bolsillo con el tubo de pasta acrílica, ahora duro como el cemento, con las huellas dactilares de Kathy.

—¿Puedes decirle a los chicos de los ordenadores que me comprueben esto?

Y señalo la huella.

—No pides demasiado.

—Es importante. Hazlo y te deberé mucho.

—¡Jódete!

Clem sabe que sacar información del Departamento de Investigación Criminal de los ordenadores de Justicia estatales, con posibles datos de historiales criminales, es muy peligroso y se puede jugar la cabeza. Dichos datos son confidenciales, según la ley estatal, y sólo son accesibles a las fuerzas de la ley y para propósitos especiales. Su violación implica sanciones criminales.

Creo que la gente de Dana tal vez no le haya entregado todo lo que sabe de un hombre llamado Lyle Simmons. Nunca va mal comprobar otra fuente. Podría ser alguna cosa que saliese por sí misma, algo que ellos no considerasen importante. Clem puede ser muchas cosas, pero si le pides un favor de esta clase, por encima de todo es discreto.

—No te prometo nada, pero veré lo que puedo hacer.

—Gracias.

—¿Para qué están los amigos? Además, necesitas a todos los amigos que puedas conseguir.

Le dirijo una mirada.

—Se dice que Jimmy Lama te la tiene jurada, y ya se está afilando las uñas. Me refiero al asunto de las mociones preliminares.

La vergüenza de Lama, el hecho de que Woodruff le llamara a su despacho, es la comidilla de los policías de la ciudad. La enemistad de Lama no es nada nuevo. Se lo explico.

—Bueno, por si acaso, no le des la espalda.

Hablamos unos minutos, y después cojo mis bebidas y me encamino hacia la mesa. Cuando estoy a medio camino, me fijo en que un tipo está sentado junto a Dana en la silla libre. Parece nervioso, y mira de reojo, sin saber cómo entablar conversación.

Al llegar, pongo las bebidas sobre la mesa y le digo a Dana:

—Mi antiguo especial de la escuela superior: Coca-Cola y dos partes de ron. Lo que alimentaba mi motor los sábados por la noche.

El tipo del otro lado está cabizbajo y tiene la mirada de un obrero del ramo del automóvil enfrentándose a la vida desde la barrera, después de no acertar la superlotto por un número.

Dana toma un sorbo y hace una mueca.

—¿Te gusta?

—Lo he bebido mejor y menos cargado. Debías de ser un as en la escuela.

Charlamos un poco, y el tipo del otro lado opta por un mutis discreto. Las otras dos parejas están en la pista

bailando. Dana y yo nos hemos quedado solos.

—Vamos, larguémonos de este sitio. Te prepararé un combinado especial en mi casa.

—Esta noche no puedo —dice ella—. He de irme en pocos minutos porque tengo que volar al distrito de Columbia por la mañana.

—¿Qué son esas campanas de coronación que oigo?

—Por el momento sólo son pequeños retintines. Es la primera de una serie de entrevistas. Allí comprueban cualquier esqueleto que pudiera entrar; necesito la confirmación del Senado.

Es la primera aceptación que oigo por parte de Dana de que su nombramiento de juez será un hecho. Ella lee la preocupación en mi rostro.

—Esperabas algo más esta noche.

—Eso también.

—¡Oh!, es el caso de Jack lo que te preocupa.

Hago una mueca, como si pudiera leer entre líneas. Si deja su puesto, ¿quién me asegura que no tendré que batallar con su oficina para conseguir que los cargos que hay contra Jack se conviertan en pruebas en mi caso?

—No te preocupes. Hice una promesa y la cumpliré. Además, tengo otra cosa.

Toma otro sorbo de la amarga bebida y chasquea la lengua como si hubiera olvidado algo.

—Encaja esto en tu rompecabezas y mira a ver si consigues una foto. Ayer por la tarde estuve revisando las transcripciones de las conversaciones telefónicas de la casa de Jack.

Ahora ya tienen varios meses, me dice. La mayoría cháchara hueca. Según Dana, Jack mantuvo la parte oscura de su vida alejada de su casa.

—Pero mantuvo una conversación, el dieciocho de agosto. Un médico llamó: el médico de Melanie. Ella no estaba en casa, por tanto Jack cogió la llamada. El médico sólo quería dejar el mensaje de que Melanie lo llamase cuando volviese. Pero Vega insistió mucho. Fue una de esas llamadas en las que puedes darte cuenta de que algo va mal. Jack quería saber de qué se trataba. El médico intentó convencerlo de que todo iba bien. Ya conoces a Jack.

Me lo imagino, nervioso como una colegiala amenazando al médico conque el comité médico del estado le retiraría la licencia para ejercer por mantener el secreto profesional.

—Al final el médico claudicó. Le dijo que iba contra su conciencia, pero que dadas las circunstancias deberían estar muy contentos porque estaban a punto de ser padres.

Las cejas de Dana se arquean bastante en este momento.

—El mensaje era que la prueba del embarazo había dado positivo.

—¡Mierda! ¿Y cómo se lo tomó Jack?

—No sé quién fue el mensajero telefónico, pero apuesto a que es cierto.

—¿El qué?

—Podías oír volar una mosca —dice Dana.

CAPÍTULO 19

Laurel tenía una amiga, una mujer del trabajo, que ha sido quien ha recogido estas cosas, unas pocas prendas de su armario, y me las ha puesto en una maleta.

Esta noche, la víspera del juicio, la entrego en la cárcel del condado, donde la guardarán en un guardarropa de la planta principal, en miles de colgadores automatizados que penden del techo como una serpiente mecánica y que se mueven al apretar un botón para brindar el traje exacto de la interna correspondiente. Es una de las innumerables cadenas de montaje de la justicia.

Todo ello con la necia creencia de que la acusada —que lleva encerrada en este agujero unos cuantos meses, marcada con la letra escarlata del crimen y a quien se le ha dicho que luche por su existencia entre los parias de este mundo— tenga el mismo aspecto que cualquier persona libre cuando el guardia le quite las cadenas y la acompañe hasta el tribunal por la mañana. Una de las ficciones de nuestro sistema.

Dejo la bolsa a una matrona en el piso de abajo. Me quitan el maletín y me cachean, me pasan el detector de metales, me dan una tarjeta de identificación y me llevan por la oreja hasta arriba, sin pronunciar una sola palabra que pudiéramos considerar educada, hasta las «vainas», para ver a Laurel.

Aguardo en uno de los pequeños locutorios tras el

cristal. Laurel todavía no ha llegado. Mato el tiempo tamborileando con los dedos en el mostrador de metal que está enfrente de mí; es el nerviosismo previo al juicio.

La veo llegar desde el piso de abajo, donde un grupo de mujeres se dirigen a la sala de recreo. Laurel habla y riñe, batiéndose en el lenguaje corporal de este lugar, con otra mujer.

Cada vez que la veo, parece haber perdido más peso, que lo ha sustituido por masa muscular, conseguida a base de horas en el gimnasio y las máquinas de abajo. Podría ser la autora de un libro llamado *En forma a la fuerza*.

Despide una gran cantidad de energía sexual, aunque con el embalaje de una mujer soldado. Cuando la veo subir por la escalera, me pregunto si en este lugar Laurel no se sentirá en su elemento. Como muchas de las que están aquí encerradas, mi cuñada es una de las desheredadas de la vida.

Me acuerdo de algo que Nikki me explicó una vez, de cuando las dos asistían a la escuela secundaria. Habían ido a una fiesta en una zona rural del condado. Nikki estaba paseando con un chico que, bajo la influencia de demasiadas cervezas, pretendió forzarla. Con el pretexto de caminar a la luz de la luna, el tipo se las arregló para meterla en un pequeño cobertizo del jardín, y pretendió aprovecharse. Nikki se debatió y peleó para quitárselo de encima, desparramando algunos sacos de tierra, mientras él pretendía meterle las manos en la

entrepierna. Laurel salió a buscarlos y cuando los encontró, y sin mediar palabra, cogió un rastrillo con una docena de afilados dientes de metal y se lo clavó al chico en el culo, de forma que aún está hoy corriendo.

En situaciones difíciles, la mayoría de las mujeres que conozco son de las que hablan. Si se les permite, confiarán en su ingenio. No obstante, Laurel es una excepción. Es despiadada en la defensa de lo suyo, y para ella, Nikki era algo suyo.

Por eso me sentí desolado cuando Nikki me pidió que la cuidase. En los años que hace que nos conocemos, Laurel nunca me ha parecido la clase de persona que necesite que alguien la cuide, que necesite demasiada protección, salvo quizá de sí misma.

Es una de aquellas personas que, debido a su carácter fuerte, crees que la conoces. Últimamente me he pasado cada vez más tiempo preguntándome hasta qué punto la conozco en realidad.

A través de la puerta me mira y sonríe.

—Si alguna vez necesitas referencias —dice—, tengo montones de amigas con historias de verdadera mala suerte.

Sin duda, la mayoría tienen que vérselas con un abogado de oficio. Laurel es una cliente de postín en este hotel, ya que tiene abogado particular, y es el tema de no pocas historias.

—Me han dicho que querías hablar conmigo. ¿Más instrucciones para mañana?

Sacudo la cabeza. Ha sobrevivido bastante bien a la

declaración de apertura de Cassidy. Laurel no palideció ni rompió el contacto ocular, sino que aguantó el tipo y miró a Morgan directamente a los ojos cuando la señaló y la llamó asesina. Ni un destello de culpabilidad, ninguna confesión síquica por parte de esta mujer.

—Necesitamos hablar.

Me lanza una mirada de mal agüero.

—¿Qué es lo que anda mal?

Suelo hacerlo con la mayoría de mis clientes en la víspera del juicio, un último crucero de prueba para explorar los itinerarios y rumbos posibles antes de navegar por la mar gruesa.

—Mañana iremos a por todas. En la medida de lo posible, intentaremos hacer trizas el testimonio de sus testigos, cargarnos sus pruebas. En un caso capital no queda más remedio que ser un desgraciado.

A las mujeres que hacen lo que yo para ganarse la vida las llaman putas los hombres que tienen que vérselas en casos contra ellas. Esto no sólo es un ejemplo de la doble moral de la vida, sino un barómetro fiel del estado de ánimo que se respira en la mayoría de los juzgados criminales. En el infierno de un juicio, los egos se adjuntan a los razonamientos, del mismo modo que el patriotismo y el orgullo nacional se disparan en una situación bélica. Unos pocos intercambios enojosos y el compromiso se convierte en una palabra de cuatro letras.

—Necesito saber si te sientes a gusto con la manera de llevar el caso.

Esto le hace echarse atrás en el taburete.

—Hermano, no sé si es lo que pretendes, pero me estás poniendo los pelos de punta.

—No es ésa mi intención. Pero necesitamos explorar las opciones.

—La opción que a mí me gustaría explorar es la de clavar el culo de Jack en la pared.

—Puede que no sea tan fácil.

—Día de repaso de posiciones.

Le hago un gesto afirmativo. Una teoría no es más que eso, demostrarla es algo muy distinto.

—¿Cuáles son mis posibilidades?

Hasta el momento, nunca habíamos discutido este punto. Hemos tratado los detalles, las minucias y cabos sueltos de las pruebas, los cálculos de credibilidad de cada testigo, incluida Laurel. De todas maneras, el punto más alto fue el golpe de gracia asestado a la señora Miller en las vistas preliminares al juicio. Esta noche, cuando le he llevado las noticias, por un instante, una fracción de segundo, Laurel parecía mareada. Creo que ha sido la primera vez desde que está en la cárcel que Laurel ha pensado seriamente en la posibilidad de ganar. Desde el pozo negro que es su celda, sin sus hijos, con su vida hecha un embrollo, es difícil ver un rayo de esperanza.

—Ellos tienen pruebas físicas que te involucran, el testimonio de Jack, un motivo consistente para una venganza doméstica, un sinfín de circunstancias que te hacen parecer culpable: tu viaje a Reno, tu visita a la

casa horas antes aquella noche. ¿Lo quieres solo, sin azúcar? —le pregunto.

Laurel asiente.

—Algo menos que un cincuenta por ciento.

—En este momento están heridos, un poco doloridos por la pérdida de la señora Miller, una testigo ocular que te situó en la escena del crimen alrededor de la hora en que se cometió. Esto hubiera sido una traba. Sin embargo, se están lamiendo las heridas. No es mal momento si nosotros quisiéramos hacer un trato.

—¿Es lo que tú me recomiendas?

Es la pregunta más dura para un abogado. Lo que no se puede contestar con palabras. Una pausa embarazosa.

—No, no lo creo. Supongo que intento decirte que no hay garantías.

En este momento soy un hondo suspiro.

—Y tú no eres un cliente cualquiera. No para mí, ni para Sarah, ni para tus hijos. Tendría una cola horrorosamente larga de gente esperando para pedirme explicaciones si perdemos.

—Has hecho lo que has podido. Yo me metí en este lío.

—No, fueron las circunstancias. Y llegado este punto, la única salida segura para salir con vida podría ser la de hacer un trató con la fiscalía.

Medita un poco tras los cristales, con los ojos bajos durante lo que parece una eternidad. Es la decisión de una vida.

—¿Cuánto me caería?

—Depende de lo que estén dispuestos a ofrecer. Si puedo sacarles un segundo grado, son quince años, y estarías fuera al cabo de diez.

—¿Qué pasa con mis hijos?

—¿Qué les pasaría si te ejecutan?

—¿Quiero decir si Jack tendría la custodia?

Ya volvemos otra vez. Supongo que Jack acabará cumpliendo su propia condena una vez yo acabe con él aquí y los federales se enteren de que intentaba tomarles el pelo al infundirles lástima. Pero no le digo nada de esto a Laurel, ya que no tiene sentido darle esperanzas ahora.

—Tal vez sí, pero ¿qué importa eso?

—No quiero que él eduque a mis hijos. Además, diez años es mucho tiempo.

De repente, para Laurel es una eternidad.

—Tus hijos seguirían aquí.

—Serían muy mayores.

—Pues tendrías nietos.

—¿De verdad quieres que lo haga? ¿Intentar pactar?

—No —le digo—. Lo que deseo es que tomemos la decisión correcta.

En realidad lo que quiero, y no se lo digo, es que alguien más tome la decisión, que me aparte la copa de los labios, que me quite el peso de este juicio de mis espaldas.

—Parece como si tuvieras miedo de enfrentarte al caso. ¿Tan mal está?

—No, si tú fueras otra persona.

Mientras las palabras salen de mi boca, veo lo que son: la admisión definitiva de un abogado exprimido. Durante más de diez años he recibido dinero de millares de extraños y he tirado los dados, siempre con dudas, siempre con trepidación, pero sin volver nunca la vista atrás. He esquivado mi ración de balas, y ningún cliente ha muerto en la pequeña habitación verde. Sin embargo, sí que he conocido abogados que han sufrido este destino, ruinas trémulas, algunos de los cuales han pasado años buscando la absolución en el culo de una botella. Harry en otra vida, por ejemplo.

No es el juicio lo que me da miedo, sino el resultado.

—Entonces yo tomaré la decisión por los dos. Quiero recuperar mi vida, quiero a mis hijos, y no deseo ningún trato. No acepto regatear la condena, y sí ir a juicio, exponer mi caso. Esta es mi decisión, y viviré o moriré con las consecuencias.

Nos hemos quedado en silencio, sin entrar en otros temas. Después, Laurel llena el vacío.

—Ella te dejó una carga terrible —dice.

—¿Quién?

—Nikki. Sé que estás haciendo esto por ella.

—Lo estoy haciendo por todos nosotros.

Con su expresión, me da a entender que es agradable que haya dicho eso. Se sienta y me mira durante un largo segundo en silencio, luego me hace el gesto de afecto universal para quienes se sientan de este lado: presionar la palma de la mano plana contra el

cristal que nos separa. Yo pongo la mía en mi lado como si nuestros dedos se tocasen. Y sin decir más, Laurel se levanta, se da media vuelta y se va.

CAPÍTULO 20

Esta mañana Harry y yo subimos en el ascensor del palacio de justicia hasta el cuarto piso. Cuando se abre la puerta, se nos aparece una escena de multitudes, pero los focos y los micrófonos no están enfocándonos. El circo montado en el vestíbulo no tiene nada que ver con nosotros. Hoy, la prensa ha de trabajar doble.

El juicio de Laurel compite en atención con el de Louis Cousins, un graduado de Stanford de veintisiete años, vástago de una rica familia, que está acusado de haber sodomizado y rebanado el cuello a dos chicas adolescentes en uno de los suburbios de la ciudad hace tres años.

Cousins tiene el cabello rubio y lacio, con el que se tapa la mitad de la cara —a imagen de Adolf—, y unos ojos satánicos. Sus rasgos, aunque finos, parecen como si hubieran sido cincelados en hielo ártico, así de dura es su expresión. Una cara que, por su expresión, podría arrancarle el corazón a una monja que pasara por su lado y no volver la cabeza atrás.

El juicio de Cousins se ha transformado en un club para siquiatras, que quieren irrumpir como testimonios

en el tribunal. Todo está pagado por el padre de Louis, que dirige una especie de safari síquico por el pasado de su hijo. Los terapeutas y médicos sostienen la entretenida idea de que Louis ha tenido una infancia sórdida y brutal, la cual, por supuesto, transcurrió tras las paredes de fincas privadas y las ventanas tintadas de limusinas conducidas por chóferes.

Después de horas y más horas de exámenes y pruebas, que a alguien podían parecerle como revolver vísceras en un plato, los grandes sacerdotes de la mente humana ya no albergan ninguna duda sobre lo sucedido y sólo sobre quién lo hizo, o eso es lo que creen. La resolución vino propiciada por una breve consideración de la fortuna neta del viejo Cousins, la fuente de sus honorarios. Ahora, han determinado que una de sus niñeras debió de corromper al niño durante sus años de formación. Al menos esto es lo que Louis ha repescado en su reprimida memoria después de horas de estudio síquico y gráficas descripciones por parte de sus abogados de la muerte en la cámara de gas. Estos están decididos a retirarse una vez hayan inculcado dicha teoría en el jurado.

Harry siente una gran compasión por aquellos que sanan la mente humana. Últimamente me ha preguntado más de una vez por qué Laurel no sale con terroríficos cuentos sobre los traumas de su infancia. Como él dice: «Al menos podría sentarse un rato en el diván e intentarlo.»

Harry ha pedido consejo a Keenan en este estado, y

en casos relacionados con la pena de muerte, el acusado tiene derecho a dos abogados: uno para manejar la culpabilidad o inocencia —mi papel— y otro para llevar lo que se llama la fase de la sentencia. Si es condenada, Laurel podría serlo a muerte o bien sentenciada a cadena perpetua. Por esa razón, Harry continúa buscando atenuantes, cualquier cosa que haga saltar las lágrimas de un jurado.

Hoy traen a Laurel sin esposar, seguida por una matrona y otro guardia, que se confunden con el fondo en cuanto ella se sienta a la mesa con nosotros. Esto ocurre cada día del juicio, antes de que entre el jurado, para evitar cualquier implicación de culpabilidad que éste pudiera deducir al verla constantemente bajo custodia y rodeada de guardias.

Viste una falda marrón suelta y plisada desde la cintura y una blusa blanca de popelín de manga larga, muy sencilla pero severa debido a que no tiene cuello.

Se lo comento.

—Un aire de María, reina de Escocia —me dice Laurel.

Harry, historiador aficionado, comenta que en aquel tiempo se llevaban los cuellos grandes y con volantes.

—No cuando le cortaron la cabeza —responde Laurel.

Harry lo piensa un momento y luego lo reconoce.

Parece ser que Laurel ha refinado y afilado su sentido del humor negro.

De todos modos, su atuendo es elegante. He tenido

clientes que si las hubiera dejado a sus anchas en su primer día de juicio se habrían presentado atadas a una estaca como Juana de Arco o vestidas como las heroínas de cuentos, con una blusa rasgada por un látigo de nueve colas.

Repasamos la lista de testigos del día.

—El primero es Lama, a menos que hayan cambiado el orden.

Cassidy está en acción, reuniendo los últimos cabos sueltos del caso.

Se dice que Jimmy está particularmente enfadado conmigo por el correctivo que le apliqué durante las mociones previas al juicio, como si ser el sujeto de la enemistad de Lama fuera algo nuevo para mí.

He oído rumores de que Jimmy ha estado esparciendo mierda en lo referente a la bomba de la oficina de correos, pruebas físicas que implican huellas dactilares, las mías, que los investigadores federales recogieron en el lugar. Conociéndolo como lo conozco, sin duda Lama está perplejo por el hecho de que los federales no estén encima de mí como una capa barata en una tormenta. Como sólo ve una parte de la foto, Lama no sabe que ya he prestado declaración, que de hecho ya saben lo que estaba haciendo allí. No tengo ninguna prisa porque Jimmy se entere de esto, pues tiraría por tierra nuestra teoría en cuanto a Jack y a los Merlow.

—Teniente Lama, ¿puede usted decir al tribunal cómo se descubrió el cadáver?

Cassidy lo tiene en directo.

En el estrado, Lama aprieta los labios, como si tuviera que pensar en la pregunta antes de responder. Creo que Jimmy está dolido. Sólo hay un poco de prensa en las primeras filas, y por lo que parece no creo que vayamos a hacer un lleno total hasta que se termine el juicio de Cousins. Woodruff ha permitido que el espectáculo se retransmita a través del canal por cable especializado en juicios famosos, pero parece que Jimmy también se lo ha perdido; aunque se está grabando, no se emite en directo. Sin algún fuerte precedente o cierto progreso bestia en la ley de penes cortados u otra novedad legal que dispare la audiencia, el testimonio de Jimmy es muy probable que sólo llene el hueco de la programación de la medianoche.

—La víctima fue encontrada por su marido en la bañera del baño principal del dormitorio del matrimonio.

—Cuando habla del marido de la víctima, ¿se refiere usted al señor Jack Vega?

—Sí.

—¿Y a qué hora se dio parte a la policía?

Jimmy mira sus notas.

—Según nuestro informe de comisaría, la llamada se recibió exactamente a las cero horas cuarenta y tres minutos.

—¿En horario civil?

—A las doce horas cuarenta minutos de la noche.

—Justo antes de la una de la madrugada.

—Sí.

—¿Y fue usted el primer oficial en acudir?

—No. Antes lo hicieron dos oficiales de un coche patrulla, a los que les siguieron los de urgencias.

—¿Quiere decir los médicos de urgencias?

—Sí, en efecto. Yo llegué —revisa sus notas— a la una y treinta minutos.

—La una de la madrugada —dice Cassidy.

—Sí.

Cassidy es lenta y meticulosa, igual que un albañil con los ladrillos. Hábil con el mortero, sabe que, para construir su caso, las hileras inferiores deben ser verdaderas y estar bien colocadas.

—¿Y qué encontró al llegar?

—El cadáver. La víctima estaba tumbada en una gran bañera del lavabo principal. Había sangre, pero ningún rastro de lucha.

Dice esto con un sinfín de tics faciales y énfasis mal empleado. No obstante, es un punto importante, ya que el estado intenta cerrar la puerta a cualquier estrategia de homicidio involuntario que se pudiera presentar como último recurso: insinuaciones de que se produjera un forcejeo por la pistola que hubiera provocado un accidente. Se han movido en esta dirección desde el principio del caso.

—Parecía haber un solo disparo debajo de la barbilla; aquí. Lama se señala debajo de la mandíbula

con el índice, un poco a la derecha —cerca de la garganta—, como si fuera una pistola, mostrando la trayectoria que la bala siguió en la cabeza.

—¿El cadáver estaba vestido?

—No, estaba, ehh…

Mueve las manos como ni no supiera cómo expresarlo: en cueros, con el culo al aire. Jimmy, que sin duda salió del vientre materno escupiendo obscenidades, ahora se hace pasar por el detective sensible.

—Estaba como cuando Dios la trajo al mundo —dice finalmente.

—¿Desnuda?

Cassidy lo mira.

—Sí, desnuda.

—¿Como si se dispusiera a tomar un baño?

—Protesto. Influye en el testigo —digo mientras señalo con la goma de la punta de un lápiz.

—Se admite la protesta.

Cassidy se rearma.

—¿Tiene usted algún modo de determinar lo que la víctima estaba haciendo justo antes de que le disparasen?

—Parecía como si se dispusiera a tomar un baño.

¡Oh, Dios! Lo ha captado.

—Había una toalla plegada en el suelo junto a la bañera y algunos aceites de baño a un lado.

—Antes ha dicho que no encontró ningún rastro de lucha. ¿Cómo puede determinar eso?

—Por varias cosas. Si bien es cierto que encontramos un par de botellas rotas en el suelo del cuarto de baño, aunque a bastante distancia de donde se encontró el cadáver, no había ninguna marca alrededor del orificio de la herida de bala.

Lama mira a su alrededor. Su mente empieza a vagar.

—¿Se refiere a quemaduras de pólvora procedentes del arma?

—Sí, quemaduras de pólvora. No había ninguna; por tanto, pensamos que el disparo se efectuó a cierta distancia, quizá desde tres o cuatro metros, mientras la víctima estaba tumbada en la bañera. Creemos que las botellas se rompieron cuando al asesino le entró el pánico y las tiró de una estantería en su huida después del asesinato.

—Protesto. Hasta el momento sólo tenemos un cadáver... y ninguna prueba de asesinato.

—Se admite la protesta. Que no conste en acta la última parte de la respuesta del testigo.

—Teniente, ¿podría repetir con otras palabras la última respuesta?

—Creemos que las botellas se rompieron cuando al perpetrador le entró el pánico. —Me escupe la letra «p» al decirlo—. Además —prosigue—, la toalla de baño estaba en el suelo, limpia y bien colocada, sin nada que denotara que hubiera habido una pelea.

Me mira como diciéndome: ¡ya te enseñaré yo a protestar!

Según su teoría, es mejor un disparo frío y calculador a cierta distancia. Así pues, insinúa al jurado que hubo premeditación y deliberación.

—¿Y no se podía deducir por alguna evidencia que el cuerpo hubiera sido trasladado después del disparo?

Es inducción descarada, pero la dejo continuar. Lama pondría al tirador en otro edificio con una mira telescópica si lo presiono demasiado.

—No, porque por lo que pudimos observar, le dispararon mientras estaba en la bañera.

—¿Encontraron huellas dactilares?

—No, eso fue realmente curioso.

—¿Por qué dice «curioso»?

—Porque lo revisamos todo de cabo a rabo en lugares donde era de esperar que hubiera huellas de la víctima.

—¿Y no encontraron ninguna?

Sacude la cabeza.

—No encontramos huellas de la víctima ni en la puerta del cuarto de baño ni en la bañera. Uno espera que la porcelana retenga bien las huellas. ¿Y cómo pudo la señora meterse en la bañera sin tan siquiera tocar el borde exterior?

Jimmy mira a Cassidy como si fuera una adivinanza, interpretando con gran dramatismo.

—¿Y qué conclusión saca usted de ello?

—Que el perpetrador. —Y me mira—. Que el perpetrador limpió las huellas después de disparar a la víctima.

—¿Para evitar que las detectasen?

—¡Claro! ¿Para qué sino?

—Durante la investigación, ¿encontraron el arma del crimen?

—No.

—¿Nada?

—Ningún arma.

—¿Buscaron por toda la casa?

—Sí.

—¿Y por fuera de la casa?

—Por todas partes, y a conciencia.

—¿Y no encontraron el arma del crimen?

—No.

—¿Tuvo usted ocasión de hablar con el marido de la víctima, el señor Vega, en la escena del crimen?

—Sí.

—¿Y le preguntó si había algún arma en la casa? ¿Si su mujer o él tenían alguna?

—Sí. Y me dijo que ni él ni su mujer habían tenido nunca un arma.

—¿Qué conclusiones saca usted?

—Que quien matase a la señora Vega entró con el arma en la casa y se la volvió a llevar cuando terminó.

—Así que llegó dispuesto a matar.

—Protesto.

—Lo retiro.

Morgan me mira con una sonrisa maliciosa, como diciéndome «Intenta revocarlo».

—¿Encontró usted algo más en el cuarto de baño

aquella madrugada?

—Sí. Encontramos un solo casquillo usado de nueve milímetros.

Cassidy se dirige hasta el carrito de las pruebas, las estudia un segundo y coge una bolsa de plástico.

—¿Puedo acercarme, señoría?

Woodruff asiente.

—Teniente, le pido que observe el casquillo que está en esta bolsa y que lo identifique.

Lo estudia unos instantes, y mira las anotaciones de la etiqueta que tiene pegada. A mí me parece exagerado, ya que un nueve milímetros se parece a cualquier otro.

—Este es. Este es el casquillo que encontramos en el cuarto de baño. Lleva mi marca.

—¿Lo puso usted mismo en la bolsa?

—Yo no, sino uno de los técnicos en pruebas, bajo mi directa supervisión, claro. Pero sí que puse una marca aquí. Y la señala con la uña del pulgar.

—Pido que se clasifique este casquillo como prueba número uno de la acusación —dice Cassidy.

—¿Alguna objeción?

El juez me mira.

—No, señoría.

—¿Encontraron algo más?

—Algunas fibras.

Cassidy se dirige de nuevo hacia el carrito, y regresa un segundo después con otra bolsa.

—Esto son fibras. Las encontramos en el suelo, al pie de la bañera. También marqué la bolsa para

identificarla —dice Lama.

Las fibras analizadas es algo nuevo que se han sacado de la manga, aunque por el informe del laboratorio creo que son elásticas.

Cassidy la clasifica para la identificación sin objeciones por mi parte. Ya tiene todas las pequeñas piezas de su caso. Si puede edificar sobre ellas y demostrar un vínculo incriminatorio, alguna relevancia que conecte estas piezas con la acusada y el crimen, Cassidy intentará convertirlas en pruebas en el momento adecuado, como una minuciosa planificación de una partida de ajedrez, calculando el efecto de cada movimiento.

—Además del casquillo y las fibras ya identificados, ¿encontró usted alguna cosa más aquella madrugada?

—Tenemos una cinta de vídeo tomada por una cámara de seguridad situada en el porche delantero de la residencia.

Cassidy saca una cinta de vídeo del carrito y la acerca al testigo, que la identifica.

—¿Detective, ha visto el contenido de la cinta?

—Sí.

—¿Podría explicárselo al tribunal?

—La cinta está programada para mostrar el día y la hora, datos que aparecen en el lado superior derecho de la imagen cuando se proyecta en una pantalla. La cinta en cuestión es de las de reproducción muy lenta, que duran más de doce horas. No es como las que usamos en casa.

Verifica que dicha cinta lleva la fecha del día en que Melanie fue asesinada, pero que por alguna razón que no explica se paró antes de la hora de la muerte.

—No estamos interesados en todo. Sólo en las partes pertinentes. —Se refiere a lo que pueda usar para colgar a Laurel—. ¿Puede usted decir al tribunal lo que vio en la cinta?

—Protesto. —Y me pongo en pie—. La mejor prueba es la propia cinta. ¿Por qué necesitamos que el testigo la interprete?

—Señoría, necesitamos establecer las bases —dice Cassidy.

Para que un objeto conste como prueba, es necesario establecer una base adecuada. En el caso de que éste sea físico, generalmente significa demostrar que es relevante para las cuestiones que se discuten en el caso. El jurado verá la cinta en el momento en que se admita ésta como prueba. Desde mi punto de vista, creo que Morgan ya ha establecido una base con respecto a la cinta.

—Con ese propósito, le daré un poco de margen. Hágalo rápido —admite Woodruff.

—Teniente, ¿puede resumir lo que se ve en la cinta?

—Sí. A las ocho y diecisiete de la tarde del día en que Melanie Vega fue asesinada, en la cinta aparece una mujer en la puerta de la residencia de la víctima.

—¿Puede identificar a esa mujer?

—Era la acusada: Laurel Vega.

Al decirlo, Lama señala a Laurel, aunque tarda un

segundo en hacerlo. Esta descoordinación con respecto a sus palabras deja claro que el gesto estaba planeado, que había sido concebido por la mente de Cassidy o uno de sus ayudantes como momento de dramatismo, y Jimmy lo ha interpretado pésimamente.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—¿Hay algún sonido en la cinta?

—Desgraciadamente, no.

—¿Puede usted explicar qué hacía la acusada?

—Hubo una larga y acalorada discusión...

—Protesto.

—No quiero oír nada sobre discusiones en la cinta —dice Woodruff.

Pido que no conste en acta la respuesta del testigo y Woodruff lo acepta.

—¿Cuánto tiempo dura esa conversación entre la víctima y la acusada?

Lama mira sus notas.

—Cuatro minutos y treinta y tres segundos.

—¿Y cómo termina?

—La acusada hizo añicos la cámara con un tiesto antes...

—Protesto, señoría.

Parece como si a Woodruff lo hubieran pinchado con un hierro para marcar ganado. Sus espesas cejas se mueven en dirección a Cassidy.

—Es todo. No deseo oír nada más sobre la cinta. ¿Quiere marcarla como prueba?

Woodruff mira a Cassidy, que no está ganando puntos con el juez. Con un poco de suerte, podemos guardar estos pequeños momentos de enemistad hacia la oposición para explotarlos en nuestro beneficio en los momentos tensos de una moción o alguna futura refriega contra Cassidy y sus tropas.

El oficial se dispone a ejecutar la orden, marcando la cinta como una de las pruebas de la acusación.

Morgan consulta sus notas. Ha cubierto todos los puntos críticos con el testigo y ahora empieza a entrar en zonas que merecerán mis objeciones y la exasperación de Woodruff.

—He terminado con el testigo.

—¿La defensa? —dice Woodruff.

Me levanto y me aproximo al estrado de los testigos, manteniendo la distancia apropiada. Lama me mira a los ojos, mientras gotas de sudor le recorren el labio superior.

—Teniente Lama. ¿Es correcto ponerle a usted como parte del equipo del fiscal en este caso?

—Soy oficial de policía, ni más ni menos.

Lama es bastante menos, pero no voy a tratar este punto aquí.

—¿No es cierto que en este caso está usted trabajando con la fiscal del distrito, la señorita Cassidy?

—Ése es mi trabajo.

—¿Así que usted es parte de su equipo?

—Si lo quiere llamar así.

—Ha hablado con ella acerca de este caso… quiero

decir fuera del juzgado, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Ha compartido toda la información sobre el caso de la que disponía con ella? ¿Ha hablado del testimonio que planeaba prestar hoy aquí?

—Hemos hablado de ello.

—¿Cuántas veces?

—No sé.

—¿Dos, tres?

Juego a los números.

—No lo recuerdo.

—¿Tantas han sido?

Me lanza una mirada fulminante.

—¿No es cierto que en la preparación para aparecer hoy aquí ha ensayado su testimonio con la señorita Cassidy un buen número de veces para asegurarse de que lo haría bien?

Normalmente no haría tanta incidencia en esto, pero dada la metedura de pata de Jimmy en las mociones preliminares, no me cabe la menor duda de que Cassidy lo ha tenido encerrado en su oficina con uno de sus adláteres durante días haciendo más ensayos generales que en una producción de Broadway.

—Hemos estado hablando unas cuantas veces.

Yo sé que eso es todo lo que él dirá.

—Usted no habló con nosotros, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

Bueno, usted no se sentó a hablar con los abogados de la defensa (el señor Hinds y yo) para explicarnos

exactamente lo que iba a declarar aquí hoy, ¿no es cierto?

—No tengo por qué hacerlo.

—Exactamente, porque su trabajo consiste en condenar a la acusada, ¿no?

Me encargo de destruir el mito de que los policías son neutrales, simples luchadores contra el crimen, sin hacha para cortar. En cualquier investigación, la mente policial se fija más rápido que el mercurio. Enséñales un sospechoso a veces con pocas pruebas y lo señalarán con la imparable fuerza de un compás hacia el norte magnético.

—Mi trabajo consiste en resolver crímenes.

Es una representación de capa y espada; Lama como el vengador enmascarado.

—¡Ah!... ¿Así que no tiene ningún interés en condenar a la acusada?

—No he dicho eso.

—No, no lo ha dicho.

Dejo que el jurado saboree el momento unos instantes.

—¿Puede usted decirnos, señor Lama —¿por qué revestirlo de autoridad si en alguna parte Jimmy ha perdido su rango?—, si se emitió una orden de detención para el arresto de un sospechoso la noche en que Melanie Vega murió?

—Sí, claro.

—¿Quién la emitió?

—Yo.

—¿Y para quién fue emitida?

—Para su cliente, Laurel Vega.

Tras salir trasquilado en el primer intento, ahora Lama no trata de señalarla con el dedo, sino que se limita a gesticular con la cabeza casualmente en dirección a nuestra mesa.

—¿Así que determinó con mucha prontitud que Laurel Vega era la principal sospechosa del caso?

—Sí, en efecto.

—¿Cuántos años de experiencia tiene usted en la investigación de crímenes?

—Treinta y dos.

—Y supongo que después de estos años tiene usted buen ojo para este tipo de cosas. ¿Qué criterios se siguen para emitir una orden de búsqueda y captura cuando se elige a un sospechoso?

—Muchas cosas proceden de la experiencia.

—¿Y esta orden de búsqueda y captura… identificaba a la sospechosa como posiblemente armada y peligrosa?

—Sí.

—¿Lo que quiere decir que, al detener a la sospechosa, la policía probablemente lo haría con las armas en la mano?

—Si aprecian sus vidas.

—¿Por qué fue así?

—Porque era peligrosa.

—¿Y cómo se formó usted esas opiniones tan rápidamente esa noche? ¿La opinión de que Laurel era la principal sospechosa y de que iba armada y era

peligrosa?

—A la víctima le habían disparado, y al no encontrar el arma imaginamos que la tendría ella.

—Muy bien, señor Lama, pero ¿cómo pudo determinar que Laurel Vega era la principal sospechosa?

—Bueno... teníamos la cinta, la del vídeo de seguridad.

—¡Ah! ¿Pudo usted rebobinar la cinta y verla esa misma madrugada en la escena del crimen?

Paso algunas páginas de la copia del informe policial de esa noche que tengo en mi mano.

De repente, Lama se da cuenta de adónde me dirijo y me mira con ojos de perro rabioso.

—Ahora que lo pienso, creo que no lo hicimos.

—¿No hicieron qué?

—No vimos la cinta aquella misma madrugada.

—¿Por qué?

—La cámara estaba rota.

—Y en este equipo en concreto, si una cámara no funciona no se puede rebobinar la cinta, ¿verdad?

—No —dice—. No pudimos.

Lo sé porque he leído los informes de seguimiento del caso. La policía no pudo ver la cinta de seguridad de la casa durante casi cinco horas, hasta que un distribuidor del sistema les brindó el equipo necesario. Para entonces, la orden de detención ya tenía efecto desde hacía unas cuatro horas.

—Así que usted no tenía la cinta cuando se dictó la

orden. Entonces, ¿en qué evidencia se basó para emitir la orden de arresto de Laurel Vega, y la información de que iba armada y era peligrosa?

—Bueno... su marido.

—¿Se refiere usted al señor Vega, el antiguo marido de Laurel Vega?

—Sí.

—¿Y qué le dijo el señor Vega para que usted emitiera una orden de detención contra Laurel Vega?

—Le preguntamos si sabía de alguien que pudiera querer matar a su esposa.

—¿Y qué es lo que dijo?

—Nos dio el nombre de Laurel Vega.

—¿Así de fácil?

—Bueno... y otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Que Laurel Vega odiaba a la víctima, y que estaba celosa. Ya sabe, lo que es de esperar en un divorcio.

—¿Lo que es de esperar?

—Sí, eso.

—¿Y le dijo el señor Vega que vio realmente a la acusada cometer ese crimen?

—No, no estaba en casa a esa hora.

—Bien. ¿Le dijo el señor Vega a usted que había visto a Laurel Vega en su casa aquella noche?

—No.

—Así que lo que tenemos aquí es la sencilla alegación del señor Vega, sin ninguna prueba que la apoye, de que Laurel Vega odiaba a su mujer.

Ciertamente, suficiente para hablar con la acusada, para interrogarla. Así que la evidencia de su detención debió de surgir cuando ustedes la interrogaron, ¿no?

—No.

Lo dice con la boca cerrada, entre dientes.

—¿Qué?

—No.

Ahora, más alto para que el jurado lo oiga.

—Entonces no lo entiendo. ¿Qué prueba tenían ustedes para arrestar a Laurel Vega?

—Un cadáver.

Lo miro, muerto en mitad del estrado.

—¿Está diciendo a este tribunal que, a excepción de las infundadas sospechas de Jack Vega (simples alegaciones sin evidencia alguna), usted no tenía ninguna base para emitir la orden aquella madrugada?

—Ella tenía una alfombra que provenía de la escena del crimen.

—Ella tenía una alfombra que usted ahora afirma que procedía de la escena del crimen, pero que en el momento de dictar la orden ni siquiera lo sabía.

Se apoyaría en la testigo ocular, la señora Miller, pero ella fue excluida como prueba. Si la menciona, abre la boca o hace la más mínima insinuación, tendré un juicio nulo a la vista.

—Encontramos una polvera en su bolso que pertenecía a la víctima. ¡Demonios, ella estaba en Reno huyendo de la escena del crimen cuando la encontraron!

—Hallaron la polvera al cabo de unos días de

difundir la orden que calificaba a mi cliente de armada y peligrosa, después de que la arrestaran a punta de pistola. Y usted no tenía ni idea de dónde se encontraba cuando emitió la orden de búsqueda y captura, ¿no es cierto?

—En ese momento, ella era nuestra principal sospechosa.

Indignación justificada en la sala.

—Hasta la fecha sigue siendo su única sospechosa porque no se han tomado la molestia de buscar a otros sospechosos, ¿no es verdad?

Lama me mira con expresión torturada. Le gustaría responder, pero no sabe qué decir. Si lo admite, está perdido; si dice que no es cierto, le preguntaré a qué otros sospechosos persiguió y qué otras pistas ha seguido en esta investigación. Ambos sabemos la respuesta.

—Todas las pruebas apuntan hacia su cliente.

—Todas las pruebas que usted ha aportado, porque no se ha molestado en buscar ninguna otra prueba que la eximiera y que pudiera apuntar hacia el verdadero asesino, ¿no es cierto?

Ahora me ocupo de plantar la semilla de mi caso en el estrado del jurado: la idea de otro asesino. Ese es uno de los problemas de su caso; han basado la probable causa para arrestar a Laurel en hechos posteriores: el hallazgo de la polvera, la alfombra y la fracasada identificación de la señora Miller. En el momento de emitir la orden no tenían nada de todo esto. Sin duda,

con poco esfuerzo podríamos desmontarla detención inicial, aunque podrían haber subsanado cualquier defecto en poco tiempo. Era mejor dejarlo como estaba y usarlo para desprestigiar a Lama.

—Hemos sido correctos. Hemos llevado a cabo una investigación profesional.

—¿A esto llama usted profesional?

—Sí.

—¿Es profesional instruir una orden de detención contra mi cliente basándose sólo en las sospechas de Jack Vega?

No me responde, pero me mira, se arregla la corbata, luego se seca el labio superior con la manga de la chaqueta. Es mejor respuesta que la que yo podía desear, y toda en lenguaje corporal.

—Estoy esperando su respuesta.

—Ya le he dado una. Fue una investigación profesional.

—Acaba de decir que el señor Vega le explicó que Laurel Vega odiaba a su nueva esposa, y que estaba celosa, lo que es de esperar en un divorcio. Estas han sido sus palabras. ¿Qué quiere decir al hacer estas afirmaciones?

Por encima de sus hombros todo tiembla, como uno de esos perritos que tienen un muelle en la cabeza y se llevan en el salpicadero del coche, es el modo en que Lama intenta explicarlo sin palabras.

—Ya sabe.

—No, no sé. ¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir un mal divorcio... Las mujeres no se caían bien. Después de treinta años de servicio en las fuerzas del orden, uno llega a saber bastante sobre muchas cosas.

—Supongo que ha atendido un gran número de llamadas domésticas, al cabo de los años, durante sus días de patrullero.

—Sí, bastantes.

—Entonces, ¿conoce a las mujeres que se hallan inmersas en los casos de divorcio o que están divorciadas?

—Ya lo creo.

Dado el factor sexo de este jurado, desde aquí puedo oír a Cassidy sorbiendo el aire. Jimmy está a punto de meter la pata.

—¿Así que las mujeres pueden ser violentas cuando hay un divorcio de por medio en su vida?

De pronto, parece darse cuenta de la encerrona, de que lo pongo en la picota de la herejía sexista, lo contrario de la doctrina de que las mujeres siempre son las víctimas de la violencia doméstica. La mirada de Jimmy se pasea por los miembros femeninos del jurado y se vuelve, cautelosa, hacia mí.

—Los hombres también lo hacen. A veces también sacuden a... las mujeres. Así que nosotros llegamos y los detenemos.

Jimmy al rescate.

—¡Ah!, ¿así que hay violentos por todas partes?

—Sí, claro.

—Bien. ¿Se le ocurrió a usted pensar que el señor Vega podría tener sus propias razones para querer que su ex esposa apareciera como sospechosa?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que un mal divorcio implica una gran dosis de amargura. ¿En algún momento se le ocurrió pensar que el señor Vega pudiera tener sus propios motivos para verter hostilidad sobre su ex esposa? ¿Hacer acusaciones sin ninguna prueba? Eso sería algo natural en un mal divorcio…¿no cree?

—No teníamos ningún motivo para sospechar que nos estuviera engañando.

—¿Pero ustedes estuvieron dispuestos a formarse todo tipo de sospechas contra su antigua esposa, hasta el punto de tacharla de asesina?

—Había pruebas.

—Lo que yo recuerdo son sospechas. Todas las pruebas que usted esgrime fueron conseguidas después de su detención. ¿Qué más le dijo el señor Vega aquella noche?

—Estaba preocupado. No lo quisimos presionar.

—¿No quisieron presionarlo? ¡No quisieron presionarlo!

Lo digo cambiando la voz, subiendo una octava, y mirándolo con ojos incrédulos.

—Ya veo. Era mucho más sencillo detener a mi cliente, difundir por todas partes una orden calificándola de armada y peligrosa, someterla a la posibilidad de que la matasen, de que la arrestasen

oficiales nerviosos a punta de pistola… mucho más fácil que investigar los hechos, que averiguar qué se escondía exactamente detrás de las acusaciones de Jack Vega contra su ex esposa.

—Con cierta perspectiva, quizá lo hubiéramos hecho de otro modo.

Ante esta respuesta, Cassidy se encoge.

—Apuesto a que sí.

La primera regla: una vez lo tengas en la picota, déjalo allí. Desde el principio, tenía la sospecha de que algo más motivó el arresto de Laurel, algo que ha hecho que Lama cayera en su propio nido de víboras: su odio hacia mí y el reciente descubrimiento de que Laurel y yo éramos parientes.

CAPÍTULO 21

Por la tarde, Cassidy se está lamiendo las heridas. Lama le ha hecho perder puntos: ha metido la pata en el asunto de la detención de Laurel, que se llevó a cabo sin pruebas suficientes. Cassidy se estará preguntando ahora si las palabras de Jimmy podrían llegar a ser la piedra angular de una apelación posterior, en el caso de que Laurel fuera condenada.

El testimonio de Lama ha suscitado en el jurado la clara imagen de una investigación descuidada, de policías no interesados por los detalles, indolentes con

los hechos, en una miope cruzada por condenar a Laurel antes de que hubiera ninguna prueba de su culpabilidad.

En cierto modo, creo que Cassidy se ha vuelto más peligrosa por este motivo; sus contorsiones en el juicio expresaban la ansiedad de seguirle el rastro a un tigre herido entre la maleza.

Colin Demming es el reverso de Lama. Es joven, guapo, armonioso y brillante. Como los policías de paisano van bastante mal vestidos a los tribunales, hoy el oficial viste el uniforme del Departamento de Policía de Reno. Demming es un patrullero de ese cuerpo y el hombre que inicialmente arrestó a Laurel en la lavandería de Virginia Street.

Normalmente, sería de esperar que Cassidy llamase a Demming al estrado, le sacara lo que necesita de él y le hiciera bajar en seguida. Pero Morgan ha encontrado otra línea de ataque, y Demming es el arma perfecta: un policía que no está relacionado con esta investigación inepta.

Cassidy se toma su tiempo repasando los detalles de la detención. Llamaron a Demming y a otros oficiales para que acudieran a la lavandería cuando una mujer vio la foto de Laurel en un periódico y llamó a comisaría. Demming comprobó si había una orden y encontró una a nombre de Laurel, que se emitió basándose en el testimonio ocular de la señora y su identificación de la foto que Lama le enseñó la noche del crimen. Ya he descubierto de dónde procedía: Laurel me

dijo que Jack se la quitó a Danny de entre sus pertenencias, cosas que el niño dejó en la casa de Jack en una de sus visitas. El hecho de que la foto hubiera servido para lanzarle a su madre la caballería, aparentemente fue la causa de muchas fricciones entre Danny y su padre.

Morgan le pregunta a Demming lo que sucedió cuando la policía llegó a la lavandería.

—Vinieron otras dos unidades de refuerzo. Una de ellas cubrió la parte trasera del edificio, mientras yo y otros tres oficiales entramos por la parte delantera.

—¿Qué encontraron dentro?

—Vimos a una mujer junto a una de las lavadoras del fondo. También había otras mujeres, a las que les pedimos que salieran.

—Así que la sospechosa no los vio a ustedes cuando entraron.

—No, ya que ella estaba de espaldas cuando entramos. Las máquinas, las lavadoras y las secadoras, hacían mucho ruido. Me acerqué a ella y tuve que darle una palmadita en el hombro para que se diese cuenta de que estaba de pie detrás de ella. Le dije que se moviera, que pusiera las manos contra la lavadora, diera un paso atrás y separase las piernas. Luego le pedí que se identificase, a lo que contestó que todo lo tenía en su bolso. A continuación la previne que se quedase donde estaba, y uno de los oficiales lo cogió.

—¿Dónde estaba el bolso?

—En una silla, a unos pasos.

—¿Consiguió la identificación de la sospechosa?

—Sí, encontramos una cartera dentro del bolso con un permiso de conducir que la identificaba como Laurel Jane Vega, el mismo nombre que figuraba en la orden.

—¿Ve usted a la mujer en cuestión hoy en el tribunal?

—Sí, está sentada allí.

Y señala a Laurel, que está sentada a mi lado.

—Señoría, quisiéramos que constase en acta que el testigo ha identificado a la acusada, Laurel Vega.

—De acuerdo, así será —dice Woodruff.

—¿Arrestó usted entonces a Laurel Vega?

—Sí. Le leímos sus derechos y la esposamos.

—Y mientras le leía sus derechos y la esposaba, ¿le dijo ella algo? ¿Hizo alguna declaración?

—Sí. Quería saber cómo la habíamos encontrado.

—¿Cuál fue exactamente su declaración? ¿Lo recuerda?

—Tomé nota de ello. Se refiere a una copia del informe de la detención: «¿Cómo me habéis encontrado, muchachos?», eso es lo que dijo.

—«¿Cómo me habéis encontrado, muchachos?» —Cassidy repite la frase lentamente mientras se levanta con la mirada puesta en el jurado y caminando hacia él—. ¿Y qué le dijo usted?

—Le contesté que podía hablar con un abogado si tenía alguna pregunta.

—Oficial, le he pedido que trajera algunos documentos al tribunal. ¿Los tiene aquí?

—Sí.

Mira dentro de una carpeta y saca un fajo de papeles. Le da algunos a Cassidy. Ella los hojea, y a su vez da una copia al oficial del juzgado, quien se los pasa al juez. Luego se contonea hasta nuestra mesa y deja caer una copia delante de mí sin demasiadas contemplaciones.

—Me estoy refiriendo al formulario titulado «Inventario del prisionero». ¿Lo ha encontrado?

—Sí.

—¿Puede explicar al tribunal qué es?

—Es un formulario estándar que se rellena en la comisaría de nuestro departamento siempre que se lleva a cabo una detención. Se usa para hacer un inventario de los objetos que se encuentran en posesión de la persona que se arresta y se ficha. Los objetos se guardan en un sobre sellado y se marcan con las iniciales del prisionero para devolvérselos cuando pague la fianza o cuando lo dejen en libertad.

—¿Y el impreso en particular que tenemos aquí?

—Éste es el de la sospechosa de este caso, Laurel Vega.

—Supongo que esto se preparó cuando la ficharon en Reno.

—Sí.

—¿Quién rellenó este impreso?

—Lo hice yo como el oficial que la detuvo.

Señala sus iniciales al pie del impreso.

—Un montón de pequeños objetos personales.

Cassidy lee el impreso:

—Pañuelo, llaves del coche, barra de labios. ¿Dónde los encontraron?

—Era el contenido del bolso de la acusada.

Y Demming señala una anotación en el impreso que lo corrobora.

—Llamo su atención sobre el objeto número once del inventario: «Polvera femenina de oro con las iniciales M. I. H.» ¿Lo ve?

—Sí.

—¿Fue ése uno de los objetos encontrados en el bolso?

—Sí.

Cassidy se dirige hacia el carrito de las pruebas, hurga un segundo en un par de bolsas de papel y al cabo de un momento se aproxima con un objeto en la mano.

—¿Puedo acercarme al testigo, señoría?

Woodruff resopla y asiente con la cabeza.

—Oficial Demming, le pido que mire esta polvera y me diga si la había visto antes.

Demming le da la vuelta en la mano, la examina detenidamente y luego levanta la vista hacia Morgan.

—Es la polvera que encontré en el bolso de la acusada en el momento de la detención.

—¿La que está marcada como artículo número once en esta hoja?

—Sí. Puede ver las iniciales aquí —señala Demming.

—Gracias.

Cassidy desea identificarla para la acusación. No

pongo objeción alguna. Cassidy esperará hasta que Jack la identifique como perteneciente a Melanie y robada la noche del asesinato, y luego la convertirá en prueba, en una de las piezas para rematar su caso, dejándonos a nosotros la tarea de responder a la pregunta de cómo llegó hasta el bolso de Laurel tres días más tarde, cuando fue arrestada en Reno.

—Un objeto más —dice, buscándolo en la lista.

—Pruebe con el número diecisiete —le digo.

Morgan me depara una mirada condescendiente, como queriendo decir: ¿cómo sabes tú lo que estoy buscando?

En estas cuestiones es muy metódica. Las sorpresas vendrán después, cuando esté en mi terreno. Conociendo a Cassidy, lo único que puedo hacer es intentar mantener el equilibrio.

—Sí, es eso. Oficial Demming, llamo su atención sobre el objeto número diecisiete de la lista: una alfombra decorativa de uno por uno y medio metros. ¿La ve?

—Sí.

—¿Dónde la encontraron?

—En la lavandería. La tenía ella; en realidad, la estaba lavando en el momento en que la arrestamos.

Mientras habla, Cassidy se desplaza hacia el carrito de las pruebas y localiza la alfombra, que tiene un complicado dibujo entretejido con hilo azul, sin dificultad; está enrollada y atada con un cordel. Le pide al alguacil que le eche una mano, y éste coge la alfombra

y se la lleva hacia el estrado de los testigos.

—Oficial Demming, ¿puede usted identificar la alfombra que le está enseñando el alguacil?

La mira y comprueba una etiqueta pegada en una de las esquinas.

—Sí, ésta es la alfombra que encontramos en la lavandería en posesión de la acusada cuando la detuvimos, la que estaba lavando.

Todas las pruebas en fila en el caso de Morgan. El terreno que Lama ha perdido, Demming lo ha recuperado con creces. Cassidy imagina a Jack en el estrado identificando la alfombra como parte de la escena del crimen aquella noche, la confirmación de que Laurel estuvo allí. ¿De qué otra manera pudo haberla conseguido?

—Ahora entremos en la cuestión de la colada por un momento —dice Cassidy—. Usted afirma que la acusada estaba lavando esta alfombra. ¿Acaso lo hacía en una lavadora corriente?

—No, era una de aquellas grandes máquinas. El encargado me explicó que era una de las últimas que quedaban en la ciudad. Utiliza disolventes químicos de lavado en seco para limpiar productos de lana u otros tejidos que no se pueden lavar con agua y jabón.

—Así que estos productos químicos, por lo que deduzco son bastante cáusticos.

—Protesto.

Subo considerablemente el tono de voz hacia Woodruff, que parece estar dormitando en su sillón. De

repente, abre los ojos.

—A menos que el oficial tenga una licenciatura en ingeniería química, lo que nosotros no hemos oído, la pregunta incita a la especulación.

—Siento disentir —dice Cassidy—. Esto tiene que ver con el aspecto de los productos químicos, así como con el de la acusada, cuando los estaba empleando.

Me entra un temblor de arriba abajo porque ya empieza a penetrar en los límites del campo prohibido —al inferir que Laurel estaba destruyendo pruebas—, aunque de momento la pregunta está dentro de la línea del campo de juego.

—Quizá la fiscal pueda aclararnos la pregunta —inquiere Woodruff.

Morgan hace una mueca.

—¿Podía usted oler los productos químicos, oficial?

—Sí.

—¿Y cuál era su olor?

—Las emanaciones eran muy fuertes, y te quemaban la nariz; algunos de nosotros estuvimos tosiendo unos minutos hasta que pudimos salir de allí y respirar aire puro.

—¿Estaba la máquina abierta en el momento en que encontró a la acusada?

—No.

—Entonces, no comprendo ¿cómo se escapaban las emanaciones?

—La acusada había abierto la máquina durante uno de los ciclos y se las había arreglado para meter las

manos en el disolvente.

—¿A usted lo preocupó?

—Lo bastante como para preguntar al encargado qué era aquello.

—¿Qué dijo?

—Protesto. Es un testimonio de oídas.

—Se admite la protesta.

—Bueno, déjeme hacerle una pregunta: ¿tuvo usted ocasión de ver las manos de la acusada?

—Sí.

—¿Y qué aspecto ofrecían?

—Tenía un montón de manchas rojas, quemaduras de productos químicos, hasta los antebrazos.

—¿Le preguntó usted a ella sobre eso?

—Sí, y dijo que había sido un accidente.

—¿Accidente? Muy torpe, ¿no cree? Un accidente muy oportuno.

—Protesto... Incita a la especulación.

—Se admite la protesta.

—Oficial, ¿sabe usted algo sobre las pruebas de residuos de pólvora de arma de fuego?

—Señoría, voy a protestar por la línea que sigue el interrogatorio. El testigo no es un experto, y por lo tanto no está cualificado.

—Buena puntualización —dice Woodruff.

—No tiene por qué ser un experto cualificado para responder si su departamento intentó efectuar algún tipo de examen de residuos de pólvora en las manos de la acusada después de su detención.

Woodruff concede la prueba del olfato.

—¿Es eso todo lo que quiere preguntarle?

—Sí, señoría.

—Bien, pues hágalo —concede el juez.

—Oficial Demming: ¿sabe usted si el departamento intentó efectuar algún tipo de examen de residuos de pólvora en las manos de la acusada después de su arresto?

—No.

—¿Entonces no sabe si hubiera sido posible efectuarle esas pruebas dada la contaminación química de las manos de la acusada?

—¡Protesto!

Me levanto y grito hacia el estrado.

—Se admite la protesta —exclama Woodruff—. Ni una palabra más. La pregunta no constará en acta. Los señores del jurado deberán ignorar la última pregunta del fiscal. Señorita Cassidy, quiero verlos a usted y al señor Madriani en mi despacho en cuanto terminemos con este testigo.

—Sí, señoría.

—No le haré más preguntas al testigo —dice Cassidy, y se sienta para evitar la mirada de Woodruff, como si ésta pudiera perforarle la frente.

Ardo por debajo del cuello de la camisa, pero intento no demostrarlo. Uno de los más grandes errores que se puedan cometer en un interrogatorio es el de destilar tu veneno en un testigo que al menos da la apariencia de neutralidad.

—Oficial Demming —le sonrío amplia y largamente y cuento hasta diez—, gracias por venir hasta aquí para declarar.

—Es parte de mi trabajo —responde, mirándome con ojos muy serios porque sabe que soy el diablo.

—Quiero hacerle algunas preguntas, a modo de aclaración. Asiente como diciendo que comprende, aunque su expresión es la que uno reserva para visitar al dentista.

—¿Ha dicho usted que cuando recibió la llamada para ir a la lavandería comprobó si existía una orden de detención y que le informaron que sí había una?

—Sí, eso es.

—También le dijeron que la sospechosa podía ir armada. ¿Es correcto?

—Sí, lo es.

—Y cuando usted detuvo a la sospechosa, ¿tenía algún arma?

—No.

—¿No tenía ningún arma escondida en su cuerpo?

—No.

—¿Ni en su bolso?

—Si hubiéramos encontrado un arma constaría en la hoja del inventario. ¿Vio usted alguna?

Está malhumorado.

—¿Así que no encontró ninguna?

—Eso es lo que he dicho.

Podría presionarlo más, preguntarle si no le pareció raro no hallar ninguna pistola después de haber sido

advertido que iba armada y era peligrosa. Pero esta clase de preguntas a un testigo hostil tienen un efecto negativo. Demming podría especular que si tenía una pistola podía haberla tirado en cualquier parte, suscitando así un efecto perjudicial en lamente del jurado. Por tanto, lo dejo como está.

—¿Cuando usted se aproximó a la acusada, ofreció algún tipo de resistencia? ¿Luchó con usted?

—No.

Omito que probablemente en ese momento le estaban apuntando una docena de policías armados. Cassidy lo ha dejado sabiamente al margen, desde el testimonio de Lama, y ahora esta cuestión no sirve a mis propósitos.

—Además de la declaración que hizo la acusada a la que usted ha aludido antes, ¿dijo alguna otra cosa cuando la detuvo?

Lo piensa un momento. Si intenta repetirlo, lo interrumpiré.

—No. No que yo recuerde.

—¿No hizo ninguna confesión?

—No.

—¿Dijo ella: «Lo hice yo»?

—No.

—¿No intentó escapar?

—Le hubiera resultado difícil.

—Pero ¿lo intentó?

—No.

—Oficial Demming, usted dice que encontró la

alfombra que pertenecía a Laurel Vega en una máquina comercial, ¿es cierto?

—Sí.

—Bien. Entonces, obviamente, cuando usted se aproximó a la acusada en la lavandería, su primera preocupación no fue el contenido de la lavadora, ¿verdad?

—No entiendo la pregunta.

—Quiero decir que ante usted tenía una sospechosa peligrosa, porque le habían dicho que iba armada y era peligrosa, ¿es eso cierto?

—Sí.

—Bueno. Debía de estar usted preocupado vigilándola, ¿verdad?, demasiado ocupado para mirar qué se centrifugaba en la máquina, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto.

—Así, ¿cómo descubrió que la alfombra que estaba en la lavadora era de la acusada?

—Ella nos lo dijo.

—¿Ella se lo dijo?

Le doy gran importancia a esto, enfatizando mucho.

—Sí, eso es.

—¿Por lo que parece, ella no intentó ocultar que el objeto le pertenecía?

—No.

—¿Voluntariamente le dijo que la alfombra era suya?

—En efecto.

El caso está claro. Si la alfombra es la prueba

incriminatoria que la relaciona con el asesinato de Melanie Vega, ¿por qué iba Laurel a decir a la policía que era suya?, ¿por qué no dejarla y marcharse?, ¿o decir a la policía que lo que había en esa máquina era de otra persona?

En Demming hay un poquito de aquel proverbio que dice que incluso del peor testigo se puede sacar algo positivo para la parte contraria.

—He terminado con el testigo.

Demming recoge sus papeles y se dispone a levantarse.

—Ah, una pregunta más, oficial.

Estoy a mitad de camino de mi mesa cuando me doy media vuelta.

—Acerca de las manos de la señora Vega, usted ha dicho que cuando la detuvo las tenía inflamadas, irritadas. Creo que sus palabras fueron… —consulto mis notas—: «un montón de manchas rojas, quemaduras por productos químicos que le llegaban hasta los antebrazos». Debe de ser muy doloroso. ¿Se lo imagina?

—Sin duda.

—Y sin embargo eso no le impidió esposarle las manos a la espalda con esposas de metal antes de empujarla dentro de su coche patrulla, ¿no?

Me mira.

—Es el procedimiento habitual, simplemente. Nosotros tenemos que…

—He acabado con el testigo.

Lo dejo allí plantado, ofreciendo la única excusa que

puede brindar al jurado: una mirada compungida.

Al estar con los testigos, no nos retiramos al despacho del juez, sino que nos reunimos en un exiguo pasillo, fuera del alcance de los oídos del jurado y sin que conste en acta. Harry, y yo, Woodruff y Cassidy estamos en la penumbra, de pie en el pequeño pasillo. Lama ha intentado con todas sus fuerzas hacerse un hueco como representante del pueblo, pero no ha podido pasar de la sala de audiencias, e intenta mirar por encima del hombro de la alta Cassidy.

Woodruff está alimentando claramente una hostilidad velada. Mira a Morgan.

—Ya he tenido bastante por hoy. A lo mejor quizá le parezca un estúpido.

—No sé de lo que me está hablando —dice Cassidy inocentemente.

—Hablo de lo que ordené en las mociones preliminares. ¿Se acuerda? Corríjame si me equivoco, pero ya hablamos sobre las inferencias y las pruebas que estaban siendo destruidas, y le dije que no hiciera comentarios sobre estos asuntos. ¿Se acuerda ahora?

—Sí.

—Entonces, ¿qué demonios ha pasado ahí dentro?

Cassidy arquea las cejas, como si no supiese de qué está hablando. Eso basta para prender la llama en el juez.

—Sabe perfectamente a qué me refiero —le

recrimina—, a ese rollo sobre los residuos de pólvora del arma. Le he dado margen para una pequeña investigación y usted ha abusado. Si quiere acabar haciendo compañía a la cliente del señor Madriani en la cárcel, siga así.

Por el aspecto de Harry, parece que se lo está pasando bomba. Si hubiera una mecedora, él iría a comprar palomitas.

—En el estrado, llevo la cuenta en una hoja —le explica Woodruff—. Inténtelo una vez más y pondré una marca en su nombre. A la primera, la multaré. Junte dos, y cuando este juicio acabe la citaré con el cepillo de dientes. ¿Me he explicado con claridad?

—Señoría, el jurado tiene derecho a oír la evidencia, a formarse su propio...

—¿Me he explicado con claridad? —le repite Woodruff con una voz atronadora.

Sé que lo pueden oír desde la sala.

Harry está realmente inquieto, deseoso, rezando porque Cassidy diga una palabra más.

—Sí, señoría.

—Bien.

Woodruff la empuja para abrirse paso y nos deja allí plantados en la oscuridad, mirándonos unos a otros. Cassidy levanta los ojos al cielo, como diciendo «qué bastardo», pero se está equivocando de público.

Jenny Lang es un problema para nosotros, ya que

pensamos que era una insignificancia en la lista de testigos: varias docenas de blancos falsos puestos por la fiscalía con la esperanza de que perdiéramos el tiempo investigando, buscando un nombre que no tiene ni la menor intención de llamar a declarar.

Miro a Harry, quien se encoge de hombros como diciendo«esperemos que no sea nada».

Lang es una amiga de Laurel de hace tiempo, una mujer que compartió su círculo de amistades hace seis años, cuando sus hijos iban al mismo colegio privado y Laurel aún estaba casada con Jack. Desde entonces sus vidas han seguido caminos diferentes. Lang trabaja como contable para un grupo de ejecutivos políticos en el centro de la ciudad. Ella y Laurel comen juntas de vez en cuando; la última, hace unos ocho meses.

Cassidy no ha aportado ninguna declaración escrita que resuma el testimonio de Lang, y cuando Harry y yo le preguntamos a Laurel por qué el nombre de Lang aparece en la lista de testigos de Morgan, Laurel no supo darnos ninguna pista. Nos figuramos que sería para despistar, pero nos equivocamos.

Lang viste un traje chaqueta con dibujos blancos y negros, corbata negra y tacón alto, lo que lleva una mujer de negocios habitualmente. Debe de medir un metro sesenta y pesar unos cincuenta kilos, y lleva el cabello corto por los hombros.

Cuando se vuelve para prestar juramento, Harry y yo nos devanamos los sesos intentando encajar a esta mujer en este caso. Se quita el bolso que le cuelga del

hombro y lo sostiene en una mano mientras levanta la otra y jura decir la verdad. Si todo esto tiene mal aspecto, se confirma por la forma tan obvia en que Lang evita la mirada de Laurel.

—Haga el favor de decir su nombre para que conste en acta.

—Jenny Lang.

—¿Su nombre completo?

—Jennifer Ann Lang.

Ofrece un aspecto débil y ruinoso en el estrado, y no parece sentirse feliz de estar allí, como si lo llevara escrito en un cartel colgado del cuello.

Morgan se ha colocado en línea directa entre la testigo y Laurel, con las piernas separadas, las manos en jarras, formando una barrera impenetrable entre las dos mujeres.

—Señora Lang, ¿conoce usted a la acusada, Laurel Vega?

—Sí. Éramos, somos amigas.

—¿Puede usted decir al tribunal cuánto tiempo hace que conoce a la acusada?

—Mmmm. Hace… no sé. —Lo piensa un momento—. Al menos ocho años y pico. Nuestros hijos iban al mismo colegio.

—¿Cuándo fue la última vez que se vieron?

—Hará unos seis meses.

Intenta mirar a su alrededor para ver si Laurel lo confirma, pero Cassidy se lo impide con su propia versión de la gran muralla china.

—¿Y cuál fue el motivo de su último encuentro?

—Una comida.

—¿Recuerda dónde?

Cassidy quiere todos los pequeños detalles de su memoria, para que el jurado conceda credibilidad a las dañinas palabras que Lang está a punto de soltar.

—Fue en Sabrina's, un restaurante del bulevar. Solíamos reunirnos allí bastante a menudo.

Su nerviosismo es palpable, y dirige sonrisas estúpidas al juez, luego a Cassidy, y después a nadie en particular. Jennifer Lang sabe perfectamente adónde quiere ir a parar Cassidy, y el instinto me dice que no está demasiado ansiosa.

—Volvamos a junio del año pasado, señora Lang, y déjeme que le pregunte si recuerda una conversación con otra mujer, la señora Ann Edlin, que trabajaba en su oficina.

—Recuerdo a Ann.

De repente, Laurel me agarra el muslo por debajo de la mesa y me dice al oído:

—Ann Edlin está en el equipo de Jack.

Entre murmullos, Laurel me dice que tiene problemas. El Capitolio es un pañuelo.

—¿Recuerda haber explicado algunas cosas a la señora Edlin, cosas que le habían sido confiadas a usted por Laurel Vega, la acusada, durante la comida?

Jenny Lang mira hacia el techo. Le tiembla la barbilla y empieza a mover la cabeza. Creo ver incluso lágrimas asomarse a sus ojos.

—Pero usted dijo...

—¿Recuerda...?

—Sí. Recuerdo haber hablado con Ann.

—¿La señora Edlin?

—Sí.

—¿Recuerda haberle hablado de asuntos concernientes al matrimonio de la acusada, información que Laurel Vega le había dado a usted durante la comida?

Lang se mordisquea el labio inferior, como si fuera a arrancárselo.

—Yo pensaba que no tendríamos que hablar de esto... —gimotea.

—Limítese a responder la pregunta. ¿Recuerda...?

—Sí.

—Déjeme acabar la pregunta. ¿Recuerda usted haber explicado a Ann Edlin asuntos referentes al matrimonio de la acusada... cosas que Laurel Vega le había contado a usted durante la comida?

—Sí.

Lang parece azorada. Está claro que Morgan la ha engañado. Nosotros sabemos que es famosa por sus mezquinos acuerdos, que inducen a un testigo a declarar, y que luego se vuelven amargos cuando éste sube al estrado. Esto le ahorra el tiempo y el dinero que normalmente emplearía en preparar y enviar citaciones.

—¿Puede decir al tribunal de qué hablaron Laurel Vega y usted el día de la comida?

Lang no tiene elección. Cassidy sabe perfectamente

de lo que hablaron porque es el testigo de ella, a menos que Lang quiera volverse atrás y decir que adornó la conversación anterior cuando se la repitió a Edlin. La testigo está atrapada en su propia trampa.

—Hablamos de muchas cosas.

—¿Como qué?

—De nuestros niños.

—¿Y de qué más?

Está claro lo que está pasando. Lang ha caído en el hoyo de las falsas fidelidades. El mercado de empleo del Capitolio no es muy distinto de las subastas humanas del Sur de antes de la guerra. La única diferencia es que en vez de comprar y vender personas, se compran y se venden carreras. Es un lugar donde las lealtades cambian más rápidamente que algunos de nosotros de ropa interior. En semejantes parajes no existe un amigo, al menos uno duradero. Y por lo que parece, Ann Edlin encontró con rapidez un modo de ascender bajo la cúpula dorada: unas cuantas confidencias susurradas al oído de su nuevo jefe, Jack Vega.

—Hablamos del divorcio.

—¿El divorcio de Laurel Vega y su marido?

—Sí.

Lang echa chispas mientras mira a Cassidy con una mezcla de rabia y temor.

—¿Y qué le contó Laurel de ese divorcio?

—Dijo que estaba resultando especialmente difícil por los niños. Usted comprenderá... estaba muy triste entonces.

Lang intenta endulzarlo un poco.

—¿Y por qué estaba resultando difícil el divorcio?

—Por el tema de la custodia.

—¿Por los niños? —interrumpe Cassidy.

Lang asiente.

—Tiene que contestar de forma que la oiga el tribunal.

—Sí.

Laurel parece conceder la absolución síquica a su amiga en este momento, incorporada hacia adelante en la silla, con una sonrisa idílica en el rostro, aunque no puede ver a Lang. La de Laurel es una expresión esperanzada, como diciendo:

«Si dices la verdad, no hay nada que temer.» Ésta es la clase de ingenuidad que aqueja a la familia de Nikki como una enfermedad y afecta a Laurel en este instante.

—¿Fue particularmente amarga la lucha por la custodia?

—Acertó. Su marido se comportaba como un auténtico cabrón.

Woodruff la mira, arrugando una ceja.

—Perdone, señoría. Podría decirlo de otra manera, pero perdería todo el significado.

—¿Así que Laurel maldijo a su antiguo marido por esto, por lo de la custodia?

—Sí.

—¿Culpó a alguien más?

Cassidy la ataca a la yugular. Lang la mira desde el estrado. Le gustaría decir que no, pero tiene motivos

para preocuparse. La fiscal ha hablado claramente con Edlin.

—En parte culpó a alguien más.

—¿Qué significa en parte? ¿A quién más? ¿No culpó a los niños?

—No. Los niños querían quedarse con su madre.

—¿Al menos eso fue lo que le contó ella?

—Sí.

—Bien. Entonces, ¿a quién más podía culpar?

Cassidy me da la espalda en este momento, pero me imagino su sonrisita necia al ver que cada vez se lo está poniendo más difícil.

—A su nueva esposa.

—Melanie Vega, la víctima.

—Sí.

Cassidy hace una pequeña pausa y, por primera vez, se mueve hacia el estrado del jurado, mirándolos directamente, como queriendo decir: «Mirad lo que os he traído.»

En ese momento, Lang no dirige la vista a Laurel, sino que la desvía hacia el techo y luego al final de la sala.

—Dígaselo al tribunal. ¿Por qué culpaba a Melanie Vega de sus problemas con la custodia? ¿No fue Jack, su antiguo marido, quien inició el procedimiento?

—Yo creo que ella estaba muy turbada y no sabía lo que decía.

—Eso no es lo que le he preguntado —observa Cassidy dándose media vuelta—. ¿Por qué culpaba a

Melanie Vega? —añade.

Jennifer Lang suelta un profundo suspiro, como cuando un fantasma sale de un cuerpo. Luego dice:

—Laurel comentó que Jack nunca habría pedido la custodia de los niños si Melanie no lo hubiera inducido a ello.

—¿Así que no culpaba a Jack, sino a Melanie?

—Culpaba a los dos.

Lang ladea un poco el rostro, como implorando la absolución desde el estrado, dirigiéndose directamente hacia donde está Laurel, de la cual recibe a cambio una generosa sonrisa. Con la rodilla le doy a Laurel un golpecito en el muslo, para evitar que pronuncie palabras que reafirmen la amistad con la testigo, palabras de aliento como «está bien» o «lo comprendo». Conociendo a Laurel, sé que pronunciaría estas palabras incluso cuando le atasen las correas en la pequeña habitación verde.

—¿Qué más le contó?

—¡Oh, esto es tan difícil para mí!

—Cuéntele al tribunal lo que le dijo.

Ahora, Cassidy se acerca al estrado de los testigos acortando la distancia. Podría protestar, pero sólo atraería más la atención.

—Dijo que Melanie quería los niños... para fastidiarla, para destruir lo que quedaba de su familia.

Cada vez que habla, nos clava una espina y alimenta las teorías de Cassidy sobre la existencia de un motivo.

—¿Qué más?

Ya es suficiente, pienso.

Jennifer empieza a desmoronarse en el estrado: las lágrimas le saltan con más frecuencia y saca un pañuelo del bolso.

Podría pedir una pausa para permitir que la testigo se recompusiera, pero sólo serviría para añadir más dramatismo. Justo lo que quiere Morgan. En vez de eso, me quedo en la mesa fingiendo aburrimiento y desinterés. Desgraciadamente, en este momento parece que ha captado la atención del jurado.

—¿Qué más le dijo?

—Me dijo...

—Con sus propias palabras, si puede —la interrumpe Cassidy muy enérgica.

Lang se rehace mirando al vacío.

—Me dijo... me dijo que a veces le daban ganas de matar a esa puta.

Esto es lo que Morgan estaba buscando, una piedra preciosa en un estercolero.

En este instante se levanta un rumor en la sala; es uno de esos momentos culminantes en un juicio donde se produce un palpable cambio. Morgan lo percibe y vuelve a clavarle la puntilla en la herida por última vez, buscando la estocada mortal.

—¿Y a quién se refería? ¿A quién se refería Laurel Vega con la palabra «puta»?

Lang se encoge de hombros y se rebulle en el estrado como un infortunado pez en el anzuelo.

—¿No estaba hablando de Melanie Vega?

—Sí. —Lang sufre una explosión de lágrimas—. Yo no quería —dice dirigiendo miradas implorantes a Laurel. Esto complica aún más nuestra causa, ya que no es probable que sea una mentira urdida por algún enemigo o algo así. De esta manera se hace la verdad a los ojos de un jurado.

—Es todo con esta testigo.

—En estas circunstancias, deberíamos concederle un poco de tiempo —propone Woodruff—. ¿Quiere usted continuar o prefiere hacer una pausa?

Lang hace una señal con la mano, dando a entender que prefiere seguir y acabar de una vez por todas.

—La defensa —dice Woodruff.

—Señora Lang, sólo un par de preguntas. ¿Cuando usted oyó estas palabras de labios de Laurel, le pareció que iba en serio, que realmente tenía intención de matar a Melanie Vega?

—¡Protesto! Incita a especulación por parte de la testigo.

—Se admite.

De todas maneras, la semilla está plantada.

—Déjeme preguntarle si, en el curso de su vida, en un momento de frustración o dolor extremos, ¿le ha dicho usted a sus hijos, a su marido o a una amiga que hay veces que le gustaría matar a alguien?

—Sí —responde.

Lang ve por dónde voy y está ansiosa por ayudar.

—Y cuando hacía estas declaraciones, ¿lo decía en serio?

—No.

—¿De modo que era sólo en lenguaje figurado, nada más?

—Sí, claro.

—Permítame preguntarle si llamó usted a la policía cuando Laurel Vega le dijo que quería matar a Melanie Vega.

—No.

—¿Y por qué no?

Veo a Cassidy dando botes al lado de la mesa.

—¡Protesto! Incita a la especulación.

—No, no. No estoy preguntando a la testigo que especule acerca del estado de la mente de la acusada, sino sobre el suyo. ¿Por qué no llamó a la policía?

Hay muchas maneras de recortar la evidencia.

—Denegada la protesta.

—¿Por qué no llamó usted a la policía y les contó el comentario de Laurel Vega?

—Porque no pensé que lo dijera en serio.

—Exactamente. Lo tomó como lo que era, lenguaje figurado y nada más, ¿no es verdad?

—Exacto —afirma con una sonrisa.

La redención al fin.

—He terminado con la testigo.

—Muy bien, ya se puede ir —dice Woodruff.

Lang se levanta del estrado y al pasar por el lado de Laurel intenta cogerle la mano, buscando consuelo, una muestra de apoyo, pero yo le bloqueo el paso y la acompaño por la barandilla hasta salir de la sala del

tribunal. Cualquier movimiento de Lang en este momento, una mano amiga tendida a Laurel, sería como un pigmeo que lanzara dardos contra nuestro caso. No es posible determinar los daños, pero lo cierto es que, a diferencia de los sujetos de otros lenguajes figurados, Melanie Vega está muerta. Está claro que alguien quería matar a esa puta.

CAPÍTULO 22

Quizá la parte más singular y turbadora de nuestro caso hasta el momento sea que Laurel no ha discutido el testimonio de Jennifer Lang. Después de la sesión de hoy, en el pasillo que conduce hasta la celda, Laurel se disculpaba por no haberme avisado. Había olvidado el comentario que hizo a Lang en la comida hace ya algunos meses. Cháchara ociosa, lo llamó ella. Las cosas de un amargo divorcio.

Esto me hace pensar que si ha dicho tales cosas a otras personas, Harry y yo deberíamos apuntalarnos. Me imagino una procesión de amistades de Laurel desfilando hasta el estrado al lado de Cassidy en una línea reminiscente de la «fiebre del oro» hacia el Klondike. Por fortuna, el daño, que en este punto es difícil de calibrar, ya está hecho.

Esta noche estoy preparando a Sarah para irse a dormir cuando suena el teléfono.

—Diga.

Tengo el teléfono en una mano mientras intento deshacer el nudo del zapato de Sarah con la otra.

—Hola.

La voz del otro lado es distante, como de otro planeta, y por un instante no la reconozco.

—¿Danny?

Sarah abre unos ojos como platos.

—Oh, déjame hablar con él.

Intenta cogerme el aparato, pero sin éxito.

—Más tarde —le digo.

—¿He llamado en mal momento?

—No. No. En absoluto.

Me quedo con las ganas de hacerle la única pregunta que no puedo formular: «¿Dónde estás?»

—¿Cómo está mamá? Aquí no llegan muchas noticias, y me da miedo escribir.

Está claro que él y Laurel ya han hablado de esto y le ha advertido que no escribiera. Un remite en un sobre, un matasellos y Jack se le echaría encima por violar la orden de custodia provisional del tribunal. Las cartas que llegan a la cárcel se escanean y controlan de una docena de formas diferentes.

—Pues está tan bien como se puede esperar en estas circunstancias.

—¿Saldrá pronto?

—Eso es lo que todos esperamos. Creo que hay posibilidades.

No le hablo de la parte negativa, de lo que ocurrirá

si la declaran culpable, pero por el silencio que llega del otro lado, eso es precisamente lo que Danny está pensando.

—Quiero llamarla. A la cárcel, quiero decir. Pero mamá me dijo que no lo hiciera, que controlan las llamadas.

No digo nada, pero carraspeo. No puedo participar en esto, y subir al estrado después, si me citan de nuevo a testificar en el caso de la custodia. Tengo que poder decir la verdad: que no le dije a Danny lo que tenía que hacer, y que no tengo ni la menor idea de dónde está.

—¿Sabes si papá nos está buscando?

—Hasta debajo de las piedras.

Se ríe un poco, nada siniestro, sino divertido, de que por fin haya engañado a su padre.

—No le digas que he llamado.

Le explico que hace tiempo que su padre y yo no compartimos información ni noticias de ninguna clase.

—Cuando nos cruzamos por el pasillo, ni siquiera nos saludamos.

—Lo siento —dice, como si de algún modo fuera responsable de ello.

—No es culpa tuya.

—Sí, claro.

Noto cierta incomodidad, inseguridad juvenil.

—¿Tendrá que testificar mamá?

—No sé. Cruzaremos ese puente más tarde. Hay un montón de pruebas en su contra, y probablemente si sube al estrado ayudaría a resolver ciertas dudas.

—¿Así que las cosas no van tan bien?

—Unos días sí y otros no, pero aún no hemos tirado la toalla.

—Me alegro mucho de que la ayudes, y sé que mamá también. Aunque no lo diga, lo sé.

Me imagino a Harry y a mí como a don Quijote y Sancho Panza. Le advierto que no hay nada seguro, que tenemos un sinfín de pruebas imponderables frente a nosotros sin respuesta. Cuando me pregunta más detalles, le respondo que no puedo dárselos.

—¿Quizá ayudaría algo si yo volviese? ¿Qué crees tú? Laurel me mataría.

—No soy yo quien debe decirlo, y no deberíamos mantener esta conversación.

—Oh, no me había dado cuenta.

Me da la sensación de que Danny se retira del auricular al otro lado de la línea, y antes de que pueda decir nada más, la operadora nos interrumpe.

—Serán otros noventa y cinco centavos, por favor. Oigo la caída de las monedas en el teléfono público.

—Tenemos que hablar de prisa porque se me está acabando el dinero.

—¿Estás bien?

—Oh, sí. Maggie es muy buena con nosotros.

La primera pista de que Julie está con él. No pregunto quién es Maggie. No quiero saberlo.

—¿Está Julie ahí?

—Sí, aquí mismo. ¿Quieres hablar con ella?

—Sólo un minuto.

—Hola, tío Paul.

—Hola, bombón, ¿cómo te va?

—No muy bien. Quiero volver a casa.

Oigo jaleo al otro lado. Danny lucha por conseguir el teléfono.

—¡Déjame! Quiero hablar.

Julie pelea con él.

—Tío Paul, no sé qué estamos haciendo aquí. ¿Quieres hablar con mamá y preguntarle si podemos volver a casa?

—Ahora cuelga.

—Mamá ya tiene bastantes problemas —oigo decir a Danny.

—Estamos haciendo lo que podemos —le digo—. Antes de que te des cuenta, ya habrá pasado todo. Entonces charlaremos y veremos qué es lo que más nos conviene.

—¿Qué quieres decir? ¿Veremos con quién vamos a vivir?

Es duro engañar a un adolescente.

—Viviréis con vuestra madre.

—¿Y si la condenan?

—No creo que eso ocurra.

—Pero ¿y si ocurriera?

—Dame el teléfono.

Danny intenta cogerlo.

—Basta ya —les digo, pero no pueden oírme.

Me duele el oído cuando el auricular choca contra sólido al otro lado. Danny ha ganado la batalla porque

su voz sale por la línea.

—No preocupes a mamá con esto. Estamos bien.

—Habla por ti mismo —chilla Julie.

—Quiero hablar —me suplica Sarah, que me tira de la manga.

—Un momento —le digo.

A continuación me dirijo a Danny.

—Dile a Julie que no se preocupe.

—Es una mocosa malcriada.

—A tu madre no le gustaría oír esto. Dale un respiro. Es más pequeña que tú y está asustada.

—Lo siento.

—¿Necesitáis alguna cosa?

No tengo ni idea de qué ardid emplear para llegar allí sin enterarme del destino. Lo primero que pienso es en Harry, el que siempre hace cosas sospechosas. Este lo consideraría una misión menor de misericordia, y los abogados de Jack nunca lo investigarían. Danny podría llamarlo a él directamente.

—No. Estamos bien. ¿Aún está Sarah por ahí?

—Sí.

—¿Puedo hablar con ella?

Pongo a mi hija al aparato.

—Danny, ¿dónde estás?

Quisiera gritar y taparme los oídos al mismo tiempo. Espero que Sarah no repita el nombre de algún sitio en mi presencia. Utilizo ambas manos para deshacerle el nudo del zapato, mientras ella me muestra una sonrisa desdentada al hablar por teléfono.

—¿Dónde está eso? ¿Muy lejos? ¿Qué estás haciendo allí?

Mi hija le suelta una letanía de preguntas.

—¿Quién es Maggie? ¿Es simpática? ¿Por qué no puedes volver a casa?

Un momento de silencio mientras intenta explicárselo de modo que una niña de siete años pueda entenderlo.

—Sabes, todos se van. Sí. Primero mamá.

Lo dice como si su madre se hubiera ido de viaje y fuese a volver algún día. Hay veces en las que me pregunto si Sarah ha asimilado la muerte de su madre o si simplemente se refugia en su mundo de fantasía.

—Después tía Laurel desaparece y ahora vosotros, chicos. Quiero saber qué pasa. ¿Cuándo vais a volver?

Está realmente enfadada, harta de todos estos juegos de adultos. Por primera vez me percato de cómo está influyendo esta situación en Sarah. Ha perdido los puntos familiares de contacto que tenía en el mundo. Y aunque ahora intento recomponer una parte de su vida sacando a su tía Laurel de la nube del asesinato, incluso esto me convierte en un padre negligente que siempre está fuera, en la corte o encerrado en su despacho barajando papeles hasta la hora nona.

Hay un lapsus en el teléfono. Danny está hablando, y Sarah se ríe; luego sigue escuchando.

—Hay una señora, se llama Dana, pero a mí no me gusta.

Miro a Sarah, que me está estudiando para ver el

efecto. Sospecho que va más dirigido a mí que a Danny.

—No he dicho que sea mala. —Sarah se pone a la defensiva—. Es sólo que no me gusta.

—No es agradable que hables así de esas cosas —le digo.

Me hace una mueca como diciendo que la verdad nunca lo es, y sigue con la oreja pegada al teléfono.

He dejado que Sarah llorara por Nikki a su manera, y considero su actitud hacia Dana una parte del proceso del luto. Lo soportaría, pero lo considero necesario e inofensivo a la vez. No existe verdadera hostilidad, sino más bien un sentimiento oculto de sospecha por parte de mi hija hacia cualquier persona que pudiera sustituir a su madre. En este caso, la única candidata es Dana, por el tiempo que pasamos juntos. Es fruto de las circunstancias del caso de Laurel. Por mi parte, esta mujer de belleza mística y rápida inteligencia no es una experiencia desagradable. La pasada semana pasamos dos noches ardientes junto a la chimenea de mi casa, después de que Sarah se fuese a dormir, bebiendo vino y charlando hasta tarde. El murmullo de voces adultas vuelve a oírse en mi casa. La comunión de dos almas solitarias.

Dana lleva dos días en Washington, DC por asuntos referentes a su nombramiento. Mientras Sarah, agarrándose a mi manga, me pedía que le leyera un cuento, Dana y yo hablábamos por teléfono a larga distancia cada noche.

Hemos tratado en términos generales unas posibles

vacaciones para el otoño que viene los tres juntos en algún lugar tropical. Dana sugirió algo como el Club Med, que tiene programas especiales para niños. De modo que hemos empezado a reunir folletos de viajes.

Sospecho que esto ha generado ciertos celos soterrados, la clase de celos que una mente de una niña de siete años no puede disimular.

De repente, Sarah termina de hablar con Danny, del modo brusco en que los niños terminan todas las conversaciones, me da el auricular, baja de la cama y se dirige hacia el pasillo.

—¿Danny?

Aún está allí.

—Sí.

—No seas tan caro de ver y llámame cuando quieras.

Le comento que le diré a mi secretaria que me interrumpa si él llama. Danny ya tiene el número.

—¿La Vespa está bien?

—Muy bien. Siempre encuentro a Sarah subida, simulando que la llevas a dar una vuelta. No obstante, no te preocupes, es muy cuidadosa.

—Está bien, pero no le dejes manosear la caja de atrás, ¿eh? Tengo cosas mías allí.

El mundo se está haciendo añicos y Danny se preocupa por las cosas que tiene en su moto.

—Está cerrada con llave, ¿recuerdas? Supongo que las tendrás.

—Sí, bueno, dile que tenga cuidado.

—Lo haré.

—Lamento lo que ocurre.

Sus últimas palabras son las de un muchacho haciéndose un hombre cargando con las penas de su madre.

—No es culpa tuya, ya lo arreglaremos, e intenta no pensar en ello.

Y dicho esto, ambos colgamos.

CAPÍTULO 23

El doctor Simon Angelo es el forense de la capital del condado, contratado hace dos años, procedente de un estado del Este. Está licenciado por tres universidades y pertenece a numerosas sociedades profesionales. Esto llena su currículum vitae, que Morgan acaba de dejar sobre mi mesa.

Angelo es un cuarentón, aunque por su apariencia y modo de vestir parece mayor. Una franja de cabello gris le enmarca el rostro por encima de las orejas, como nubes con la parte superior cortada por el chorro de un reactor. Es de complexión ligera y rasgos afilados, tiene una barbilla que le remata el rostro en una punta redondeada y unos ojos oscuros y hundidos que le dan el aspecto de una mente enfrascada en múltiples deliberaciones. Simon Angelo es la viva imagen de la intriga en la corte de los Médicis.

Esta mañana, sobre la barandilla que hay enfrente

del estrado de los testigos, han colocado una caja cuadrada, algo que en el siglo pasado habría contenido un sombrero de mujer.

Especifico sus cualificaciones para que testifique como experto, y Cassidy pasa copias de su currículum para filtrarlas por el jurado.

Después de una docena de preguntas preliminares, Angelo recrea la escena de la muerte: Melanie Vega yace en el fondo de una bañera seca, con los ojos abiertos y las pupilas fijas y dilatadas.

La hora de la muerte es el primer puente de evidencias que cruzan Cassidy y él. Es un punto clave debido a la lucha entre Melanie y Laurel en el porche un poco antes. A Cassidy, sin duda, le gustaría acercar la hora del crimen a este punto.

—Nuestro informe original la sitúa entre las once y las once treinta de la noche —dice Angelo.

Las alarmas se disparan: revisión a la vista.

—¿Y considera usted que éste es un cálculo exacto?

Habla de la rigidez *postmortem,* y hace que el jurado se pierda en un mar de jerga científica.

—¿Es posible que la muerte se hubiera producido un poco antes? —pregunta Cassidy.

—Es posible, ya que la rigidez varía en cada caso, y la información en éste era de lo más incompleta.

Se refiere a la información procedente de los servicios de urgencia previos a la llegada de Angelo al lugar del crimen.

—¿Así que fijar la hora de la muerte no es una

ciencia exacta?

Angelo le dirige una sonrisa benévola, un gesto bien planeado.

—No, en absoluto.

Están preparando la base para pasar a mayores. Antes de las mociones preliminares, cuando Cassidy tenía a la señora Miller que identificó a Laurel en la casa cerca de las once y media de la noche —una marca fija que aparecía en el informe del forense—, el estado estaba más que contento con su estimación de la hora de la muerte. Ahora les gustaría cambiarla un poco. El jurado se preguntará por qué, si Laurel intentaba matar a Melanie, se pondría a pelear con ella primero y esperaría tres horas para cometer el crimen.

—¿Es posible que la muerte ocurriera a las ocho y treinta minutos?

Esto es menos de diez minutos después de que las dos mujeres se enzarzaran en una reyerta en el porche y tres horas antes de su cálculo inicial.

Angelo presenta un millón de expresiones de dolor en el estrado: el revisionista en acción. Explica al tribunal que, en este caso, hay factores poco corrientes: si el cuerpo estaba húmedo o seco en el momento del crimen podría afectar al índice de enfriamiento que normalmente influye en la ecuación, y los fluidos oculares —otra medida de la hora de la muerte— estaban dañados por la bala fatal. Cuando termina, ha desacreditado su cálculo anterior.

—Bien pensado, supongo que es posible que la

muerte hubiera ocurrido a las ocho y treinta.

—Gracias, doctor.

De hecho, por este tipo de cosas un tribunal de justicia no es el lugar más adecuado para desenmascarar la verdad. Los dos han reescrito el informe inicial del forense para inclinar la balanza en favor de Cassidy después de las mociones preliminares.

Laurel me habla al oído al notar la importancia de lo que ha dicho el testigo, y me pregunta qué significa. Le hago una señal como diciendo «después». Las cosas van demasiado rápidas.

—Doctor, ¿puede decirnos la causa de la muerte?

—La muerte fue causada por una única herida de bala en la cabeza.

—¿Puede usted ser más específico y describir la herida?

—Si me permite, señoría. —Y señala la caja de madera que está sobre la barandilla justo enfrente de él.

Woodruff asiente.

Angelo la destapa y saca una calavera humana de la caja. Algunos suspiros y un gran murmullo en la sala, conversaciones que se desatan entre las filas de la prensa. Laurel me agarra la pierna por debajo de la mesa. Entonces me doy cuenta del porqué de la conmoción. Me acerco a ella y le susurro:

—No es auténtica, es sólo una imitación.

Angelo ha confeccionado una calavera humana a medida en la que ha hecho un agujero siguiendo la trayectoria de la bala, con partes del cerebro, hueso, y

otros órganos extraibles. Me la ofrece para que la observe antes de prestar declaración.

Me levanto de la mesa y la cojo. Parece idéntica a la forma humana que la inspiró. La sujeto en la mano, le doy la vuelta y miro por los agujeros y cavidades. Dentro hay varias estructuras visibles, y han reconstruido y pegado al hueso el tejido blando, la lengua y el paladar, con limpios orificios perforados en cada uno, y puedo ver huesos hechos añicos a través de una cavidad ocular. Si pudiera, me pondría a botarla como una pelota de baloncesto para demostrar al jurado que en ella no hay nada sagrado, que no es auténtica.

Hablamos de su composición: resinas y polímeros.

—¿Es idéntica en todos los aspectos a la de la muerta? —le pregunto.

Angelo me hace una mueca.

—Lo más que he podido sin cortar la cabeza, sacar el tejido y hacer un molde.

Deja que yo lo sugiera. Miro al jurado, y contemplo que sus miembros no son demasiado felices en este momento. Un montón de miradas sombrías se dirigen hacia mí, aunque juraría que hace unos instantes muchos de ellos pensaban que ésta era realmente la calavera de Melanie Vega.

Se la devuelvo para que haga su demostración. Angelo se sumerge en su narración y explica la fatal herida al jurado, sosteniendo la cabeza, como el señor Wences, en una mano y un puntero en la otra.

—La bala penetró el tejido blando por debajo del

ángulo de la mandíbula... ésta es la parte inferior del hueso de la mandíbula. Un poco a la izquierda de la línea media. Aquí. —Angelo señala el agujero claramente visible bajo la barbilla—. Una vez dentro subió hacia la parte posterior del cráneo, pasando por la glándula sublingual, que está justo debajo de la lengua, traspasando ésta y también la parte posterior del paladar blando.

Veo que a una buena parte de los miembros del jurado les cuesta tragar saliva, como si se les hubiera pegado un helado en el paladar de la boca.

—Después pasó por las cavidades de los senos paranasales, impactó y fracturó el hueso esfenoides, que forma la base de la masa craneal. Aquí. La bala astilló el hueso en fragmentos, algunos de los cuales se alojaron en varias zonas del cerebro. La bala se alojó finalmente en el lóbulo temporal izquierdo. Aquí.

Vuelve a señalar.

—Doctor, ¿podría usted describir la posición... si Melanie Vega se hallaba sentada o de pie en el momento en que le dispararon?

—Según las pruebas, creemos que en el momento en que le dispararon se encontraba tumbada boca arriba, reclinada en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados sobre el lado posterior de la bañera. Tenía la cabeza hacia atrás, apoyada contra la bañera. —Sostiene la calavera en la palma de la mano, con las cavidades oculares vacías mirando hacia el techo—. Más o menos en esta posición.

Hace rodar la calavera hasta que la coronilla señala el estrado del jurado y los pies, si estuvieran pegados al cuerpo, nuestra mesa.

—La fatal bala fue disparada más o menos desde esta dirección.

Angelo señala con un brazo estirado, directamente hacia Laurel. Todo está estudiado para causar efecto.

—Yo diría que el disparo se hizo desde un metro o dos. El cuadro que pintan es muy claro: un disparo frío y calculado mientras Melanie Vega descansaba tranquilamente en la bañera. Una auténtica ejecución.

—El ángulo del disparo procedería seguramente de este punto.

Angelo traza con el puntero una lenta línea con una mano, en dirección a la calavera que descansa en la otra, hasta que pasa entre el hueso curvado que forma la barbilla y entra en las estructuras de los tejidos. Encuentra el orificio ya perforado y mete el puntero por él. Se oye el chirrido del plástico al rozar con el puntero, mientras percibo algunas muecas en el estrado del jurado. Introduce el puntero en la cabeza, unos quince centímetros o más, hasta que se queda encajado, dejando que sobresalga algunos centímetros por debajo de la barbilla, en la base del cráneo, trazando la línea del disparo.

Todas las miradas convergen en él. Los miembros del jurado están como hipnotizados por la brutalidad clínica, como si Angelo hubiera cometido un segundo acto criminal en la víctima, reconstruyendo lo que la

fiscalía dice que mi cliente ha hecho. Una de las mujeres, una divorciada por la que tuve que luchar para incluirla en el jurado, mira a Laurel con ojos maravillados, como preguntándose cómo una mujer puede hacerle esto a otra. Incluso la propia Laurel está un poco verde.

—¿Podría decirnos, doctor, si esta herida le causó la muerte instantánea?

—Si no instantánea, la víctima murió en un corto período de tiempo, quizá minutos, en el que le produjo un gran daño cerebral, no sólo por la bala sino por los numerosos fragmentos de hueso que invadieron el tejido cerebral.

Pone la calavera de plástico encima de la barandilla que separa el jurado del resto de la sala, donde permanece como un perverso holograma, una cabeza sin cuerpo.

Cassidy le enseña a Angelo algunas fotos tomadas en el lugar del crimen, quien las identifica y, tras algunas objeciones, el tribunal escoge cinco en color —las de mejor gusto— que no puedan herir la sensibilidad del jurado. Se ponen como prueba y empiezan a circular entre el jurado. Cada vez que las fotos cambian de mano, se producen rápidas miradas furtivas dirigidas hacia Laurel.

Cassidy le pregunta a Angelo sobre la bala extraída de la herida. El la describe como una tres dieciocho o nueve milímetros, no está muy seguro, pero cuando Cassidy le enseña la bolsita de plástico que contiene la

bala, Angelo la identifica como la extraída de la cabeza de Melanie Vega la mañana de la autopsia, sacada de su cerebro con dedos enguantados para no arañar la bala y permitir posibles comparaciones de balística si más tarde se encontrase el arma.

Después, Cassidy le pregunta a Angelo cómo se suele determinar la distancia del disparo. Esto es crítico para su caso, ya que Cassidy quiere evitar cualquier insinuación de un supuesto forcejeo por el arma, algún accidente o prueba de un crimen menor que no merezca la pena capital.

Angelo confirma que sin el arma homicida es difícil que balística lleve a cabo las comprobaciones habituales.

—No había «tatuaje alrededor de la herida», pero detectamos nitratos, evidencia de residuos de pólvora en la parte superior del cuerpo. La limitada cantidad de nitratos y su dibujo, parte de ellos depositados en un perímetro que se extendía alrededor del nivel de los pezones en cada pecho, me indicaría una distancia de un metro o dos.

Cassidy hace que él explique que el tatuaje está causado por granos de pólvora sin estallar expelidos por el cañón a gran presión. Cuando esto ocurre a escasa distancia, impregna la piel, dejando el equivalente a un tatuaje alrededor de la herida. Cuanto más corta es la distancia, más fuerte es el dibujo.

—¿La ausencia de tatuaje y la distancia probable del disparo (que usted estima entre uno y dos metros)

descartan un forcejeo por el arma?

—Yo creo que sí. Si la víctima estaba lo bastante cerca como para coger la pistola en el momento en que fue disparada, debería haber algún tatuaje en alguna parte del cuerpo.

—Además de la ausencia de tatuaje, en su examen de la herida, ¿encontró algo peculiar, según su criterio?

—Sí. Descubrí piezas microscópicas de metal en los tejidos inmediatamente inferiores a la entrada de la herida.

—¿Tiene usted alguna opinión sobre qué es lo que lo causó?

—No. Los informes metalúrgicos indican que la sustancia de estos fragmentos está compuesta por un acero de mala calidad, de bajo contenido en carbón, virutas diminutas. Como no es una bala forrada de acero, no pueden proceder de la bala.

—Entonces, ¿de dónde proceden?

—Es difícil decirlo. Yo creo que proceden del cañón defectuoso de la pistola.

Es realmente poco convincente. El plomo no corta el acero endurecido, pero lo deja como está.

Luego Cassidy dirige su atención hacia el niño nonato, al hecho de que Melanie estuviera embarazada en el momento de su muerte. Está muy claro que acabará en un punto culminante, en este caso lleno de emoción.

—¿Había alguna manera de determinar el sexo de este niño?

—Era un varón.

—Doctor, ¿puede usted decirme qué tiempo de desarrollo fetal tenía en el momento de la muerte?

—Todo indica que estaba en las primeras etapas del segundo trimestre. Yo diría que alrededor de cuatro meses.

—¿Y podría decirnos la causa de la muerte de este niño nonato?

—Asfixia.

—Por favor, explíquelo.

—Un feto, en el útero, no dispone de otra fuente de supervivencia independiente distinta al cordón umbilical de la madre. No sólo transporta la nutrición, sino también la sangre oxigenada que mantiene al niño vivo. Si la madre muere, su corazón deja de bombear sangre, y el suministro de oxígeno del niño se interrumpe. A menos que éste sea extraído en cuestión de minutos y se mantenga con vida fuera del vientre, se ahogará.

—Debe de haber sido una muerte angustiosa.

Me levanto y digo:

—¡Protesto!

—¿Es una pregunta para el testigo? —pregunta Woodruff.

—Lo es, señoría.

Cassidy intenta cubrirse.

—En su opinión de médico, ¿fue una muerte tortuosa para el feto?

—No existen estudios médicos sólidos; por tanto, no

estamos seguros de cuánto dolor pueda experimentar un feto en este estadio de desarrollo.

Sé un montón de organizaciones a las que les encantaría suministrarle bibliografía.

En la sala se levanta un revuelo de voces, como si hubiera seria división de opiniones al respecto. Algunos miembros del jurado sacuden la cabeza. La única que no parece tener opinión es Laurel. Está sentada, visiblemente impresionada por la evidencia del niño muerto. Aunque lo hemos hablado varias veces, el efecto en Laurel es siempre el mismo: se retira a su mundo interior.

—Doctor, ¿existe algún modo de afirmar médicamente si el niño era potencialmente viable en el momento de la muerte de su madre?

«Potencialmente viable» en este contexto significa que si no hubiera sucedido nada, si a la madre no la hubiesen matado, el feto habría tenido las mismas oportunidades de sobrevivir hasta el parto y nacer sano y salvo.

—Mi opinión médica es que este niño nonato, el feto que llevaba Melanie Vega, no sufría deformidades ni defectos congénitos o anormalidades que hubieran podido impedir un nacimiento normal. Por este motivo se le debe considerar«potencialmente viable».

Si esto se queda sin rebatir, Cassidy, en su momento, tendrá derecho a instruir el caso como asesinato múltiple y pedirá la pena de muerte.

Morgan está en el carrito de las pruebas una vez

más, sacando un sobre del que extrae varias fotos grandes en color: matices rojos y azules.

Me levanto inmediatamente.

—Señoría, si la señorita Cassidy tiene lo que creo que tiene, solicito un descanso, y que tengamos una reunión en su despacho.

—¿Qué es lo que tiene? —pregunta Woodruff.

—Algunas fotos, señoría.

Se las da al juez. Tres fotos en color brillante, por lo que puedo ver, ocho por diez.

Las gafas de Woodruff, apoyadas en la punta de la nariz, casi se le caen al suelo cuando se le pone la piel de gallina.

—Es mejor que hablemos —dice.

Cassidy, Harry, el juez, el secretario del tribunal y yo estamos en las dependencias del juez hablando a la vez.

—No hay ningún motivo para que no deban incluirse —dice Cassidy.

—Hay más de un motivo.

—Señoría, es altamente perjudicial —dice Harry.

—Son horribles.

Incluso Woodruff lo cree.

—Bien, excúseme, señoría, pero sacar un feto muerto del útero de su madre puede resultar un poco asqueroso. —Cassidy se apoya en las prerrogativas de su sexo, intentando intimidar al juez—. La próxima vez le diremos al servicio de limpieza que lo limpie antes de

hacer las fotos.

—No me refiero a esto, y usted lo sabe.

Woodruff se acobarda, preguntándose sin duda qué pensarán las mujeres votantes de su comentario y si Morgan les transmitirá el mensaje.

—El niño está muerto, y estas fotos prueban el hecho. Es un asesinato múltiple, y el estado está autorizado a aportar pruebas.

—Tiene cierta razón —dice el juez.

—El médico ya ha declarado. No hay duda de que el niño está muerto. El estado ya tiene una amplia evidencia —le explico—. La cuestión es si las fotos son preliminares. No tienen ningún objeto, y son altamente inflamables.

—¿Qué me dice a esto? —pregunta Woodruff.

Ahora parece un aficionado en un campeonato de pingpong, buscando un punto ganador, un *smash* de revés que resuelva su decisión.

—Bueno —dice Cassidy—, de acuerdo, no necesitamos las tres fotos, creo que con una será suficiente; seguro que alguna de ellas será aceptable para el tribunal. Según la ley, esto es un homicidio, y tenemos el derecho a aportar pruebas.

Woodruff mira las fotos de nuevo. Rápidamente deja una a un lado y estudia las otras dos con movimientos de cabeza y un criterio titubeante escrito en sus ojos.

Puedo afrontar los argumentos abstractos de un feto muerto, pero las fotos de un embrión, más pequeño que

la palma de mi mano —con el cuerpo carente de oxígeno de color azul como un cielo nocturno—, son otra cuestión. Enfrentados a esta evidencia, los miembros del jurado se vuelven miopes. Se ha cometido un terrible crimen: no sólo ha muerto un adulto que puede desenvolverse en el mundo, y cuya conducta bien podría haber sido la causante de su fallecimiento, sino que ha recibido un inocente, un niño nonato. Ante tales pruebas, se espera que los jurados actúen en consecuencia. No es probable que los disuadan con teorías de otro posible asesino, a quien ellos no pueden pedir cuentas. Si se incluyen estas fotos, la fiscalía se convertirá en una locomotora sobre una sola vía, y Laurel Vega estará atada a ella.

Woodruff tiene una mano en el aire, a punto de soltar una foto como una carta de bridge.

—Aceptamos estipularlo.

He hablado antes de que soltara la foto. Me mira.

—¿Estipular qué?

—Estipularemos los elementos de asesinato múltiple. A cambio, el estado no aportará más pruebas sobre el niño nonato, nada hasta que concluya el caso.

Harry me tira del brazo.

—¿Sabes lo que dices? —me susurra al oído.

Me aparto de él.

—La fiscalía insiste en que las fotos son necesarias para establecer los elementos de un asesinato múltiple. Admitimos que se trata de un asesinato múltiple, pero no que mi cliente lo hiciera, sino que quien lo hiciese es

culpable de asesinato múltiple.

—¿Comprende lo que está ofreciendo? Una vez aceptado, no puede retractarse, y renunciará a cualquier derecho de apelación posterior. Si la condenan, está usted admitiendo circunstancias especiales, base suficiente para que la sentencien a la pena capital.

Harry me habla al oído.

—Tiene razón. Si la condenan no habrá solución.

Lo miro.

—Si las fotos entran, ella se hunde. Y tendremos que volverlas a ver en la fase de la sentencia. ¿Qué hacemos entonces? —le pregunto.

Las limitadas opciones provocan que Harry se deshinche.

La única que parece divertirse con todo esto es Morgan. Es típico en Cassidy: someter al jurado a las repulsivas imágenes de un feto muerto, apretarle los tornillos al juez desde todos los ángulos políticos y jurídicos y luego observar cómo hacemos concesiones.

—Las fotos —le digo a Harry— son puro veneno. Si tenemos que tragarlo...

Miro a Woodruff, que se encoge de hombros judicialmente, como si la imparcialidad lo obligara a concederle a Cassidy una foto.

—Entonces la única pregunta —le comento a Harry— es si lo vamos a tragar ahora o después.

—Necesitamos deliberar, señoría.

Harry ha abandonado la lucha, pero aún intenta sacarme de la habitación para hablar.

—Escojan: o una estipulación o una foto —dice Cassidy—. Una cosa o la otra. Decídanse.

—¿Quieren ustedes hablar con su cliente? —dice Woodruff—. Es una decisión difícil, y creo que deberían hablar con ella antes.

Cassidy da muestras de exasperación.

A juzgar por la mirada perdida de Laurel cuando se enfrentó a la fría evidencia del niño muerto, en este momento hablarle de estipulaciones legales sería la más tonta de las abstracciones. No quiero penetrar en su corteza de dolor.

—Una acción de jurista —digo a Woodruff—, una cuestión de estrategia.

Hace una mueca.

—Entonces, ¿qué será?

—La estipulación, ¿qué si no?

—De acuerdo, las fotos quedan excluidas. Y no quiero oír ni una palabra más de fetos hasta que se cierre el caso, ¿está claro?

Mira a Cassidy. Woodruff sabe lo que hemos cedido, por tanto se asegurará de que se cumpla el trato hasta las últimas consecuencias.

—Desearía volver a interrogar a este testigo, el doctor Angelo, en la medida en que la defensa plantee el tema durante su turno —dice Cassidy.

—¿Con qué objeto? Ya tiene usted su prueba. Los elementos se han demostrado mediante estipulación —se extraña Woodruff.

—Si la defensa abre el tema...

—Lea mis labios, abogada: ni una sola palabra, o declararé el juicio nulo. ¿Me ha entendido?

Cassidy le dirige una débil sonrisa.

—No la oirá de mis labios.

—Bien, ahora nos entendemos.

En este momento Cassidy está mirando las espesas cejas de la muerte. No me cabe duda de que si a ella se le ocurre contravenirlo en este punto, Austin Woodruff la apartará y la encarcelará.

Nos agrupamos en torno a la mesa para elaborar los términos de una estipulación escrita, algo que Woodruff pueda leer desde su estrado para que conste en acta.

Harry no tiene valor para hacerlo y sale del despacho para hablar con Laurel.

Tengo a Angelo en el estrado, que mira con sus ojos pequeños la caja.

Le he contado a Laurel lo que he hecho: la estipulación, que parece aceptarla con ecuanimidad.

Woodruff ha leído la estipulación a los miembros del jurado, que han movido la cabeza y se han mirado extrañados como si no supieran qué pensar de este parloteo de abogados. Pero el consenso, si sé algo de lenguaje corporal, no ha sido beneficioso para la defensa.

Angelo ha causado un inmenso daño a nuestro caso, y él lo sabe. En este momento es cauto, aunque no tiene motivos. Es la primera regla de un interrogatorio: si no

puedes arañar, no saques las uñas.

—Sólo tengo unas pocas preguntas, puntos que aclarar. Doctor, usted ha testificado muy ampliamente acerca de los residuos de pólvora y la ausencia de tatuaje en el cuerpo.

Asiente.

—¿Envolvió usted las manos de la víctima en la escena del crimen antes de mover el cadáver?

—Sí.

—¿Puede usted explicar al jurado por qué se hace esto?

—Es el procedimiento de costumbre. Se meten las manos en bolsas de papel y se atan con cinta adhesiva por las muñecas para que no se pierda ninguna prueba microscópica que esté bajo las uñas. También sirve para que las manos no se contaminen con fibras u otros fragmentos durante el transporte.

—¿Examinó usted las manos de la víctima para comprobar tales pruebas durante su examen del cadáver?

—Sí.

—¿Y encontró usted alguna cosa?

—Nada importante. La parte interna de las uñas estaba limpia. Ni fibras, ni tejido, ni muestras de cabello. Nada que pudiera indicar lucha o forcejeo de la víctima antes de morir.

—¿Examinó usted las manos en busca de residuos de pólvora?

Me lanza una mirada contemplativa.

—No.

—¿Y por qué no?

—No parecía haber ningún motivo, ya que determinamos que el disparo se hizo lo suficientemente lejos como para que existiera la posibilidad de que se hubieran depositado allí residuos de pólvora. ¿Y cuál era el motivo? Ella no se había disparado a sí misma porque el arma no estaba en su mano.

—¿No pensó que fuese importante determinar si ella había forcejeado con su asaltante?

—No. Ya he testificado que eso era imposible.

—¿Está usted seguro?

—Sí, completamente.

—Déjeme preguntarle: ¿ha determinado usted el calibre de la bala?

—Es difícil. Hay calibres que son muy parecidos. Viendo sólo la bala, no siempre puedes estar seguro.

—Ya entiendo, ¿pero lo ha resuelto estando aquí sentado?

—Creo que balística lo ha dejado bien claro. —Mira sus notas—. Nueve milímetros.

—¿Y está usted de acuerdo?

—Confío en ellos en tales cuestiones.

—¿Ha tratado usted anteriormente con semejantes heridas de bala? ¿De nueve milímetros?

—Muchas veces. Es un calibre muy común en los crímenes callejeros.

—¿Entonces está usted familiarizado con la clase de herida que produce una bala de nueve milímetros?

—Sí.

—¿Y con el tipo de daño que inflige?

—A una distancia corta puede ser muy destructiva, absolutamente mortal.

—¿Diría usted que un tiro normal de una nueve milímetros tiene una buena fuerza de penetración? ¿Ha visto usted alguna vez una herida causada por una nueve milímetros que haya traspasado completamente un cuerpo?

—He visto heridas así.

—¿Incluso cuando la bala choca con el hueso?

—A veces, y depende del tamaño del hueso, del diámetro del cuerpo, sí, podría atravesarlo.

—Usted ha dicho que el disparo que mató a Melanie Vega fue hecho a una distancia de sólo uno o dos metros antes de impactar en la víctima y sin embargo se alojó en mitad del cerebro. ¿Puede explicar eso?

—Muy poca gente puede explicar la trayectoria de una bala, ya que existen demasiadas variables: la carga de pólvora, el peso y la composición de la bala, la densidad de los objetos con los que choca a su paso. Cualquiera de estas variables puede alterar la profundidad de la penetración.

—De modo que si la bala pasó a través de un objeto, ¿debería reducirse su velocidad?

—Depende del objeto, claro.

—Ahora hablemos de los inexplicables fragmentos de metal en la herida. Usted ha testificado que encontró pequeños granos de metal... acero, creo que ha dicho.

—De baja calidad, acero de bajo contenido en carbono. Sí. Creo que eran cuatro o cinco.

—¿Sometió usted los fragmentos a algún tipo de examen microscópico antes de hacerles la prueba metalúrgica?

—Sí.

—¿Qué aspecto tenían?

—Virutas. Como hilillos rizados de metal.

—¿Y usted no tiene la menor idea de lo que son?

—Como he dicho antes, pensé que eran virutas de plomo de la bala. Aparentemente no era éste el caso.

—¿Confiaría usted en balística en este punto?

—Sí, si ellos saben lo que son.

—Doctor, permítame preguntarle: ¿cómo descubrió usted que la víctima estaba embarazada?

—En una autopsia completa es un procedimiento general abrir la cavidad del abdomen...

—¿Así que, por examen externo, para usted no era obvio que Melanie Vega estuviese embarazada?

—No.

Hizo verdaderos esfuerzos para mantenerse en su peso.

—¿No le parece extraño que nadie se lo dijera?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que era una mujer embarazada de cuatro meses y su marido no le dijo nada al respecto.

—Yo nunca hablé con el señor Vega.

—Pero en ningún informe de la investigación consta semejante revelación por parte del señor Vega en la

entrevista que mantuvieron con él la noche del crimen. Leyó usted los informes, ¿no es cierto?

—Sí, los leí.

—¿Y no había ninguna revelación?

—No. No que yo recuerde.

—¿No lo encuentra raro, doctor? Me refiero a que un marido desolado, con su esposa asesinada, hable con la policía y no se le ocurra explicarle esta doble tragedia.

—¡Protesto! Incita a la especulación.

—Estoy pidiendo la opinión de un experto. El doctor ha realizado miles de autopsias, y ha leído miles de informes policiales en relación con estas autopsias. Le pregunto si, como experto en este campo, no encuentra un poco raro que un marido desolado omita semejante información.

—Permitiré la pregunta —dice Woodruff—, pero sólo en lo que concierne a su experiencia en el campo profesional, doctor.

—Un poco raro, quizá. No obstante, supongo que el hombre estaba muy desconcertado.

—Mmmm.

Hago una pequeña pirueta frente al estrado del testigo y mientras hablo no le miro a él sino a la mesa de la acusación.

Harry y yo no hemos obtenido nada del semen que se encontró en las sábanas de la cama de Melanie. El laboratorio que hizo este examen para nosotros no pudo efectuar la prueba del ADN. El semen seco era demasiado antiguo para que la muestra fuera válida. Así

que ha llegado el momento de la confrontación. Ya no puedo ocultar la mano por más tiempo.

—Doctor, como parte de su examen, ¿se le ocurrió determinar la paternidad del feto?

Los ojos de Cassidy centellean y aprieta los dientes. He pasado el Rubicón, he lanzado el primer ataque directo contra Jack, y la avanzadilla de mi defensa asoma a través de la niebla.

Cassidy susurra algo al oído de Lama. Sospecho que le estará dando las mismas instrucciones que le he dado yo a Harry esta mañana: una orden para extraer sangre a Jack Vega. Cuando hayamos acabado, éste tendrá más agujeros que un queso de gruyere.

Agitación en las filas de la prensa, y advertencias del tribunal. Después de este interrogatorio, la noticia no tardará mucho en llegar hasta Jack Vega. Como todos los testigos, está fuera, donde el oficial del proceso lo encontrará esta tarde y le dará instrucciones para someterse a afiladas agujas.

—Es una pregunta sencilla, doctor: ¿determinó usted la paternidad del niño?

—¿Con qué objeto?

—¿Sí o no?

—No —dice—. No había ningún motivo.

A Angelo puede parecerle que no, pero cuando miro a los miembros del jurado, sé que la cuestión del origen del niño no se les pasa por alto.

CAPÍTULO 24

Esta mañana, mientras el jurado entra en la sala, la calavera de plástico de Melanie Vega que trajo el doctor Angelo descansa en la estantería superior del carrito de las pruebas, con la cabeza atravesada por el puntero, que sobresale por la parte frontal del carrito. Las vacías cavidades oculares hipnotizan a los miembros del jurado a medida que toman asiento. Seguro que esto es idea de Cassidy para impresionar al jurado: el sustituto de plástico de Melanie, asistiendo en silencio a su propia defensa.

Laurel parece impresionada por esto, mientras se sienta junto a mí, flanqueada por Harry en el otro lado. Laurel tiene un aspecto horrible, y parece un poco vacilante.

Cuando Cassidy llega a la sala, se pone a hacer el mismo numerito con el que ha venido obsequiándonos cada día de la semana pasada. Vestida para matar, y que conste que no es un juego de palabras, con un traje de diseño, lleva unas zapatillas deportivas blancas. A plena vista del jurado, abre una bolsa de papel, saca unos zapatos de piel con un tacón de tres centímetros y se los cambia en la mesa de abogados. No es más que un mensaje dirigido al jurado en que quiere demostrar que ella no es una abogada con mentalidad de Barbie, sino una más, alguien que trabaja duro como ellos.

Varias mujeres la observan y toman nota en silencio. Éstos son los sutiles mensajes que surten efecto.

Cassidy es tan metódica como el general Sherman en su marcha hacia el mar. A su paso deja un paisaje quemado de testimonios retorcidos y verdades a medias. Si tiene la más ligera sospecha de que alguna prueba física pueda resultarnos cómoda, la torturará hasta que cualquier esfuerzo por explicar su importancia se pierda en el jurado.

Ayer, Morgan trajo a un experto en fibras que identificó los fragmentos hallados en el suelo del cuarto de baño de Melanie. Apretó al testigo hasta que finalmente identificó las fibras como similares en todos los aspectos a las tomadas de la alfombra hallada en posesión de Laurel en el momento de la detención.

Todo esto ocurría mientras Laurel protestaba en mi oído, diciéndome que la alfombra encontrada en Reno era de ella y procedía de su propio apartamento, lo que pareció confirmado por el posterior testimonio del testigo. Al cabo de tres minutos, cuando me tocó el turno, conseguí que reconociese que las fibras son tan corrientes como los granos de arena de una playa, y que estas alfombras las venden numerosos fabricantes y se podían encontrar en la mitad de los hogares americanos. El testigo reconoció que no podía afirmar científicamente que las fibras de la bolsa de pruebas procedían de la alfombra de Laurel. Me atrevería a decir que, cuando bajó del estrado, el hombre se preguntaba por qué Cassidy lo había llamado. Pero Cassidy no deja ni una sola piedra sin remover. Al fin y al cabo, la otra parte siempre puede tropezar.

Para Morgan, sólo era un tramo más, aunque sin premio, así que esta mañana toca balística.

Nico Perone es el experto en balística. Es un hombre bajito, calvo y con una barriga que sobresale por encima del cinturón como la bolsa de Santa Claus. Como testigo, no tiene demasiado buen aspecto. Si estuvieras vendiendo un escándalo a escala nacional y Nico tuviese un puesto en el mercado, no correrías a ponerlo en el circuito de *talk-shows* matutino de televisión. Su respiración se eleva cuando sube el par de escalones del estrado de los testigos. Perone podría pegarse una buena sudada en enero durante un paseo por el Ártico. En cuanto a su traje, Nico lleva parte de su desayuno de esta mañana, y lo que parece la cena de ayer, en la corbata.

En la lucha de los policías contra los criminales, él es un partisano y un luchador de primera fila, amén de amigo y seguidor de Jimmy Lama. No hay objetividad en la ciencia de Perone. Lo he visto resbalar y tropezar en algunos casos, normalmente en hoyos de su propia cosecha, por modelar las pruebas para que se adapten al crimen.

Esta mañana está sentado en el estrado, preparado para nadar en su propio sudor. Las bocamangas de la chaqueta ya empiezan a gotear porque se ha secado la frente con ellas, y eso que Cassidy, la simpática, no ha hecho más que preguntarle su nombre.

Evitan los preliminares, las clases a las que Nico ha asistido en el Laboratorio del Crimen del FBI en

Washington y otros lugares, que lo cualifican como testigo. Morgan le enseña la bala de la bolsita, y la identifica como la que él examinó y sobre la que extendió un informe en relación al asesinato de Melanie.

—Señor Perone, ¿qué puede decirnos sobre las características de esta bala? ¿Su calibre y su peso?

—Luger. Nueve milímetros.

—¿Es una marca?

—Un modelo. Hay gente que la llama Parabellum. Se introdujo por primera vez a principios de siglo para ser utilizada en una pistola Luger automática. Esta pesaba un kilo setecientos veinticinco gramos, pero apostaría a que cuando se fabricó pesaba un kilo setecientos setenta.

—¿Es una opinión profesional?

—Sí, porque no se fabrican con un peso de un kilo setecientos veinticinco gramos.

Se ven algunas sonrisas entre el jurado.

—Lo anoté. El resto de la bala debió de perderse en alguna parte del interior de la víctima.

—¿Se refiere usted a fragmentos desprendidos?

—Sí.

Verlos trabajar juntos, a Nico y a Morgan, es un experimento químico. Nico nunca ha sobresalido como profesional. Tiene todo el brillo de un par de zapatos gastados en los pies de un vagabundo.

—Además de su calibre, ¿podría usted explicar al jurado qué clase de bala es y de qué está hecha?

—Una aleación de plomo, lo que se conoce como una bala de plomo de punta hueca. Esta bala, en concreto, puede ser de tres tipos: de punta hueca de plomo, de plomo con un blindaje parcial de acero y blindada. Blindaje quiere decir que el plomo de la bala está parcial o completamente recubierto por una funda de acero.

—¿Cuál es la diferencia?

—Las balas de plomo y las semiblindadas acostumbran a deformarse, pero tienen más fuerza de penetración. Las blindadas pasan con más suavidad a través de la acción del arma de fuego, por tanto no se deforman tanto, aunque tampoco se expanden, y tienen menos fuerza de penetración. Cuando el plomo pega contra algo duro, tiende a expandirse. Puede ver que en ésta tenemos un pequeño champiñón.

Mico sostiene la bolsita con la bala en la mano.

—¿Un champiñón?

—Sí. Se puede observar que donde la bala ha chocado contra algo, probablemente un hueso, se ha producido una deformación en la punta superior. —Señala con la uña del pulgar—. ¿Lo ve? Justo aquí.

—¿Y esto causaría más daño?

—Sí, acertó. Si una bala se expande, transfiere más energía cinética al blanco, lo que causa más daño. Los tiradores lo llaman fuerza de penetración.

—¿Consideraría usted que fue un disparo mortal?

—Sí. A una distancia corta es muy eficaz. Muchos agentes de policía las usan, aunque la mayoría de ellas son blindadas.

—Así que, ¿en su opinión profesional, la bala de esta bolsita tiene más fuerza de penetración que las balas del mismo calibre usadas normalmente en las armas de la policía?

—¡Oh, sí! Quien usara ésta quería enviarla al otro barrio.

—¡Protesto!

—Admitida. Limítese a contestar las preguntas —dice Woodruff.

Cassidy se aparta un momento. Esto le da a Nico la oportunidad de empaparse la manga hasta el codo.

—Permítame preguntarle, señor Perone: ¿tuvo usted oportunidad de practicar algún tipo de examen microscópico a la bala de esta bolsa?

—Sí.

—¿Y qué es lo que encontró?

—Las marcas de los campos y las estrías en la bala, producidas por el cañón del arma de fuego, que indicaban un giro hacia la derecha. Algo bastante común en muchas clases de pistolas.

—¿Nada más?

—Sí. Había alguna anomalía en la pistola. Aparte de estas marcas se apreciaban pequeñas ondulaciones en los lados de la bala, algún defecto en el calibre del arma.

—¿Podría explicar qué lo causó?

Hace una mueca y sacude la cabeza.

—Supongo que...

—No suponga. Denos su opinión profesional.

—Bien. Mi opinión profesional es que tal vez fuera

debido a la oxidación del cañón, a unas pequeñas manchas de óxido. A veces esto produce estrías microscópicas en la bala en su recorrido por el cañón.

Cassidy asiente lentamente. Su cometido aquí no es el de valorar algún punto en particular. Una bala es una bala, y ésta en concreto resulta que mató a Melanie Vega.

Sin embargo, su papel es el de explicar cualquier anomalía en las pruebas, el de plantear posibles inconsistencias antes de que lo hagamos nosotros, robarnos cualquier viento que pudiera servirnos para hinchar las velas de nuestro caso y evitar que nuestra teoría de lo sucedido parezca más plausible que la suya.

Se dirige hacia el carrito de las pruebas y regresa con otra bolsita que contiene el casquillo de bronce hallado en el suelo de la escena del crimen.

—Señor Perone, le pido que observe el casquillo de bala de esta bolsa. ¿Ha tenido oportunidad de examinarla?

Da la vuelta a la bolsa y la estudia un rato.

—Sí.

—¿Puede usted decirnos de qué calibre es?

—Es de una Luger de nueve milímetros.

—¿Igual que la bala de la otra bolsa?

—Sí.

—¿Tiene usted alguna manera de saber si esta bala y este casquillo formaron parte de la misma munición o bala completa?

—Es muy difícil, especialmente tratándose de una

Parabellum nueve milímetros, porque por lo general no «arrugan la bala» cuando la montan.

—¿Qué quiere usted decir con «arrugar la bala»?

—Cuando se monta una bala, el último paso del proceso se llama «asentar la bala». Esto se puede hacer manualmente, con una presión de carga, o con una máquina en una fábrica. De cualquier manera, cuando se asienta la bala, la parte que la presiona contra el casquillo puede arrugar un poco el borde de éste alrededor de la bala para sujetarla o puede no hacerlo. En las de nueve milímetros, la mayoría de matrices no se arrugan.

—¿Por qué es eso tan importante?

—Si el casquillo está arrugado, es difícil, pero existe una posibilidad de que puedas encontrar irregularidades alrededor de la boca del casquillo y marcas en la bala allí donde está arrugada. Si no está arrugada, olvídalo.

—¿Y ésta?

—Olvídelo.

—¿Así que no hay forma de que nos diga si el proyectil y el casquillo formaron parte de la misma bala sin disparar?

—No, no puedo.

—Centremos nuestra atención en el casquillo. ¿Hay algo que usted pueda explicarnos acerca de él?

—Es recargable.

—¿Qué significa?

—Pues que ha sido disparado y recargado, en este

caso varias veces.

—¿Cómo lo sabe?

—Por las marcas que hay en el borde. Una pistola semiautomática (y esta bala se dispara generalmente desde una semiautomática) descarga el casquillo después de disparar. Lo expulsa por una ventanilla situada en la parte superior lateral del arma. Para hacerlo, el expulsor tiene que agarrar el borde del casquillo vacío y extraerlo de la recámara, lo cual deja pequeñas marcas en el borde.

—¿Cuántas marcas encontró usted en el casquillo en cuestión?

—Como mínimo ocho que pude identificar.

—¿Quiere esto decir que la bala fue recargada al menos ocho veces?

Cassidy lo mira como si no lo hubiera oído bien, a la vez que Harry empieza a reírse disimuladamente. Morgan le lanza una mirada, y Hinds tose para que no se note.

—Expulsión manual. Usted pone una en el cargador, tal vez con otras, y entonces, manualmente, acciona el cerrojo o el mecanismo hacia atrás y hacia adelante, estampando las balas en la cámara y expulsándolas de una en una, sin disparar. La gente hace esto para asegurarse de que la pistola no se encasquille cuando vaya a disparar. En el oficio, alguna gente lo llama «percutir».

—No hace falta que lo explique.

Conociendo a Nico, se lo enseñará al jurado.

—¿Y cómo sabe usted que las marcas de este casquillo no fueron causadas por la percusión manual?

—Porque hay otras marcas que nos dicen que fue recargado.

—¿Qué clase de marcas?

—Existe desgaste y fatiga del metal, que se puede apreciar bajo un microscopio, y lo que llamamos marcas de calibrado a lo largo del casquillo. Los casquillos de bala suelen estar hechos de bronce o de cualquier otro metal blando y tienden a expandirse en el disparo. Una vez son expulsados, no se pueden volver a meter en la cámara del arma a menos que se coloquen primero en una matriz de calibrado para que vuelvan a recuperar su tamaño. Al hacerlo, al recargar la bala, se dejan unas marcas de presión en el cartucho. Además, el extremo del casquillo, la parte que golpea con el obturador, empieza a mostrar desgaste cuando se ha disparado varias veces. En ésta apenas se puede leer la palabra «Luger».

—¿Qué le dice todo esto, señor Perone?

—Pues me dice que la vaina que usted tiene en sus manos ha sido disparada más veces que el pajarito de un chulo.

Perone es la clase de testigo de Harry.

—Maravilloso.

Morgan mira de manera compungida, como diciendo: «Fijaos en lo que el estado me da para que trabaje con él.»

—Ahora mantengámoslo en un plano profesional

—dice Woodruff.

—Lo siento, señoría —se excusa Nico, y le sonríe al juez.

—Suponiendo que una persona no tuviese el equipo para recargar este tipo de munición, ¿es posible que un hombre o una mujer consiguiese esta clase de munición recargable?

—Claro. Se puede comprar en armerías: algunas venden munición recargada. Se puede comprar también a granel en exposiciones de armas. Vamos, en un millón de sitios.

Este es el punto crítico que Cassidy quiere que el testigo deje bien claro: que cualquiera, incluso Laurel, podría haber conseguido la bala que mató a Melanie Vega.

—Entonces, ¿no hay forma de saber de dónde procede esta munición?

—No.

—Déjeme preguntarle: ¿hay alguna manera de saber por qué clase de arma fue disparada esta bala?

—Sabemos que en un momento u otro fue disparada, al menos, por cuatro armas de fuego diferentes. Las señales de herramienta y las de expulsión a veces dan una pista sobre la marca comercial del arma. En este caso hay demasiadas, unas encima de las otras. Así, no hay manera de saberlo con una bala que ha llevado tanto trote.

—Por consiguiente, ¿no puede decirnos la marca o el modelo del arma empleada para matar a Melanie

Vega?

—No.

—¿Si se hubiese encontrado el arma, sería posible establecer una comparación para vincular la bala al arma?

—¡Oh, claro! Tenemos bala suficiente, pero necesitaríamos el arma. Entonces podríamos intentar establecer la correspondencia.

Cassidy no deja de asentir porque el mensaje es fácil: no tienen el arma porque el asesino se deshizo de ella.

—Señor Perone, ¿ha hecho usted alguna vez la prueba de los residuos de pólvora?

—Sí.

—¿Puede explicarle al jurado para qué son estas pruebas?

Se me empieza a poner la carne de gallina.

—La prueba de los residuos de pólvora se utiliza para determinar si han quedado nitratos u otros residuos procedentes del disparo de un arma de fuego en las manos, cara o ropa de un sospechoso. Los residuos se recogen por medios químicos y se extraen para examinarlos.

—Y déjeme preguntarle: ¿hizo su oficina la prueba de residuos de pólvora a la acusada, Laurel Vega, inmediatamente después de su arresto y su traslado a la capital del estado?

—Señoría, ¿podríamos reunirnos? —digo, y me levanto.

Woodruff nos hace señales para que nos acerquemos a un rincón lateral al otro lado del estrado del juez, lejos del testigo.

—¿En dónde se está metiendo, señorita Cassidy? Recuerde lo que hablamos de las inferencias —dice el juez.

Susurros y manos que se llevan a un lado de la boca.

—No he dicho nada de lo que le pasó en las manos —aclara Morgan.

—Pero se está acercando —protesto.

—Señoría, tengo derecho a preguntar al testigo si pudo hacer la prueba de los residuos de pólvora y, si no, por qué no le fue posible. Nada más. Sólo esto.

—Sí, claro —digo—. La acusada sumergió las manos en disolvente, pero no queremos deducir nada de esto. Claro que ha mandado al diablo nuestra prueba de los residuos de pólvora. Sí, deje que el jurado saque sus propias conclusiones.

—¿Acaso no se trata de eso?

Cassidy me mira y sonríe.

—Me inclino por permitirle preguntar, pero sea breve y directa —ataja Woodruff.

Pongo los ojos en blanco.

Volvemos a las mesas.

—¿Intentó su oficina hacer la prueba de los residuos de pólvora a la acusada, Laurel Vega, inmediatamente después de su detención y traslado a la capital del estado?

—Sí.

—¿Y pudieron hacerlo?

—No.

—¿Puede usted explicar al tribunal por qué no?

—La acusada tenía las manos quemadas por productos químicos, disolventes de tintorería. Bajo estas circunstancias, las manos estaban contaminadas, y no se pudo efectuarla correspondiente prueba de los residuos de pólvora.

—¿No es cierto que estos productos químicos habrían interferido la prueba, haciendo imposible la detección de residuos de pólvora?

—Sí.

—Y eso, ¿por qué?

—Señorita Cassidy, se está usted pasando de la raya —diceWoodruff.

Ella lo mira.

—Retiro la pregunta. No tengo más preguntas.

Me pongo de pie con cierta impaciencia.

—Señor Perone, deje que le pregunte: usted ha dicho que la prueba de los residuos de pólvora se usa generalmente para detectar residuos de pólvora en la ropa, manos y cara deun sospechoso, ¿no es cierto?

Hace una mueca.

—Sí. Más o menos.

—Bueno, ¿sí o no?

—Sí, es para eso.

—¿Realizaron la prueba de los residuos de pólvora en la ropa de Laurel Vega después de su detención?

—Sí.

—¿Y encontraron residuos de pólvora o cualquier prueba en su ropa de que recientemente hubiera disparado un arma?

—Protesto. Se excede del ámbito directo —argumenta Cassidy—. Señoría, yo he limitado mi interrogatorio a las manos de la acusada.

—La señorita Cassidy ha interrogado al testigo sobre los residuos de pólvora, ella es quien ha abierto el tema.

Morgan le dice a Woodruff que si yo pretendo entrar en otros campos, que llame a mi propio testigo.

—Denegada la protesta —dice Woodruff—. El testigo contestará la pregunta.

Es una lección para Cassidy, un mal paso en el lado salvaje con *Risitas*.

—Señor Perone, ¿encontró usted evidencia de residuos de pólvora en la ropa de Laurel Vega inmediatamente después de su detención?

—No.

—Después de detenerla, ¿le examinó usted a la acusada la zona alrededor de la cara y el cuello por si encontraba residuos de pólvora?

—Ajá.

—No lo oigo.

—Sí.

—¿Y encontró usted residuos de pólvora en su cara o cuello que indicasen que podía haber disparado recientemente un arma de fuego?

—No, pero ya habían pasado algunos días entre el disparo y la detención, y probablemente se había

bañado o duchado.

Dirijo la vista hacia Cassidy, que está echando chispas, y mira a Woodruff con unas rajas por ojos que podrían matar.

—Señor Perone, quiero llamar su atención sobre las pequeñas huellas que hay en la bala. Creo que la fiscal del distrito se ha referido a ellas como pequeñas estrías. ¿Las recuerda?

—Sí.

—Usted ha dicho que no estaban seguros de qué es lo que las había causado, pero que podría ser debido a óxido en el cañón del arma, ¿es esto correcto?

—Es una teoría, a menos que usted tenga otra mejor.

—Yo no estoy aquí para contestar preguntas, pero usted sí.

Nico se seca el sudor de la frente.

—Déjeme preguntarle: ¿se dio usted cuenta de los pequeños fragmentos de metal encontrados en la herida mortal de la fallecida, Melanie Vega?

—Protesto. Excede el ámbito directo —explota Cassidy.

—Estoy trabajando en las pequeñas estrías, señoría. Creo que puedo demostrar una relación.

—Si puede, sométala a una moción para que conste en acta, pero sea breve —dice Woodruff.

—¿Ha visto usted alguna vez un informe sobre esos fragmentos, señor Perone? Me refiero a los encontrados en la víctima.

—Sí.

—¿Enviaron estos fragmentos a su oficina para que los analizaran?

—El departamento de metalurgia lo consultó con nosotros.

—¿Y tiene usted alguna opinión sobre los orígenes de los fragmentos?

Hace una mueca.

—Acero de baja calidad. La bala pudo haber pasado a través de algo.

—¿A través de qué? La víctima estaba completamente desnuda en el momento en que recibió el disparo. La bala no fue disparada desde el exterior, a través de una ventana, ¿no?

—No, que yo sepa.

—En la escena del crimen no apareció nada con un agujero de bala. ¿Encontró usted algún objeto de metal agujereado por la bala?

—No.

—Bueno, pues ¿de dónde proceden esos fragmentos de metal?

—Eso me pregunto yo.

—Usted es el experto.

—En el laboratorio de balística del FBI no dan bolas de cristal. Vosotros os lleváis la palma en esto.

Nico se lleva la mano a sus partes y se las agarra en un gesto típico de Michael Jackson. Todo esto sucede por debajo de la barandilla del estrado de los testigos, para que el jurado no pueda verlo. Cuando lo llaman al estrado, Nico enseña sus credenciales: una tarjeta de

miembro del club «Jode a los Abogados».

—¿Así que usted cree que la bala atravesó algo en su trayectoria que hizo que estos fragmentos de metal se depositaran en la herida?

—Bien podría haber sido así.

—¿Los fragmentos se describen como hilos microscópicos de acero bajo en carbono?

—Eso es lo que dicen.

—¿Metalurgia?

—Sí.

Me paseo por delante del estrado del testigo sólo para hacer un poco el numerito.

—Como experto en balística, ¿podría decirse que usted se ha encontrado con toda clase de objetos, aparte de pistolas y balas?

—¿Como qué?

—Como artefactos, silenciadores, cualquier clase de armas que disparan proyectiles.

—Sí, vemos bastantes cosas de ésas.

—¿Así que usted tiene una dilatada experiencia?

—Se podría decir que sí.

—¿Estas cosas se pueden comprar fácilmente? Quiero decir una bomba de efecto retardado o algún detonador por control remoto. Aunque hay gente que las hacen ellos mismos, ¿no?

—Sí, claro. Se pueden comprar libros de bricolaje, conseguir artículos de *Soldier of Fortune*. Si eres manitas y no te estampas contra el techo, puedes fabricar una bomba que funcione.

—Señoría. —Cassidy se ha levantado de la silla—. A menos que nos hayamos perdido algo, la víctima no murió por una bomba.

Woodruff me indica con un gesto que me dé prisa.

—¿Todas estas cosas (bombas y silenciadores) se pueden hacer en casa si eres mañoso y sabes cómo hacerlo?

—Claro.

—Por ejemplo, si alguien le preguntase cómo fabricar un silenciador, ¿qué le diría?

—Su posesión es ilegal.

—Por supuesto, pero sólo como ejemplo, si quisiera podría decirle cómo se fabrica uno, ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Cómo?

—¿Aquí mismo?

—¿Por qué no? La información no es ilegal.

—¿No?

Le indico que empiece.

—Se toman dos trozos de tubo de metal, uno de diámetro un poco más ancho que el otro, y se hacen bastantes agujerosen el tubo más pequeño, como un queso suizo. Luego se introduce el tubo pequeño en el grande. Tiene que quedar una bolsa de aire entre los dos. Se busca el modo de fijar los dos tubos, normalmente con algún tipo de fleje. El tubo interior tiene que ser un poco mayor que el cañón del arma. Inventas una manera de sujetarlo al extremo del cañón, normalmente con cables.

—¿Y ya está?

—Se puede meter algún material para amortiguar el ruido. Se pone en la bolsa de aire que queda entre los dos tubos.

—¿Como qué?

Hace una mueca.

—Algo que no se quemase si se calentara. Antiguamente, los tipos listos de Nueva York y de Chicago usaban pequeñas hojas de asbesto enrolladas. Supongo que si tenían mucho trabajo, se hacían mierda los pulmones.

Nico ofrece a Woodruff una sonrisa nerviosa.

—Perdone mi lenguaje, señoría. Podría llamarlo justicia poética.

—¿Y hoy en día qué se usa para amortiguar el sonido?

—Cualquier cosa que no se queme: serraduras de acero... Se detiene antes de que las palabras salgan de sus labios.

—¿Sí?

—Serraduras de acero. Hay quien usa serraduras de acero.

La mirada de Perone es, quizá, lo máximo que recibiré en concepto de honorarios en este caso.

—Y cuando se meten serraduras de acero, es posible que algunas partículas escapen del tubo interior a través de los agujeros, ¿no es cierto?

Nico asiente con la cabeza, como aturdido.

—¿No es cierto?

—Sí.

—De modo que una bala que pasase por el tubo podría recoger en su trayectoria hilos diminutos, pequeños fragmentos de acero de baja calidad, serraduras de acero, y arrastrar estos fragmentos y depositarlos en una herida, ¿no es cierto?

Ahora, Perone ya no responde a mis preguntas. En vez de esto mira a Cassidy mientras se pregunta en qué grado recibirá sus iras cuando lo saque de la sala. Perone le ha dejado en la puerta, empaquetado y registrado, lo único que odia un buen abogado: la sorpresa.

—Las serraduras de acero de un silenciador dejarían estrías y canaladuras difíciles de explicar en el plomo de una bala blanda y sin blindar, ¿no es cierto, señor Perone?

Asiente, gruñendo concesiones desde su sitio.

—Conteste la pregunta.

—Sí. Es posible.

—Un silenciador sería la respuesta a muchos interrogantes, ¿no es cierto? ¿Por qué había tan poca cantidad de hollín o residuos de disparo de arma de fuego en la víctima? ¿Por qué no había tatuaje en el cadáver?

Buena parte de esto habría sido filtrado por el silenciador, y Nico lo sabe.

—Podría ser.

—También explicaría por qué nadie oyó el disparo que mató a Melanie Vega, ¿verdad?

Me dirige una mirada glacial.

—Es una posibilidad.

—Es todo, señoría.

Cuando me doy media vuelta para ir a la mesa, lo hago con un sentido de satisfacción. Todo esto significa que la fiscalía deberá hacer un esfuerzo considerable si va a vender la teoría de que Laurel apretó el gatillo. Esta tendría que moverse en círculos de intriga que competirían con James Bond, o la fiscalía deberá convencer al jurado de que mi cuñada es la versión moderna de Henry Ford y Annie Oakley, una mujer que no sólo se fabrica su propia munición, sino que es una maestra de la herramienta y la matriz, alguien capaz de construir un silenciador para una pistola semiautomática: las cosas que dificultan la credibilidad en un juicio.

CAPÍTULO 25

Esta tarde la sala está invadida por la luz mortecina de las imágenes parpadeantes de una gran pantalla de televisión, que se ha colocado frente al panel del jurado, mientras las luces superiores están apagadas.

Harry, Cassidy, Lama y yo buscamos un sitio en cada extremo del banco del jurado para ver la pantalla. Laurel ha sido trasladada desde la mesa de los abogados hasta un rincón de la sala por una matrona que no se le

separa ni un centímetro. El juez está fuera de su estrado, en un rincón de la sala, y debido al cabello blanco, las cejas espesas y la toga holgada parece un fantasma.

En la pantalla se ven las elocuentes imágenes en color de Laurel lanzándose a la carga en un pasillo lleno de gente en este mismo edificio, hace siete meses, dos pisos más abajo de donde nos encontramos ahora, empuñando el bolso como una cachiporra. Las imágenes muestran cómo el bolso se estrella contra la espalda de Jack y pasa a pocos milímetros de la cara de Melanie, para luego chocar con el bolso de ésta, haciendo que los dos caigan al suelo y sus contenidos se esparzan por el pasillo.

Cassidy pide que se vuelva a pasar el vídeo. Esta vez se rebobina más. En su precipitada embestida, Laurel atropella aun anciano que tiene la desgracia de haberse cruzado en el camino de su furia. Laurel ni siquiera pierde el paso. La inequívoca explosión de ira busca a Melanie como un misil térmico. Para los abogados que intentan establecer un móvil para el asesinato, éste es el equivalente pictórico de un millón de palabras.

Si se congela la imagen, en el centro de la pantalla se ve a Laurel roja de ira y, aunque las imágenes del vídeo carecen de sonido, se leen palabras de odio en sus labios, amenazas escupidas como toxinas por una cobra.

Hacen falta tres personas para reducirla, y yo soy una de ellas. Laurel pone la correa rota del bolso alrededor del cuello de Melanie Vega cuando yo tiro de

ella. El bolso de Melanie está en el suelo y, mientras forcejeo con Laurel, la cámara me pilla dando un patinazo sobre un pintalabios. Muy gracioso.

Cassidy quiere que las imágenes se pasen al jurado por tercera vez, por si se hubiesen perdido algo, este último pase a cámara lenta, para que puedan apreciar ampliamente la coreografía de esta furia.

Después, el monitor y su carrito vuelven al rincón.

Lama está muy orgulloso de sí mismo. Fue Jimmy quien encontró la cinta y se la dio a Cassidy, que se enteró por los aficionados a los tribunales de justicia, que le contaron la pelea.

Cuando las luces recobran su brillo, Morgan tiene un testigo en el estrado. Está en mitad de su testimonio, pues lo han interrumpido para mostrar la cinta. George Ranklin, el alguacil que estaba en el juzgado catorce el día del altercado, ha puesto las bases para introducir la cinta. Lama se ha pasado diez minutos fuera de la sala explicándole la lección.

Morgan lleva rápidamente a Ranklin a testificar que, durante el incidente del juzgado, él estaba lo bastante cerca como para oír las iracundas palabras de Laurel.

—Oficial, ¿puede usted decirnos si recuerda lo que Laurel Vega dijo exactamente durante el ataque a la víctima?

—Yo la oí decir: «¡Mataré a esa puta!»

Es uno de esos momentos cruciales en un juicio: un presunto autor escupiendo profecías, el tipo de afirmación que después de un asesinato te pone los

pelos de punta. Algunos miembros del jurado se toman unos minutos para estudiar a Laurel.

En ese momento, mientras es el centro de atención, Laurel me habla al oído para decirme que no es verdad.

—Tú estabas allí —me dice Laurel—. Tú sabes que no es cierto.

La palabra que empieza con «p» es evidente en la cinta; el resto, creo que es fruto de cierta hábil sugestión por parte de Lama. No recuerdo ninguna amenaza de muerte, aunque en privado, en la intimidad de las dependencias de la cárcel, Laurel me ha llegado a decir que si alguien no se le hubiera adelantado quizá sí hubiera matado a Melanie.

—¿Fueron éstas las palabras exactas de la acusada?

Ranklin hace una mueca.

—«Déjame matar a esa puta» o «Mataré a esa puta», algo así. Fue hace mucho tiempo en una sala llena de gente y de ruido.

Morgan camina hacia el jurado.

—«Déjame matar a esa puta» —y mira a Ranklin intencionadamente— o «Mataré a esa puta».

Repite las palabras del testigo al tiempo que Lama emite expresiones vidriosas de malicioso placer desde la mesa de abogados.

—Esto es lo que yo recuerdo.

—¿Y cuándo lo dijo?

—Cuando era reducida, inmediatamente después de que intentara pegar a la víctima.

—¿Quiénes la estaban reduciendo?

—Recuerdo que se necesitaron un par de caballeros. Su abogado, que está allí —me señala—, y uno o dos hombres más.

—Pero ¿usted no tiene ninguna duda de que éstas fueron sus palabras: «Déjame matar a esa puta» o «Mataré a esa puta»?

Si pudiera, Cassidy grabaría estas palabras en el sillón del juez, justo debajo del escudo estatal con su lema «Eureka».

—Esto es lo que oí.

—Oficial, ¿recuerda usted haber leído en los periódicos algo sobre el asesinato de Melanie Vega?

—Sí. Claro. Eran noticias importantes. Los que trabajamos en el palacio de justicia les prestamos particular atención porque los veíamos a diario en el juzgado por el caso de la custodia.

—¿Y recuerda usted que este altercado (el ataque de la acusada a Melanie Vega) ocurrió la tarde del mismo día en que Melanie Vega fuera asesinada?

—Sí. Al día siguiente, en los juzgados no se hablaba de otra cosa.

—¿Quién hablaba de ello?

—Los que trabajamos aquí, los que habían oído lo de la riña entre las dos mujeres.

—¿Así que usted dice que era del dominio público por parte de quienes habían seguido el caso de la custodia que había enemistad entre las dos mujeres?

—¡Protesto! Incita a la especulación.

—La retiro.

—¿Tuvo usted ocasión de ver alguna parte del caso de la custodia de Vega mientras cumplía con su deber?

—Vi una parte, algunas horas.

—Y según sus observaciones personales, ¿le dio la impresión de que la acusada, Laurel Vega, albergaba odio hacia Melanie Vega?

Ranklin se ríe.

—Es lógico porque era un divorcio amargo, ya que no estaban de acuerdo en la custodia. Sí, había odio, era evidente para los asistentes.

—Gracias, oficial. El testigo es suyo —dice Cassidy, y se sienta junto a Lama que, al mirarme, es la viva imagen de la satisfacción.

Ranklin tiene unos veintitantos años, y trabaja en el palacio de justicia hace cinco, durante los cuales ha colaborado en un par de departamentos. Lo he visto cientos de veces en los ascensores, y nos saludamos. Es un alma amable, un chico fuerte, que mide casi dos metros, lo que es una ventaja para la seguridad de un juzgado, la habilidad para intimidar sin la necesidad de esgrimir un arma.

Ranklin es para mí un libro cerrado, de modo que lo tanteo un poco por los lados para no causar irritación. Lo pinto rápidamente como el oficial neutral para la defensa de la ley, que se limita a cumplir con su trabajo. Sin duda, así es como lo ve el jurado. Quiero que sepan que yo veo las cosas bajo el mismo prisma que ellos. La perspectiva lo es todo.

—Debido a su empleo en los juzgados, ¿usted debe

de haber asistido a un montón de juicios? Pasa más tiempo aquí que yo mismo.

Está de acuerdo conmigo y se ríe un poco. Esto lima un poco cualquier aprensión. Muchos abogados defensores novatos han aprendido de amargas experiencias que puedes perjudicar muchísimo tu caso intentando llevar a tu terreno a un policía objetivo y neutral.

—¿Supongo que usted debe de haber desarrollado un sexto sentido para conocer a los testigos? ¿Debe de tener buen oído para la hostilidad?

Admite que es algo que uno adquiere.

—¿Tuvo realmente ocasión de oír o ver cualquier testimonio de la acusada, Laurel Vega, cuando compareció en el caso de la custodia?

Dice que no, que en esos días estaba en otro departamento.

—Así que, exceptuando el encuentro en el pasillo, ¿no había tenido la oportunidad de observar personalmente ninguna declaración de la acusada que pudiera reflejar sus sentimientos hacia la víctima?

—Sí, es verdad.

Si vio partes del caso de custodia y se formó la opinión de que había animosidad entre las dos mujeres, sólo cabe otra posibilidad. Ranklin debió de oír a Melanie Vega arengar contra Laurel desde el estrado. Aunque esto reflejaba más hostilidad de Melanie Vega hacia Laurel, es Melanie la que está muerta. Si pudiera demostrar que Melanie inspiró su propia defunción,

sólo serviría para fomentar la existencia de un móvil. De modo que lo dejo como está.

—Oficial Ranklin, permítame preguntarle: ¿está usted absolutamente seguro de que fuera de la sala oyó a Laurel Vega decir que quería matar a Melanie Vega, que ella usó exactamente la palabra «matar»?

—Eso es lo que oí.

—Pudo no haber usado la palabra «puta». ¿Está usted seguro de que no dijo otra cosa?

—No. La llamó puta, y dijo que quería matarla.

Lama ha hecho bien los deberes con este testigo: el señor Persuasión. Pregúntame lo que he oído en una conversación, aunque fuera acalorada, hace siete meses y tendría suerte si pudiera acordarme de los participantes, y no digamos de las palabras empleadas.

—Oficial, ¿tuvo usted que hacer muchos esfuerzos para reducir a la acusada como resultado de lo que acabamos de ver en el vídeo?

—No, porque usted ya hacía bastante, por lo que recuerdo.

—¿Así que la acusada no persistió en su intento de agredir a Melanie Vega?

—No creo haber dicho tal cosa.

Ranklin insiste en haber oído una amenaza de muerte, de modo que mi tarea consiste en aceptar las palabras pero disminuir su importancia. Pruebo con una táctica diferente.

—¿Describiría usted el suceso como un acceso de ira momentáneo que remitió en un par de segundos?

Lo piensa y hace una mueca.

—Sí, creo que se podría describir así —dice.

Por fin una concesión.

—Y en realidad no se interpuso entre las dos mujeres para separarlas, ¿verdad?

—No.

—¿En el ejercicio de su trabajo en el tribunal, ha tenido usted alguna vez que reducir a una de las partes o a miembros del público durante un juicio o cualquier otro procedimiento?

—Muchas veces.

—¿Y ha oído usted amenazas proferidas por los contendientes en esos momentos acalorados?

—Es corriente, sí.

—¿Amenazas de muerte?

—Sí.

—¿Y, según su experiencia, no es cierto que en la mayoría de casos estas amenazas no son más que palabras? ¿Que no se llevan a cabo? ¿No es eso lo que ocurre en la mayoría de los casos, que la gente dice estupideces que no tienen intención de cumplir cuando discuten acaloradamente?

Esto es algo obvio en la experiencia de cada jurado, y no hay más que una respuesta creíble y Ranklin lo sabe.

—Sí, es verdad.

—¿Y en el momento en que usted dice que oyó a la acusada pronunciar tal amenaza contra Melanie Vega, hubo algo especial que lo indujera a pensar que las

palabras no eran más que huecas palabras de ira?

Ranklin está ahora en una encrucijada. Si dice que sí, me obligará a preguntarle: «¿Entonces, oficial, por qué no la arrestó usted en aquel momento?»

—No.

—¿Así que usted creyó que era una amenaza sin importancia?

—Sí.

—Y de hecho, cuando se sienta hoy aquí, sabiendo lo que sabe de este caso, basándose sólo en su conocimiento personal de los hechos, no puede decir al jurado que las palabras pronunciadas por Laurel Vega fueran realmente más que una amenaza hueca, ¿no es cierto, oficial?

—Supongo que sí.

Ranklin es más reticente en esto porque no está seguro de lo que está admitiendo.

—Usted no tiene ningún conocimiento personal de que Laurel Vega matara realmente a Melanie Vega, ¿verdad que no? —se lo clarifico.

—¡Oh, no! —dice, más contento con lo que de ello se deduce.

—Y usted no presentó cargos contra ninguna de las dos mujeres, a resultas de los acontecimientos que usted presenció en el pasillo, ¿verdad, oficial?

—Bueno... no.

—¿Por qué no?

—Hubo una llamada a juicio.

—¿Se acabó tan rápido como empezó y nadie salió

herido?

—Sí, exacto.

Lo dejo así. Si lo presiono un poco más acabará diciéndome que fue un error de criterio, que ahora que lo piensa hubiera tenido que arrestar a Laurel. Al jurado no se le pasará por alto la sutil sugerencia de que si la hubiera arrestado habría evitado un asesinato.

—Bien. Hablemos de lo que pasó después del altercado. ¿Recuerda usted lo que me dijo entonces?

Ranklin hace una mueca y me mira.

—No puedo decir que sí.

—¿Recuerda usted si me hizo alguna sugerencia?

Se queda pensando. Un momento de silencio.

—No.

En el interrogatorio puedo llevar la batuta. Le sacaré el máximo partido y acabaré con el testigo.

—¿No recuerda usted que me dijo que si quería llevarme a mi cliente a la sala de juntas de los abogados para que se recuperara?

Cassidy está a punto de levantarse y protestar.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo!

—Antes de que nos fuéramos, antes de que yo me llevase a la acusada y me fuera por el pasillo, ¿recuerda usted lo que pasó?

—Hace mucho tiempo.

Sin embargo, no tanto como para olvidar una amenaza de muerte que nunca se pronunció.

—¿Recuerda usted haber recogido un bolso de señora del suelo? La gente lo ayudaba a reunir los

objetos que se habían caído y que estaban esparcidos por el suelo.

—¡Ah, sí! Recuerdo un pañuelo. Intenté dárselo a una de ellas, pero me dijo que no era suyo.

—Es cierto. ¿Podríamos ver la cinta de nuevo, oficial?

Le pido a Woodruff que el alguacil coloque el monitor y apague las luces. Ranklin baja del estrado para ver mejor. El juez también baja de su sillón. El alguacil empieza a rebobinar la cinta, pero le digo que no lo haga.

—Empiece desde aquí.

—Pero el altercado está más atrás.

—Es igual. Póngala desde aquí.

El alguacil hace una mueca como diciendo «allá usted».

Cuando aparece la imagen, estamos todos congregados en el centro del pasillo del palacio de justicia. Laurel y Melanie, Jack entre ellas, y yo tirando del brazo de Laurel. Ranklin sostiene el pañuelo que Melanie acaba de rechazar. Alguien le da el bolso con la correa rota y él mete el pañuelo dentro.

—Ahí está el pañuelo.

—Ya lo veo.

La gente le va pasando objetos a Ranklin, que él no mira, sino que coge en las manos, mientras habla conmigo y, mirando a Laurel, los deja caer dentro del bolso. Al cabo de dos minutos se lo da a Laurel, nos damos media vuelta y nos vamos.

—¿Podría usted rebobinar otra vez y reproducirla a cámara lenta?

—Lo que usted mande.

El alguacil aprieta los botones en el mando a distancia. Empieza a ir hacia adelante. Melanie le quita el pañuelo de los pantalones de Jack. Ranklin lo coge. Alguien le da el bolso.

—Ahora reprodúzcala a cámara lenta.

—¿Ve…? Creo que la llamó puta. —Ranklin intenta leer los labios—. No puedo interpretar el resto.

—Pare. Justo aquí. Retroceda unos fotogramas —le digo al alguacil.

La rebobina y congela la imagen.

—Oficial Ranklin, ¿qué tiene usted en la mano derecha? El se esfuerza en mirar.

—Algo que alguien me dio tras recogerlo del suelo. Era de uno de los bolsos.

—¿Puede decirme qué es?

Sólo Ranklin es incapaz de comprender el significado de esto, porque, como testigo, ha estado aislado fuera de la sala y no se le ha permitido leer ningún informe del juicio.

—Parece una polvera de oro de señora.

La expresión de Jimmy Lama vale los honorarios de todo un año. Es la viva imagen de la derrota. Los ojos de Lama están desmesuradamente abiertos en señal de negación, y sus palmas hacia arriba dan muestras de perplejidad a Cassidy.

En la pantalla hay una imagen más valiosa que un

millón de explicaciones e informes poco convincentes: el alguacil le da a Laurel su bolso y en él se encuentra la polvera de oro de Melanie Vega.

CAPÍTULO 26

Son casi las cinco de la tarde cuando regreso a la oficina. Hay muchos mensajes, un montón de notitas de color rosa invaden mi escritorio. Oigo las llamadas del contestador y aparece un mensaje de Clem Olsen. Marco su número en el teléfono y pido por el hombre lobo. Tiene información, la huella del tubo de pintura de Kathy Merlow que le di en la fiesta, pero, como siempre, Clem no quiere hablar por teléfono.

El Brass Ring es un lugar frecuentado por abogados y policías que está a una manzana del palacio de justicia. Para los profesionales de la justicia, es lo que Ginebra para la ONU: un lugar donde contendientes en pie de guerra pueden sentarse y hablar. Cuando llego, debe de haber una docena de personas dentro, unos cuantos policías, un pequeño claustro de ayudantes del fiscal del distrito en la barra y un par de abogados de oficio intercambiando anécdotas de una comedia de juicios y saber popular, echando mano a unas copas.

Algunos tantos que he anotado esta tarde en el juicio

de Laurel se han filtrado entre los que siguen estas cosas. Uno de los abogados de oficio me da una palmadita en la espalda cuando paso por su lado y me dirige palabras de aliento para que mañana hunda la lanza en la barriga de la bestia.

En la partida de ajedrez que es un juicio, Morgan Cassidy ha cambiado uno de sus alfiles por uno de nuestros peones. A cambio de algunas amenazas de muerte veladas y neblinosas, ha perdido una de las dos pruebas físicas que relacionaban a Laurel con la escena del crimen: la polvera de oro de Melanie. La otra, la alfombrilla de baño, se basa sólo en el testimonio de Jack, que afirma que la alfombra estaba en el cuarto de baño de Melanie la noche del asesinato. Es su palabra contra la de Laurel.

El caso de Cassidy empieza a hacer aguas cada día que pasa y algunas cosas empiezan a aclararse. Lo que dirige su teoría es la investigación inicial de Lama, y me da la sensación de que éste se está quedando con Morgan. Creo que la miopía crónica de Lama está empezando a extenderse como la peste negra. No es más que una venganza personal de Lama.

La pasión de Jimmy por crucificar a Laurel desde que se enteró que éramos parientes exige toda mi capacidad para la fantasía. Para Lama, se trata de una magnífica obsesión. Como policía que aporta pruebas, le ha mermado su capacidad de percepción. Desde que supo la relación que existía entre Laurel y yo, sólo hubo una sospechosa, una teoría. Ahora, Cassidy se enfrenta

a sólidas evidencias que no encajan con sus primeras suposiciones, ha de vérselas con todas las maneras que tiene de agriarse una teoría.

Me encantaría ser una mosca en la pared de su despacho para poder oír el varapalo que Cassidy le habrá dado por no haberse tomado la molestia de ver la cinta de vídeo del juzgado hasta el final. Si existe algo así como una terapia de aversión, a partir de ahora Lama no se irá de un cine hasta que terminen los créditos y se apague la pantalla.

En el bar se juega a los dados y se oye una palmada y un rumor de voces cuando uno de ellos debe pagar una ronda. Levanto los ojos y veo a Clem aparecer por la puerta. Pasa entre varias mesas y estrecha algunas manos, entre ellas las de un par de policías que han terminado su turno. Oigo la voz ronca del hombre lobo contar un chiste racista en español, seguido de un montón de risas. Éste es Clem, el político. No sería nada raro que la semana que viene estuviera trabajando en Relaciones Comunitarias y explicara a estos mismos tipos que las actitudes raciales positivas empiezan en el hogar, con una mente abierta y una conciencia clara. Clem es el único hombre que conozco que podría sentarse cinco de cada seis días en una clase de sensibilidad sexual y meterle mano a la monitora como premio de graduación.

—Siento llegar tarde. Espero que no lleves demasiado rato aquí.

Le hago un gesto para comunicarle que no tiene

importancia y lo invito a sentarse al otro lado de la mesa. Esta tarde no hace de hombre lobo. Mira por encima del hombro, preocupado por lo que sus amigos puedan pensar si lo ven confraternizando con el enemigo en medio de un juicio. Me dice que yo soy un foco de atención para las habladurías de costumbre de este sitio. También me advierte de que Lama quiere un kilo de carne y, aunque los mercaderes de Venecia busquen mi corazón, según Clem, Jimmy desea empezar por la tierna carne de mis genitales.

—¿Se puede saber qué le has hecho para que se enoje de esta manera? Refunfuña y ruge por toda la oficina. A Jimmy le cuesta decidir qué nombre tomar en vano, si el tuyo o, como él dice, el de ese «coño» con el que lo obligan a trabajar.

Clem me mira y me pregunta:

—¿Quién lleva el caso?

—Morgan Cassidy.

—Ah.

Y no dice nada más, como si Clem estuviera de acuerdo con la apreciación de Lama.

Clem quiere que vayamos hacia el fondo, donde podamos hablar en privado y sin que nos molesten.

Lo hacemos, y al momento viene la camarera. Clem pide un combinado de whisky y cerveza y yo un zumo de uva.

Tengo que recoger a Sarah del canguro dentro de poco. Se lo explico, y asiente con gesto de comprensión. Desde la muerte de Nikki, tengo un alto sentido de la

responsabilidad hacia mi hija y siento admiración por los padres que educan solos a sus hijos. A menudo me pregunto sobre las cosas que se quedan en la mente de un niño a medida que va creciendo y me doy cuenta de que hay un lado oscuro de la vida, de que , el olor que siempre parecía flotar alrededor de papá como un éter no era Aqua Velva después de todo.

—¿Te has enterado de lo de Louis Cousins?

Cousins, el chico cuyo juicio se celebraba al otro lado del pasillo, estaba acusado de dos cargos de asesinato en primer grado hace una semana.

Sacudo la cabeza.

—El jurado ha vuelto hace una hora. —Clem extiende el brazo con el puño cerrado, y luego lo gira con el pulgar hacia abajo en un gesto de César—. Muerte.

No puedo decir que me sorprenda. La defensa sicológica basada en alegaciones de abusos en la infancia se ha usado demasiado últimamente y se ha divulgado sin parar, de manera que ha perdido su impacto inicial.

Sin embargo, en lo que a nosotros concierne, la prensa quedará ahora libre y nos convertiremos en el foco de atención, cosa que a mí me encantaría evitar a toda costa.

Clem no tiene prisa. Creo que se imagina que puedo tomarme una docena de copas. Le compraré un certificado en el bar y dejaré que se divierta con sus amigos.

—¿Qué has averiguado?

—Sobre la foto, nada. He agotado todos mis recursos.

Clem se refiere a la foto que me dio Dana del hombre conocido por Lyle Simmons, quien, si ella está en lo cierto, es el pistolero que fue visto con Jack en un bar del otro lado del río —el mensajero que entregó la bomba en la oficina de correos— y el tipo que se llevó a los Merlow. Imagino que, con tanto trabajo, tendría una ficha como la de Capone.

—Comprobamos todos los alias, pero no hay huellas… —Me hace un gesto como diciéndome «ni lo sueñes»—. Esto nos lleva al otro asunto.

Habla de la huella dactilar de Kathy Merlow en el tubo de pintura que recogí del césped durante nuestro encuentro en Hawai.

—Tardé casi una hora en el ordenador —no parece mucho tiempo, pero en el sistema de búsqueda automatizada de alta velocidad una hora es una eternidad—, pero al fin lo encontramos.

Clem saca una hoja de papel de su bolsillo.

—Una tal Carla Leopold, de soltera Paterson, nacida en Nueva Jersey el veintiséis de agosto de mil novecientos… —Ahórrate la paja y vayamos al grano.

—Ahora viene lo bueno: graduada en Columbia con honores, licenciada en contabilidad.

—¿Estás seguro de que hablamos de la misma mujer?

Me dedica una amplia sonrisa.

—Empleada en una de las grandes empresas contables de la ciudad de Nueva York, con cinco años de experiencia. El siguiente empleo fue en Regal International Trading Consortium, una empresa contable internacional. Estuvo empleada dos años.

—¿Adónde nos lleva todo esto?

—Verás. Regal es una de las empresas de comercio e inversiones más modernas. Hacen su dinero de una forma nueva y mejorada.

—¿Cómo?

—Lo lavan.

Me mira con sus grandes ojos redondos como diciendo ¿qué te parece?

La camarera nos trae las bebidas. Clem empieza a sorber la espuma de su jarra helada. Pago, y le doy propina a la mujer, que se va.

—Apuesto a que son narcodólares. Regal International te comprará lo que quieras. Hacen de Rumpelstiltskin pero mejor: blanquean la mierda que otros se meten por la nariz mediante bonos libres de impuestos. Al menos eso es lo que hacían hace dos años.

—¿Y qué pasó?

Da un trago, sabiendo que ahora ha captado mi atención.

—Llegó a oídos de la Superintendencia de Contribuciones y el Departamento de Justicia. Imagínate, el tribunal lleno de prensa. Citaron a los peces gordos, e intentaron que delataran a sus clientes. Según la teoría de que siempre se persigue el dinero,

llamaron a nuestra chica, Carla.

Le pongo caras divertidas sin captar exactamente adónde quiero ir a parar.

—Parece que la cosa estaba que ardía, y sus antiguos jefes tenían una divertida noción del recorte presupuestario. Los despidos se hacían desde una embarcación de recreo, después de un tratamiento facial en algún lugar del Hudson. Dos de sus colegas, otros contables, desaparecieron. De repente, la señora Leopold se dio cuenta de que el futuro de su carrera era cada vez más limitado. Entonces accedió a testificar a cambio de un pacto. Aceptó los cargos: fraude postal, conspiración, fraude organizado y varios cargos más. Así es como aparecieron sus huellas dactilares en el ordenador. A cambio, se supone que a ella se le buscaría un refugio.

—¿Se supone?

—Pero nunca pudo beneficiarse del pacto.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que ahora tendrá treinta y dos años, si estuviera viva.

Clem sabe lo de su muerte, y me pregunto cómo se habrá enterado.

—Un accidente de coche en la Jersey Turnpike, en mitad de una tormenta, en noviembre del año pasado.

Al oír esto me siento muy tieso en la silla. Casi me ahogo con el zumo de uva que me quema la garganta.

—El cuerpo estaba tan carbonizado que era totalmente irreconocible. El coche estalló como una

jodida bomba. Se dice que fue obra del c. o.

Clem usa la jerga del mundillo: el crimen organizado.

Me pregunta dónde conseguí las huellas del tubo de pintura. Según Clem, el chico que las estuvo comprobando en el ordenador siente una gran curiosidad.

Lo distraigo con un montón de fintas verbales y aspavientos, y al final le pregunto:

—¿Estás seguro? ¿No puede tratarse de un error?

—No, imposible. La identificación ha dado positivo. Concuerda con más de una docena de puntos de comparación. Los pequeños surcos no mienten.

Clem aún confía que le explique de dónde he sacado las huellas. Tendrá que esperar a que las ranas críen pelo.

En este momento estoy seguro de que mi expresión es una máscara congelada mientras conjuro el enigma que era Kathy Merlow y un nuevo universo de preguntas sin responder.

Tengo apariciones: la blanca y empolvada tez de la muerte, visiones de Nikki ese último día apretando por última vez el anillo de boda, sola entre tubos, depósitos y otros instrumentos de horror en la trastienda de la funeraria, tumbada con un vestido de satén blanco. Es una imagen que revivo con asiduidad, aunque ahora está siendo invadida por otras más turbadoras. Las

sinapsis del cerebro intentan sacarle sentido a la confusión. Otro rostro, imágenes de la muerte ardiente, y Kathy Merlow. De alguna manera, ambas, Nikki y Merlow, se han entrelazado en mi mente mientras me controlo y me recupero bañado en sudor. Llamas y un amasijo de metal en alguna carretera desconocida. Sangre en sábanas apagadas, las palmeras de Hana y un timbre insistente que no deja de sonar en mi cabeza. Las imágenes dejan paso al sonido, los rostros de Nikki y Kathy Merlow se desvanecen cuando mi cerebro, finalmente, distingue fantasmas de la realidad. Ruedo por la cama, librándome de las marañas de sábanas, y levanto el auricular del teléfono. El timbre deja de sonar. Son las pesadillas nocturnas que sustituyen al sueño.

Estiro las piernas y me siento en las sábanas empapadas.

—Hola... ¿Paul?

Oigo una voz que suena a miles de kilómetros, como a través de un tubo, una voz familiar. Es Harry.

—¿Qué puñetas de hora es?

—Las cinco y media. Perdona que te levante de la cama.

—No pasa nada. No estaba durmiendo demasiado bien. ¿Qué ocurre?

Me quito el sudor de la frente y el sueño de los ojos.

—¿Has leído el periódico de hoy?

—No. ¿Por qué?

—Creo que será mejor que le eches una ojeada. Y

hazte un favor a ti mismo, siéntate antes de leerlo.

—Pero ¿qué pasa?

—A alguien le han clavado un cuchillo en la sexta vértebra cervical.

—¿A quién?

—A ti, amigo mío. Segunda pista, página uno: abogado defensor local relacionado con una bomba en oficina postal.

—¡Mierda!

Intento borrar las visiones de horror de mi cerebro. En este momento mi mente empieza a luchar por distinguir los temores reales de los imaginarios.

—No lo entiendo. Los federales ya me interrogaron.

—No dicen nada de esto. Sólo que tus huellas estaban por todas partes después de la bomba y que ciertos empleados te vieron hablando con la trabajadora de correos muerta momentos antes de la explosión. Alguien te la está jugando... Es mejor que te recuperes. Nos veremos en la oficina —dice Harry, y cuelga.

Empiezo a buscar mi ropa mientras pienso el daño que esto le puede hacer al caso de Laurel: el juicio en el candelero, el abogado defensor envuelto en un escándalo.

Cojo el teléfono y llamo a la señora Bailey, ya que necesitaré que cuiden de Sarah. Estoy abusando de la buena fe de esta anciana, pero ella siempre está para Sarah, cosa que yo no puedo decir. Vendrá en diez minutos.

Me estoy abrochando los pantalones cuando hago

otra llamada. Esta vez surge una voz felina y confusa del otro extremo, sensual a causa del sueño.

—Hola, soy Paul, necesito ayuda.

—¿Qué pasa?

—Alguien me ha cargado lo de la bomba. Sale en el periódico de la mañana.

—Qué. Quién haría…

—No tengo tiempo para hablar. Necesito tu ayuda. Esta mañana un juez me va a mirar con dureza, y una explicación por parte de una fuente con autoridad podría ser de gran ayuda —le digo.

—No te entiendo.

—Ni yo tampoco.

Silencio al otro lado de la línea.

—Claro que sí, haré lo que pueda. ¿Dónde nos vemos? —pregunta Dana.

Quedamos a una hora en el palacio de justicia del condado y cuelgo.

Harry y yo llevamos más de dos horas valorando los daños mientras paseamos de un lado a otro de la oficina. Cuando el alba se convierte en día, puedo ver las luces incandescentes apagarse en la cúpula del Capitolio, a cinco manzanas de distancia.

Volvemos a leer la historia, primero en silencio, luego en alto, buscando detalles que se nos puedan haber pasado por alto. Examinamos las posibles fuentes de información. Harry cree que ha sido Jack. A estas

horas ya debe de saber que es la pieza clave de mi caso. Está bien relacionado con la prensa. Pero Harry no sabe explicarme cómo es que Jack sabe lo de mis huellas dactilares en el lugar de la explosión, con las ataduras alrededor de una investigación pendiente.

El reportero que firma el artículo no es ningún nombre que haya oído antes. Así se hacen los escándalos. Remite a «fuentes bien informadas cercanas a la investigación». No dice con todas las letras que yo sea sospechoso, pero en aras de un buen reportaje me hunde en un lodo de falsas deducciones e indirectas. Si esto fuera la Inquisición, por la mañana vertirían plomo ardiendo en mi oído como medio de conducirme hasta Dios y forzar así mi confesión.

Lo más frustrante es que salí limpio del FBI, después de que me interrogaran durante horas a puerta cerrada. Saben perfectamente qué estaba haciendo allí: hablando con Marcie Reed. Me imagino que un periodista emprendedor ha puesto sus zarpas en sólo la mitad de la historia.

El problema que veo, y Harry lo resume en un santiamén, es que el jurado del caso de Laurel no está a salvo de estas noticias. No me amparará el secreto del sumario, pues no existe relación obvia entre la explosión y el asesinato de Melanie. Si la cosa queda así, si el jurado ve mi nombre asociado a los sucesos de la oficina de correos, no creerá nada de lo que yo diga en defensa de Laurel; será el caso de un criminal que defiende a otro.

—El no puede taparlo, aunque sí quizá matizarlo un poco: una instrucción al jurado —dice Harry, refiriéndose al juez Woodruff, a quien hemos llamado cuatro veces en la última hora.

Todavía no ha llegado a su despacho del juzgado, pero seguro que ya ha leído el periódico de la mañana.

—Probablemente no sea más que una noticia de un solo día. Mañana seré agua pasada, estaré fuera de la primera página y publicarán una explicación y una enmienda.

—Tienes una ingenua noción de la primera enmienda.

Esto es lo que opina un hombre que se pasa la vida leyendo el periódico.

—Pretenden colgarte por los huevos. No llaman a la prensa por una tontería.

—Pero los hechos no están bien expuestos, tienen que corregirlos.

—Como dijo alguien: quince minutos de fama, y tú ya tienes los tuyos.

Le digo que se tranquilice, e intento hablar por teléfono con el juez. Ahora no contesta nadie. No podemos esperar más, así que decidimos ir personalmente al palacio de justicia. Aquí nos estamos muriendo de impaciencia. Además, Dana ya debe de estar de camino.

Bajamos en el ascensor. Doy un paso y los veo por primera vez: una furgoneta aparcada enfrente y dos más abajo, al final de la manzana. Me pregunto si habrá

fuego en alguno de los pisos altos. Al poner el pie en la calle, ya tengo un micrófono en la cara.

—Señor Madriani, ¿qué puede decirnos de la explosión? Otro tipo con una libreta y un bolígrafo me pregunta:

—¿Lo han acusado? ¿Hablará con las autoridades?

—¿Cuánto tiempo ha estado usted sometido a investigación?

Harry me mira.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Damos media vuelta, entramos de nuevo y cerramos la puerta con llave. En los cristales se reflejan los focos de las cámaras. Entra una horda de gente.

Un alma arriesgada tira de los pomos y casi hace saltar los goznes de la puerta.

Harry me coge por el codo, arrastrándome hacia la puerta del vestíbulo, al garaje. Nos metemos en su coche, y cuando salimos por la rampa a la calle, allí hay otro grupo esperándonos.

—¡Debí ponerte en el jodido maletero! Espera.

Casi atropella a un tipo tan cargado de baterías y luces que apenas se ha movido de sitio.

—Demasiado para una noticia de un solo día. ¿Alguna otra teoría?

Miro por encima del hombro a través del parabrisas trasero y veo que algunos corren hacia sus coches. Una reportera con su cámara sale calle abajo, imaginando que vamos al juzgado, que tan sólo está a tres manzanas.

Harry me pregunta que qué creo que Dana hará con todo esto.

—Intentaré que interceda por mí ante Woodruff, que le explique lo que pasó, que simplemente estaba entrevistando a un cliente y que, por tanto, no soy sospechoso.

—Te ha picado el bicho del amor, y probablemente ella es la serpiente.

Cuando lo miro, Harry frunce el entrecejo. Habla de Dana como si sospechara que me la ha jugado.

—¿Por qué ella? ¿No gana nada con esto?

—Aves de una pluma.

—¿Te refieres a Cassidy?

—Me refiero a que los estrógenos son más espesos que el agua. Sólo algunas se libran. —Este «algunas» significa para Harry la otra mitad de la humanidad, el bello sexo—. Quizá la última vez que te picaba no te rascaste donde debías. —Ahora, Harry se lo toma como algo personal—. Te lo advertí: dos fiscales femeninas.

Harry cree que la enemistad en el puesto de trabajo hacia los hombres es algo genético, como el código del cromosoma X, y que no habrá paz hasta que envíen a las mujeres a casa. Parpadea, preguntándose cómo un sexo que constituye más de la mitad de la especie ha adquirido un estatus minoritario y mete la cabeza bajo la tienda de la acción afirmativa.

—En esto hay reglas, como los mandamientos. Todos sabemos el primero: «No rellenarás la pluma en el tintero de la compañía.»

Le recuerdo que Dana no trabaja para nosotros. El segundo, según Harry, dice:

—Guárdate de los falsos fiscales que se acercan en la noche envueltos en piel de oveja o atuendos despampanantes, porque en realidad son lobos rabiosos.

Para Harry hay pocas cosas sagradas.

Le dirijo una sonrisa, aunque no digo nada.

—Sí, claro, ríete, pero la reportera que está corriendo calle abajo no va por mí. Es tu culo el que se quema, y no el mío, en la hoguera de las ofrendas al dios de la prensa amarilla.

A media manzana de distancia un gilipollas grita:

—¡Aquí está!

Oigo el sonido de tacones chocando con el pavimento, como una estampida de putas alrededor de la furgoneta de la policía.

Buscando el cobijo del juzgado, en el cruce entre el aparcamiento y el tribunal de justicia, nos saltamos el semáforo en rojo y casi chocamos contra un coche. Luego subimos la rampa de la puerta trasera.

Tardamos un par de minutos en el detector de metales. Aquí nos pilla la primera cámara. Harry jadea, casi sin aliento, aunque, no obstante, se las arregla para dejar atrás la hebilla metálica del cinturón. Las noticias de la 5. Nos alejamos. Intentan seguirnos, pero el guardia detecta el cinturón delator y los insta a someterse a la inspección de rutina.

Harry se da media vuelta y les hace un gesto con un

dedo. Los focos todavía están encendidos y las cámaras grabando.

—¡Os veré arriba, gilipollas! ¡Y dejad las jodidas cámaras y los micrófonos afuera, en el vestíbulo!

Harry Hinds está en plena tarea de relaciones públicas. Ve la expresión de mi rostro.

—No te preocupes. Tendrán que tragarse toda esa mierda. Harry nunca ha oído hablar de los que saben leer los labios.

Parecemos dos vendedores de cepillos repartiendo muestras hasta que al final logramos alcanzar el ascensor. Harry está cargado de evidencias y pruebas para nuestro caso, y yo con la lista de preguntas del día para Jack Vega, testigo de la fiscal, si para entonces no me han suspendido para la práctica de la abogacía.

Cuando llegamos al puesto del oficial, detrás de la sala, Dana ya está dentro con Woodruff. El oficial llama a la puerta y nos dice que nos esperemos un poco. Morgan Cassidy ha sido citada por el juez, y está al llegar. Aparentemente, a Woodruff lo preocupan las apariencias de la comunicación con cada parte: no quiere a ninguno de los dos abogados allí dentro, a puerta cerrada, sin que esté presente el abogado contrario.

Al cabo de dos minutos llega Cassidy como una exhalación, seguida de Jimmy Lama. Pasa ante nosotros ignorándonos con una mirada desdeñosa. La expresión

de Lama es de mal humor, como si no desease esta entrevista.

El oficial abre la puerta y entramos en el despacho. Woodruff está sentado detrás de un gran escritorio de caoba, y Dana lo hace en uno de los sillones que hay enfrente de él, con el maletín en el regazo.

—Señoría, si me permite explicarle. —No pierdo el tiempo—. Supongo que habrá leído el periódico de esta mañana.

Woodruff levanta la mano.

—Lo he leído y ya he hablado con la señora Colby, que me ha contado lo sucedido. Una noticia imprecisa. Ahora me preocupa mucho más averiguar cómo se filtró hasta el periódico.

Se refiere a si existe un motivo oculto y si está inspirado por el juicio.

Tal vez Woodruff tenga cejas pobladas y el gesto gentil de Walter Cronkite, pero esta mañana está muy serio, y toda su seriedad va dirigida contra Morgan Cassidy. No se caen demasiado bien el uno al otro, la verdad.

—¿Qué puede decirnos de esto, señora Cassidy?

—Nada, señoría, ¿no creerá...?

—Bueno, no ha salido de nuestra oficina —dice Dana. Cassidy la mira como si fuera a matarla con la mirada. Harry sonríe porque ahora se muestra la otra cara de la conspiración femenina: una pelea de gatas.

—¿Y su gente? —Dana lo pregunta mientras mira a Jimmy Lama.

Lama traga saliva con dificultad, y el juez le dirige miradas nerviosas.

—No. Ni hablar.

—No lo entiendo. Creí que la investigación de la oficina de correos era un asunto federal.

—Llamamos a los artificieros locales y al forense —dice Dana.

—Tal vez deberíamos citar a algunos —insinúa Woodruff.

—No es necesario. Ya están aquí —afirma Dana—. El teniente Lama era el contacto local.

Al oír esto, Jimmy se pone de todos los colores, no sabe qué hacer con las manos y lanza miradas nerviosas, la mayoría de ellas dirigidas hacia mí. Lama se encuentra contra la pared. Woodruff pide explicaciones. ¿Quién tenía acceso a esta información, a los informes de las huellas dactilares?

—No ha salido de nosotros —responde Jimmy, interrumpiendo sus negaciones incuestionables.

Asegura que lo comprobará y le dará la información al juez.

—Esta tarde —le exige Woodruff.

—La tendrá —dice Jimmy.

—¿Cómo ha dicho?

—La tendrá, señoría —repite Jimmy.

Woodruff lo mira como queriendo decir: «Eso está mejor.»

Lama murmura algo a Cassidy. Negaciones.

—Nuestra gente no haría algo así.

Ninguno salvo uno, y lo estoy mirando en este momento. Ya no tengo ninguna duda respecto a la fuente de las noticias. La humillación por el vídeo del palacio de justicia, la pérdida de la polvera como prueba fue para él la gota que colmó el vaso. Son típicas de Lama estas antiguas técnicas pensadas para joder al oponente. En su vida se repiten una y otra vez.

Algo me dice que Woodruff no podrá demostrar que Lama estaba implicado. Tendrá más capas de aislamiento que un esquimal. Habrá, por lo menos, una docena de personas entre él y el reportero, y no se encontrarán ni su nombre ni sus huellas. En estas circunstancias, el tribunal no puede llamar al periodista autor del artículo y preguntarle cuáles son sus fuentes de información. Es evidente que Woodruff no tiene jurisdicción. La información del artículo no está relacionada con nuestro caso. Todo es tangencial, y pretende sólo desacreditarme como abogado. En esto, Lama ha sido hábil.

Woodruff mueve las manos por encima del escritorio, mencionando la palabra juicio nulo. Ahora que hemos deshinchado su caso, esto supondría un regalo para Cassidy. En este momento, ella ya conoce nuestra teoría para la defensa. Podría apartarlo e intentarlo de nuevo.

El juez dice que preguntará al jurado cuántos han leído el artículo y qué efecto les ha causado. Mientras tanto, pedirá una instrucción. Ordena a Lama que regrese después de la sesión de hoy para informar sobre

los progresos y sus interrogatorios relacionados con la noticia. Jimmy no deja de hacer reverencias. Como típico pelota ante la autoridad, Lama ha jurado llegar al fondo del asunto.

Hacia las cinco volverá para asegurar categóricamente que nadie de su departamento está implicado, y Woodruff se quedará como yo, albergando sospechas huecas sin pruebas.

Lama y Cassidy se dirigen hacia la sala de audiencias para preparar la sesión de hoy. Harry los sigue. Dana y yo nos reunimos en el vestíbulo, más allá del puesto del oficial.

—Esa puta —dice Dana.

Me sorprende su lenguaje. Es una demostración de ira que no había observado en ella hasta ahora. Su rostro está enrojecido y le tiemblan las manos. Mira la pared que hay a mi espalda, evitando mis ojos. Ha pronunciado la exclamación como si hablase consigo misma, como si yo no estuviera presente.

—Se ha pasado meses para impedir mi nombramiento.

Dana se refiere a sus aspiraciones judiciales. Sus iras se deben a algo más que a su lealtad personal hacia mí. En sus reiteradas negativas en el tribunal, Cassidy, con su inimitable manera de actuar, ha dejado bien claro que si no ha sido una indiscreción de las autoridades locales la que ha llevado hasta el embarazoso artículo de los periódicos, sólo queda otra posibilidad: tuvo que ser Dana o alguien de su equipo. Esta no se ha tomado nada

bien que la llamaran soplona.

—Muy bien, ellos se lo han buscado: quien a hierro mata... Un pequeño desnivel del campo de juego. ¿Cuándo declara Jack?

—Esta mañana. Es el primero.

—De vez en cuando juega limpio, ¿no?

Asiento.

—Tendrás las copias certificadas de las acusaciones y los informes públicos de la condena al mediodía. Te las enviaré por un mensajero.

Le doy las gracias por apoyarme al explicárselo a Woodruff.

—Y todo en el mismo día.

Pero ahora me explica que hay malas noticias. Las cosas no marchan bien en la búsqueda del testigo que vio a Jack con el hombre conocido por Lyle Simmons en un bar al otro lado del río. El tipo parece haberse evaporado.

—¿Tu gente no habrá dejado de buscarlo?

—No, pero no quiero engañarte. Hace más de dos meses que no se ha visto a ese hombre. Tiene bastantes motivos para quedarse en un paradero desconocido: distintos cargos criminales. Si lo encontramos, puede que no lleguemos a tiempo.

—Ese hombre es esencial en mi caso.

—Puedes edificar tu caso sobre Jack sin él porque está sucio. Tú sabes que no era su hijo. El tipo se moría de celos, y utilizó la muerte de su esposa para acortar su sentencia. El archivo contiene cartas al efecto. Puedes

sacarlas y acabar con él.

—Me encantaría que estuvieras en el jurado —le digo.

—Su caso sangra más que una úlcera péptica. La polvera que ya no relaciona a tu cliente con la escena del crimen, el silenciador, todo son indicios de un asesinato por encargo. Y el señor Vega tiene un móvil. Parece que todo se arregla.

—Sería mucho mejor si tuviera al que apretó el gatillo.

—¡Tú lo quieres todo! —contesta ella—. Lo intentaremos, pero no cuentes con ello.

El modo de decirlo me hace pensar en que me está diciendo que me las vaya arreglando de otra manera, algo corto para demostrar la evidencia. Empiezo a preguntarme si este testigo suyo no estará muerto.

—¿Estás libre esta noche? —me pregunta Dana.

—Salvo de la paternidad. ¿Cenamos en mi casa?

Dana dice que llevará el vino.

—Digamos a las siete.

Dana sonríe. Después me da un beso cálido y húmedo en la mejilla en la oscuridad del pasillo.

Cuando se da media vuelta y se encamina hacia la entrada, veo a Harry sentado en la silla del oficial contemplando la escena. Su cara expresa desaprobación paterna, como un patriarca cuyo primogénito se ha escapado con la puta del pueblo.

CAPÍTULO 27

Es la pieza central del caso del estado: Jack, el viudo afligido. En el juzgado intercambia unas últimas palabras con Cassidy. Fiel a su costumbre, Vega se balancea de puntillas en el sitio como un niño a punto de mojarse los pantalones. Jimmy y uno de sus muchachos, que parecían dos acorazados apartando a los periodistas, lo han escoltado hasta la sala.

Vega viste un traje con cuyo importe se podría mantener a toda una familia durante un año, una corbata de seda y un pañuelo a juego en el bolsillo superior de la americana, marrón, su color preferido.

Mientras habla no puede quitarme la vista de encima, sus ojos son pequeñas rajitas como dardos, y tiene las mejillas pálidas y los labios blancos debido a la tensión. Reúno papeles en la mesa, pero me niego a apartar los ojos de él. Jack y yo jugamos al juego de las miradas.

La cara de Vega refleja más mezquindad que determinación. Ya le he visto otras veces esta expresión ante testigos del comité legislativo antes de desatar su ira, normalmente en defensa de algún interés. Vega es implacable con aquellos que carecen de influencia, entre ellos, los voluntarios de las asociaciones de consumidores o los estudiantes en defensa del medio ambiente. Bajo las leyes de Jack, los que carecen de dinero no tendrían nada que hacer en una democracia.

Esta mañana voy a las celdas del palacio de justicia

para ver a Laurel y decirle unas pocas palabras de cautela antes de que entre en la sala.

Cuando miro dentro de la celda la veo dándose los últimos toques en el cabello con un cepillo. Parece que se toma más interés por su aspecto personal ahora que los niños están fuera de la circulación, en un lugar seguro, lejos del alcance de Jack.

Le digo que éste está fuera, preparado para subir al estrado, y que el jurado la estará observando para ver cómo reacciona a cada palabra que él diga.

—Interpretarán cualquier cosa, un tic en la nariz o una expresión de dolor. Es absolutamente necesario que controles tus emociones. No sabemos lo que va a decir él.

Es machacar lo más obvio: de todos los testigos, Jack será el más propicio a embellecer la evidencia y a tomarse libertades con los hechos siempre que pueda.

—¿No pensarás que vaya a mentir? —Y me mira de una forma severa.

Por un momento, el hecho de que me lo pregunte con una cara tan seria me pilla desprevenido. Después, un leve temblor, arrugas en la comisura de los labios y el dique se rompe. Los dos nos echamos a reír.

—Es una posibilidad.

—No. Que llueva mañana es una posibilidad. Jack miente cuando la verdad hace bien a alguien; es más probable que la ley de la gravedad.

—Sé natural. Sé tú misma.

—Si tratara de ser natural, le daría una patada en

sus partes y le arrancaría los ojos.

—Lo retiro. No seas tú misma.

—Siento ser tan difícil.

No quiero ponerle a Laurel una camisa de fuerza emocional. Si Jack cuenta una mentira, el jurado esperará ver en ella alguna reacción normal de desaprobación. Lo que no quiero son histriones en la mesa.

—Las emociones desatadas son la materia prima del asesinato. Muéstrales temperamento. Un arranque de ira, y les será muy fácil imaginarte con una pistola en la mano.

—Ya lo entiendo. Puedo llamarlo mentiroso, pero no jodido mentiroso.

—Algo así.

Nos miramos. Me coge la mano, la aprieta y nos vamos juntos hacia el juzgado, Laurel, yo, el guardia y una matrona del juzgado.

Hoy hay unas filas extras de prensa, excedentes del caso de Cousins y algunos periodistas de la capital, todos con los lápices afilados. El aire está electrizado. Es el olor a noticias cuando el crimen está inyectado a presión en la clase política y se prende la chispa. Como el olor a ozono después del rayo.

Nos sentamos a la mesa de los abogados. Un chico se acerca con una libreta y empieza a hacerme preguntas por encima de la barandilla que nos separa del público: qué creo que dirá Vega en el estrado. Le digo que espere y escuche.

Luego se pone a hablar de la explosión en la oficina de correos y de mis huellas dactilares. En cuanto saca el tema, se acercan tres más, y cuando me vuelvo se ha formado un pequeño grupito. Les digo que no haré comentarios, pero persisten.

El alguacil de Woodruff se acerca.

—O toman asiento o se lo daré a la gente que espera en el vestíbulo.

De repente, se dispersan, corriendo en todas las direcciones.

Al entrar el jurado, puedo decir que la historia de la bomba ha surtido efecto. Echo en falta el acostumbrado intercambio de miradas en la sala. Esta mañana todos los ojos están fijos en mí, mientras algunos murmuran, quizá extrañados de verme aquí y no esposado.

Woodruff se sienta en su estrado. Cassidy conduce a Vega hasta una silla, donde lo obliga a aguardar por el momento.

—Antes de empezar hoy —dice Woodruff—, hay algo que tendríamos que despachar.

Inmediatamente habla del artículo de la prensa, del paquete bomba y de mis huellas dactilares en la escena del crimen. Sondea al jurado para comprobar cuál ha sido el efecto. Tres de ellos dicen que no lo han leído ni han oído las noticias. Hay gente que vive en otro planeta. Los demás reconocen haberlo visto y, en distintos grados, sentir curiosidad. Un miembro del jurado, un hombre de la primera fila, dice que cuando el río suena, agua lleva. Según él, yo no debería llevar el

caso si existe la más mínima sospecha sobre mí. Woodruff lo recusa y lo sustituye por otro jurado de la reserva, lo que arranca expresiones severas por parte del resto. De todas maneras, no se aventurarán a decir en alto sus pensamientos personales.

Entonces, con voz estoica, el juez les lee una instrucción cuidadosamente redactada que los insta a no tener en cuenta nada de eso en el juicio de este caso. Habla de mi exculpación y de que he colaborado plenamente con las autoridades, de que no soy ni he sido sospechoso en el asunto de la bomba y de que las deducciones del artículo son inexactas.

A mi espalda oigo los lápices arañar el papel en las filas de la prensa. Luego, tan bruscamente como empezaron, se detienen de golpe. Sé que habría una docena de manos levantadas como cohetes si esto fuese una rueda de prensa. Cassidy y Lama también lo saben; en el rostro de Jimmy hay una sonrisa perversa. Hay margen de sobras para seguir especulando en los periódicos de mañana.

—Llame a su próximo testigo —dice Woodruff mirando a Cassidy.

—Señor Jack Vega.

Jack sube al estrado y presta juramento.

Cuando se identifica para el acta, lo hace con su título legislativo como miembro de la Asamblea. Lo usa como una medalla honorífica, ajeno al hecho de que en mi opinión su integridad está muy por debajo de aquellos que van de puerta en puerta vendiendo

enciclopedias y sólo medio punto por encima de los abogados que están a punto de interrogarlo.

—¿Conoce a la acusada, Laurel Vega? —pregunta Cassidy.

—Sí, estuvimos casados durante años, hasta que nos divorciamos.

—¿Y ha tenido usted hijos con la acusada?

—Dos, un niño y una niña, de quince y trece años, aunque hace casi un mes que no los veo.

—¿Quién tiene la custodia legal de estos niños ahora?

Me pone nervioso pensar adónde quiere ir a parar.

—Yo.

—¿Pero no tiene usted ni idea de dónde están?

—No.

—Señoría, protesto porque no es relevante. ¿Adónde nos lleva todo esto?

Sin titubear, Cassidy dice:

—A la cuestión del móvil, señoría.

—Denegada la protesta. Continúe —dice el juez.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a sus hijos?

—Hace veintiocho días. Mi hija me dijo que iba a pasar la noche con una amiga.

—¿Y su hijo?

—El ya se había ido de casa, aunque no me dijo adónde iba. Más tarde descubrí que fue a ver a su madre a la cárcel del condado.

—¿La acusada Laurel Vega?

—Exacto.

—¿Y ésa fue la última vez que vio usted a sus dos hijos?

—Sí.

—¿Dio usted parte a la policía?

—¿Para qué? Ella sabe dónde están, pero no va a decirlo.

—Protesto. —Me pongo en pie—. Ruego que no conste en acta.

Woodruff ordena que el comentario se borre del acta, y le dice al jurado que lo ignore. Pero la semilla ya está plantada.

—Lo están llevando como un asunto doméstico —dice Jack.

—¿Qué significa eso?

—Protesto. Incita a la especulación.

—Admitida.

—Señor Vega, ¿mantuvo usted una batalla con la acusada por la custodia legal de sus hijos?

—Sí. Ella hizo de la custodia algo muy amargo. Y después culpó de todo a mi esposa, Melanie.

—Protesto, señoría.

Woodruff se está disgustando con Vega.

—Señor, ¿sabe usted lo que es una pregunta?

—Sí, claro.

—Entonces limítese a contestarlas y guárdese los comentarios para usted. ¿Me he explicado con claridad?

Jack olvida que no está en la legislatura, el foro de los príncipes de la política que flotan en una atmósfera de arrogancia, sin reglas de conducta ni pruebas. No

está acostumbrado a que lo traten así. No contesta a Woodruff, sino que asiente brevemente con la cabeza.

—Sí o no para el acta —dice Woodruff.

Si Jack sigue así, va por buen camino hacia el desacato.

—Lo comprendo —dice Vega.

—¿Recuerda usted, durante esa batalla por la custodia, un ataque físico perpetrado por la acusada, Laurel Vega, en la persona de la fallecida, Melanie Vega?

—Lo recuerdo muy bien. Ella —y la señala con el dedo—… ella pegó a Melanie muy fuerte con el bolso. Mi esposa se quejó de que le había dejado un morado en el brazo.

—¿Y recuerda usted que la acusada profiriera amenazas a Melanie Vega mientras la agredía?

—Sí, claro.

Jack apenas se puede contener en el estrado. Si le dieran un tablado, en este momento estaría bailando claqué.

—Dijo que quería matar a Melanie.

—¿Fueron ésas sus palabras?

—No, ella dijo que quería «matar a esa puta».

Al decirlo, nos mira a Laurel y a mí echando fuego por los ojos. Ha estado almacenando veneno durante meses y ahora lo esparce como un gel tóxico desde el estrado de los testigos.

Adornan la historia con unas cuantas citas penosas, todas ellas atribuidas a Laurel, quien si ahora pudiese

difamar a la muerta, le pondría un pleito por calumnias. Jack debería estar escribiendo titulares de prensa sensacionalista. Después, Cassidy le hace identificar la alfombra del carrito de las pruebas. Jack se obstina en que ese pedazo de alfombra estaba en el baño principal de su casa la noche en que Melanie fue asesinada. Según él, el único modo que tuvo Laurel de cogerla es que hubiera estado presente en su casa aquella noche.

A continuación, Morgan hace repetir una serie de conversaciones, la mayoría de las cuales sospecho que nunca tuvieron lugar, de supuestos encuentros privados entre él y Laurel durante los períodos de visitas, cuando ella iba a su casa a buscar o a dejar a sus hijos. Si hacemos caso de Jack, fueron groseros vituperios lanzados por Laurel, ninguno provocado por él o Melanie.

Durante estas declaraciones, Laurel, con los labios apretados y tensos, se contiene, aunque protesta por lo bajo en mi oído. No obstante, llega un momento en que suelta: «Es un jodido mentiroso» lo bastante fuerte como para que lo oiga Woodruff.

Cuando la miro, Laurel no sonríe.

Según Jack, en el transcurso de uno de estos encuentros hubo una discusión particularmente desagradable en la que Laurel les dijo que le gustaría que los dos, Melanie y él, estuviesen muertos.

—Supongo que es mejor pájaro en mano que ciento volando —me susurra al oído, tapándose la boca con la mano.

Creo que Cassidy lo ha oído, aunque el jurado no.

Miro a Laurel y percibo un brillo deliberado en sus ojos. Es por eso por lo que me da miedo subirla al estrado.

—Laurel siempre estaba celosa y enfadada, particularmente con Melanie. No tragaba a las mujeres más jóvenes.

—Quizá si te hubieras tirado a unas cuantas menos durante nuestro matrimonio, mi actitud habría sido diferente.

Algunas mujeres del jurado ríen, y Woodruff golpea el martillo contra la madera mientras señala a Laurel.

—Señora... la podemos atar y amordazar a esa silla. Abogado, controle a su cliente.

Pido disculpas por su comportamiento, y a continuación, dirigiéndome a ella, le digo que se tranquilice en un tono que el tribunal pueda oírlo.

—Prosiga.

Cassidy sigue guardando el golpe de efecto para el final: la historia de cómo Jack llegó a su casa y encontró a su joven esposa muerta de un disparo en la cabeza dentro de la bañera. Jack lo relata sin escatimar un detalle morboso, y vierte una única y solitaria lagrimita para que el jurado la vea.

Durante toda la exposición, Laurel tiene una mano encima de la mesa y se frota un dedo contra otro en un gesto obvio: el violín más pequeño del mundo.

Le tapo las manos tan rápido como puedo, pero Cassidy lo ve y protesta.

—Es un tic nervioso —dice Laurel.

—Señoría, está haciendo señas al jurado, comentando la evidencia.

—No puedo evitarlo. Es una reacción nerviosa que tengo siempre que el hijo de puta miente.

—¡Basta ya! —exclama Woodruff—. Abogados, acérquense. Y usted, señora, ¡cállese la boca! ¿Me entiende?

Nos levantamos, y Woodruff hace una demostración de equidad, aunque todas las patadas van a parar a mi culo. Me dice que si no puedo controlar a mi cliente, lo hará él, y quela escena no será muy agradable para el jurado.

Volvemos a nuestros sitios, y Cassidy reemprende el interrogatorio con Jack. Vega explica al tribunal que no sólo ha perdido una esposa, sino también un hijo.

—Señor Vega, ¿puede usted decir al jurado cuándo se enteró de que Melanie estaba embarazada?

En esto, Jack cuenta la «bola» de que fue Melanie quien se lo comunicó, que esperaban ilusionados al nuevo hijo, que uniría su familia ya existente, los niños, con la nueva. Le explica al jurado que no tomaban precauciones, y que Melanie no hacía uso de la píldora.

No me creo ni una sola palabra. Encima, no dice nada de su vasectomía. En este momento caigo en la cuenta: Jack no se lo ha dicho a Morgan. Vega, el mentiroso patológico, nos ha dejado el campo libre para desplegar el elemento primordial de nuestro caso: los celos de Jack, como el móvil del asesinato al saber que

otro había engendrado al hijo de su mujer.

Morgan deja a Jack en este promontorio de martirio para que yo lo crucifique.

Durante un buen rato, en uno de esos densos silencios dramáticos en un juicio, Jack y yo nos estudiamos mutuamente sin desviar la mirada, mientras me acerco al estrado de los testigos. Hago una mueca hacia el jurado como dando a entender que sólo acepto una parte muy pequeña de este testimonio. Tratándose de Jack, el orden de la evidencia es crítico. Mi cometido está claro: desmontar el personaje de golpecito a golpecito y después dar un mazazo en los temas cruciales del móvil y la oportunidad.

—Señor Vega, nosotros ya nos conocemos, ¿no es cierto?

Me mira, pero no responde, ya que no sabe si me refiero al parentesco o quizá al hecho de que conozco su carácter.

—Me refiero a que tiempo atrás fuimos parientes políticos, ¿no es así?

—Sí —le dice al tribunal que en otro tiempo me consideraba un amigo.

El tiempo pasado no pasa inadvertido al jurado.

Quiero dejar constancia de esto ahora para que Jack no pueda usarlo más tarde, y también para que no piensen que albergo una animosidad personal contra él basada en las penosas experiencias familiares entre Laurel y él. Jack lo usaría como un escudo, como si yo lo atacara por una venganza personal.

A continuación, empiezo ya a leer una de las declaraciones que hizo a la policía la noche del asesinato, cuando les dijo que él nunca había tenido una pistola. Insistió en que no. Le recuerdo la pistola de colección cromada de nueve milímetros, una pistola que le regaló un personaje influyente años atrás para suavizar su postura en cuanto a la ley de control de armas.

Sus ojos me traspasan desde el estrado, pero sigue en sus trece; es mi palabra contra la suya.

—Yo, ¡eh!... No me acuerdo.

Es típico de Jack. No niega nada, simplemente tiene mala memoria.

Empieza el papeleo. Le entrego copias a Cassidy y al oficial para que se las dé al juez.

—Señor Vega, ¿reconoce usted este documento? Le entrego una copia. Saca unas gafas del bolsillo y empieza a leer.

—Me suena.

—Debería. ¿Es ésta su firma al final de la última hoja?

La mira.

—Sí.

—¿No es el acuerdo de división de bienes que usted firmó con la acusada, Laurel Vega, cuando se divorciaron? De repente, cae en la cuenta.

—Ya recuerdo. Había una pistola hace mucho tiempo. Lo había olvidado.

—¿Podría usted mirar en la página doce, el artículo

número ochenta y siete, por favor?

—Ya le he dicho que acabo de acordarme del arma.

—Estupendo. Ahora busque el artículo.

Con una mirada de rabia, Jack pasa las páginas y lo encuentra.

—¿Podría leerlo en voz alta?

—Bueno, para lo que sirve... «Al demandante: una pistola semiautomática de nueve milímetros cromo-plateada en una caja de nogal.» Se lo acabo de decir.

—Pero usted no le dijo nada de la pistola a la policía la noche del asesinato. ¿Por qué no?

—Por la obvia razón de que se me olvidó.

—¿Qué pasó con la pistola, señor Vega?

—Yo, ¡eh!... No lo sé. No me acuerdo.

Estoy convencido de que de todas maneras ésta no es el arma homicida. Jack puede que sea un estúpido, pero no está loco. Nunca utilizaría una pistola que pudiera incriminarlo; no cuando es mucho más fácil conseguir otra arma y a otro que apriete el gatillo. Sin embargo, esto sienta un precedente para el jurado: la memoria de Vega sujeta a la conveniencia.

—¿De modo que no era cierto lo que dijo a la policía la noche del asesinato: que usted nunca tuvo un arma?

—La gente olvida cosas. ¿Cómo espera que me acuerde de todo lo que he tenido en mi vida?

—¿Suele tener problemas de memoria?

Es una pregunta incisiva, pero no levanta protestas.

No contesta, aunque me dirige una mirada que convertiría en piedra al más tímido.

—Bueno, entonces permítame que le haga una pregunta: ¿considera usted que la lista de los artículos de este documento, el acuerdo de división de bienes firmado por usted mismo y por la acusada, refleja con más precisión sus bienes físicos que su memoria?

—Por eso suele escribir la gente las cosas, ¿no? Porque tienden a olvidarse.

Pone un énfasis especial en la última palabra, como si fuera tan obvio que hasta un idiota pudiera entenderlo.

—Precisamente.

Me extiende la mano para devolverme el documento.

—No, todavía no. ¿Querría usted mirar la página cuatro, el artículo veintiséis?

Pasa las páginas.

—Por favor, léalo en voz alta al tribunal.

Primero lo repasa y después me mira, como un desgraciado a punto de ser arrollado por un tren.

—Léalo —le repito, un poco cortante.

—«Al demandado»... —Deja de leer y se queda absorto.

—Bien. Con el permiso del tribunal, lo leeré yo. «A la demandante: una alfombra blanca de baño tejida a mano con diseño floral azul, etiquetada con la marca "Gerri".» —Pero ella no se la llevó. Me la quedé yo.

Jack está ya casi fuera de la silla.

—¿Firmó usted este acuerdo?

—Sí.

—¿Y quién era la demandada en su divorcio?

Parece confuso, extrañado de cómo ha podido pasarle esto a él. La pistola es una cosa, pero la alfombra es otra muy distinta. No responde.

—Usted era el demandante. ¿No es verdad que la alfombra de baño etiquetada con la marca «Gerri» pertenecía a su anterior esposa, Laurel Vega? ¿No es verdad que le correspondió a ella como parte del acuerdo de reparto de bienes, que siguió a su divorcio?

La gente de la sala muestra su extrañeza. Jack mira la letra impresa como si pudiera hacerla desaparecer.

Voy hacia el carrito de las pruebas, cojo la alfombra, me acerco al estrado de los testigos con ella y se la pongo a Jack ante las narices.

—Diga al jurado lo que se lee en la etiqueta. ¡Léalo al jurado!

—Gerri.

—Gracias.

Dejo la alfombra colgando delante de él, sobre la barandilla, como un albatros con el cuello colgando, y me voy. Al hacerlo, veo a Cassidy que me mira, extrañándose de que a ella se le haya pasado por alto este detalle. No los culpo. A mí tampoco se me hubiera ocurrido si no hubiese sido porque recordaba a Jack hacer payasadas con la pistola y porque Laurel, el día que la vi en la cárcel, me comentó el jaleo que Jack armó con la pistola, exigiendo que constara como suya en el acuerdo de partición de bienes. Cuando me puse a leerlo, una cosa me llevó a la otra. Lo que Jack debe de

estar pensando en este momento... Lo que hacemos mal se nos vuelve en contra, y nos sale el tiro por la culata.

Un enorme nubarrón se cierne sobre la última prueba física que relaciona a Laurel con el asesinato de Melanie. Y aunque Jack sigue insistiendo en que la alfombra estaba en su casa la noche en que la mataron, no tiene ninguna explicación convincente después de que apareciera en la columna de pertenencias de Laurel en el documento de partición de bienes.

Esta tarde Harry, para celebrarlo, se «bebe» su comida: un Manhattan y un té Long Island. Y cuando volvemos a la sala, en la que me espera un mensajero con una gran caja para mí, aún tiene la nariz más roja que un tomate. Fiel a su palabra, Dana nos ha entregado a Jack no con un beso en la mejilla, sino con una patada en el culo.

Nos retiramos a una estancia de los juzgados, en donde Harry y yo examinamos la documentación en privado. Es una mina: copias certificadas del auto de acusación del gran jurado, un informe de culpabilidad, el alegato de Jack ante el tribunal federal del distrito sobre múltiples casos de corrupción política. Dana incluso nos ha dado copias para Woodruff y el abogado contrario, con una nota diciéndonos que se lo comunicará a la prensa a las dos de esta tarde. A Jack lo atosigará una multitud de periodistas cuando salga, un estallido de micrófonos y focos.

Harry prepara una petición de orden de investigación judicial de las cuentas bancarias, personales y legislativas de Vega. Un servicio de copias jurídicas lo espera para telefonearlo con el dato. Si Jack contrató a alguien para cometer el crimen, como sospecha Dana, habrá quedado reflejada una considerable retirada de dinero en metálico en el período anterior y posiblemente también posterior al asesinato de Melanie. Cuando se trata de dinero, Vega es un hombre prudente. Preferiría utilizar el sistema de pago a plazos.

Esta tarde trabajaré en un tema fundamental para nuestro caso: que Jack tiene todas las razones del mundo para querer incriminar a Laurel en este caso. Le pregunto si siente ver a su ex esposa, la madre de sus hijos, en la mesa de la defensa acusada de asesinato.

En las palabras comedidas de un hombre de estado lo llama: «una tragedia».

Revisamos el anterior testimonio de Lama, según el cual, la noche del asesinato, fue Jack quien acusó inmediatamente a Laurel sin tener ninguna prueba.

—Me preguntaron si conocía a alguien que pudiera querer matar a mi esposa. Ella la había amenazado de muerte. ¿Qué se suponía que tenía que decir?

Jack ha pasado la hora de la comida vapuleado por Cassidy. Ahora lo está haciendo mejor, y él lo sabe.

—¿Cuándo se hizo cargo de la custodia legal de sus hijos?

Me da una fecha.

—Entonces, ¿fue después de la detención de su madre por asesinato cuando por fin usted obtuvo lo que quería?

—Ella ya no podía hacerse cargo de ellos. ¿Qué más se podía hacer?

—No podía hacerse cargo porque estaba en la cárcel, básicamente debido a sus acusaciones.

—Porque ella profirió amenazas de muerte contra Melanie.

—Y la presunción de que la alfombra de baño que encontraron en posesión de ella estaba en su casa.

Esto no es una pregunta, pero, sin embargo, Jack la responde.

—No era una presunción, era la verdad.

—Basada exclusivamente en su palabra. Y el hecho sigue siendo que usted consiguió a los niños y ella fue a la cárcel. Supongo que es un modo de acabar una amarga batalla por la custodia.

—¿Qué se supone que quiere decir?

—¿Qué cree usted?

Es mejor que salga de su boca que no de la mía.

—Si intenta usted dar a entender que yo la acusé falsamente, se equivoca. Peor aún, es un mentiroso.

—¿Así que usted nunca haría una cosa así? ¿Usted no mentiría conscientemente a las autoridades en la investigación del caso?

—No.

Jack finge la expresión indignada del piadoso y digno de confianza funcionario oficial.

—¿Usted olvidó la pistola?

—Eso es lo que dije.

—Hablemos de cómo se enteró de que su esposa estaba embarazada. Antes ha declarado a este tribunal que su esposa se lo dijo, ¿es eso correcto?

Me mira.

—Creo recordar que sí.

Otra vez la mala memoria.

—¿Cree recordar que sí? —Sonrío ampliamente y me vuelvo hacia el jurado—. Su esposa está embarazada y le dice que va a tener un hijo. ¿Seguro que usted se acordaría de una cosa así?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y cuándo fue eso, aproximadamente?

Lo piensa un momento.

—A fines del verano pasado.

—¿Puede ser un poco más específico?

—Creo que fue en agosto o septiembre, no estoy seguro.

—¿Y dónde se lo notificó? ¿Qué estaban haciendo ustedes?

—No me acuerdo; creo que fue en la sala de estar. Me parece que yo estaba leyendo.

—¿No puede recordar lo que estaba haciendo usted? La noticia debió de causarle bastante impresión, ¿no?

Me mira. Si Jack tuviera algo en la mano en este momento, me lo tiraría.

—Señor Vega, ¿recuerda usted haber recibido una llamada telefónica el diez de octubre de un tal doctor

John Phillips, el ginecólogo de su esposa, cuando ella no estaba?

Pone una expresión estúpida, parpadea preguntándose cómo puedo saber eso.

—¿Recuerda usted que en ese momento el doctor Phillips le notificó que su esposa estaba embarazada?

Mientras lo digo, tengo en la mano facturas telefónicas, los impresos típicos de esta zona encabezados por letras rojas. Jack puede verlos. Lo que no sabe es que estas facturas son las de mi casa y no las del médico.

Lo piensa un momento. Se seca unas gotas de sudor del labio superior.

—Es posible.

—¿Puede que usted hablara con el doctor Phillips?

—Sí.

—Y fue él quien le contó el embarazo de su mujer, ¿no es cierto?

Las facturas de la compañía telefónica pueden demostrar que se efectuó la llamada, pero no explican el contenido de la conversación. Por esto, o el médico ha hablado o tengo información de su teléfono pinchado. Jack sabía que los federales tenían su teléfono intervenido. De cualquier manera, es un riesgo mentir.

—Se está usted metiendo en cosas muy personales.

—Señoría, le ruego que ordene al testigo que responda a las preguntas.

Antes de que Woodruff diga algo, Jack suelta:

—Puede que me lo dijera él.

—¿Fue el médico quien le contó que su mujer estaba embarazada o no?

—El médico... Melanie. ¿Cuál es la diferencia?

Jack aún no ve claro adónde quiero llegar con todo esto.

—Se lo preguntaré otra vez: ¿qué le contó el médico?

—Algo referente a una prueba.

—¿La prueba de embarazo?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Que había dado positivo.

—¿Qué quiere decir?

—Que Melanie estaba embarazada.

—¿Y eso fue el diez de octubre?

—Si usted lo dice. No sé la fecha.

—¿Querría usted echar una ojeada a los informes médicos? —le pregunto—. El médico tomó notas de la conversación.

Me dirijo a la mesa para coger las notas que hemos conseguido del médico mediante una orden.

—Creo en su palabra.

—Bien, entonces le preguntaré: ¿cómo pudo Melanie decirle que estaba embarazada en agosto o en septiembre, si no se hizo la prueba hasta octubre y no le dieron los resultados hasta el día diez de octubre?

Jack pone expresiones de dolor. Tiene un montón de respuestas: que las mujeres saben estas cosas antes de someterse a la prueba, que no se hizo el análisis hasta bastante entrado el embarazo, que se equivocó en la

fecha en que Melanie se lo había contado. Sin embargo, no se le ocurre nada de esto, sino que da marcha atrás e intenta remediar sus mentiras.

—Pensé que fue Melanie la primera en decírmelo, pero tal vez estaba equivocado. Puede que me lo dijera primero el médico. No veo qué importa eso.

Para Jack, el problema es que no sabe exactamente lo que el médico ha podido contarme, si es que me ha contado algo. Vega no puede recordar si en el momento de la conversación telefónica admitió que era la primera noticia que tenía del embarazo. Podría enseñarle la transcripción de la conversación telefónica para convencerlo, aunque, como muy bien dijo Dana, «se podía oír volar a una mosca». En realidad, Jack no dijo nada, pero es demasiado tarde. El problema, cuando siembras el paisaje de demasiadas mentiras, es que olvidas la verdad.

Vega simplemente lo atribuye una vez más a su falta de memoria. Ahora es cuando el jurado empieza a mirarlo con algún que otro entrecejo fruncido.

—De manera que, por lo que recuerda ahora, ¿no fue Melanie la que le contó lo del bebé, sino que fue el médico, y eso ocurrió apenas tres semanas antes de la muerte de su esposa?

—No sé —contesta como último recurso al verse acorralado.

—¿Habló usted alguna vez con su mujer del embarazo?

—Claro que hablamos, ¡qué demonios! ¿Acaso cree

que no íbamos a hablar de una cosa así?

—No lo sé. ¿Hablaron ustedes?

—Pues claro.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Varias veces. En muchos sitios. Estábamos muy contentos con el niño.

—¿Quería usted a ese hijo?

—¡Pues claro!

Jack es siempre muy claro en todo, excepto en los detalles.

—Toda una hazaña.

—¿Qué quiere decir?

—Su hijo debió de ser un milagro de la medicina moderna.

—¿Por qué?

—¿No es verdad, señor Vega, que hace doce años se sometió usted a una intervención menor, llevada a cabo en un consultorio médico: una vasectomía?

Jack traga pesadamente saliva tres o cuatro veces.

—¿Qué está usted...?

—¿No es cierto que como resultado de esta intervención usted no podía haber engendrado ningún niño durante su matrimonio con Melanie Vega?

—¿De qué está usted hablando?

—¿No es cierto que el feto que murió dentro del vientre de su esposa había sido engendrado por otro hombre?

—No. No es verdad.

—¿Quiere que le entregue los informes médicos? Los

tengo aquí.

—No. Me hice la vasectomía, pero el niño era mío.

—¿Cómo es posible?

—Yo no lo sé porque no soy médico, pero a veces pasan estas cosas. Me imaginé que no me la habían hecho bien.

—¿Se imaginó que no se la habían hecho bien?

Es la clave de nuestro caso, la coronación final: el hecho de que el niño no fuera de Jack, que él lo sabía, y ahora mienta al jurado con desfachatez, ése es el móvil del asesinato.

—Señor Vega, ¿no es cierto que usted nunca llegó a hablar con su esposa de este niño? ¿Que ella mantuvo su embarazo en secreto? ¿Que murió creyendo que usted no sabía nada? ¿No es cierto que ella intentó ocultárselo porque tenía una aventura con otro hombre y que usted lo descubrió?

—No es verdad.

—Ella no se enteró de la llamada del médico, ¿verdad? La que usted interceptó.

—No sé.

—Usted no se lo dijo, ¿verdad?

—No. Me olvidé.

El viejo cuento.

—¿No es cierto que su esposa tenía un amante?

Me mira desde el estrado sin palabras.

—¿No es cierto que ella tenía un amante y que usted lo descubrió? ¿Quién era, señor Vega? ¿Quién era el que dejó embarazada a su esposa? ¿Quién? ¿Quién?...

—Basta.

A mi espalda oigo una voz femenina, angustiada y entrecortada. Me vuelvo y es Laurel. Se ha puesto en pie ante la mesa de la defensa y tiene el rostro cubierto de lágrimas.

—Basta.

Harry, con expresión atónita, la coge del brazo para que se siente. Laurel ha estallado sin avisar.

Incluso Woodruff se ha quedado sin habla, martillo en mano pero sin golpear.

Por detrás de Laurel llega la matrona y le pone las manos en los hombros para obligarla a sentarse, demostrando al jurado que no es libre de moverse a su antojo.

—Basta ya con el niño —repite Laurel, y se hunde en su silla.

Miro, y el jurado está hipnotizado. Todas las miradas están fijas en Laurel.

Casi en un susurro le digo al juez:

—Señoría, ¿podemos hacer un descanso?

Nos reunimos en las celdas del juzgado y le digo que lo que ha hecho no es bueno para ella. Su comportamiento ha insertado un nuevo elemento en nuestro caso. No hay modo de saber lo que el jurado pueda pensar.

No sé si lo habrán interpretado como una admisión de que en efecto tuvo algo que ver con el asesinato o

simplemente se compadecía de Jack.

Me dice que ya no podía aguantar más: el modo en que lo hostigaba con preguntas sobre el niño muerto y su origen.

—Todo el mundo habla de él como si fuera una cosa, un acontecimiento y nada más. Y no lo era. Era un ser humano que respiraba. Un bebé. Un pequeño bebé cuya vida se segó sin que tuviera una oportunidad.

La madraza de Laurel. Para ella, lo más preocupante del caso es que hayan matado a un niño inocente.

Se disculpa, pero dice que no soportaba más lo del niño muerto.

Le digo que no voy a insistir. Se lo prometo con dos dedos extendidos, el signo de los exploradores. Es todo lo que puedo hacer, dada su reacción. Otro estallido más y no hay modo de saber qué consecuencias podría acarrear.

—No hablaré más del niño hasta el discurso de clausura. Entonces tendré que mencionarlo, pero lo haré de una forma breve y discreta.

Asiente, en signo de comprensión.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí.

La cojo del brazo y nos vamos. Cuando llegamos a la sala, Cassidy le lanza una mirada maligna a Laurel. Lama sonríe. Ahora tienen algo que ellos no habían podido crear: la sombra de la sospecha, la sugerencia de que a Laurel le pesa la conciencia, que no puede soportar las inesperadas consecuencias de su violento

acto.

Por la expresión de Morgan, podría jurar que aún no hemos oído la última palabra sobre el niño muerto. Tiemblo al pensar lo que pueda ocurrir si me veo obligado a llamar a Laurel al estrado.

Sale Woodruff. El alguacil llama al orden a la sala y Jack regresa al estrado. El juez me dice que proceda.

—Señor Vega, ¿cuánto tiempo hace que es usted miembro del cuerpo legislativo?

—¿Qué tiene esto que ver?

—Limítese a responder la pregunta.

—Doce años.

—Usted no piensa presentarse a la reelección, ¿verdad?

—No. Voy a retirarme.

Miro a Harry, y él levanta la tapa de la caja.

—¿Retirarse?

—Sí.

—He oído que los llaman *country clubs,* pero nunca he oído que a la gente que va allí los llamaran retirados.

Me mira sin decir palabra, pero estoy seguro de que Jack es la única persona en la sala que sabe perfectamente de qué estoy hablando. Por primera vez en el día de hoy hablamos el mismo lenguaje. Su cara parece una estatua de piedra golpeada por un rayo. Ahora mira la caja. Sólo puedo imaginarme lo que pasa por su mente. Para Jack es una experiencia extrasensorial.

—Protesto. —Morgan se ha levantado de su silla y

está a un paso de invadir mi terreno—. La pregunta sobre los planes de futuro que tenga el señor Vega es irrelevante. Si el abogado tiene alguna pregunta, que la haga y que deje de molestar al testigo con comentarios sin sentido.

—Así lo haré. Señor Vega, ¿no es cierto que ha sido usted, procesado por ser culpable de múltiples delitos, violaciones de la ley federal relacionadas con la corrupción política?

Se produce un movimiento como una ola entre las filas de la prensa, una exclamación audible por parte del público; es el tipo de revelación que ocurre en un juicio una vez cada mil años. Un periodista de la segunda fila deja escapar un: «¡Coño!» lo bastante fuerte como para que Woodruff lo oiga pero lo ignore. Un tipo que hay cerca del pasillo central se vuelve, libreta en mano, y con un dedo traza rápidos giros en el aire, indicando que enciendan motores. Veo cámaras y focos a través del orificio del cristal de la puerta del juzgado que se ponen en marcha... es parte del despliegue de medios de comunicación que Jack ha traído.

Este todavía no ha contestado a la pregunta.

—Yo...

Cassidy lo interrumpe antes de que empiece la frase. Le dice algo a Lama en el oído. Jimmy se encoge de hombros, como una muñeca barata a la que están dando repetidas patadas en el culo. No tiene ni la más remota idea.

—Señoría, protesto contra... esta línea de

interrogatorio. Nosotros... nosotros no tenemos ninguna noticia de esto.

—Sin embargo, ¿es verdad o no? —pregunto a Vega.

Woodruff levanta la mano.

—El testigo no contestará mientras haya una protesta pendiente.

—Señoría, tenemos copias certificadas tanto del auto de acusación como del informe de la sentencia. No somos responsables de que la fiscalía carezca de información. No tenemos por qué compartir los frutos de nuestra investigación con ellos. Me gustaría resaltar, además, que el señor Vega es el testigo de la fiscalía. Nosotros no lo hemos llamado. Estas acusaciones inciden en su competencia para testificar. Si él ha preferido no revelar este impedimento a la fiscalía, ése es asunto suyo. La fiscalía debería haberlo hablado con él.

—Pero señoría... —empieza a hablar Cassidy.

—Tiene razón —la interrumpe Woodruff—. Usted llamó al testigo.

—Pero la sentencia no era un informe público.

—Primero sería mejor que averiguásemos si existe una sentencia —dice Woodruff, y me pide los papeles para examinarlos.

Entrego un conjunto de documentos al juez y Woodruff los repasa. Le doy otra copia a Cassidy, que se sienta rápidamente y los lee con Lama, ambos con expresiones desoladas.

Mientras tanto, Jack se sienta en el estrado,

poniéndose de varias tonalidades de gris. Un par de veces Woodruff le consulta en voz baja por encima del estrado y Jack asiente muy serio.

—Parece que son auténticos —reconoce Woodruff—. Copias certificadas. Constará en acta más tarde, y permitiré al abogado que explore la cuestión.

Cassidy sigue protestando.

—Ha sido una sorpresa sucia. Las autoridades federales nos la han jugado —le dice a Woodruff, mencionando el nombre de Dana como si se tratara de otra palabra de cuatro letras.

Es inútil. Woodruff le dice que su protesta queda anotada y que se siente.

Le entrego un juego de documentos a Jack, el único actor que aún no los ha visto, y le pregunto si, en efecto, reflejan o no la exactitud de las acusaciones que contra él ha dictado el Tribunal Federal.

Empieza a quejarse de su trato.

—Se suponía que no lo harían público hasta el final del juicio. Teníamos un acuerdo —se queja a Woodruff a la vez que me ignora, como si no estuviera aquí, exponiendo sus quejas a la túnica negra.

—Entiéndase usted con el Tribunal Federal —dice Woodruff.

Jack regresa al pozo negro conmigo.

—Señor Vega, se lo pregunto una vez más: ¿reflejan estos documentos con exactitud que usted ha sido encontrado culpable de diversos cargos por el Tribunal Federal?

—Supongo. No soy abogado.

Parece una de esas estatuas de hierro de Lenin se puede oír el golpe sordo del metal. Jack, el legislador honorable, acaba de ser derribado.

El murmullo aumenta en las filas principales. Los lápices escriben a todo trapo. Un par de tipos salen para conseguir un buen plano y dar las noticias ante sus cámaras.

El golpe final. Cojo el paquete de documentos y saco unas hojas grapadas: cuatro en total. Es un resumen de la sentencia preparada por los abogados de Jack. Llamo la atención del tribunal hacia los documentos y al cabo de un minuto todos cantamos de la misma hoja. Le pido a Jack que la lea. Cuando Jack acaba de leerla, ataco decididamente.

—¿Prepararon sus abogados este documento?

—Sí.

—Así que usted adelantó este argumento al Tribunal Federal: como su esposa había muerto, hizo una apelación para salir en libertad provisional de los cargos federales. Nada de cárcel. ¿No es cierto?

—Los niños necesitaban un padre porque ella estaba en la cárcel —dice, señalando a Laurel.

—Sí, debido enteramente a sus declaraciones. Hay quien pensaría que es usted quien debería estar allí. Me refiero a la cárcel.

—Yo no la asesiné.

—Ni tampoco mi cliente. Y usted lo sabe.

No responde nada. El silencio es la mejor respuesta

que yo podía esperar.

—Lo cierto es que, como su esposa estaba muerta y su ex esposa en la cárcel en espera de juicio por asesinato, el único que en realidad parece salir beneficiado de todo este penoso asunto es usted. ¿No es así?

—¿Cómo me beneficiaba?

—Su mujer tenía un amante, y usted estaba celoso. Ella se quedó embarazada. Así que usted la mató e inculpó a su ex esposa y utilizó esta tragedia para conseguir la disminución de su sentencia en cargos criminales. Brillante. Un golpe maestro. Casi le sale bien.

—¡Esto es una basura!

—¿Quién lo hubiera podido esperar de un hombre que con su talento ha sobrevivido a la legislatura durante dos décadas?

Lo digo como si fuera una cueva de ladrones, una madriguera para alimentar el crimen organizado, cosa que Jack acaba de confirmar con su conducta. Lo que el público sospecha, lo que ambos sabemos, es que le espera una letanía de acusaciones que con un poco de suerte irán apareciendo a lo largo del juicio.

—¡Basura! ¡Todo esto es una basura!

Woodruff lo deja que se exprese a sus anchas porque se da cuenta de que el testigo se ha quedado sin palabras y que en su defensa debe dársele la oportunidad de que diga lo que más le convenga. Aunque tiene su efecto en el jurado y Jack se da cuenta

lentamente.

—He perdido a mi esposa.

Se endereza en la silla, encontrando un último resquicio de dignidad, y me mira a los ojos.

—Y usted encontró una perspectiva esperanzadora en la adversidad, ¿no es cierto? —Y muevo el resumen de la sentencia en la mano para que la vea.

La pregunta no necesita respuesta; ésta está en los preocupados ojos de Vega al inspeccionar los medios de comunicación, sabiendo que está en escena. Es un caso típico; Jack se ha cavado su propia tumba debido a su mala memoria. Empezó con el arma, un objeto arrojadizo en su caso, que podía haber revelado fácilmente su posesión a la policía. Pero para Jack tenía más intriga si lo ocultaba. La aventura del engaño se ha llevado lo mejor de su vida. El primer resbalón lo llevó al segundo: la propiedad de la alfombra. Si Jack le hubiera contado a la policía lo del arma, su palabra habría pesado más que los términos en blanco y negro del acuerdo de partición de bienes.

Ahora, todo ello desarrolla un único tema alrededor del cuello de Jack, que no hay quien se crea nada de lo que dice. Es un retrato, desplegado y a la vista, en el astillado y raído marco de la corrupción política, un retrato que sólo se exhibiría en una galería de bribones.

CAPÍTULO 28

Por la mañana estoy en la oficina revisando algunos detalles de último minuto antes de irme al juzgado, cuando suena el teléfono interior.

—Sí.

—Su sobrino está aquí y quiere verlo.

—¿Quién?

—Danny Vega.

—¿Aquí?

—Sí. ¿Le digo que pase?

Casi me da un infarto.

—Sí, sí. Que pase.

Un minuto después veo su sombra a través del cristal translúcido de la puerta y Danny entra en mi oficina. Ha perdido peso y parece que hace días que no se ha afeitado esa pelusilla de barba incipiente. Por sus ropas, tiene el aspecto de acabar de llegar de viaje: una camisa arrugada y vaqueros rotos a la altura de las rodillas que necesitan un lavado y zapatillas de deporte oscuras como botas militares y sin calcetines.

—Tío Paul.

Siempre es lo mismo con Danny. Seguirá llamándome «tío Paul» cuando cumpla los treinta y cinco y yo ande con muletas. Una tímida sonrisa. Me tiende la mano para saludarme.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Me pongo en pie al otro lado de la mesa y le estrecho la mano. No quiero parecer grosero, pero los horarios

de Danny siempre han dejado mucho que desear. Danny estaba escondido a medio continente de distancia mientras durase el juicio y ni su madre ni yo podemos distraernos lo más mínimo.

—Estaba preocupado por mamá, y pensé que quizá necesitaría apoyo.

—¿Dónde está Julie?

—Está bien. Está allí. —Aún jugamos a los juegos crípticos—. Yo he venido con el autocar. Maggie ya lo sabe. No aguantaba más allí. Tenía que ver cómo le iba a mamá.

—De acuerdo, pero me parece que se va a poner muy nerviosa cuando se entere de que has vuelto.

—Sí. Bueno…

Se encoge un poco de hombros como dando a entender que quizá ella pide demasiado.

—He leído el periódico de la mañana, las noticias acerca de papá.

No se le podían pasar por alto. Todos los periódicos del estado presentan estos titulares en primera plana: «LEGISLADOR ACUSADO DE CORRUPCIÓN.»

Aunque Danny no se lleve demasiado bien con su padre, tampoco se recrea en su desgracia. Me pregunta si es verdad y le contesto que sí. Ahora Danny me sorprende por su intuición.

—Siempre me imaginé que se metería en líos. ¿Qué le pasará ahora?

Sacudo la cabeza. No tengo ni idea.

—¿También irá a la cárcel?

—No lo sé, depende del juez.

—¿Pero esto ayudará a mamá de alguna manera? Me refiero a la información sobre él.

Danny puede vivir con esto, la acusación de su padre, si eso ayuda a su madre.

—Sí.

¿Cómo voy a explicarle al chico que intento ponerle a su padre la soga del asesinato al cuello?

—De momento, a tu madre le va bien. —Lo dejo aquí y cambio de tema antes de que Danny siga adelante—. No te puedes quedar aquí.

—¿Por qué no?

—El tribunal dictó una orden muy clara en el caso de la custodia.

—¿He hecho algo malo?

—No, pero tu padre tiene la custodia.

Danny pensaba que las noticias del periódico cambiaban la situación. Le aseguro que no. Si a su padre se le condena a prisión y Laurel está aún en la cárcel, el tribunal se haría cargo de ellos. Si esto sucediera, yo pediría la custodia.

—Me quedaré en casa de mamá. Nadie buscará allí. —Y lo dice como si ya lo hubiera pensado.

¿Qué puedo argumentar?

—¿Por qué no te vas ahora y te arreglas un poco? Haré que te lleven comida del colmado —le digo. Harry conoce a una mujer que se cuidará de esto—. ¿Tienes ropa limpia?

Asiente.

—Pero quiero saber todo lo que pasa en el caso de mamá.

—Ahora no tengo tiempo, ya te llamaré más tarde y hablaremos. Ven a cenar a casa esta noche, y así podrás recoger la Vespa.

Ha estado en mi garaje desde que Danny y su hermana se fueron de la capital.

—Ya la he recogido. Me paré de camino hacia aquí. Espero que no te importe.

—¿Por qué habría de importarme? Arréglate y descansa un poco. Pareces cansado.

El chico tiene ojeras de haber dormido poco y mal.

—Bueno —dice, y se da media vuelta y se va.

—¡Ah, Danny!... no te acerques a la cárcel. —Como un vidente, veo lo que le pasa por la mente: una visita a su madre—. Te empapelarían en cuanto firmases, y te volverían a llevar con tu padre.

Lo leo en sus ojos; es justo lo que pensaba hacer. Asiente y se va.

Cassidy no puede permitir que su caso descanse en la amarga nota del testimonio de Jack y la espeluznante revelación de las acusaciones criminales que pesan sobre él.

Hoy, Dana aguarda fuera de la sala para ver qué sucede. La he puesto en mi lista de testigos para darle qué pensar a Cassidy; de modo que Dana no puede entrar. Creo que su presencia aquí ha sido una mala

idea, y así se lo he dicho. Mientras Cassidy entraba, le ha dirigido unas miradas asesinas. Morgan sabe muy bien de dónde procedía la información que ha destruido a Jack, y la mera presencia de Dana aquí es como echar sal a la herida. Supongo que ha sido una revancha por los intentos de Morgan para frenar las aspiraciones judiciales de Dana, los esfuerzos de Cassidy para volver al Queen's Bench contra Dana, sin olvidar la puñalada por la espalda de Lama al acusar a Dana y a su gente de filtrar a la prensa el asunto de la bomba. Todos estos esfuerzos han fracasado, pero Dana no olvida.

Ahora me pregunto si la ayuda de Dana en el caso se ha debido a que creía que Laurel es inocente, a su afecto hacia mí o bien a su enemistad con Cassidy.

En cuanto a Jack, hoy no se lo ha visto por ningún lado. Vega evita las hordas de los medios de comunicación, que según me han dicho campan como vándalos alrededor de sus dominios. Imagino una multitud de antorchas en la noche y a sus portadores exigiendo a Jack que salga y dé explicaciones. Ahora que la acusación se ha hecho pública, la fecha de la sentencia se ha fijado para dentro de una semana. Harry apuesta a que intentará ganar tiempo. A los jueces federales no les gusta que los engañen, y los esfuerzos de Vega para despertar compasión utilizando el asesinato de Melanie huelen que apestan.

Aunque no cabe ninguna duda de que el testimonio de Jack, desde un principio, intentaba apoyar el caso de la fiscalía, esta mañana el tribunal llama al orden.

Cassidy le comunica a Woodruff que citan a un último testigo; por tanto, pide la venia del juez para volver a citar a Simon Angelo, el forense del condado.

—¿Hay alguna objeción? —pregunta Woodruff, y me mira a mí.

Lo comento con Harry, que me dirige uno de sus famosos encogimientos de hombros. Harry está seguro de que preparan algo, reservándose para la traca final. Angelo es un testigo seguro, alguien a quien Morgan puede controlar, así que no es probable que perjudique a su caso.

Estoy nervioso. Si Cassidy quiere algo más de Angelo, sólo hay dos posibilidades: que se olvidara de repasar alguna prueba, o bien su testimonio intentará remendar el enorme agujero que hemos abierto en su caso.

Expongo mis reservas.

—Señoría, si el estado quiere volver a llamar al testigo, debería hacerlo como réplica, después de que nosotros hayamos presentado nuestro propio caso.

Cassidy pide un poco de margen, una compensación equitativa para sacudirse la sorpresa de la acusación de Jack, lo que toca la fibra sensible de Woodruff, que le pregunta cuánto va a durar el testimonio.

—Diez minutos.

—Me inclino a permitirlo —me dice, mientras hace gestos a Cassidy para que llame al testigo.

Angelo sube al estrado y le recuerdan que aún está bajo juramento.

Cuando Morgan vuelve a repetir sus cualificaciones como experto, un escalofrío me recorre la columna vertebral. No lo hace en el amplio campo de la patología forense, sino en la más exigua especialidad de serología: el estudio de la sangre y el ADN. Empiezan a sonar campanas. Está claro que tiene una intención y, a pesar de los mejores augurios de Harry, no es cosmética.

—Doctor Angelo, ¿podría usted explicar al tribunal si, como parte de su examen médico del presente caso, realizó algún análisis de sangre a las víctimas, y en particular al feto?

Con la sola mención del niño, Laurel hace una mueca. Se nota que está temblando, y le tomo la mano por debajo de la mesa. No le he contado la visita de Danny a mi oficina. De momento, ya tiene bastantes preocupaciones. Habrá tiempo de sobras, durante el fin de semana, de tratar el asunto, y si es necesario facturaré al chico otra vez a su lugar de procedencia hasta que esto acabe.

—No hicimos un análisis de sangre, pero sí la prueba del ADN.

Angelo explica al tribunal que, después de su primer testimonio, en cuyo interrogatorio salió a relucir la cuestión de la paternidad, él hizo algunos análisis «a toda prisa», según su expresión.

—¿Puede usted explicar al tribunal qué clase de pruebas realizó usted y por qué?

—Hice la prueba del ADN para determinar la paternidad.

—Señoría.

Me levanto y me quejo porque no me han notificado nada de esto.

—No estamos hablando de pruebas exculpatorias —dice Cassidy.

Las leyes constitucionales del país exigen a los fiscales que no sólo acusen sino que también actúen en interés de la justicia. Cassidy tiene la estricta obligación de compartir en seguida con nosotros cualquier prueba que pudiera servir para exonerar a mi cliente. El hecho de que hayan realizado los análisis y que no lo hayan revelado hasta ahora sólo significa una cosa: que los análisis no confirman nuestra teoría de que Melanie Vega tenía un amante. Espero que al menos los análisis no hayan sido concluyentes.

—El abogado defensor hizo que este tema cobrara importancia en el momento en que vituperó al señor Vega, insinuando, yo añadiría indecorosamente, que la víctima estaba envuelta en alguna escandalosa aventura amorosa. Ahora que ha invocado este horrible fantasma, debemos lidiar con él.

Las miradas de reprobación en el rostro de Cassidy adquieren un aspecto maligno.

—Permiso concedido —dice Woodruff, y me indica que me siente.

Cuando lo hago, miro a Dana de reojo por la rendija de la puerta. Está observando a Angelo en el estrado y, por su expresión, diría que siente lo mismo que yo. Cassidy no habría llamado a este testigo si no fuera para

infligir un gran daño a nuestra teoría.

Estamos en seria desventaja y Morgan lo sabe. El niño y su madre fueron enterrados antes que la defensa del caso hubiera elaborado una teoría. Ahora necesitaríamos una orden para exhumar los cadáveres y practicar la prueba del ADN. Harry y yo ya habíamos discutido esta probabilidad en un primer momento, pero considerando el hecho de que los tubos seminales de Jack estaban cortados, no le vimos mucho sentido. El niño tenía que ser de otro.

Cassidy se va un poco por las ramas haciendo preguntas preliminares a Angelo y de pronto salta a lo que estábamos esperando: como resultado de las pruebas, ¿pudo excluir a Jack Vega de la población masculina que podía haber engendrado a la criatura?

—No —dice Angelo—. No sólo no lo excluimos de entre los padres potenciales, sino que, según la investigación, en la que se analizaban los factores genéticos concretos que compartían el señor Vega y el feto muerto, yo diría que existe una gran probabilidad de que sea el padre.

—¿Cómo de alta? —pregunta Morgan.

—Según la prueba, no puede ser excluido de la clase de paternidad potencial, y en este caso la probabilidad de paternidad, basada en múltiples pruebas de ADN, es más de un noventa y nueve por ciento, para ser más exactos, de un noventa y nueve coma cuatro por ciento.

Me quedo atónito sentado a la mesa. Angelo explica al jurado un asunto de certeza científica: Jack es el

padre del niño. Debo de reflejar una expresión de incredulidad, porque cuando miro, algunos de los miembros del jurado me están estudiando para observar el efecto que causa en mí, mientras un éter de descontento flota por el panel. Algunas mujeres me miran, preguntándose cómo, ante tal evidencia, he podido insultar a una víctima cuyos labios están sellados por la muerte. Hay murmullos generalizados en toda la sala, y Woodruff golpea con su martillo llamando al orden.

Cassidy no necesita imprimir a su caso un golpe de efecto, éste ha sido bajo y directo.

—He terminado con el testigo.

Cuando me levanto de la silla, me da la sensación de que me sujetan extremidades de medusa. Lucho porque desaparezca la expresión perpleja y enojada de mi rostro, pero en lo más hondo estoy convencido de que esto es una prueba prefabricada, una maquinación urdida en una reunión nocturna, cuando, en un momento de debilidad, Cassidy ha visto que su caso se desmoronaba. Es una prueba científica de la que no podemos demostrar su nivel de exactitud o de veracidad.

—Doctor, ¿no cabe ninguna posibilidad de error en sus análisis?

—No —contesta con rotundidad. No dice: «No lo creo», sino un no absoluto y mayúsculo.

Su calva reluce bajo las brillantes luces de la sala, y tiene una expresión enigmática en los ojos. Ambos

sabemos que, a menos de que lo haga desistir de su afirmación, el móvil de mi teoría de la defensa se ha esfumado. En la víspera de nuestro caso, me habré quedado sin nada que decir, constreñido a un argumento del crimen que Angelo, en diez minutos, acaba de destruir por completo. Sin la sombra de algún amante en la cama de Melanie, ¿por qué iba Jack a asesinar a la madre de su propio hijo? Ni siquiera la persona más fría y calculadora sería capaz de cometer un asesinato múltiple para infundir compasión en la sentencia de otro caso criminal de menor importancia. Incluso Jack hubiera calculado las desventajas de un acto de este calibre y habría desechado la idea.

—¿Seguramente habrá un margen de error en las probabilidades o en el porcentaje?

—Esto no es una encuesta política, sino una ciencia. No existe ningún margen de error, ni para más, ni para menos. El porcentaje de probabilidad con respecto a la paternidad determina el grado de parentesco entre los individuos, lo cual nos deja sin posibilidades; por ejemplo, cuando el sujeto queda excluido debido a su grupo sanguíneo, pues la probabilidad es tan baja que roza el punto de la certeza.

Sonríe y espera que le pregunte, pero no lo hago porque sólo serviría para que hundiera su lanza en mí una vez más. ¿Dónde falla nuestro caso particular?

—Es muy interesante que usted no haya resumido nada de esto por escrito. ¿Seguramente debe de tener documentos de trabajo o notas?

Sonríe, condescendiente.

—Si quiere puedo traerle mis notas de trabajo. En este momento no las llevo encima.

—Por supuesto. Me encantaría verlas.

—No hay ningún problema. Se las enviaré a su oficina.

Puedo examinarlas y volver a llamarlo, pero Angelo sabe muy bien que yo estoy dando palos de ciego. Las notas de los científicos están escritas con garabatos minúsculos que sólo otros médicos son capaces de descifrar y, además, estarán redactadas en términos tan generales y vagos que los procedimientos usados en la prueba sólo tendrían cuerpo según el testimonio de Angelo. Por tanto, podría pasarme horas y más horas dando vueltas en una jerga científica y terminar como al principio.

Claro que podemos llevar a cabo nuestros propios análisis, exhumar los cuerpos y hacer nuestra propia prueba del ADN, pero no hay tiempo y Angelo lo sabe. Nuestro caso se abre el lunes, y en la mayoría de laboratorios la prueba de ADN necesita por lo menos seis semanas.

Me estoy enfadando, y lo llevo escrito en los ojos.

—Doctor Angelo, ¿ha leído usted los informes médicos respecto a la vasectomía practicada al señor Vega hace doce años?

—Sí, los he leído.

—Bien, entonces quizá pueda explicar al tribunal cómo es posible que un hombre que se haya sometido a

una vasectomía con el propósito expreso de esterilizarse sea capaz de engendrar un hijo.

—Ocurre todos los días.

—¿Cómo dice?

—Obviamente usted no lo sabe, pero existe un considerable potencial de fracaso con respecto a este procedimiento. Los casos de parejas que se ven sorprendidas por ser padres después de que el hombre se haya sometido a una vasectomía llenan los tribunales.

—¿Va a decirnos que el noventa y nueve coma cuatro por ciento de las vasectomías fallan, doctor?

—No, de hecho fallan en un cinco por ciento.

—Eso es bastante raro, y no es exactamente una alta probabilidad. Supongo que algún curandero le practicaría esta intervención al señor Vega usando un bisturí poco afilado.

—No. Se le llama recanalización: los vasos deferentes, los conductos que conducen la secreción de esperma desde los testículos, se suelen cortar como parte de la vasectomía, y los extremos se ligan. Los índices de error a menudo dependen de cuánto se extirpa y cómo se lleva a cabo la oclusión, la ligadura. Si la oclusión falla, los extremos del conducto pueden volver a desarrollarse lo suficiente como para unirse de nuevo.

—¿Examinó usted quirúrgicamente al señor Vega para determinar si éste era su caso?

—No, pero las técnicas empleadas por el médico que

operó al señor Vega ya no se consideran médicamente el último grito. Y perdone la expresión.

Algunos miembros del jurado se ríen. Angelo ha hecho un chiste. Se está burlando de mí. Si no puedo darle la vuelta a todo esto, debería sentarme en mi sitio ahora mismo. Pero he ahondado más en el agujero, y con estas especificaciones he perjudicado todavía más nuestro caso. La compulsión me impulsa a seguir adelante, en espera de que el testigo haga alguna concesión, deje algún cabo suelto al que agarrarme, lo que sea para hacerme la ilusión de que hemos ganado algo con mi insistencia. Como a un jugador compulsivo, me mueven las ganas de recuperar un poco de lo perdido, una equivocación que pueda enmendar más tarde, que pueda discutir ante el jurado en la clausura.

Es una táctica que implica un alto riesgo, pero siento que hasta la persona menos contraria a los médicos de esta sala le arde una pregunta semejante. Si hiciera una encuesta para que eligiera el público, todos dirían que lo dejara y me sentase, pero el jurado se preguntaría por qué. Contra esto sopeso la primera regla del juzgado: «Nunca preguntes a menos que sepas la respuesta.» Puedo oír el murmullo en la mente colectiva. Estoy forzando el interrogatorio en un desesperado deseo de que diga «no».

—Doctor Angelo, ¿hizo usted un recuento de esperma del señor Vega?

Me quedo mirando fijamente el parpadeo de sus ojos cuando dice:

—Sí.

Es como si me llenaran de plomo hirviendo cada orificio de mi cuerpo, y me doy cuenta de que he caído en la astuta trampa que me ha preparado Cassidy.

Podría darme media vuelta y marcharme, dando por terminada la declaración del testigo, pero Morgan me lo lanzada contra mí como una jabalina.

—¿Y qué descubrió?

—Descubrimos que, aunque el señor Vega aparentemente tenía algún tejido rasgado como resultado de la vasectomía, podía producir la suficiente cantidad de esperma como para concebir un niño.

Asesta este golpe mortal, el golpe de gracia, con una sonrisa.

Estoy de pie, helado, frente a él, rodeado de los añicos de mi caso. Incluso la calavera de Melanie Vega, que descansa en el carrito de las pruebas —atravesada por el puntero metálico—, parece burlarse de mí en el silencio cortante de la sala. Salvo presentar fotos de Jack y Melanie copulando, Angelo ha cerrado la puerta a cualquier duda sobre la paternidad de Vega del niño muerto. Él solito nos ha hecho más daño que todos los testigos de la acusación juntos.

Por eso Cassidy, en la primera intervención de Angelo, no tocó el tema de la vasectomía, ni ninguna de sus tangentes. Quería esperar a que me adentrara demasiado en la vía de mi defensa como para cambiar de curso, hasta que hubiera llamado a Jack asesino delante del jurado. Esta era la trampa que me estaba

tendiendo, y yo he caído en ella como un cordero. Ya me habían advertido contra ella, contra su estilo astuto y despiadado. Su caso parece destartalado, con dos jueces y el árbitro dando el combate al aspirante, y Cassidy sale y me deja KO de un golpe.

CAPÍTULO 29

En el preciso instante en que Angelo termina, me quedo hecho trizas, como un pez en un barco de pesca, hecho filetes ante el estrado de los testigos. Es casi mediodía, y Cassidy le dice a Woodruff que la fiscalía ha concluido.

Cuando Angelo baja del estrado, la atmósfera se puede palpar en la sala, un humor oscilante de proporciones dinámicas; sin duda, los corredores de apuestas estarían dispuestos a firmar que Laurel nunca abandonará este lugar como una mujer libre.

Hay aprehensión en sus ojos cuando me mira, insegura frente al estrado de los testigos, y me dice que no es ajena a este mar cambiante. Siento que tengo que agarrarme a la barandilla para reafirmarme mientras recorro los pocos metros que me separan de la mesa de la defensa.

Es viernes por la tarde y Woodruff me recuerda que me prepare para abrir el caso de la defensa el lunes por la mañana. Creo que le doy pena.

Cuando le respondo, oigo todo, incluso mi propia respuesta, a través de los murmullos del público, como el rugido de las entrañas de un barco. Es la sangre que late a través de la carótida, debido al pánico que me recorre el cerebro.

El juez da un golpe con el martillo en la mesa y se aplaza la sesión.

La matrona se lleva a Laurel, cuyos ojos no han dejado de mirarme. Llego a tiempo de cogerle la mano e intercambiar unas palabras.

—Tenemos que hablar. Esta misma tarde.

Mi voz tiene una cualidad amenazadora, como los siniestros tonos de un cirujano que se ha pasado un buen rato con los dedos dentro de un ser querido, buscando un cáncer, y ahora tiene que comunicar la noticia.

—No voy a ir a ninguna parte.

Fuerza una sonrisa antes de irse. Fatalista hasta la médula, es como si nunca hubiera esperado otro final.

—Diez contra uno a que el cabrón miente.

Harry está hablando solo sobre Angelo, con el rostro enrojecido. Es la única persona que conozco que odia perder más que yo, sólo que en este caso las posibilidades son mucho mayores.

—Realmente conveniente. A última hora nos vienen con esta mierda, sin nada en el informe y con los cadáveres enterrados.

Tira papeles de forma atropellada en la caja de pruebas mientras reniega entre dientes.

—Nos hemos olvidado de algo.

—¿De qué?

—No sé. Hay algo que no cuadra.

—Ya te diré yo lo que he olvidado: atropellar a esta puta con mi coche.

Le lanza miradas furibundas a Cassidy, murmurando entre dientes, mientras ella va poniendo cosas en su maletín.

Lama aparta una silla de su camino, abriéndole paso a Morgan entre nuestras mesas y la puerta basculante de la barandilla.

—Buen fin de semana —dice ella.

—Morgan, ¿tienes un minuto?

Se detiene y se vuelve.

—¿Puedo hablar contigo este fin de semana?

Trago bilis y digo:

—Después de hablar con mi cliente, claro.

Ella sabe que me refiero a algún trato para salvar la vida de Laurel.

—No sé si mi cliente estará dispuesta…

—No te preocupes por tu cliente. Tu única preocupación debería estar aquí: si lograrás convencerme para que lleguemos a un trato, lo cual en este momento no parece posible.

Procede a darme un sermón a la vista de los periodistas que toman nota y hacen comentarios de la ética de Morgan y también de la mía.

—Es una mala actriz —dice Cassidy—, y ambos lo sabemos. Y tus trucos con su marido, las acusaciones

selladas. Tú y los judiciales podíais estar aquí.

Señala a Dana, que lucha a contracorriente de la marea humana para entrar en la sala. Cassidy hace unos ruiditos algo así como: chis chis.

—¿Hay una posibilidad?...

—Puedes dejarme un mensaje en el contestador. Si no me voy a ninguna parte, te llamaré.

Y dicho esto se va, mientras Lama, con una voz como para que puedan oírlo en toda la sala, entona: «¿Puedes creer a esa chica?»

Está claro que intenta humillarme.

Se funden con la multitud que se dirige hacia la puerta. Puedo oír a Harry gruñir de verdad, y luego lanza un par de improperios.

—Están mintiendo.

—No sé.

—No seas ingenuo. Se han fabricado toda la tela porque saben que nosotros no podemos comprobarlo.

Harry pertenece a una escuela de pensamiento social que cree que la mayoría de victorias en los casos criminales se modelan a partir de la preponderancia del perjurio. Tú viertes el tuyo y la parte contraria el suyo y, al final, el que más inventa es el que gana. El pensamiento de que a lo largo de la historia la verdad se ha marchitado y muerto de soledad en la mayoría de juzgados.

Estoy sumido en este profundo pensamiento cuando noto un cálido aliento en la nuca. Me doy la vuelta y me encuentro con Dana, que está blanca como el papel.

—He oído lo que ha pasado.

Me pone una mano en la nuca y me acerca los labios. Por un instante creo que va a besarme en la mejilla, pero en vez de eso acerca su boca a mi oreja y me dice, muy bajito:

—No te preocupes. Puedo conseguirte al testigo.

Me retiro y miro sus ojos. Se refiere al hombre que vio a Jack hablando con Lyle Simmons, el asesino, en un bar del otro lado del río.

Dana ignora el hecho de que esto no aportaría un móvil suficiente. ¿Por qué querría Jack matar a su esposa?

—¿Dónde está?

—No tienes que preocuparte por nada —dice Dana—. Lo que necesitas saber es que lo tendrás aquí, en el tribunal, el lunes por la mañana, dispuesto a decirte lo que vio.

—¿Cuándo lo encontraste? ¿Por qué no me lo has dicho?

Cuando se va, algo en sus ojos me dice que no le pregunte más, que no puedo adentrarme en terreno prohibido.

—Estás completamente loco —dice Harry—. No hagas preguntas. Ella tiene razón, porque lo que no sepas no te puede perjudicar. Lo que sabes es lo que diga el tipo ese, pura y simplemente; así de fácil.

—Sí, pero yo no estoy tan seguro de que sea puro.

Tengo mis dudas, y temo que el testigo esté sobornado, que su testimonio sea perjurio. Es todo demasiado fácil.

Lo dijo muy claro con la boca y con los ojos: «Puedo conseguirte al testigo» y no «Encontramos al testigo».

Tal como en Detroit fabrican coches, tengo la horrible sensación de que este tipo y lo que tiene que decir está «fabricado». Lo que no me puedo imaginar es por qué Dana haría una cosa así, una mujer a las puertas de la judicatura. ¿Por qué arriesgarse? No creo que odie tanto a Cassidy.

—Y además, tendremos problemas porque el testigo no está en nuestra lista. Sólo por eso podría ser excluido.

El estado tiene el derecho a excluirlo para asegurarse de que no se trata de un fraude, de alguien con ficha criminal, con tendencia a mentir en el estrado. Ha de saber positivamente que este testigo no estaba a la sombra, haciendo tiempo en algún almacén humano cuando afirmó haber visto estas revelaciones al otro lado del río.

Harry dice que no es ningún problema.

—Si se quejan, les daremos tiempo para comprobar la ficha del tipo. Mientras tanto, nosotros bailaremos claqué con otros testigos. Y seguiremos machacando que Jack lo hizo.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe? Es un jodido loco. No sería la primera vez que un tío se vuelve majara.

—Olvidas que probablemente el testigo esté mintiendo, que a lo mejor nunca vio a Jack con nadie en ningún bar. ¿No crees que Cassidy va a pensar lo mismo?

—Olvidas quién nos ofrece este testigo: el jodido gobierno federal. —La alegría en los ojos de Harry es algo digno de contemplar—. Párate a pensarlo un minuto: ¿no creerás que son tan estúpidos como para ofrecernos a alguien que no esté a prueba de balas? Si los federales lo hacen, es que Lama lo comprobará siete días hasta el domingo y saldrá sin nada. Probablemente lo harán arzobispo o algo así.

Habla del gobierno como si tuviera un servicio especial para esta clase de cosas, como si fuera una relación de enfermeras: testigo perjuro con referencias.

—Hazme caso. Hay dos cosas que el gobierno federal hace bien: imprimir moneda y construir falsas identidades.

Sus palabras me dejan más congelado que un esquimal en el Ártico. En este momento, mis ojos son dos enormes y redondas «OS».

—¿Qué ocurre?

—Algo que no vimos, algo que acabas de decir.

—¿Qué?

—Identidades.

—¿De qué estás hablando?

—Los Merlow. Desde el primer momento nos preguntamos qué es lo que George o Kathy Merlow vieron aquella noche.

—Así que ellos vieron algo: a alguien cargándose a Melanie. Mira, a menos que creas que *Risitas* va a dejarnos dirigir una sesión de espiritismo en el tribunal, los Merlow están fuera de nuestro alcance, así que concentrémonos en la otra invención, la del que miente más que habla.

Harry se refiere al testigo de Dana.

—¿Cómo podemos estar seguros de que vieron algo? ¿Y si en realidad no vieron nada?

—Entonces alguien se ha tomado muchas molestias para matarlos por nada.

Harry no me sigue.

—Quizá no se trate de lo que vieron, sino de quiénes o, para ser más preciso, qué son.

Me mira intensamente.

Antes de que Harry se mueva, me levanto de la silla y me dirijo al pasillo, en dirección hacia su oficina. Harry me sigue como una sombra.

—¿Adónde vas?

Cuando abro la puerta, está claro que el despacho de Harry es un lugar que está esperando un incendio: hay montañas de periódicos amarillentos en el suelo, papeles grapados y recortes mezclados con resúmenes y notas de investigación de casos en los que Harry está trabajando; recortes de historias de las noticias, de artículos pegados en las paredes con un millón de chinchetas, desde tiras cómicas hasta titulares, todo eso que alimenta el motor de Harry de la paranoia política.

Empiezo a revolver los papeles.

—Espera, espera. ¿Qué estás haciendo?

Harry está sulfurado, como si de algún modo hubiera un equilibrio químico, un orden en el montón de basura que estoy alterando.

Entre un número antiguo del *New Republic* y un bocadillo de jalea medio deshecho encuentro lo que estoy buscando: amarilleado y desportillado, está fechado en Lexington, Kentucky, y se lo doy a Harry para que lo lea.

Apenas tiene tiempo de acabar el primer párrafo cuando empieza a entenderlo.

—No. ¿No creerás que?...

—Sólo hay una manera de averiguarlo. ¿Llamas tú o llamo yo?

CAPÍTULO 30

Mi primera afirmación al jurado es breve y probablemente oscura. No es el ataque acerbo a Jack que he estado puliendo hasta afilarlo durante el último mes.

—En pocos momentos van ustedes a oír un testimonio y ver una prueba que a muchos de ustedes puede consternarlos. A otros simplemente les confirmará sus más oscuras sospechas sobre la naturaleza del hombre y sus instituciones de justicia. Esta prueba ha llegado a mis manos hace sólo treinta y

seis horas y, en cierto modo, ha causado en mí un impacto tan grande como les supondrá a ustedes.

Treinta segundos después la llamo. Dana Colby cruza la puerta del juzgado y camina por el centro del pasillo. Está tranquila, casi serena, en un traje azul marino de los que un fiscal llevaría a la corte y tacones que repiquetean contra el suelo de mármol.

Pasa por mi lado como si yo no estuviera, sin dirigirme ni una sola mirada ni un susurro de reconocimiento; sus ojos, que parecen témpanos, están fijos en el estrado.

Laurel está sentada a la mesa y le hace preguntas a Harry. No sabe por qué he citado a Dana como testigo, ya que no hemos tenido tiempo de ponerla al corriente. Y hasta que la evidencia salga a la luz, no tengo ni idea de qué impresión causará en el jurado y en el juez.

En la mesa de Cassidy se observa una gran actividad. Entre otras cosas, Lama y ella están revisando la lista de los testigos para asegurarse de que el nombre de Dana aparece. En principio lo habíamos incluido para despistar, y ellos sabían que sólo era para eso. Ya han olvidado que el nombre de Dana estaba allí. Y ahora se sorprenden de que ella realmente aparezca y suba al estrado.

Presta juramento y se sienta con la mirada fija a media distancia en alguna parte del fondo de la sala. El único signo de nerviosismo podría ser el discreto repiqueteo de sus dedos en el brazo del asiento.

Evita el contacto visual conmigo porque hace dos

días que no he querido ponerme al teléfono ni verla desde que le hice llegar la citación. Creo que sabe o se imagina lo que tenemos.

Dana ha intentado pescarme en mi oficina y mantener un encuentro que yo deseaba evitar; de modo que Harry y yo no hemos ido a la oficina, sino que nos hemos quedado en un café a dos manzanas de aquí hasta momentos antes de llegar.

—Diga su nombre para que conste en acta —dice el oficial.

—Danielle Elizabeth Colby.

No sabía que se llamase Danielle hasta ahora. Tal vez sea una medida de lo poco que sé de esta mujer.

Avanzo hacia el estrado de los testigos y me pongo directamente enfrente de ella, donde ya no pueda ignorarme y, allí de pie, por fin nos miramos.

—Señora Colby, ¿podría usted decir al tribunal qué hace usted para ganarse la vida?

—Soy abogada de los Estados Unidos.

Su voz es inexpresiva, carente de emoción, como si se la hubieran arrancado de la mujer que creía conocer. Este ejercicio me produce algo más que dolor.

—Jefa de la agencia del distrito Este de este estado, ¿no es así?

—Sí.

—En una palabra, es usted fiscal federal, ¿no es cierto?

—Sí.

La estoy utilizando desvergonzadamente, pero esto

es inofensivo, y Cassidy está ansiosa porque vaya al grano. Me da la impresión de que quizá Morgan no ha captado la fricción que existe entre nosotros, y cree que estamos trabajando en equipo y montando un número para el caso.

—Señora Colby, ¿quiénes eran George y Kathy Merlow?

Sólo con la mención de los nombres se tensa como si le hubieran dado una ligera descarga eléctrica en su silla.

—Eran vecinos de la víctima de este caso, Melanie Vega. Vivían en la casa de al lado de la víctima.

Esto no es lo que busco. Dana es hábil. Se las arregla para eludir la pregunta, así que tendré que soltar un poco más de sedal para arrastrarla un poco más hacia nuestra red.

—¿Y usted sabía si residían allí, en la casa de al lado, la noche en que Melanie Vega fue asesinada?

—Sí.

—Antes de aquella noche, ¿tuvo usted ocasión de hablar con George o Kathy Merlow por algún motivo?

Dana tiene unos ojos preciosos, incluso cuando se clavan en mí con especial desagrado. Su lengua busca saliva para seguir hablando.

—Pudiera ser.

Asiento lentamente. No disfruto al hacer esto, y creo que ella lo sabe, de forma que se va un poco por las ramas para mantenerme fuera del meollo de la cuestión.

—Vivimos en el mismo barrio, y una se cruza con un

montón de personas. Podía haberlos visto en algún sitio.

Lo dice como si se tratara de un incidente social, un roce de hombros que no puede recordar con precisión.

—Ya veo. ¿Podría ser que uno de esos sitios donde se encontró a George y Kathy Merlow fuera en su despacho del centro de la ciudad, en el Departamento de Justicia?

Por fin llegamos al punto que nos interesa, como un número primo es una verdad que no puede dividirse.

Levanta sus ojos y mira al juez.

—Señoría, si pudiéramos retirarnos un momento a su despacho. Se trata de cuestiones de vida o muerte.

Woodruff ha oído de todo en su estrado, pero nunca a una testigo que le solicitara una reunión en su despacho en mitad de su testimonio.

—¿Le pasa algo? ¿No se encuentra bien? ¿Está enferma?

—No, señoría.

—Entonces tiene usted que responder a la pregunta. Para Dana ha llegado el momento de la verdad.

—Puede ser. No recuerdo.

—Seguro que tiene que acordarse. Una reunión en su despacho…

Intento continuar de una forma educada para causarle el menor daño posible, como una cápsula de cianuro que rompe entre los molares.

—Me reúno con cantidad de gente. No puedo acordarme de todos.

Se agita y se retuerce, en un inútil y tortuoso

esfuerzo por evitar lo inevitable.

Mientras tanto, veo a Laurel que no para de preguntar a Harry. Quiere saber qué pasa y qué tiene que ver Dana con esto.

—¿No es cierto, señora Colby, que la noche en que usted se encontró con los Merlow delante de su casa, la noche en que Melanie Vega fue asesinada, usted no estaba allí por pura casualidad, sino por motivos de trabajo?

—No sé de qué está hablando.

—¿No es cierto que usted fue a ver a George y a Kathy Merlow como representante del Departamento de Justicia de los Estados Unidos para asegurarles de que todo iría bien y de que se harían cargo del asunto?

Me mira como si yo estuviera fumando una mala hierba.

—¿Quién la envió? ¿Fue su jefe porque usted vivía más cerca que nadie? ¿O tenía usted alguna relación especial con ellos, algo así como una relación profesional porque eran parte de uno de sus casos?

—Señoría, creo que el abogado se confunde —dice, dirigiéndose a Woodruff—. Es evidente que alguien lo ha informado mal. Lo ha engañado por alguna razón.

Lo dice protestando, pero a Woodruff no se le escapa que no ha negado ni respondido a mi pregunta.

—Estoy esperando una respuesta.

—Señoría.

Todavía lo mira, en una apelación quejumbrosa que cae ensaco roto porque el juez le dice que responda a la

pregunta.

Entonces ella apela a un nivel más alto y se vuelve hacia mí.

—¿No podríamos hablar? Pensaba que te importaba.

Pronuncia estas palabras en un susurro tan bajo que el oficial del tribunal le dice que lo repita para que pueda constar en acta.

Dana lo ignora.

—En este momento lo que me importa es tu respuesta a la pregunta.

—Bien.

En este instante tiene lugar una transformación: en sus ojos se refleja claramente que, si había algo entre nosotros, acaba de desaparecer, volatilizado por los engaños que ahora arrastra el doloroso proceso de la ley a la desnuda luz del sol.

—¿Quiere saber sobre Kathy Merlow?

—Sí.

—De acuerdo, se lo contaré. Kathy Merlow era parte de lo que se conoce como un programa federal de protección a testigos.

—¿Ella era una testigo protegida por el FBI?

—Sí.

—¿Cuál era su verdadero nombre?

—Carla Leopold.

—¿Cómo es que vino a vivir aquí?

—Había testificado en algunos casos de la Costa Este contra ciertas figuras del crimen organizado. A consecuencia de aquellos testimonios su vida corría

peligro. A ella y a su marido se les dio una nueva identidad y se los trasladó a esta ciudad para proteger sus vidas. Era parte del trato.

Se levanta una oleada de rumores en la sala, hay agitación en las filas de la prensa, donde una docena de cabezas se levantan y los lápices dejan de escribir. Todo el mundo se pregunta dónde encaja esto en nuestro caso.

—Señoría, ¿qué relevancia tiene esto?

Cassidy salta de su silla y lo mira desde la barandilla, frente al banco del jurado. Probablemente, cree que Dana y yo hemos montado esta historia para dotar a la defensa de argumentos en un caso que se desmoronaba. Nota que el jurado está escuchando, y la protesta tiene el objeto de romper el ritmo.

—Señoría, si puedo ofrecer una prueba, creo que quedará muy claro que el testimonio de la testigo es muy relevante.

—Bien, pero dese prisa —dice Woodruff.

—Señora Colby, la pareja conocida por George y Kathy Merlow, ¿está viva o muerta?

El rostro de Dana carece de toda emoción, aunque la pregunta parece pillarla por sorpresa, así como el que sea yo, de entre toda la gente, quien se la formule.

—Ya no se los conoce por Merlow.

—¿Así que tienen una nueva identidad?

—Sí.

Me advierte de que no le pregunte cuál porque no me la dirá.

—¿Pero están vivos?

—Sí.

Es lo que sospechaba desde mi conversación con Harry. Su cinismo al decir que hay dos cosas que el gobierno hace bien: imprimir dinero y crear una nueva identidad, fue la chispa que prendió fuego a todas las piezas que no encajaban: la información de Clem Olsen sobre las huellas dactilares en el tubo de pintura y la llamada Carla Leopold, contable empleada por el consorcio Regal International Trading, una fachada para el crimen organizado; su «muerte» hace casi dos años en un brutal accidente de coche en una autopista de la Costa Este, y su aparente resurrección en el césped de una iglesia de Hana hace dos meses. Si había funcionado antes, la muerte y la resurrección con una nueva identidad, ¿por qué no hacerlo una vez más? En Hana no hubo ningún asesinato, sino sólo la ilusión, para que yo dejara de buscar.

Pero hubo un asesino, por eso Dana se disculpa abiertamente en el estrado.

—Supimos que aún estaba en activo por la bomba de la oficina de correos.

Marcie Reed fue asesinada por una razón muy simple: para evitar que me dijera lo que sabía... que su amiga Kathy Merlow era una testigo protegida con una nueva identidad. Merlow confió en la única amiga que encontró en la ciudad y esto le costó la vida a Marcie. Las personas que fueron a ver a Marcie antes que Harry y yo no eran del equipo de Lama, como sospechamos,

sino que eran asesinos a sueldo tras la pista de Merlow. Cuando descubrieron que yo la estaba buscando como testigo en el caso de Laurel, decidieron seguirme. ¿Quién mejor que un abogado en medio de un proceso judicial para forzar a un testigo a salir a la luz? Una sola palabra de Marcie y yo hubiera dejado de investigar. Habría llevado una defensa mucho más sólida que la basada en una mera testigo ocular del crimen de haber sabido lo que sé ahora.

—Sabíamos que le habían pagado para matarla. —Dana habla del asesino a sueldo y de que buscaba a los Merlow—. Y usted apareció allí en el momento adecuado.

—¿Así que me utilizaron como señuelo?

—Nunca pensé que corriera verdadero peligro. Intentamos cogerlo de camino al aeropuerto, en Maui, pero lo perdimos.

Todo esto pasa por el jurado, así que vuelvo a la carga de nuevo.

—Volvamos a la noche del asesinato. ¿Quién le pidió que fuese a hablar con los Merlow?

—Mi jefe.

Debe de ser el fiscal de los Estados Unidos para el distrito Este, una persona nombrada por la Presidencia. Empiezo a notar que esto viene de mucho más arriba de lo que yo creía.

Dana ha estado volando de aquí para allá todo el tiempo, y yo suponía que sólo se debía a sus aspiraciones judiciales. Ahora sospecho que el asunto

tiene algún origen más siniestro.

—¿Y por qué le pidió su jefe que fuera a hablar con los Merlow?

—Para que me asegurara de que estaban bien.

—¿Porque habían asesinado a Melanie Vega esa noche?

—Sí.

—Señoría, todo esto no nos lleva a ninguna parte —dice Cassidy mientras da la vuelta por delante de la mesa—. No veo la relevancia por ningún lado. Esa gente, los Merlow, ¿vieron algo o no? Quiero decir que ¿son testigos o no lo son? Si lo son, que los traigan y declaren, y si no lo son, que los dejen en paz.

Lama apoya a Cassidy con repetidos asentimientos con la cabeza, pero ella no lo ve.

—Si me permite formular una pregunta más, señoría, creo que podré clarificarlo.

Woodruff asiente.

—Señora Colby, ¿por qué el gobierno federal volvió a trasladar a los Merlow en mitad de la noche, la misma noche en que Melanie Vega fue asesinada?

—Porque teníamos buenas razones para creer que la señora Vega fue asesinada por equivocación, que la víctima que se pretendía asesinar era Kathy Merlow.

Cuando Dana dice esto, pasa como un tornado por las filas de la prensa.

La cámara que hay en el fondo de la sala ruge, está grabando en vídeo. Noto la transformación, del ángulo local al nacional, mientras algunas cabezas canosas en

las filas de la prensa se miran entre sí, con los ojos abiertos, preguntándose las implicaciones del asunto.

Cassidy protesta de que hayamos insertado elementos de pruebas que no se han descubierto. En realidad, intenta desmantelar el testimonio de Dana basándose en que no se puede verificar.

—Los informes de los testigos protegidos federalmente están sellados. ¿Qué documentación tenemos que lo confirme? ¿Cómo cree usted que el estado puede verificarlo?

El hecho de que Dana haya echado su carrera por la borda a causa de estas admisiones parece constituir una pobre prueba de veracidad, al menos para Morgan Cassidy.

—Podría ayudarla con la documentación.

Cassidy se queda con la boca abierta, como una caverna de silencio mientras se lo ofrezco. Está claro que no es lo que quería. Antes de que vuelva a hablar, regreso de la mesa con un montón de papeles que Harry me entrega. Me pasa copias, un juego para el oficial y otro para Lama y la mesa de la acusación, donde Cassidy se reúne con él.

Le enseño este documento a Dana y ella lo identifica: es una lista de testigos acogidos al programa de protección federal en un impreso confeccionado por ordenador, algo utilizado por el Departamento de Justicia y enviado electrónicamente por canales seguros a las agencias de todo el país. Me pregunta de dónde lo he sacado pero no se lo digo porque procede de un

agradable editor de un periódico de Lexington, en Kentucky. Lo que por fin me hizo reaccionar fue el artículo que Harry me leyó hace ya algunos meses, el que hablaba de la venta de ordenadores del Departamento de Justicia, el débil imán utilizado para borrar los discos duros de los ordenadores y la venta de éstos conteniendo todavía la valiosa y confidencial información que, de esta manera, se hizo pública. Fue el artículo que Harry colgó en el tablón de anuncios de la sala de la cárcel del condado el que advertía a los chivatos.

—Su departamento tenía alguna razón para creer que los Merlow corrían peligro, ¿no es cierto?

—Teníamos razones para creer que numerosos testigos con nueva identidad corrían peligro.

—¿Por qué?

Dana confirma la irrisoria historia de los ordenadores: cómo el Departamento de Justicia y el FBI intentaron comprarlos de nuevo, incluso efectuaron batidas en casas particulares y empresas, sirviéndose de órdenes autorizadas, para confiscar parte del equipo. Puedo afirmar que esto saca de quicio a Harry, todos los jugos de la historia original reempaquetados y concentrados. Al final resultó que la información estaba demasiado diseminada para que el gobierno deshiciera este entuerto. Así que pensaron en cambiar la identidad de los testigos sobre la base de la prioridad, primero los que corrían más peligro.

—Pero resulta que no dieron con los Merlow tan

fácilmente, ¿no es así?

—No.

—¿No hasta que Melanie fue asesinada?

—Exacto.

—Señora Colby, deseo que lo piense detenidamente. Voy a hacerle una última pregunta y quiero que conteste con claridad al tribunal. ¿Qué descubrió el Departamento de Justicia después del asesinato de Melanie Vega que tanto los inquietó, que los obligó a ocultar esta información, a negársela a un abogado que defendía a su cliente de cargos relacionados con ese asesinato? Díganos, ¿qué se encontró en esos comprometidos archivos de los ordenadores?

Todo lo que he hecho, todas las bases que he sentado, pretendían llegar a este punto y a esta pregunta clave.

Dana está sentada en el estrado de los testigos, y es la única persona en la sala, aparte de Harry y de mí, que sabe que llegaría este momento.

—Descubrieron… —Su voz se trunca un poquito—. Descubrieron que la dirección de la calle de Kathy Merlow estaba equivocada. Un error tipográfico.

—¿De quién era esa dirección?

—De Jack y Melanie Vega.

Un palpable rugido retumba en la sala, una audible oleada de indignación general circula por las zonas del público…la idea de que los encargados de hacer la justicia puedan ocultar semejante escándalo: una ciudadana inocente muerta, otra acusada de su

asesinato, cuando los barones de la burocracia de Washington sabían la verdad desde hacía meses. Los periodistas saltan de sus asientos para ir a buscar las cámaras que han dejado en el vestíbulo. Me imagino los titulares de todas las noticias.

Desde su tribuna, Woodruff hojea las páginas de los documentos del ordenador. Cuando lo encuentra, me mira con expresión helada. Las gafas se le resbalan por la nariz antes de caerse; luego las recupera. Se hunde en su mullido sillón de piel. Melanie Vega y su hijo fueron asesinados porque un funcionario en las entrañas de la burocracia de Washington cometió un error tipográfico.

En ese momento la expresión de Woodruff es una mezcla de sorpresa e indignación.

Sólo puedo imaginar las consecuencias del asunto. No me cabe duda de que los miembros del gabinete de Washington intentarán cubrirse de la tormenta, una fiscal general entonará el *mea culpa,* insistiendo en que el asunto se detiene en su escritorio, mientras arroja a sus subalternos a la pira del sacrificio para aplacar a los dioses de la política. Es un argumento que ya hemos visto antes, puesto en escena en otros escándalos.

Mientras la miro, exhausta y hundida en el estrado de los testigos, no me cabe duda de que Dana figurará la primera en la lista de sus víctimas. Sus sueños de una judicatura federal se han desvanecido en el aire, como el olor de la madera carbonizada después de un incendio.

Woodruff golpea enérgicamente con su martillo,

intentando volver a imponer orden en la sala. Cassidy intenta pronunciar una protesta desde la mesa, pero no se la oye. Al final, el juez exclama por encima del jaleo:

—Orden, o desalojaré la sala. Señor alguacil, diga a esta gente que se siente o que se vaya.

El orden tarda casi un minuto en restaurarse, pero un incómodo vapor de electricidad flota sobre nuestras cabezas.

—Señoría, nosotros, el estado, no sabíamos nada de todo esto —protesta Cassidy desde su mesa.

—Hable por usted —dice Dana.

Por primera vez esta mañana las palabras que salen de sus labios me sorprenden.

—No puedo demostrar que usted lo supiera, pero su investigador seguro que lo sabía.

Está claro que Dana no va a hundirse sola en todo esto.

Cassidy está abrumada, y mira a Lama con cara de haber sido traicionada. Si no hubiera nadie más a quien creer, salvo el informe de Jimmy, el instinto le dice a Morgan que no salga en su defensa demasiado pronto.

—Por favor, ¿puede explicar esto?

Dana es aún mi testigo.

—Quiero decir que el contacto con el FBI en el caso de la bomba en la oficina de correos, el teniente Lama, fue informado de que Marcie Reed, la víctima, era amiga de Kathy Merlow, y que ésta era una testigo de un programa de protección federal.

De repente hay más de una raja en la puerta. En la

sala reina el silencio, la sensación de que aunque no sepan cómo, acaba de caer otro zapato.

—Señoría, esto no se reveló nunca. El estado ha retenido una prueba exculpatoria crítica para nuestro caso.

Lama sabía, desde antes de empezar el juicio, que Kathy Merlow era el blanco de un asesino a sueldo.

Miro a Cassidy y me doy cuenta de que ella ha sido otra víctima, como Laurel o yo. Lama la ha utilizado en su guerra contra mí.

Protesta diciendo que no sabía nada, que Lama nunca se lo dijo. Jimmy ha saltado de la silla y entona el canto del cisne, diciendo al tribunal que no comprendió el significado, por esta razón no se lo dijo a nadie. Quiere que Woodruff lo crea, que crea la mierda que cualquier policía se comería con los donuts y el café, una conexión con sus ídolos del FBI, que Jimmy se lo guardaría para sí, ignorante de las consecuencias.

Pero Woodruff no se lo traga. La única pregunta es si hubo o no malicia en este acto de ocultación. El juez habla ahora la jerga legal, la diferencia entre un juicio nulo y una disolución del tribunal. Para nosotros, la diferencia es abismal.

Cassidy pide un juicio nulo, ya que no hay ninguna prueba decisiva de intencionalidad. Es un punto de vista, y le daría la oportunidad de volver a juzgar a Laurel, de someternos a esta tortura otra vez.

Si Woodruff disuelve el tribunal con el jurado presente, corre un riesgo: Laurel será una mujer libre.

—¿Sometería a la acusada a un segundo juicio? —pregunta Woodruff a Cassidy, que se debate inútilmente.

—Lo tendría que discutir con mi jefe.

Cassidy simplemente intenta evitar que el martillo del juez caiga de este modo, que un juez la obligue a comer cresta, plumas y todo.

—Una pregunta: sabiendo lo que sabe ahora como fiscal del distrito, ¿aportaría cargos contra la acusada, Laurel Vega, en este caso? —dice Woodruff, y es su última cuestión.

Cassidy vacila durante breves momentos; la respuesta no está en sus labios, sino en sus ojos, es una admisión que Woodruff lee tan bien como yo. En este momento de duda oigo el silencio de la salvación.

—Esto es lo que he pensado: no haré que la acusada pase las ansiedades de un segundo juicio.

—El caso queda sobreseído. La acusada queda libre sin cargos. Someteré a las partes mis hallazgos de malicia por escrito.

Mientras dice estas palabras, una sonrisa siniestra pasa por el rostro de Austin Woodruff, la que ves en un juez cuando sabe que al final ha impartido justicia.

—Se suspende la vista.

Ni siquiera me da tiempo a darle las gracias. Un alud de gente que aplasta a Laurel se abalanza sobre la barandilla. Voy hacia la mesa.

—¿Qué ha pasado? —dice Laurel.

—Que eres libre.

Durante lo que parece una eternidad, creo que no puede comprenderlo, pero de repente se levanta, me echa los brazos al cuello y noto la calidez de sus lágrimas por un lado de mi cara.

—¿Puedo irme con mis hijos?

—Puedes ir adonde te dé la gana. Eres libre.

Le digo que Danny está en la ciudad, y esto la devuelve al reino de la sobriedad.

—¿Dónde? —es todo lo que pregunta.

Le digo que en su apartamento. Quiere verlo inmediatamente y me pide que llame a Julie.

La gente empuja con sus libretas en la mano, haciendo preguntas: cómo se encuentra, si cree que se ha hecho justicia, si está enfadada con el gobierno por no revelar la verdad acerca de los testigos federales, si considera la posibilidad de interponer un pleito civil.

Harry impide que responda a la última pregunta debido aun momento de euforia.

—Lo estamos estudiando.

Eso será todo lo que dirá. Harry saca su ábaco, preguntándose si podremos engrosar la deuda nacional.

En esos momentos de caos la multitud me arrastra, floto en una corriente de cuerpos, lejos del alcance de Laurel, mientras varios periodistas y gente que la felicita se interponen entre nosotros.

Laurel grita, poniendo ambas manos alrededor de la boca, pero no puedo entenderla.

Veo una cara huidiza, un rostro entre la multitud como una imagen subliminal en una película, algo que

me recuerda una ventana arqueada de una iglesia de Hana y luego desaparece. Sacudo la cabeza; debe de ser el cansancio y el estrés.

Ella me vuelve a gritar:

—Una cena en Fulton's. Invito yo.

Hago una señal afirmativa con la cabeza y ella se va.

CAPÍTULO 31

La cosa ha terminado bien, y para celebrarlo nos reunimos cinco felices humanos alrededor de una mesa en medio de Fulton's, una brasería de Old Town. Fuera parpadean las farolas de gas, las calles están adoquinadas y amplias aceras de madera se tienden ante el río, donde mineros y jugadores se mezclaron antaño en el auge de la fiebre del oro.

Estamos brindando por Laurel y su libertad. Está flanqueada por Danny y Sarah y se pasa la noche estrechándolos y besándolos. Julie vendrá de Michigan en un vuelo que tiene su llegada al aeropuerto a última hora de la noche. Lo considero como un signo de lo que es: la libertad para poder abrazar y besar a los niños es el broche final de esta definitiva recompensa de la liberación, al menos para Laurel.

Los niños brindan primero con alguna oscura y burbujeante cola en los vasos. Danny propone un brindis «a la más grande de las madres de su hijo».

Estrecho a Sarah en mis brazos mientras su expresión se vuelve distante y los ojos se le humedecen al oír esto, porque sabe que ella nunca podrá honrar a Nikki de este modo… lo que haría que esta noche fuese completa.

Laurel da muestras del cansancio que da la victoria después de una gran lucha, una relajación emocional que deriva en una euforia silenciosa y contenida, como si debiera romper una cáscara de huevo de porcelana antes de ser completamente libre. Después de media botella de vino y un par de cócteles, la sonrisa parece permanentemente plantada en su rostro, pero se está poniendo sentimental. Noto un torrente de lágrimas a flor de piel. Es lo que siete meses tras las rejas y la perspectiva de la muerte en manos del estado harían a cualquier mente normal.

Salvo Danny, que había venido con su Vespa, todos los demás habíamos acudido a la brasería en un taxi llamado por Harry, quien ahora me hace un favor y se lleva a Sarah a casa ya que se está haciendo tarde y necesita dormir. Se quedará un rato con ella cuidándola hasta que yo llegue, porque tengo cosas que hablar con Laurel. Luego yo también me iré a casa y dormiré tranquilamente por primera vez desde hace meses.

Laurel y yo nos peleamos por pagar cuando el camarero trae la cuenta. Cuando por fin acepta la tarjeta de crédito de Laurel, vuelve al cabo de tres minutos diciendo que, debido a la falta de pago, la tarjeta ya no es válida. Es la humillación final que sufre Laurel, que está mortificada. Sale con Danny y me esperan fuera

junto a la Vespa mientras yo me ocupo de la cuenta y le aseguro que ya me lo pagará cuando pueda.

Tardo algunos minutos hasta que por fin subo las escaleras que me separan del nivel de la calle y salgo a la acera de Fulton's. La calle Segunda de Old Town en un fin de semana está llena de coches a toda velocidad y jovencitas con faldas por la ingle que van de bar en bar para encontrarse con chicos. Pero hoy es lunes y está desierta. Sólo hay un coche, una pequeña furgoneta aparcada enfrente del restaurante.

En la esquina con la calle Primera, a unos sesenta metros, Laurel y Danny charlan junto a la moto con su caja de madera, que contiene todas las posesiones de Danny. Ha aparcado cerca de un estacionamiento de bicicletas que hay delante del State Railroad Museum, un edificio de ladrillo y cristal de dos plantas que ocupa toda una manzana contigua a la antigua estación del ferrocarril. Laurel me da la espalda y parece entregada a una interesante conversación con Danny mientras él busca la combinación del candado de la cadena de la moto.

Estamos a principios de primavera y la brisa del delta se ha levantado, refrescando el aire nocturno. Me detengo en la esquina un momento para guardar la cuenta del restaurante en la cartera para que Laurel no la vea. De lo contrario, insistirá en llevársela, y de algún modo me la pagaría mañana.

Un conserje cruza la calle arrastrando un carrito con sus herramientas sobre el hormigón del pavimento y

abre la puerta principal del museo para las visitas nocturnas.

Me dirijo hacia la esquina y de una gran zancada comienzo a andar por la calle adoquinada. Como una luciérnaga en los trópicos, ilumina la superficie de piedra unos metros delante de mí y desaparece con la misma rapidez. Me desvío uno o dos pasos hacia la izquierda y aparece de nuevo, sólo que esta vez parece danzar en el hombro de mi americana antes de proyectarse en la calle a unos cuatro metros de mí, y vuelve a desaparecer igual de rápidamente. Entonces caigo en la cuenta: el intenso y fino haz, el punto rojo de la luz del láser. Antes de poder pensar nada, me desvío tres pasos hacia la izquierda y oigo el silbido de la bala silenciosa que me rozala oreja derecha y se incrusta en los adoquines de la calle. Laurel se vuelve, sorprendida por el sonido del metal fracturándose a velocidad del sonido.

Para entonces empiezo a correr, alejándome de Fulton's, y moviendo los brazos en el aire. Debo de parecer una muñeca de trapo.

—¡Corred! ¡Marchaos! ¡Salid de aquí!

Por el momento, los dos me miran perplejos, Laurel con una mano en la cadera delgada y firme como si hubiera pasado siete meses en un club de salud.

Pero tienen al tirador, que está detrás de mí, en ángulo. No oigo la bala que rasga la tela de mi chaqueta en la manga y alcanza la carne, haciéndome una herida sangrante que me sujeto con la mano.

Ahora mis pies vuelan en zigzag, como una liebre, para sortear las balas. En cualquier momento una me atravesará la columna vertebral y se me hundirá en el pecho. Pienso rápidamente en Nikki y Sarah.

En uno de estos intentos de evasión estoy corriendo de lado al tirador, y en ese instante veo la silueta de una persona de pie junto a la puerta abierta de la furgoneta aparcada delante de Fulton's. Cualquier persona que lo vea desde la calle, pensará que el hombre está encorvado encendiendo un cigarrillo, pero lo que hace es apuntarme con las dos manos. Invierto el curso un instante antes de que una bala estalle ante mi cara. Oigo el sonido del metal al chocar contra los ladrillos y aplastarse contra la pared del State Railroad Museum, a unos diez metros de distancia.

Danny sube a la moto, da una vuelta en redondo y toma la calle Segunda, por debajo de la autopista, en dirección a la ciudad.

—¡Nueve uno uno! —Laurel le grita el número de teléfono al que pedir ayuda, mientras corre por la calle con sus tacones y se dirige hacia el patio oscuro de la estación del ferrocarril. Danny mira atrás como si no quisiera dejarla sola. Frena cerca del final de la calle—. ¡Mierda... lárgate de aquí!

Distraigo al tirador en otra dirección, lejos de ellos. Corro hacia la entrada del museo. No sé si su verdadero nombre es Lyle Simmons o una ficción, como mucho de lo que Dana me contó. Lo que de verdad sé es quién es su blanco aquí. Va detrás de mí. Lo he visto dos veces:

una en la oficina de correos y otra en Hana. Soy una de las dos personas que pueden identificarlo, yo y Howard, el tipo de la oficina de correos el día de la entrega del paquete bomba. Me pregunto si el tipo ha despachado a Howard, y el pistolero está limpiando los cabos sueltos que quedaron de Marcie Reed y su chapucero trabajo de Melanie Vega.

Me zambullo en las sombras cercanas a la entrada del museo. El lugar está desierto, salvo por el carrito del conserje, que está apoyado contra una puerta de cristal abierta unos metros más allá. Veo al tirador aproximándose hacia mí, y oigo cómo carga lo que parece una inmensa pistola que parece salida del arsenal de una nave espacial, con mira telescópica de láser y silenciador.

Este tipo me ha tomado por el conejito de metal de una feria de tiro. Al menos he contado ocho disparos, efectuados en una calle pública y, salvo Laurel y Danny, no lo ha visto ni un alma.

Empieza a correr con indiferencia, por el cruce, acortando distancias.

Me muevo en cuclillas hacia el carrito y lo aparto. Se desliza sobre la abigarrada superficie de cemento a la luz de la luna y de repente recibe dos balas que rasgan la bolsa de plástico llena de basura que está en el centro del carrito.

Se cree que lo estoy usando para cubrirme. Mientras está distraído, me cuelo por la puerta abierta en el vestíbulo del museo y la cierro en silencio, pero no oigo

el seguro de la puerta. La miro y me doy cuenta de que la cerradura no cierra si no es con una llave. No hay modo de dejarlo fuera.

El lugar está bañado por una luz tenue, y al mirar por la puerta de cristales veo que el hombre coge el carrito, comprueba que no haya nadie detrás y lo tira hacia un lado. Por eliminación, observa la entrada y la puerta cerrada.

Me deslizo en las sombras, giro, subo y corro. Busco al conserje, que no se ve por ninguna parte.

Rodeo la oficina, sigo por un largo pasillo y tuerzo a la izquierda por otro zaguán, dejando atrás el ascensor y una escalera.

Lo oigo empujar las puertas. Entre gran estrépito, las prueba todas salvo la que está abierta. Cuando logra dar con la adecuada, escucho la puerta trastabillar en su marco, cerrándose detrás de él.

De repente se oye una voz:

—Oiga, ¿qué hace aquí? ¡El edificio está cerrado! ¡No puede entrar!

—Estoy buscando a alguien.

Habla con acento del este, de alguna parte del norte de Boston, traicionando sus orígenes humildes. Ya he oído esa voz antes, cuando entregó el paquete a Marcie Reed y le dijo que lo firmase.

—Bueno, pues no está aquí —dice el conserje.

Por un instante pienso que el tipo se decidirá a marcharse.

—¿Qué es esto?

El conserje se ha dado cuenta de algo. Oigo una percusión plana, amortiguada, como un plomo cayendo sobre un tambor de juguete; a continuación, otra rápida sucesión y luego el sonido enloquecedor de algo golpeando el suelo, como un saco de naranjas desde un camión.

El conserje está muerto.

He rodeado la esquina desde el ascensor, quizá a unos diez metros del vestíbulo, y ahora me muevo; paso junto a una serie de ventanas que dan a una calle oscura y desierta. La luna asoma entre las nubes. Al otro lado están las luces de Fulton's y el abarrotado restaurante, el santuario que no puedo alcanzar.

Detrás de mí una antigua locomotora de vapor, «The Empire» (su nombre está grabado en madera lacada), se halla sobre unos raíles empotrados en un pedestal de espejos, de manera que los bajos se reflejan en ellos. Hay demasiada luz, y me alejo de allí. Doblo una esquina y paso junto a otra locomotora que tiene el nombre, «C. P. Huntington», al lado. De repente me encuentro fuera de la moqueta y los tacones de mis zapatos resuenan en el duro suelo de madera. Me detengo para quitarme los mocasines y los llevo en la mano. Los calcetines me hacen resbalar mientras corro.

A unos veinte metros entro en una gran sala circular con un cavernoso techo. El suelo es de cemento. Enormes dinosaurios de acero me amenazan en las sombras. Al otro extremo de la sala hay cuatro locomotoras brillantes, dos vagones de muestra con las

puertas abiertas, un furgón de correos y un coche cama, ambos sobre raíles empotrados en el cemento.

Me detengo un momento para orientarme y me doy cuenta de que estoy en un depósito de locomotoras, una especie de plataforma de lanzamiento para trenes. Veo una plataforma giratoria a través de las resplandecientes puertas de cristal, dos plantas más arriba, bajo la que pasan los raíles.

Detrás de mí oigo el sonido de zapatos de piel rozar con la gruesa alfombra, pasos lentos, precavidos, inciertos por saber dónde estoy.

Me doy media vuelta y las veo, brillando en la mortecina luz, reflejándose sobre el parqué encerado: son gotas de mi propia sangre, cuatro entre donde estoy y donde la madera se convierte en alfombra, y hay más manchas en la alfombra, en dirección hacia un rincón donde ya no veo nada.

El rasguño de mi hombro no es nada serio, pero sangra, y como si fueran migas de pan en una caverna oscura, Lyle Simmons las sigue.

No llevo pañuelo, aunque lo soluciono con la corbata que llevo en el bolsillo, que me había quitado durante la cena. Con ella enjugo la sangre del dorso de mi mano que ha ido goteando por la manga del abrigo, y la ato con los dientes y la mano sana alrededor de la herida. Tengo una ligera sensación de escozor. Después me separo un poco de las últimas gotas de sangre y, confiando en que no sangraré más, corro hacia el vagón correo y una gran locomotora. Rodeo otra locomotora

y de repente me doy cuenta de que me dirijo hacia el confín del edificio. Detrás de ésta hay dos más y luego una pared sólida.

Una de las locomotoras está aparcada sobre una crujía de cemento como las que se usan para cambiar el aceite, sólo que más grande. Hay escaleras a ambos lados para que los visitantes puedan bajar y estudiar los bajos.

Me asaltan recuerdos de la infancia, cuando jugaba en una locomotora oxidada en el patio de la escuela. Me acuerdo que reptaba entre las imponentes ruedas hasta que encontraba un espacio encima de los ejes que me parecía una casita, justo debajo del fondo de la caldera.

Examino la locomotora aparcada. Para Simmons resultaría demasiado fácil acercarse por encima y verme. Sería disparar contra el fondo, en una galería de tiro con un tope de metal donde rebotarían las balas hasta que una de ellas me acertase. Me dirijo hacia la segunda locomotora. Los números 1010 están grabados en una placa que conduce a un conjunto de escaleras de madera que permiten a los visitantes subir a la cabina.

Voy por el otro lado y subo por el triángulo abierto que forman dos de las inmensas ruedas de la locomotora.

Ahora, el espacio es mucho más pequeño de lo que recordaba cuando era niño, y por un instante me invade una sensación de claustrofobia al tener treinta toneladas de acero sobre mi cabeza. Mi cuerpo está medio metido en la abertura que hay debajo de las ruedas. Tumbado,

por encima de mi cabeza veo los ejes de transmisión, que son de acero y tienen un diámetro como el tronco de un árbol. Me meto por debajo, haciendo algunas contorsiones, y me agarro a la parte superior del eje. Ahora estoy sobre él como un gato encima de una rama, con la cabeza hacia las ruedas del otro lado.

Resbalo por el eje para acercarme más. En las enormes ruedas hay algunas hendiduras cerca de donde las varas accionadas por el vapor se conectan a la parte externa de la rueda. Esto me permite un campo de visión muy limitado hacia donde la moqueta se acaba y empieza el suelo de madera, el final de mi rastro, las manchas de sangre en el suelo. Noto cómo me late la sangre en las sienes mientras compruebo que la manga no gotee sangre.

Mientras me muevo bajo la inmensa locomotora, detecto una luz roja intensa y exigua entre las hendiduras de la rueda. Me quedo helado. Es la luz del láser, que con la distancia no se dispersa sino que se concentra. No puedo precisar a qué distancia se encuentra. Me tumbo, apretando la cabeza contra el interior de la gigante rueda de acero.

Pasan unos minutos y el sudor resbala por mi cara. Oigo pasos. Miro, y está a unos diez metros. Sólo le veo los pies y el bajo de los pantalones y otra cosa: un haz de luz. Simmons lleva una linterna y está registrando la parte inferior de un vagón. El tío ha venido preparado. En aquel instante sé que si me quedo aquí y la policía no llega a tiempo soy hombre muerto.

Veo que sus pies desaparecen y suben hacia el vagón correo. Está registrando su interior. El vagón debe de tener unos diez metros de longitud. Después irá hacia el otro lado, saldrá y registrará la locomotora siguiente, y la única pieza que nos separa.

Hay pocas ventanas en el furgón de correos que den a esta dirección, así que me arriesgo.

Me deslizo por el eje y me dejo caer en el suelo de cemento, entre las ruedas. Encojo el estómago y salgo por debajo de la locomotora justo en la parte opuesta donde se encuentra él. Ahora me separan dos locomotoras del furgón de correos. Voy hacia la derecha, dejo atrás la locomotora con la crujía de cemento. Hasta que no llego a la última, un mamut de diesel, no me doy cuenta de que me tapaba una escalera que conduce hacia una galería superior, una especie de entresuelo sobre la sala de exposición. Rápidamente, sin zapatos, avanzo hacia ella, doblo la esquina y subo los dos pisos de escalones de cemento. Salgo a un nivel superior del museo rodeado de un panel acrílico transparente, a plena vista del piso inferior.

Los primeros doce metros puedo sortearlos, hasta que llego a un puente que pasa entre la plataforma giratoria exterior y las locomotoras que están abajo, en el depósito de locomotoras. El puente no es demasiado ancho, y tengo que arrastrarme sobre el estómago para evitar ser visto a través del cristal de seguridad.

Oigo sus pasos entre las locomotoras de la planta inferior, y de vez en cuando veo destellos de luz,

alternando la blanca con la roja, la linterna y el láser. Me detengo, callado como un muerto, durante un instante.

Entonces, me percato de algo. Veo un cartel encima de una puerta, en el otro extremo de la galería, que dice, con letras rojas contra una luz blanca: «SALIDA.»

Hay otra salida, una escalera en el otro extremo que desciende al vestíbulo y que Simmons no puede ver, un camino expedito hasta la puerta principal y el restaurante.

Gateo, manteniéndome lejos del cristal hasta que me puedo levantar. Ahora vuelvo adonde están las ventanas. En alguna parte de la sala de abajo está «The Empire» y su plataforma de espejos. Entonces los oigo, no son zapatos de piel, sino el chirrido de zapatillas deportivas sobre la madera. Mi primer pensamiento es que se trata de un cuerpo especial de la policía, parte de una unidad de SWAT.

Con mucha cautela para no asomar la cabeza, me arrastro hasta el cristal y observo. No veo a Simmons. Entonces, en las sombras, saliendo del espejo iluminado por la luna, percibo una forma que se mueve. No es ningún policía de negro con una escopeta Heckler & Koch de veinte disparos, sino que es Danny Vega que, con toda ingenuidad, susurra mi nombre:

—Tío Paul...

Podría escupir, pero no le daría. Se arrima a las paredesde la exposición, intentando permanecer en las sombras, y diciendo:

—Tío Paul... ¿estás aquí?

Estos susurros pueden oírse a cuarenta metros.

De repente caigo en la cuenta de que el chico me ha seguido el rastro de sangre desde la calle hasta aquí. A cada paso se acerca más a Simmons, que debe de estar en alguna parte, entre las locomotoras, amparado por la oscuridad. Mepregunto si Danny habrá llamado a la policía. Con Danny, uno nunca puede estar seguro.

Si tuviera alguna manera de captar su atención...

—Tío Paul...

Por un instante pienso en tirarle uno de mis zapatos, pero esto delataría su situación. Hurgo en mis bolsillos en busca de monedas y encuentro unos cuantos peniques, un níquel y un cuarto de dólar.

Miro por encima de Danny. De un momento a otro saldrá del parqué y empezará a caminar sobre el suelo de hormigón. De ahí sólo le separan unos cuantos metros, hasta las locomotoras del depósito, en donde lo espera el temible ojo rojo de la muerte.

Cojo una de las monedas, un penique, y la arrojo. Observo cómo cae, desviada por una planta de una maceta, y aterriza silenciosamente sobre la moqueta, cerca de una de las locomotoras.

Danny da la vuelta a la esquina y se acerca a un extremo del furgón de correos.

En medio hay una locomotora enorme, un mamut tan largo como un campo de fútbol, de nueve metros de altura hasta su techo curvo de metal negro. Lanzo otra moneda por encima del panel, esta vez al techo de la

locomotora. Choca con la cabina de metal, y el sonido del cobre contra la plancha de acero resuena en todo el edificio. Contengo la respiración.

Danny se queda paralizado en el sitio, y mira hacia atrás y después hacia arriba. Después, cuando se vuelve, lo hace en la otra dirección, dándome la espalda. No tengo otra alternativa: me pongo en pie a plena vista y muevo frenéticamente los brazos sin decir nada, como una isla de movimiento en el océano de quietud que me rodea.

De pronto se produce una explosión en el cristal, y trozos del cristal de seguridad me hieren en la mano y se me mete polvillo en los ojos. Retrocedo para limpiármelos, consciente de que soy un blanco inmóvil, mientras otra bala me roza la cabeza, estampándose en una pared de cristal que se hace añicos, abriéndose hacia el cielo nocturno exterior. Se dispara la alarma de un coche, y yo me tiro al suelo.

Danny mira hacia arriba; lo ha visto todo. Se adelanta como si fuera a hablar, pero aprieto un dedo sobre mis labios, el signo universal que significa guardar silencio, y con la otra mano le indico que se vaya, que regrese sobre sus pasos hasta la entrada y salga.

Danny lo capta, mira hacia el depósito de las locomotoras y de pronto se da cuenta de que el peligro está en esa dirección.

Da dos pasos e inmediatamente después, saliendo de uno de los expositores, Simmons agarra a Danny por detrás, pistola en mano. El chico forcejea, pero

Simmons lo coge por el cuello y le apunta a la sien.

—Si te mueves te mato —le dice con una voz claramente audible.

Me ve al final de la plataforma, en donde me he quedado petrificado. Con el láser, a esta distancia, lo tiene bastante fácil, aunque no está seguro de que me mataría. Si cayese sobrela plataforma no tendría la oportunidad de dispararme por segunda vez, ya que habría de subir la escalera, y por tanto, si yo estuviera herido, podría arrastrarme lejos de allí.

Está examinando sus opciones, con la alarma sonando en sus oídos. Sabe que tiene poco tiempo, tal vez un par de minutos, nada más.

—¡Salga o mato al chico!

—No lo hagas —dice Danny—. Me va a matar de todas maneras.

Aunque está solo y asustado, el niño tiene la suficiente claridad mental como para comprender la situación.

Simmons ahoga la voz de Danny apretándole el cuello.

—Morirá después de que cuente diez. Uno... dos...

Lo miro a los ojos y sé que hará lo que dice. Empiezo a correr, vuelvo sobre mis pasos, sigo corriendo por la galería con los pies descalzos sobre un lago de cristales rotos.

—Tres... cuatro...

Voy a la escalera de un salto, un piso y luego otro. Mientras bajo, no oigo su voz. Al final salgo abajo y

corro a travésde la rotonda de las locomotoras.

—Ocho... nueve...

—¡Aquí estoy! —grito a pleno pulmón, implorando tiempo. No he rodeado la zona final del furgón de correos, de modo que no puede verme ni oír mis pies descalzos. En este momento espero oír el sonido amortiguado de un disparo.

Me vuelvo y lo veo escudándose en Danny, con el largo silenciador apoyado en la cabeza del chico.

—¡Muy bien! ¡De rodillas!

Se acerca rápidamente porque sabe que no le queda mucho tiempo.

Me arrodillo, y me dice que me arrastre hacia adelante, hasta la luz del espejo, bajo la locomotora, sin dejar de apretar el cuello de Danny, que tose para intentar coger aire. Entonces arroja al chico al suelo y lo obliga a arrodillarse.

—Las manos en la cabeza, y los dedos juntos.

Obedecemos.

Se mueve todo el rato detrás de nosotros hasta que ya no lo veo, al estar de espaldas a la ventana rota.

Danny intenta mirar y se encuentra con un culatazo de pistola en la mejilla. Oigo el chasquido del acero contra el hueso. El chico se tambalea como si fuera a caerse hacia adelante.

—La vista al frente.

Está detrás de Danny. Veo la cara del chico inclinarse hacia adelante mientras la pistola se apoya en su nuca. Va a matar al chico primero.

Tenso mi cuerpo y con las manos cerradas lanzo mi hombro hacia atrás, golpeando la rodilla de Simmons mientras oigo el rápido silbido de dos disparos. Un cuerpo se desploma hacia un lado encima de mí, con la cabeza empapada en sangre, y un chorro de sangre fluye de las heridas. Se resbala hasta el suelo... y cuando queda tumbado de espaldas, veo los ojos sin vida de Lyle Simmons.

Miro hacia atrás. En las sombras, enmarcada por la luz de la luna y entre los cristales rotos, está Laurel, de pie, con una pistola y su silenciador humeante en la mano.

CAPÍTULO 32

En la furgoneta abandonada por Lyle Simmons ante el Fulton's, la policía encontró un pequeño arsenal de armas para cada ocasión, así como municiones y artefactos explosivos, todo lo que se espera que posea un experto en muerte.

Fue aquí, en esta furgoneta, donde Laurel le contó a la policía que miró primero cuando regresó de la oscuridad del patio de la estación del ferrocarril, para encontrarse la moto de su hijo tirada en la calle pero sin Danny. Fue en la furgoneta donde encontró el arma que nos salvó la vida, la pistola que usó para matar a Lyle Simmons.

A Danny le entró el pánico y, por tanto, nunca llegó a hacer la llamada telefónica al nueve uno uno. En vez de eso, cuando llegó a media manzana por debajo del paso de la autopista, dio la vuelta y volvió para buscar a su madre, que ya se había ido. Merodeó por los alrededores durante un rato y luego, al ver la sangre y pensar que ella podía haber entrado en el museo, la siguió.

La policía acaba de examinar las dos armas y balística ha revelado que la pistola usada por Laurel para matar a Simmons concuerda con la bala que mató a Melanie Vega. Para las autoridades, es la prueba definitiva para cerrar el caso, el último punto sobre la «i» del caso de Melanie.

Ya se ha convocado una investigación del Congreso del programa de protección federal a testigos y los peligros que representa para ciudadanos confiados que como Kathy Merlow son blanco de los francotiradores. El programa también tiene implicaciones para nosotros, que al menos nos damos cuenta de lo poco que conocemos a nuestros vecinos.

En el Departamento de Justicia, en Washington, se han ofrecido ruedas de prensa en las que aquellos que detentan el poder afirman no estar enterados de nada: la tapadera que siguió a la muerte de Melanie.

Vivimos en una época en la que nuestros líderes nacionales actúan más como capos de la mafia que como hombres de estado, en la que nociones de culpabilidad plausibles sustituyen a la verdad, y las

afirmaciones de políticos que nunca sabían nada del mal que otros hacen en su nombre están a la orden del día. Es la era de la arrogancia desenfrenada y del espectáculo de vídeo continuo en donde el desafío «demuestra que yo sabía y cuándo lo sabía» se ha convertido en un lema nacional.

En todo este asunto, Laurel se ha demostrado a sí misma que es fuerte y una mujer de recursos, un rostro en calma en un mar de crisis. Cuando entró en el museo aquella noche, lo hizo con la firme determinación de salvar a Danny a cualquier precio. Pudo también salvar mi vida en el proceso, aunque para ella lo primordial era su hijo. Y, por casualidad, Laurel encontró una oportunidad que no había pensado en el momento en que traspasó las puertas aquella noche: la de librarse de la pistola que había matado a Melanie Vega.

Lo cierto es que, aunque Lyle Simmons había sido contratado para matar a Kathy Merlow, nunca sabremos si en realidad dio con la casa correcta o no, porque no llegó a tener la oportunidad. El destino quiso que Simmons llegara a la escena del crimen demasiado tarde.

Ya ha pasado casi un mes desde aquella noche, y esta mañana Laurel se sienta al otro lado de la mesa del despacho. Estamos solos en la oficina. Es sábado por la mañana y ella me ha pedido que hablemos aquí. Danny y Julie están con Sarah. La han llevado a ver una nueva película de dibujos animados con mucha música y animación.

En mi mesa está la última prueba que Cassidy prometió entregar en el juicio. Una vez cerrado el caso, queda un punto discutible, y no estoy seguro de que Morgan lo haya resuelto, ya que la policía tiene al asesino en un ataúd.

Pero en mi escritorio están los papeles del examinador médico Simon Angelo sobre las pruebas del ADN y el vínculo genético entre el niño muerto y Jack Vega. Nunca me tragué que Jack fuera el padre del niño, y siempre me he preguntado si Angelo hurgó en su pozo de ciencia y sacó un conejo de la chistera en el último momento para salvar el caso de Cassidy.

Encuentro la respuesta en una oscura nota al pie de página en sus papeles de trabajo, un informe no escrito por Angelo, sino mecanografiado, muy pequeño, como la letra que se emplea en este tipo de pruebas. Los cálculos de probabilidad en cuanto a la paternidad de Jack eran válidos, totalmente coherentes con los resultados de los tests del ADN, pero se basaban en una premisa errónea: que no existía ningún otro varón que compartiera las características genéticas de Jack. Al hacer la prueba del ADN no se pensó en la posibilidad de que fuera Danny.

Es una de aquellas conversaciones entre abogado y cliente. Laurel ha apelado al secreto profesional varias veces antes de hablar, nerviosa, aunque ya le he dicho que mis labios están sellados por la ley, si no por la sangre.

Y de esta manera empieza a darme detalles que yo

sólo suponía hasta este momento.

No fue Laurel quien estuvo en casa de Jack aquella noche, la persona encapuchada con atuendo deportivo que vio la señora Miller, sino alguien muy parecido a ella. Fue Danny.

Había ido allí para hablar, y quizá para llevar a cabo un desesperado y dramático acto de adolescente, no para matar a Melanie sino para matarse él.

Danny sabía desde hacía dos meses que su madrastra estaba embarazada de él, un oscuro secreto que sólo él y Melanie sabían. Por eso Melanie presionaba tanto a Jack para obtener la custodia, en una mezcla de temor y deseo. Melanie sabía que, a menos que consiguiera mantener a Danny cerca, bajo su ala, el chico podía desmoronarse en cualquier momento y explicarlo todo a alguien, a las autoridades o a su madre. Sus vidas se habían convertido en un acto diario de desesperación.

Según Laurel, es una ironía que el último acto de la lamentable vida de Melanie fuera un acto de virtud.

Danny la encontró en el baño cuando llegó. Sólo acierto a imaginarme los pensamientos que pasarían por la mente de Melanie en aquellos momentos finales, cuando Danny, preso de la histeria, se llevó la pistola a la boca primero y después a la sien. Se levantó de la bañera y le pidió que bajara el arma. Cuando él se negó, ella dio un paso hacia un lado, sobre la alfombra del baño, y quiso coger la pistola. Se agarró al cañón y lucharon, Melanie con un pie dentro de la bañera y otro

fuera. Danny, horrorizado, depositó con cuidado el cadáver de su madrastra, su seductora, otra vez en el agua.

La alfombra por la que todo el mundo peleaba en el juicio, llena de la sangre de Melanie y las pisadas ensangrentadas de Danny, estaba, efectivamente, en casa de Jack aquella noche... Los caprichos de los acuerdos de divorcio, en los que lo fundamental es repartirlo todo sobre el papel y que ambas partes lo firmen.

Puede que haya muchas explicaciones para lo que sucedió aquella noche, pero al final todo se reduce a una única cosa: un caso de belleza y seducción sobre la juventud y la inocencia, la influencia indebida de Melanie sobre Danny.

—¿De dónde sacó la pistola?

—¿Dónde si no? En la fuente de todos los vicios de los jóvenes: de una taquilla del colegio. Un amigo le dijo que algunos miembros de una banda la guardaban allí, en la taquilla que compartían con ese chico. Así que Danny la cogió.

—Ya conocí a esos tipos.

Fueron los que vinieron a mi casa la noche en que Dana llamó por el teléfono móvil a la policía. No querían a Danny, lo que iban buscando era el arma. Aunque muy bien la hubieran podido usar contra él de tenerlos a ambos.

El arma no estaba en la furgoneta de Simmons aquella noche como Laurel contó a la policía, sino que

estaba en la Vespa de Danny, donde había permanecido desde la noche de la muerte de Melanie, en la moto aparcada durante meses en mi garaje, en la que Sarah se sentaba y jugaba, en su caja de madera barnizada y cerrada con candado. Era el tema de conversación entre Laurel y Danny la noche que salí de Fulton's a la calle.

Laurel me daba la espalda, y Danny acababa de entregarle el arma, que metió en el bolso para deshacerse de ella de alguna manera, algo que intentó hacer en su viaje a Reno, hace algunos meses. En el caos que siguió a la violenta muerte de Melanie, Laurel guardó algunas cosas en una bolsa de viaje para encubrir a Danny y le dijo al chico que metiera la alfombra en una bolsa de plástico con la pistola y las dejara en el maletero del coche.

Laurel me explica que la pistola no llegó nunca al maletero del coche debido al pánico y la confusión de un adolescente.

En cambio, yo creo que hubo más premeditación que desorden en la mente de Danny. El chico empezó a pensar en lo que pasaría si atrapaban a su madre y la acusaban de asesinato. Sí, es cierto que él se sentó nervioso y observó el juicio, pero sabía que tenía una carta escondida. Hasta el final, conservó el arma del crimen y, en la limitada comprensión del funcionamiento de la justicia —si su madre hubiera sido declarada culpable—, él sólo tenía que aparecer, confesar el crimen y entregar la prueba. Aunque dudo seriamente que la policía lo hubiera creído.

Imagino la alarma de Laurel cuando, de camino a Reno, en el vertedero de Boca Dam descubrió que el arma no estaba en la bolsa. Pretendía llenar la bolsa de plástico de piedras. Sin la pistola, sabía que existía la posibilidad de que la policía relacionara a Danny con el crimen. Por eso se quedó con la alfombra, limpió la sangre y se cercioró de que la policía la encontrara cuando la detuvieron. La alfombra evitaría que la policía buscara más sospechosos. Sabía que Jack la identificaría, pero ella lo negaría. Sin sangre ni restos de evidencias, que ella se cuidó de eliminar con disolventes, pensó que la alfombra se convertía en algo sólo parcialmente incriminatorio. Sería la palabra de Jack contra la suya. Nunca se cumplió el acuerdo de división de bienes, que no era más que papel mojado.

En cuanto a Jack, parece que el exultante legislador ha volado, se ha convertido en un fugitivo. El juez del distrito federal recibió una larga carta desde otra ciudad en la que Jack dice que su sentido de la supervivencia es mucho más acusado que su respeto por los tribunales o por «su supuesto sistema de justicia». En la carta, Jack se desahoga, acusando al gobierno de encubrir el asesinato de su esposa, y chapotea en un mar de autocompasión, para acabar diciendo que se sentía traicionado por la revelación de su acuerdo para rebajarle la pena durante el juicio. Decía que se había sometido a tratamiento médico, sin duda cirugía estética, para evitar que lo identifiquen.

Sospecho que ha estado desviando fondos de su

campaña hacia alguna cuenta numerada en el otro extremo de la tierra. La ironía es que, como Jack desapareció antes de que lo sentenciaran, de hecho no es, técnicamente, un criminal convicto, al menos en lo que concierne a su pensión legal, que le habrían retirado en caso de haber ido a la cárcel.

Los cheques van a parar a sus parientes más cercanos: los hijos de Laurel, que ahora tiene su custodia y por primera vez en muchos años recibe una pensión decente.

Al final, es Dana la que ha salido más malparada de todo esto. Sus sueños de una judicatura federal han quedado reducidos a cenizas, y la han suspendido de empleo hasta que concluya la investigación. Nunca se lo he preguntado, pero imagino que recibía órdenes de arriba, cosa que ahora todo el mundo niega, para evitar que la muerte de Melanie Vega salpique más arriba en la cadena alimenticia.

Al fin y al cabo, Dana no regateó esfuerzos para intentar la absolución de Laurel, hasta el punto, incluso, de intentar cometer perjurio, no porque fuese perversa, sino porque sabía que Laurel era inocente. En realidad, no sabía nada. Es posible que yo testifique a su favor cuando se vea su caso.

La fidelidad tarda en desaparecer.

NOTA DEL AUTOR

El 21 de setiembre de 1992 apareció el siguiente artículo en *Newsweek:*

UNA CONFEDERACIÓN DE CHAPUZAS;
EL TÍO SAM ES OTRO ANALFABETO DE LOS ORDENADORES

Cuando en junio de 1990 Charles Hayes pagó al gobierno cuarenta y cinco dólares por dos camiones llenos de material informático usado, sabía que había hecho un buen negocio. Pero no supo hasta qué punto hasta que la oficina de la fiscalía de los Estados Unidos en Lexington, Kentucky, lo llamó presa del pánico. Los ordenadores contenían en su memoria archivos con las listas de informadores confidenciales recopiladas por el Departamento de Justicia de los Estados Unidos para investigaciones criminales federales. Estos ordenadores también contenían los nombres de personas acogidas al programa de protección a testigos, personas cuya vida dependía de que su paradero no cayera en las manos equivocadas. Cuando los abogados del Departamento de Justicia llamaron a Hayes, ya había revendido los ordenadores. Parece ser que el técnico en ordenadores del gobierno que preparó las máquinas para la venta intentó borrar todos los archivos con un imán demasiado débil [pág. 70].